TABEA BACH

EL LEGADO DE LA VILLA DE LA SEDA

Una emocionante saga sobre el amor, los secretos del pasado y la tela más hermosa del mundo.

Planeta

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
1. El nacimiento
2. Planes
3. La visita
4. El modelo
5. Problemas
6. El medio telar
7. «Sprint» final
8. Navidades «alla tedesca»
9. Donatella
10. Los cuadros
11. Propósitos
12. Presentimientos
13. Parentesco
14. Habladurías
15. Secretos de familia
16. Decisiones
17. Piedras voladoras
18. Segundas oportunidades
19. El bautizo
20. El testamento
21. El legado de Lorenzo
22. La «principessa»
23. La boda
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Angela y Vittorio pasan por un momento mágico, tras los problemas y vicisitudes que tuvieron que superar en El esplendor de la Villa de la Seda. Juntos planean con ilusión su boda y el hijo pequeño de Nathalie es la alegría de toda la familia. Sin embargo, un hecho inesperado enturbiará sus días felices: el hijo de Vittorio regresa a Italia y, como parte de la familia de su primera esposa, pondrá el futuro de la villa en jaque y, con él, el futuro de sus corazones.

Una serie con la que reír, llorar, soñar y, por encima de todo, vivir intensamente.

El legado de la Villa de la Seda

Tabea Bach

Traducción de Albert Vitó i Godina

1

El nacimiento

Cuando Angela miró por la ventana, no pudo creer lo que veían sus ojos: una fina capa de nieve recubría los tejados del casco antiguo. Que nevara en las montañas cercanas era algo relativamente frecuente, pero no en Asenza, pues el clima del Véneto era demasiado suave para ello.

Tuvo que pisar los adoquines con cuidado para cruzar el patio interior de la Villa de la Seda sin resbalarse. El gran edificio de dos plantas estaba erigido alrededor de un claustro rectangular con un gran portal de madera que daba a la calle. En el centro del patio había una vieja morera que todavía no había terminado de perder todas las hojas. Un color dorado relucía bajo el manto de nieve que se estaba formando en el suelo.

Todo tenía un aspecto digno de cuento de hadas y Angela tuvo la sensación de que el corazón no le cabía en el pecho. Aspiró una bocanada de aire y se llenó los pulmones de ese aire frío y nevoso. Hacía un año y medio que vivía en el norte de Italia y por primera vez sentía nostalgia de su tierra natal, Alemania, y de los paisajes nevados que rodeaban el lago Ammer, la zona en la que había vivido durante mucho tiempo.

—*Porca miseria!*

El portalón que daba a la calle se abrió de par en par para dejar entrar a Nola y a su hija, Fioretta.

—Menudo tiempo de perros —se quejó la tejedora antes de descubrir a su *padrona* en el patio—. Ah, *buongiorno*, signora Angela. ¿Esto de la nieve es cosa suya?

—Buenos días, Nola —respondió Angela con una sonrisa—. No, no es culpa mía.

—*San Colombano, la neve in mano* —proclamó Stefano al entrar

también en el patio acompañado de su esposa Orsolina—. Hoy es 23 de noviembre, y san Colombano a menudo trae nieve, ya lo dice el refrán...

—Pero ¡aquí no! —se quejó Nola mirando a su alrededor en el patio con indignación.

De repente, en el cielo se abrió un claro y un rayo de sol hizo relucir la copa de la morera. Por unos instantes, la atención de todos los presentes se centró en aquella preciosa estampa.

—Seguro que se derretirá enseguida —opinó Stefano antes de dirigirse con las demás hacia la otra ala de la Villa de la Seda, cuya primera planta alojaba la tejeduría. Al cabo de un cuarto de hora se reunirían como todos los lunes para organizar el trabajo de la semana. Sin embargo, Angela quiso tomarse unos momentos para disfrutar de aquella mañana tan poco habitual.

Una figura delgada, prácticamente oculta en un gran mantón de lana, entró en el patio.

—*Buongiorno*, Fania —le dijo Angela con alegría a su joven ama de llaves—. ¿Es la primera vez que ves la nieve?

Fania era una siciliana de solo dieciocho años y, a juzgar por su expresión, también estaba de lo más sorprendida por aquel fenómeno de la naturaleza.

—Sí —respondió el ama de llaves siguiendo a Angela hasta la vivienda—. ¿Ha desayunado ya? —preguntó la joven mientras se libraba del paño de lana y del fino abrigo que llevaba debajo.

—No, todavía no.

En la cocina, la cafetera empezó a borbotar y Angela la apartó del fogón.

—Mi tía me ha dado esto para usted —anunció la joven, dejando unos panecillos de maíz calientes sobre la encimera— para que se los coma con la jalea casera de membrillo —añadió sacando el tarro de cristal con la jalea y unos cubiertos del armario, y disponiéndolo todo de forma pulcra sobre el mostrador de la cocina.

—Emilia me mima demasiado —dijo Angela tomando asiento en uno de los taburetes de la cocina—. Mmm... —Se deleitó nada más partir el primer panecillo—. Pero ¡si siguen calientes!

—*Zia* Emilia acababa de sacarlos del horno. ¿Cómo se encuentra Nathalie? ¿Cuándo llegará el bebé?

La hija de Angela estaba a punto de salir de cuentas y vivía desde

hacía unas semanas en la pequeña vivienda reservada a los invitados situada en la planta baja de la Villa de la Seda.

—Dentro de dos semanas —respondió Angela intentando rebajar los nervios que sentía ante la inminencia de la fecha. Con solo cuarenta y siete años estaba a punto de ser abuela y no veía el momento de contemplar por fin la carita del bebé. En cualquier caso, no había motivos para preocuparse, puesto que el embarazo de su hija había transcurrido sin la más mínima complicación—. Todavía no he visto a Nathalie esta mañana —explicó antes de tomar un bocado del delicioso panecillo. Emilia tenía razón: con la jalea de membrillo, los panecillos de maíz estaban simplemente deliciosos—. Quizá esté durmiendo todavía. ¿Podrías preparar una cafetera bien grande para la reunión que tengo con el personal y subírnosla a la tejeduría?

—*Con piacere*, signora Angela —respondió Fania.

—Ayer llegó otro encargo urgente de Estados Unidos. La señora Whitehouse es una buena amiga de la signora Tessa —explicó Angela sacando la hoja impresa de la carpeta—. Quiere una estola de color rojo burdeos. Es para un regalo de Navidad. Sí, ya lo sé, el plazo es muy ajustado —se defendió al oír las expresiones de descontento de sus empleadas—. Pero, teniendo en cuenta que la señora Whitehouse nos ha proporcionado unas cuantas clientas nuevas, me gustaría poder contentarla.

—Qué cara más dura —gruñó Nola a media voz—. Pero si estamos a finales de noviembre. ¿No podría pedir simplemente uno de los pañuelos ya terminados que ofrecemos por internet? Hay un montón...

—Pero ninguno de color burdeos —la contradijo Angela con determinación—. ¿Nos queda suficiente seda de ese color en el almacén, Orsolina?

La tintorera tuvo que pensarlo.

—Creo que sí. ¿Qué tamaño debería tener la estola?

—Ochenta por dos metros ochenta —respondió Angela tras echar un vistazo a la hoja del pedido—. Maddalena —añadió dirigiéndose a la otra tejedora—, tienes una urdimbre negra, creo que podría quedar bien con ese rojo oscuro. ¿No terminabas hoy el pedido de París? ¿Crees que podrías empezar con el pañuelo burdeos a continuación?

—*Ma certo* —respondió la tejedora de ojos pardos que, como Angela sabía, trabajaba gustosa para las amigas estadounidenses de Tess, que se había establecido hacía muchos años en una de las villas más bonitas de la ciudad para pasar allí su vejez. Aquella anciana agradable, que en realidad se llamaba Teresa, aunque todos la llamaban Tess o Tessa, había sido la mejor amiga de la madre de Angela. De no haber sido por ella, a la alemana no se le habría ocurrido en la vida la posibilidad de establecerse también en el Véneto para tomar las riendas de aquella tejeduría de seda tradicional—. La amiga de Tessa podrá hacer ese regalo de Navidad sin problema —decidió Maddalena.

—Gracias —repuso Angela con una sonrisa. A continuación, se puso seria de nuevo—. Hay otra cosa que quería comentaros: últimamente nos llegan cada vez más encargos de vestidos.

Desde que Angela se había comprometido con Vittorio Fontarini, el heredero de uno de los linajes más nobles de Venecia, y había aparecido ante la alta sociedad vestida con un modelo diseñado por ella misma, confeccionado con seda tejida a mano, no hacía más que recibir encargos de prendas parecidas.

—¿Conocéis a alguna modista realmente buena, capaz de llevar a cabo mis diseños? —preguntó Angela a su personal. Sin embargo, nadie tenía ninguna propuesta.

—Yo solo conozco a Eugenia —dijo Nola—. Pero se dedica únicamente a hacer arreglos. No me atrevería a poner nuestros tejidos de seda en sus manos.

Angela suspiró.

—Entonces tendré que poner un anuncio en el periódico...

Un chillido terrible y prolongado rompió la calma que reinaba en la Villa de la Seda. Angela se levantó sobresaltada.

—*Madonna* —susurró Orsolina—. ¿Qué ha sido eso?

Acto seguido se oyó otro grito igualmente desgarrador. ¡Nathalie! Al instante el temor se apoderó de Angela. Salió corriendo a toda prisa, bajó la escalera y cruzó el patio tan rápido como pudo. El pequeño reino particular de Nathalie estaba justo enfrente del taller. Abrió la puerta de par en par y entró en la habitación de su hija.

—¿Tienes contracciones? —preguntó Angela sin aliento—. ¿Ya está aquí?

Fania llegó desde el baño contiguo con una toalla en la mano.

—Ha roto aguas —anunció en voz baja mientras ayudaba a Nathalie a quitarse el camisón húmedo. Angela constató que la joven siciliana estaba mucho más calmada que ella—. Signora, debería acompañarla al hospital...

No obstante, Nathalie estiró la espalda y soltó otro grito estremecedor.

—Ay, Dios mío —jadeó cuando hubo recuperado el aliento.

—Voy a sacar el coche del garaje —propuso Angela.

Pero Nathalie echó la cabeza hacia atrás y encogió las rodillas.

—Creo que no hay tiempo —opinó con la cara completamente colorada.

—Rápido, ve a buscar al dottore Spagulo —le ordenó Angela a Fania—. Dile que venga de inmediato.

Fania asintió y salió corriendo de la casa.

—No me esperaba que las contracciones fueran así —gimió Nathalie.

Al ver que el dolor remitía un poco, Angela ayudó a su hija a ponerse un camisón limpio de corte ancho y con una tira de botones en la parte frontal.

—Recuerda lo que aprendiste en las clases de preparación del parto —le aconsejó Angela intentando mantener el pánico a raya—. Respira de forma regular: inhala por la nariz y exhala por la bo... —Antes incluso de poder terminar la frase, una intensa contracción sacudió de nuevo el cuerpo de Nathalie—. Respira —le aconsejó Angela recostando a su hija de forma que su cabeza le quedara sobre el regazo—. ¡Respira conmigo! Inhala hondo. Y ahora, lentamente, saca el aire de nuevo.

—¡Es que me duele mucho, mamá! —se quejó Nathalie—. ¡Me dijeron que empezarían poco a poco, maldita sea!

—¿Puedo? —preguntó Nola, que había entrado sin hacer ruido y observaba a Nathalie con preocupación gritar de dolor.

—¿Conoce usted a alguna comadrona? —preguntó Angela.

Nola se puso a pensar de forma frenética.

—Aquí no tenemos a ninguna comadrona, pero...

—Necesitamos más almohadas. Debería tener el cuerpo más erguido.

Por detrás de Nola, Angela vio que Orsolina iba repitiendo sus órdenes en dirección al patio. Era evidente que todo el personal de la

tejeduría se había congregado delante de la puerta.

—En mi dormitorio —aclaró Angela—. Traed todas las que encontréis.

—El dottore Spagulo está en una visita a domicilio —anunció Fania jadeando. Si había vuelto tan pronto es que había corrido por la calle como si su vida dependiera de ello.

»Me han dicho que intentarán ponerse en contacto con él, pero que no responde al teléfono...

—Dios mío, ¿y ahora qué hacemos?

—Marca el número de emergencias.

—Eso no servirá de nada. Hasta que llegue el *pronto soccorso* con este tiempo...

Nathalie soltó otro chillido que sumió a Angela en un terror absoluto y luego, durante unos instantes, reinó un silencio sepulcral.

—¡Ya viene! —susurró con los ojos abiertos como platos debido al temor—. Mamá, lo estoy notando. ¡Dios mío! —exclamó antes de empezar a empujar de forma instintiva.

—¡Carmela! —exclamó Nola por encima del murmullo de voces —. Decidle a Maddalena que vaya a buscar a su madre. Es la única que...

—¿Carmela?

—Vamos, no discutáis ahora. Stefano, ve y tráela tú si hace falta para que no tarde tanto. Y tú —añadió Nola dirigiéndose a Fania—, pon agua a hervir. Y trae todas las toallas limpias que encuentres. Y sábanas. Y manoplas para el baño. Y recipientes. Anna, acompáñala y así la ayudas a traerlo todo.

Dicho esto, Nola abrió la puerta del baño y lanzó una mirada al interior para comprobar su estado.

—¿Qué estás haciendo, Nola? —gimió Nathalie—. ¿A qué viene todo esto?

—¿Qué crees que estamos haciendo? —preguntó la tejedora con una sonrisa—. Ayudarte a traer al bebé al mundo. ¿Qué, si no?

En un momento tuvieron un montón de toallas preparadas junto a la cama. Con la ayuda de las almohadas mantuvieron erguida la parte superior del cuerpo de Nathalie y formaron una especie de nido entre sus piernas abiertas, por si realmente se producía un parto espontáneo, tal como Nola se temía. Además, tenían listos también un par de recipientes con agua hervida, y Nola y Angela se lavaron las

manos a conciencia con jabón.

Con una toalla, Angela le iba secando el sudor de la frente a su hija cuando unos pasos resonaron con fuerza en el patio, seguidos de una inconfundible voz ronca.

—Es Carmela —le dijo en voz baja a su hija mientras los dolores seguían acuciándola—. ¿Te parece bien que...?

—Sí, joder, sí —gritó Nathalie—. Si me puede ayudar, adelante.

La puerta se abrió y Carmela entró ayudándose con dos bastones.

—¿Cómo va eso, *fanciulla*? —le preguntó con una suavidad inusitada apartando a Nola hacia un lado.

Le acarició el pelo a Nathalie, le puso las manos sobre la barriga y se la palpó con cuidado. Luego levantó el camisón, se sacó un frasquito del delantal y lo destapó.

—¿Qué es eso? —preguntó Angela con desconfianza.

—Ah, solo un poco de aceite de hierbas —respondió Carmela mientras se frotaba las manos con el aceite, que desprendía un penetrante aroma a romero, rosa, lavanda y algo más amargo pero indefinible. La fragancia se apoderó de la estancia mientras Carmela empezaba a amasar la barriga tensada de Nathalie. Esta inhaló aire a fondo y lo expulsó de nuevo. Cuando se tensó ante el regreso de las contracciones, Carmela chasqueó la lengua—. Con calma, respira con calma —le ordenó—. ¡Inhala! ¡Exhala! ¡Inhala! Exhala, poco a poco... Y ahora ¡presiona! Pero sigue respirando. ¡Presiona! Vamos, Nathalie, tú puedes, eres una chica muy valiente —la animó mientras sus manos menudas recorrían la barriga presionando aquí y amasando allí—. Parece ser que alguien tiene prisa por salir —murmuró—. Estaría bien tener unos guantes de goma —gruñó en dirección a Nola—. ¿Tenéis algunos? ¿Y tú, Orsolina? ¿No tienes guantes de los que utilizas para teñir? ¿Unos nuevos?

Orsolina salió corriendo como una flecha a comprobarlo. Angela no habría creído que la tintorera, que ya había cumplido los sesenta, fuera capaz de moverse tan deprisa. En un periquete regresó junto a la cama con un paquete de guantes por abrir. Carmela chasqueó la lengua de nuevo y los aceptó.

—Bueno, mejor eso que nada —gruñó mientras se los ponía. A continuación le pidió a Nathalie, que se había encogido de nuevo, que abriera más las piernas—. *Bravissima* —la alabó la anciana—. Ya le veo la cabecita. Tienes que seguir así un poco más, hija. ¡Respira!

¡Empuja! Empuja mientras expulsas el aire. ¡Sí! ¡Grita lo que quieras, si te duele! Cuando saques el aire, grita fuerte. ¡Vamos, aaah!

—¡Aaah! —rugió Nathalie mientras empujaba tanto como podía.

—*Fantastico!* —exclamó Carmela con voz ronca—. ¡Otra vez! ¡Ya casi lo tienes!

Angela se arrodilló detrás de su hija, sobre la cama, para mantenerla erguida sujetándola por las axilas y sirviéndole de apoyo. No podía ver lo que sucedía pero, por muy extraña que le hubiera parecido siempre Carmela, en esos momentos la anciana le transmitió una gran confianza. Contó cinco contracciones y luego vio cómo, acompañado de un grito prolongado que seguramente se oyó por toda la ciudad, el bebé salía por fin del vientre de su hija.

—*Eccolo* —dijo Carmela envolviendo enseguida al retoño en una toalla de baño como si en toda su vida no se hubiera dedicado a otra cosa—. Un chico hermoso —exclamó, y con un cuidado que Angela no hubiera creído posible en aquella anciana, colocó al recién nacido sobre la barriga de Nathalie. Como si estuviera soñando, Angela contempló aquella carita manchada, los ojos cerrados y las manitas diminutas, doblando y desplegando los dedos. El cordón umbilical azul serpenteó sobre la barriga de Nathalie. Madre e hijo seguían unidos. Se oyó un sonido levísimo, como el maullido de un gatito, y una especie de chapoteo—. *Che bel ragazzo* —lo arrulló Carmela con suavidad—. Prueba a ver si quiere el pecho.

Nathalie se quedó mirando a su hijo como si no acabara de asumir lo ocurrido. Angela la ayudó a colocarse mejor al recién nacido que, tras palparla como si la tanteara, cerró los labios en forma de corazón alrededor de su pezón para empezar a succionar con empeño. Su hija levantó la mirada.

En sus ojos, Angela detectó la felicidad más absoluta, y al momento empezó a reír y sollozar al mismo tiempo. Tuvo que secarse un par de lágrimas que ni siquiera se había dado cuenta de que había derramado.

La puerta se abrió de par en par y el dottore Spagulo entró como un vendaval aferrando su maletín. Al ver el panorama se quedó estupefacto, y la expresión de su rostro pasó de la perplejidad al alivio en un instante.

—Me ha llamado mi esposa —explicó—. Cuando me he enterado de lo que ocurría, he subido al coche y he venido tan rápido como he

podido...

—Pues de todos modos ha llegado tarde, *dottore*. Se ha perdido la mejor parte —se burló Carmela recuperando su carácter habitual—. Pero si quiere echarles un vistazo a la madre y al niño, llega en el momento oportuno.

Agotada, Nathalie se durmió con el bebé en brazos. Angela y Tess, que por supuesto se había enterado de lo ocurrido enseguida, no se cansaban de contemplarlos. El dottore Spagulo había cortado el cordón umbilical y los había examinado. Y, aunque no había observado la más mínima peculiaridad ni en el niño ni en la madre, les aconsejó que acudieran a la clínica por precaución cuando hubiera terminado de expulsar la placenta y Nathalie estuviera recuperada del agotamiento inicial del parto. Una vez allí, los médicos examinaron a la madre y al niño, y se aseguraron de que todo estaba correcto. La ginecóloga no encontró ningún motivo que explicara el hecho de que el parto hubiera sido tan rápido.

—*Succede* —había sido su único comentario al respecto—. Son cosas que pasan.

Angela había convertido el sofá de su salón en una cómoda cama y, después de limpiar la habitación de Nathalie y de haber cambiado las sábanas, Fania se acercó en silencio. Pero la calma no duró mucho. Con un graznido, seguido de un grito desgarrador, el recién nacido empezó a reclamar el pecho de nuevo.

—Bienvenida a la maternidad —dijo Angela para intentar animar a su hija, que se frotó los ojos con un gemido.

—¿Qué le pasa?

—Diría que tiene hambre.

—Buena idea —repuso Nathalie con un suspiro—. A mí tampoco me importaría tomar algo.

Entonces empezó el ajetreo. Mientras Fania se apresuraba a calentar la comida por la que nadie se había interesado hasta el momento, Angela ayudó a su hija a encontrar una posición más cómoda para darle el pecho a su hijo. Y justo cuando el pequeño empezaba a succionar con ganas, y Tess se hubo instalado cerca de ellos en un sillón con la ayuda de Fania, la puerta se abrió y un anciano delgado entró con determinación.

—¿Qué he oído por ahí? —exclamó estirando la cabeza como un ave de rapiña—. ¿Ya ha nacido el niño? ¿Por qué tengo que enterarme siempre de las cosas por los demás? —preguntó fulminando con la mirada a Angela—. Y ¿encima esa vieja gruñona de Carmela estaba presente?

—Carmela nos ha ayudado una barbaridad —le explicó Angela—. Sin ella... No me quiero imaginar lo que podría haber pasado.

Si había esperado que ese comentario pudiera suavizar al anciano, se había engañado a sí misma. Enseguida recordó hasta qué punto los dos andaban siempre a la gresca.

—Y ¿qué diablos ha venido a hacer aquí Carmela? —gritó Rivalecca golpeando el suelo con un pie.

—Tranquilo, Lorenzo —le advirtió Tess señalando al recién nacido, que había parado de mamar y empezaba a quejarse de nuevo —. Haz el favor de no gritar tanto. ¿No ves que lo asustas?

Era evidente que hasta ese momento Lorenzo Rivalecca no había reparado en la presencia de Nathalie y el bebé en el sofá, porque nada más verlos su expresión se suavizó visiblemente.

—¿De verdad? No era mi intención...

Nathalie le dedicó una sonrisa cariñosa a Lorenzo. Que aquel anciano tan extraño fuera el verdadero padre de Angela y, por tanto, el bisabuelo de su bebé tenía que seguir siendo un secreto del que solo Tess estaba al corriente. Tess y la madre de Angela, Rita, habían acudido a Asenza para trabajar como jornaleras durante la cosecha de los viñedos hacía casi cincuenta años, y Lorenzo y Rita se habían enamorado. Muchos años después, Lorenzo todavía afirmaba que la madre de Angela había sido el amor de su vida, a pesar de que sus caminos se hubieran separado tras una acalorada discusión. Al llegar a Alemania, Rita constató que estaba embarazada, pero, en lugar de superar su orgullo y regresar a Italia, se había casado con un antiguo pretendiente y le había hecho prometer a Tess que jamás le revelaría a Angela quién era su verdadero padre. Cuando el año anterior Angela le había comprado la tejeduría de seda a Lorenzo Rivalecca, el secreto había saltado por los aires. No obstante, como consideración para con los familiares de Lela, la mujer con la que Lorenzo se había terminado casando al marcharse Rita, decidieron mantener el secreto acerca de su parentesco. Lela Sartori, la anterior propietaria de la Villa de la Seda, ya había fallecido.

Con una mirada de agradecimiento a Fania, que en esos momentos le servía un plato de *ravioli* caseros recién hechos, Angela le recordó a su padre que no era el mejor momento de airear el secreto.

—Espero que lo llames Lorenzo —dijo el anciano mirando con los ojos vidriosos al pequeño, que entretanto ya se había agarrado al pecho una vez más.

Nathalie negó con la cabeza.

—Se llama Peter —afirmó mientras pescaba un par de *ravioli* con el tenedor—. Como mi padre. Aunque el segundo nombre todavía es negociable.

Lorenzo se dejó caer a los pies del sofá, de manera que Nathalie tuvo que replegar enseguida las piernas para que no se las aplastara. El pequeño Peter había dejado de succionar y parecía más interesado en la presencia de su bisabuelo.

—¿Quieres sostenerlo en brazos? —le preguntó Nathalie. Dicho esto levantó al bebé y le dio unos golpecitos con la palma en la espalda para ayudarlo a eructar antes de tendérselo al anciano. Este levantó las manos en gesto de rechazo.

—*No grazie* —se apresuró a exclamar aterrorizado—. ¡Seguro que vomita y me mancha la camisa!

Nathalie se rio, pero enseguida hizo una mueca de dolor.

—Caray —se quejó agarrándose el vientre—. ¿Cuánto más durará este dolor?

—No mucho —le prometió Angela. Una vez más, se sorprendió de lo mucho que su hija se asemejaba a Lorenzo. Sin embargo, el parecido tampoco era tan evidente, había que fijarse varias veces para apreciarlo, porque, al fin y al cabo, Nathalie tenía apenas veinte años y con su larga melena castaña era una joven atractiva. Lorenzo, en cambio, no solo por su avanzada edad, sino también por su carácter gruñón, parecía más bien una rapaz despeinada. Y aun así compartían esos fascinantes ojos de color verde oscuro, de manera que en momentos relajados y plácidos como ese no costaba imaginar que Lorenzo Rivalecca había sido en algún momento un joven realmente apuesto.

—Peter Lorenzo... y ¿qué más? —preguntó Rivalecca observando a su nieta con mirada astuta.

—Steeger, por supuesto —replicó Nathalie.

—Pietro Lorenzo Rivalecca también quedaría bien —propuso el

anciano siguiendo a Fania con sus ojos de azor.

—¿Y eso? —preguntó su nieta con una sonrisa en los labios—. ¿Tienes previsto casarte conmigo?

Lorenzo Rivalecca fue el único que no reaccionó al comentario con una carcajada.

—No, tonta —repuso con brusquedad—. Pero podría adoptar a tu madre.

—¿Por qué tendrías que hacerlo? —quiso saber Angela. Poco a poco empezó a comprender que su padre estaba hablando en serio, a pesar de que Nathalie seguía riendo ante aquella idea descabellada—. De todos modos somos parientes —constató en voz baja mientras le ponía una mano sobre el brazo al anciano.

—Bah, sandeces —replicó él rechazando el gesto de cariño.

Angela respiró aliviada. Volvía a ser el viejo Rivalecca, ese anciano al que todavía le costaba aceptar como padre. Durante cuarenta y cinco años había otorgado ese papel a otro hombre, a pesar de que él había muerto de forma prematura y apenas habían podido compartir diez años juntos. Angela suspiró. Hasta el momento le había resultado difícil asumir que su madre jamás le hubiera contado la verdad. Por si fuera poco, eso le recordó que el padre del pequeño Peter tampoco sospechaba que había engendrado a un hijo.

—Entonces... ¿a este hombrecito no le falta nada? —preguntó Rivalecca señalando al bebé.

—Nada de nada —respondió Nathalie con seriedad. Sus labios volvieron a esbozar otra sonrisa—. ¿Quieres comprobarlo tú mismo? —preguntó, y de inmediato hizo ademán de levantarse—. ¡Ven, ayúdame a cambiarle el pañal!

—No, no, no, no, no —respondió Rivalecca con energía renovada y agitando sus largas manos frente al pecho en actitud de rechazo—. Eso son *affari di donne*. Cosas de mujeres. Yo no tengo que meterme en eso.

Se había levantado de un salto del sofá. Nathalie también se puso en pie, aunque con más dificultades y con el bebé en brazos.

—No me has dicho qué te parece —constató Nathalie sosteniendo al niño frente a Lorenzo—. ¿A que es precioso?

Rivalecca se quedó mirando la carita arrugada y manchada del pequeño.

—Bueno, yo qué sé —respondió al fin—. Tampoco lo definiría

como precioso. Pero bueno..., no sé..., una maldita maravilla sí que es, ¿verdad?

Y luego hizo algo que nunca había hecho hasta el momento. Le dio un beso a Nathalie en la frente. Fue un beso tan fugaz que Angela se lo habría perdido si hubiera pestañeado en ese preciso instante.

Angela tenía al bebé en brazos mientras Nathalie se duchaba y se zampaba otro plato de *ravioli*. Mientras el pequeño dormía, la joven abuela fue incapaz de apartar la mirada de su nieto. Se oyó a sí misma pronunciando palabras cargadas de ternura y tuvo que controlarse para no comerse a besos al bebé. El amor que experimentaba era completamente nuevo, y la gratitud se apoderó de ella de un modo tan absoluto que no sabía ni cómo gestionar tanta emoción. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que el niño hiciera una mueca de dolor. Soltó un quejido seguido de unos chillidos penetrantes.

—¡Ya voy! —gimió Nathalie apurando el plato de pasta rellena—. Supongo que esto será así veinticuatro horas al día, ¿verdad?

—Así es, cielo —respondió Angela levantándose—. Pasaré un momento por la tejeduría. Fania, ¿hay alguna botella de prosecco en el frigorífico?

—En previsión metí cinco botellas a enfriar —respondió el ama de llaves.

—¡Genial! —exclamó Tess con una amplia sonrisa de evidente satisfacción—. Cómo se nota que eres sobrina de mi Emilia —la elogió la anciana, con lo que consiguió que Fania se pusiera colorada como un tomate—. He venido a pasar un rato con tu hija —le dijo a Angela antes de abrazarla con ternura.

No fue necesario recurrir a las palabras para que se entendieran a la perfección.

—¿Cómo se llamará el niño?

Angela acababa de dar un pequeño discurso para agradecer de todo corazón a su personal la ayuda que les habían prestado. Después de brindar a la salud de Nathalie y del pequeño, pareció como si nada les importara más a aquellas mujeres que la respuesta a esa pregunta.

—Es decir —intervino Stefano—, el pequeño ha nacido en el día

de san Colombano, y encima en un día de nieve. Puede que Colombano sea un nombre algo extraño, pero...

—¿Te has vuelto loco o qué? —gruñó Carmela, que para gran alegría de Angela también estaba sentada en la tejeduría, con los brazos cruzados sobre los dos bastones—. Nadie con dos dedos de frente le pondría hoy en día el nombre de un monje irlandés a su hijo, y menos el del santo patrón de los motoristas...

—A mí tampoco me parece buena idea —opinó Fioretta, y Anna la secundó.

—Ni hablar —aseguró Nola, tras lo que Orsolina le dio a su marido un empujón cariñoso.

—Nathalie quiere que el niño se llame Peter, igual que su padre —anunció Angela cuando se hubieron callado de nuevo.

—¿Peter? —preguntó Orsolina aparentemente desconcertada—. Ah, quiere decir Pietro.

—Bueno sí —comentó Angela divertida—. La versión italiana sería Pietro.

Vio que las copas habían quedado vacías y las llenó de nuevo. Al fin y al cabo, pensaba darles el resto del día libre.

—Entonces levantemos las copas una vez más —propuso Nicola, un napolitano que se había incorporado al grupo hacía apenas unas semanas—. ¡Por Pietrino y su preciosa madre!

—*Alla salute di Pietrino e sua bellissima madre* —repitieron los demás al unísono.

Anna fue la única que se quedó callada. Se limitó a lanzarle una mirada herida a su atractivo colega. Todos sabían que estaba colada por sus huesos. Todos excepto Nicola, que al parecer era el único que no se daba cuenta.

—Espero que no estés enfadada conmigo —comentó Tess con aire culpable cuando Angela regresó a casa.

—Estoy segura de que mamá no está enfadada —opinó Nathalie desde el sofá en el que estaba tendida, absolutamente agotada y con el bebé sobre el pecho—. Fania se ha ofrecido para quedarse unas semanas conmigo y el pequeño. Para ayudarme...

—Ya hice lo mismo con mi hermana —intervino Fania—. Rosina tuvo una niña hace dos años. Me quedé con ella y me ocupé de todo lo

que se tenía que hacer: cambiar pañales cuando la madre estaba agotada, acercarle al bebé cuando tenía hambre, bañarlo y, más adelante, cuando hubo crecido ya un poco, sacarlo a pasear cuando mi hermana estaba demasiado cansada para hacerlo ella misma. En nuestra familia es lo más normal del mundo —explicó Fania con los ojos brillantes—. Es que..., bueno, me gustaría mucho poder hacerlo ahora otra vez —añadió—. Claro está, si a usted le parece bien.

—Lo que pasa es que mi habitación es demasiado pequeña para eso —objetó Nathalie—, y por eso Tess nos ha ofrecido que nos mudemos con ella...

—Es buena idea —opinó Angela con resolución.

Seguramente. Aunque nada le habría gustado más que tener a su hija con ella en todo momento. No obstante, Nathalie no podía quedarse mucho más en su salón, tampoco podía ser egoísta.

—La planta para los invitados de la torre es ideal —añadió Tess en voz baja.

Angela conocía lo suficientemente bien a su amiga para comprender a qué venía esa mala conciencia. Solo pretendía ayudar.

—Tienes toda la razón —reconoció Angela pensando en las dos espaciosas habitaciones contiguas y el baño de Villa Serena, así como en las magníficas panorámicas que ofrecían las ventanas de la torre—. Será lo mejor. No os preocupéis por mí, al fin y al cabo estaré a cinco minutos de vosotras. Lo único que cuenta es que Peter y tú estéis bien. ¿Cuándo quieres mudarte?

—Mañana —respondió Nathalie, a la que ya se le cerraban de nuevo los ojos—. Justo después de registrar al bebé en el ayuntamiento. Tess me ha recordado que...

—Es una pura formalidad —intervino Tess—. Te acompañaré y me aseguraré de que todo se haga como es debido.

Entretanto, el pequeño Peter ya se había dormido de nuevo. Fania se lo quitó de los brazos a Nathalie y lo estuvo meciendo hasta que soltó un eructo. Luego lo tendió en la cuna que, con la ayuda de Tess, había sacado ya de la habitación de Nathalie.

—Pues mañana —repitió Angela mientras se ponía en pie.

Ella también estaba terriblemente agotada. ¡Menudo día! Por la mañana había nevado, y poco después había llegado al mundo su nieto.

—Pero... —empezó a objetar Fania tras plantarse frente a ella.

Era evidente que tenía algo que decir—. ¿Quién se ocupará de usted mientras tanto, *signora*? A mi tía no le hará ninguna gracia.

—Entonces bastará con que vengas un par de horas al día y te encargues de lo más imprescindible —propuso Angela.

—Exacto. Y para las comidas, simplemente ven a casa, Angela —le propuso Tess mientras se levantaba—. Ya te lo he ofrecido cien veces y nunca me haces caso, pero ahora que tendré a tu hija y a tu nieto como rehenes... —empezó a decir con una sonrisa a la que Angela respondió enseguida.

—De acuerdo. No te preocupes, Fania. Además, tampoco será para siempre. Gracias por ofrecerte a cuidarlos.

La calma se impuso de nuevo mientras Nathalie y el niño dormían profundamente. Aunque ya eran las seis de la tarde, Angela se retiró a su dormitorio consciente de lo breve que era esa fase de recuperación para una madre que acababa de dar a luz. Pensaba en lo tranquila que se quedaba sabiendo que Fania cuidaría de ellos mientras marcaba el número de teléfono de Vittorio.

—*Ciao, bellissima* —la saludó él—. Precisamente estoy en el aeropuerto. ¿Qué te parecería si paso a verte?

—¡Sería fantástico! —respondió Angela, aunque de inmediato tuvo que respirar hondo—. Es decir, me parece bien siempre que no te importe pasar la noche con una abuelita.

Por unos instantes se hizo el silencio en la línea.

—¡No! ¿Ha nacido ya? Pero si todavía...

—Sí, todos pensábamos que tardaría un poco más. Pero ha nacido en cuestión de media hora. Nos ha pillado completamente por sorpresa.

—*Dio mio!* ¿Los dos están...? Es decir, ¿ha ido todo bien? —preguntó con una clara preocupación en la voz.

—Todo perfecto —respondió Angela, y de nuevo sintió el alivio que había experimentado ya tras el examen médico, en el que le habían confirmado que madre e hijo estaban de maravilla—. Te lo aseguro, ¡ha sido muy emocionante!

—Me lo imagino. Mejor dicho: no, no me lo puedo imaginar. Tienes que contármelo todo con pelos y señales. ¿Dónde están ahora Nathalie y el bebé?

—En mi salón —contestó Angela, y enseguida oyó que Vittorio se reía en voz baja, lo que le hizo amarlo todavía más—. O sea, que será mejor que entres por la vivienda para los invitados para no molestarlos.

Una hora más tarde, lo oyó subir con cuidado por la escalera que ascendía desde la vivienda para los invitados hasta su casa. Le abrió la puerta y al cabo de un instante ya lo tenía entre los brazos.

Como cada vez que pasaban unos días sin verse, puesto que Vittorio vivía y trabajaba en Venecia, se besaron apasionadamente.

—Sin duda alguna eres la abuelita más hermosa del mundo —le susurró él cuando por fin deshicieron el abrazo—. *Auguri!* Enhorabuena, cariño. Por cierto, ni siquiera te he preguntado si es niño o niña.

—Es niño —respondió Angela—. Nathalie quiere ponerle el nombre de su padre, pero me temo que viviendo aquí dentro de poco todos lo llamarán Pietrino.

Vittorio se rio y Angela se enamoró una vez más de sus brillantes ojos oscuros, de sus dientes relucientes y de los hoyuelos que le salían junto a las comisuras de los labios.

Como de costumbre, llevaba la tupida mata de pelo peinada hacia atrás, pero unos cuantos rizos grises le caían sobre la frente, por lo que Angela se los apartó con un gesto cargado de ternura.

—Quiero saber cómo ha ido todo —dijo él sacándose una botella de vino de la chaqueta—. No estaba seguro de si tendríamos acceso a la cocina, por lo que he decidido comprar algo por el camino —explicó justo antes de sacarse un sacacorchos del bolsillo del anorak.

—¡Genial! —exclamó Angela riendo—. En la cocina exterior de la planta baja hay copas y seguro que incluso algún paquete de galletas saladas o de frutos secos. ¿Tienes hambre?

En lugar de responder, Vittorio se metió la mano en el bolsillo una vez más y sacó dos *panini* envueltos.

—*Ecco* —dijo con una sonrisa—. *Prosciutto* para mí y *formaggio* para ti, como siempre. Es provolone, *va bene?*

—Eres simplemente fantástico —lo alabó Angela colgándose de su cuello.

Cuando se hubieron acomodado en la cama, ella le contó cómo

había transcurrido aquella memorable mañana. Vittorio se olvidó de su *panino* y se limitó a escucharla con la boca abierta mientras Angela le describía los últimos minutos del parto.

—*Madre mia* —exclamó él impresionado cuando Angela hubo terminado—. Pobre Nathalie. Aunque quizá sea mejor eso que pasar veinticuatro horas en una sala de partos. No tengo ni idea. Supongo que los hombres no deberíamos opinar sobre esas cosas.

—Por suerte vino Carmela —prosiguió Angela, tras lo que tomó un sorbo de vino—. De repente consiguió que se impusieran la calma y la confianza —explicó, y negó con la cabeza con aire reflexivo—. Nunca lo habría sospechado.

—¿Por qué no?

—Porque es tan... gruñona, y de algún modo también imprevisible —intentó explicarle Angela.

—La gente de su edad acumula muchas experiencias —comentó Vittorio con indulgencia—. Quién sabe por qué se volvió tan gruñona.

—Tienes razón —dijo acurrucándose junto a él.

—Bueno, es que tengo un poco de experiencia con mujeres difíciles de avanzada edad —se justificó sonriendo.

Ella levantó la mirada. Algo en su voz le llamó la atención.

—¿Cómo está tu madre? —le preguntó Angela.

—Acabo de dejarla en el aeropuerto —respondió él.

—¿Ha ido a Roma para ver a su hermano?

—No, a Nueva York.

Angela se incorporó de nuevo.

—¿A Nueva York? Creía que no soportaba a los americanos.

—Ha ido a visitar a Amadeo —explicó él riendo—. Ha dicho que lleva demasiado tiempo sin ver a su nieto.

Amadeo era el hijo que Vittorio había tenido con su difunta esposa. Angela todavía no había tenido ocasión de conocer al chico. ¿Por qué Costanza había decidido hacer un viaje tan largo precisamente entonces?

—Y ¿crees que ese es el único motivo?

Él se encogió de hombros.

—Nunca sé lo que le pasa por la cabeza realmente —reconoció al fin—. Tú lo sabes mejor que nadie. Pero no hablemos más de eso —propuso antes de abrazar de nuevo a Angela—. Qué ganas tengo de que mi hijo también me haga abuelo.

—¿No lo echas de menos?

Vittorio titubeó antes de responder.

—Sí, claro que sí —respondió al fin—. Pero la verdad es que todavía recuerdo demasiado bien cómo era yo a su edad, y solo quería una cosa: marcharme de casa tan pronto como me fuera posible. Por eso le concedo tanta libertad. Prefiero que venga a verme porque me echa de menos, y no al revés.

«Es muy sensato», pensó Angela, y sintió un verdadero alivio al pensar en lo bien que se entendían Nathalie y ella.

2

Planes

—¡Es que no sé qué hacer! —exclamó Tiziana mirando a Angela con sus preciosos y enormes ojos, brillantes por las lágrimas apenas contenidas—. No sabes lo mucho que os envidio a Vittorio y a ti. Desde que os comprometisteis, Costanza se ha conformado con la situación y ha asumido que os casaréis, *vero?* Pues ¡parece que mis padres no están dispuestos a aceptar mi compromiso! —La joven arquitecta se inclinó hacia delante—. Me han declarado la guerra —prosiguió—. Quieren que rompa mi compromiso con Solomon.

—Ya eres una mujer adulta —opinó Angela— y tienes todo el derecho a casarte con quien te dé la gana.

—Tienes razón —suspiró Tiziana—. Pero, por desgracia, eso solo es cierto desde un punto de vista teórico —constató dando rienda suelta a las lágrimas una vez más—. Ojalá la familia no fuera algo tan importante para mí. Solo de pensar que no podría regresar a casa nunca más y no podría volver a ver a mi padre... —se lamentó sin llegar a terminar la frase.

—Claro —murmuró Angela—. Eso sería horrible.

En realidad, no tenía ni idea de qué podía aconsejar a Tiziana. La joven arquitecta se había comprometido en secreto con un gran abogado de Nueva York, un estadounidense de origen judío, y los padres de Tiziana no estaban dispuestos a aceptarlo.

Angela también había estado a punto de perder los estribos por culpa de las maquinaciones de la madre de Vittorio. Y es que su amado, al igual que Tiziana, procedía de una familia italiana de linaje nobiliario. Los Fontarini habían ostentado el cargo máximo del Gobierno de Venecia durante el siglo XI, por lo que era una saga de dux. Y la familia de Tiziana era todavía más antigua. Era una verdadera suerte que a Vittorio no le interesaran esos temas en

absoluto. La antigua nobleza italiana había quedado derogada oficialmente hacía muchos años, pero en su reducido círculo seguían valorando los títulos principescos y ducales, y las tradiciones asociadas. Además, intentaban con verdadero celo relacionarse únicamente dentro de ese círculo selecto.

La madre de Vittorio había hecho todo lo posible y más por separarlos. No lo había conseguido, de manera que Angela lucía en el dedo el anillo de rubí que desde hacía varios siglos había pasado por las manos de todas las mujeres prometidas y casadas de la saga. Aun así, por mucho que Tiziana creyera que Costanza Fontarini, la *principessa*, ya la había aceptado como futura nuera, Angela seguía sin fiarse.

Por suerte, al menos había conseguido que la madre de Vittorio dejara de tener tanta influencia sobre su amado; pero al parecer Tiziana, a pesar de tener ya treinta y cinco años, lo tenía más difícil. Tal como estaba sentada en el sofá en esos momentos, con las largas piernas de modelo recogidas bajo el cuerpo y los preciosos ojos llenos de lágrimas, Angela sintió mucha lástima por ella.

—¿Quieres que vayamos a ver a Nathalie? —le preguntó para cambiar de tema.

—¡Ay, sí, *con piacere*! ¿Dónde está?

—Se ha mudado con Fania a Villa Serena —le explicó Angela mientras se ponían en pie—. Mi ama de llaves ha resultado ser una niñera fantástica.

Realmente fue una verdadera alegría visitar a las dos jóvenes y al bebé, algo que Angela hacía incluso varias veces al día. Su hija se había recuperado bien desde el parto, aunque Pietrino pedía el pecho a todas horas.

—En casa de Tess hay espacio de sobra, tienen toda una planta para ellos —le explicó a Tiziana mientras salían de la Villa de la Seda y subían por la calle en dirección a la Piazza della Libertà.

El casco antiguo tenía un aspecto deslumbrante con la decoración navideña. Por encima de las calles habían colgado grandes estructuras metálicas con forma de estrella o de reno cubiertas de bombillas, aunque para el gusto de Angela los ornamentos eran demasiado comedidos para despertar en ella la proximidad de la Navidad. Frente al bar del hotel Duse se había congregado, como de costumbre, un grupo de personas que se ponían al día de las últimas novedades con

un aperitivo en la mano. Angela saludó a Fausto, el barista, y luego doblaron la esquina por la callejuela que llevaba hasta la villa de Tess.

Ya frente a la verja de hierro forjado, tocaron el timbre. Cuando la verja se abrió con un zumbido, Angela se acordó de la primerísima vez que había acudido a ese lugar para pasar unas vacaciones que, en aquel momento, había concebido como cortas, para recuperarse del cansancio acumulado tras haber pasado dos años cuidando de su marido enfermo. Los viejos rosales de la parte frontal del jardín seguían teniendo unas cuantas flores esplendorosas. La nieve que había caído el día del nacimiento de Pietrino solo había cuajado unas horas, y en esos primeros días de diciembre el sol volvía a refulgir como si quisiera saltarse el invierno y pasar directamente a la primavera.

—Esta pequeña ciudad está repleta de sorpresas —constató Tiziana cuando sus ojos de arquitecta por fin divisaron Villa Serena—. Eso del centro... debe de ser una vieja torre de vigilancia —comentó con sorpresa—. Seguramente luego construyeron la villa a su alrededor, *vero?*

—Exacto. El año pasado llevamos a cabo una pequeña reforma —explicó Angela señalando hacia la práctica y al mismo tiempo elegante rampa de piedra natural con la que habían sustituido los viejos escalones para poder acceder mejor al vestíbulo de la villa—. Tess tuvo que someterse a una operación de rodilla y eso fue un motivo más que suficiente para adaptar la villa a las necesidades de su edad. Desde entonces hay un ascensor para que Tess ya no tenga que subir escaleras. Le encanta la torre, es donde pasa la mayor parte del tiempo. Además, mandé renovar los baños y unas cuantas cosas más.

—¿Te encargaste tú de dirigir las obras de la reforma? —preguntó Tiziana, y pareció como si a partir de entonces la mirara con otros ojos.

—Bueno, sí, con la ayuda de un arquitecto local —respondió Angela.

—De todos modos, no es cosa baladí —comentó Tiziana—. La rampa es fenomenal. Moderna, pero integrada a la perfección en la arquitectura histórica del edificio. ¿La diseñaste tú?

Angela asintió henchida de orgullo.

—En mi vida anterior, por decirlo de algún modo, trabajé en la empresa de construcción de mi difunto marido. Por eso no me resulta

tan difícil ocuparme de algo parecido.

—Eso no lo sabía... Me refiero al hecho de que ya hubieras estado casada... —dijo Tiziana mirándola con compasión—. Igual que Vittorio —añadió en voz baja—. Fue terrible que Sofia sufriera ese accidente.

Angela no supo qué decir ante eso. Estaban frente a la villa, brillaba el sol y los pájaros trinaban desde los árboles. En el aire flotaba el aroma que desprendía un cedro antiquísimo, cuyas ramas se extendían por encima de buena parte del tejado, y de repente pareció como si el tiempo se detuviera. En ese instante, Angela valoró todavía más esa preciosa vida que había encontrado tras el duro golpe del destino que había tenido que afrontar, así como la fortuna de haber hallado otro gran amor. «La vida continúa», le había dicho Peter poco antes de morir. Y su hija acababa de dar a luz a un bebé al que le habían puesto el nombre de Peter...

—¡Adelante!

Frente a la puerta abierta, Tess las recibió con una amplia sonrisa. Su corte bob plateado brillaba con la luz del sol invernal, y los ojos azul cobalto le refulgían de alegría.

—Os he visto desde la ventana. ¡Llegáis justo a tiempo para la cena! ¡Qué sorpresa tan agradable volver a verte, Tiziana! No sabía que estuvieras en Asenza.

—Me he decidido por fin a visitar la Villa de la Seda —le explicó la joven mientras saludaba a la anciana besándole las mejillas, tal como se estila en Italia. Había conocido a Tess en la memorable fiesta de cumpleaños de la principessa Costanza Fontarini en la que por fin había hecho público su compromiso secreto con Solomon Goldstein. La revelación había supuesto un verdadero escándalo del que su familia al parecer todavía no se había recuperado—. ¿No llegamos en un momento inoportuno? —quiso asegurarse Tiziana—. No tengo por costumbre presentarme en casa de la gente sin avisar, y menos a la hora de cenar...

—Tonterías —exclamó Tess mientras las invitaba a entrar—. ¡Emilia! —gritó la anciana. De inmediato se abrió una puerta de la que salió un aroma delicioso a carne y romero—. Tenemos dos invitadas más —anunció.

—*Benissimo* —exclamó la oronda ama de llaves con una amplia sonrisa—. Signora Angela, justamente hoy tenía la sensación de que

volvería a pasar por aquí de nuevo, por lo que me he animado a meter una pata entera en el horno. *Benvenuta, signorina* —añadió con afecto dirigiéndose a Tiziana—. Espero que le guste el cordero.

—¡Que si me gusta...!

—*Perfetto*. Pues ya me disculparán, pero tengo que ocuparme de la comida —se excusó Emilia antes de meterse de nuevo en la cocina.

—¡Qué mujer tan agradable! —exclamó Tiziana visiblemente sorprendida por la calidez del recibimiento—. ¿Cómo lo haces, Tessa? Mi madre siempre se queja de que el personal del servicio es huraño e incompetente.

—Bueno —empezó a responder la anfitriona, incapaz de reprimir una leve sonrisa—, que conste que no es mi intención criticar a tu madre, pero es cuestión de cómo se trata a la gente. De algún modo, Emilia y su hijo Gianni forman parte de la familia. Compartimos las alegrías y las penas. En resumidas cuentas: nos relacionamos de tú a tú.

Tiziana soltó un profundo suspiro.

—A mi madre no se le ocurriría hacer algo semejante jamás en la vida.

—La sobrina de Emilia, Fania, también es un tesoro —añadió Angela sabiendo que el ama de llaves estaría escuchándola atentamente con el oído pegado a la puerta de la cocina, ya que a pesar de todas sus cualidades también era bastante fisgona—. Se las está arreglando de maravilla con Nathalie y el bebé. No podría habernos venido mejor.

—Y ¿dónde está Nathalie?

—En la torre —explicó Tess tomando la delantera en dirección al ascensor.

—¿Podemos subir a verla sin más?

—Sí, no te preocupes. Fania se encarga de mantener el caos a raya —comentó Tess con una sonrisa mientras subían los dos pisos que separaban las habitaciones para los invitados de la planta baja.

Una vez arriba, Angela llamó a la puerta y enseguida se oyó la voz clara y alegre de Nathalie.

—¡Adelante! —exclamó, y cuando Angela abrió la puerta de inmediato le llegó el olor inconfundible a recién nacido, a leche materna y polvos de talco, aunque también apreció un matiz que no supo ubicar del todo.

—Traigo una visita —anunció Angela—. ¿Molestamos?

—¡Tizi! —exclamó Nathalie con alegría. Acto seguido, se levantó de la butaca floreada que Gianni le había subido desde el salón para que pudiera sentarse más cómodamente. Llevaba al bebé en brazos, envuelto en un fular de manera que solo le sobresalían los brazos y las piernas—. ¡Qué sorpresa tan agradable! Te presento a Fania —dijo señalando a su nueva amiga—. No sé lo que haría sin ella.

Fania se puso colorada con una mezcla de orgullo y vergüenza.

—Y esta es Tiziana —prosiguió Nathalie—, una arquitecta realmente fenomenal que es todo un modelo para mí. —El pequeño empezó a quejarse y Nathalie le lanzó una mirada cargada de afecto —. Mira, Tiziana, te presento a mi hijo. Se llama Peter, pero aquí todos lo llaman Pietrino. ¿A que es precioso?

—Es sencillamente maravilloso —replicó la arquitecta con una sonrisa radiante mientras contemplaba al pequeño, que a su vez la observaba con los ojos como platos y la boca abierta—. ¿Puedo cogerlo?

—Por supuesto —respondió Nathalie, que acto seguido procedió a pasárselo con sumo cuidado.

Tiziana lo meció con suavidad mientras chasqueaba la lengua, algo que pareció gustarle bastante al bebé, puesto que empezó a agitar los bracitos sin demasiada coordinación.

Cuando Tiziana le tocó una palma, se aferró a su dedo con fuerza.

—Mira —exclamó Tiziana encantada—. ¡Me ha agarrado! ¡Creo que le caigo bien!

Las mujeres se rieron y renunciaron a explicarle a Tiziana que ese gesto era una reacción instintiva en los bebés de esa edad tan temprana. Fania se apresuró a recoger un par de cosas que habían quedado tiradas por el sofá y, con la ayuda de Angela, acercó uno de los sillones club, de manera que todas pudieran sentarse. Luego se abrió la puerta y Gianni entró con una botella de jerez y unas copas en una bandeja.

—Mi madre ha pensado que tal vez les gustaría tomar el aperitivo aquí arriba —anunció mientras dejaba la bandeja sobre una mesita—. Dentro de diez minutos estará lista la cena, por cierto.

—Una idea genial. ¡Gracias!

Tess sacó el tapón de cristal de la botella y llenó tres copas para Angela, Tiziana y para sí misma. Nathalie y Fania, en cambio,

tomaron un refresco sin alcohol.

Angela se reclinó en su asiento y contempló a su hija mientras esta le explicaba el dramático parto a Tiziana.

—Todo el mundo me había dicho que un parto como ese dura una eternidad —explicó—. Pero mi pequeño decidió que no tenía por qué. En cuestión de una hora ya estaba fuera, ¿verdad, mamá?

—En realidad, ni siquiera tuve tiempo de mirar el reloj —afirmó Angela sonriente.

—Cierto —convino Nathalie alegre. A continuación se puso seria y contó cómo Carmela la había ayudado con sus manos mágicas—. Es muy mayor. Debe de tener al menos ochenta años.

—Setenta y nueve —la corrigió Angela.

—Y unas manos que parecen garras —prosiguió Nathalie impertérrita—, pero cuando me estuvo amasando la barriga con aquel aceite, de repente todo resultó mucho más llevadero.

Nathalie relevó a Tiziana para sostener a Pietrino, puesto que el bebé había empezado a quejarse de nuevo. A continuación se levantó el jersey, abrió el sujetador para lactancia y se lo acercó al pecho. Lo hizo todo con tanta naturalidad que Angela se quedó realmente asombrada.

—Y ¿cómo estás ahora? —quiso saber Tiziana—. Nunca había oído hablar de un parto tan rápido. ¿Todavía te duele?

—Uf, sí, te lo aseguro —respondió Nathalie con una mueca—. Pero me masajeo la barriga a diario con el aceite que me dio Carmela y tengo la sensación de estar recuperándome de la dilatación.

—¿Todavía te queda aceite?

—Sí, mamá —respondió Nathalie con una sonrisa—. Carmela le dio una botellita a Maddalena para que me la trajera. ¿No te parece amable por su parte?

«Por eso huele tanto a hierbas aquí», pensó Angela. Nathalie se volvió de nuevo hacia Tiziana y de repente pareció como si la asaltara la vergüenza.

—Quería preguntarte una cosa —empezó a decirle con una mirada insegura—. Pero dime que no sin problemas si no te parece bien, ¿de acuerdo? ¿Me lo prometes?

—¿De qué se trata? —preguntó Tiziana mirándola con cariño.

—Quería preguntarte si te gustaría ser la madrina de Peter —dijo Nathalie con el rostro sonrojado y mordiéndose el labio inferior.

Una sonrisa radiante apareció en el rostro de Tiziana.

—¿Quieres que sea su madrina? ¿De verdad? —exclamó poniéndose en pie de un salto para darle dos besos en las mejillas a Nathalie—. ¡Claro que sí! ¡Con mucho gusto! ¡Será todo un honor!

La larga cabellera de Tiziana cayó como una cortina por encima de la carita del bebé mientras seguía mamando. Indignado, empezó a llorar. Sin embargo, su futura madrina, tan temperamental como siempre, le llenó la frente de besos hasta que el lactante se olvidó de llorar y se quedó mirando, fascinado, los bonitos rasgos faciales de Tiziana.

Durante la cena, que Nathalie tuvo que interrumpir de nuevo para amamantar a Peter, estuvieron conversando sobre los últimos proyectos de obra de la arquitecta.

—En estos momentos estoy trabajando en un concurso —explicó, y Nathalie levantó la cabeza con genuino interés— para una biblioteca pública en un barrio periférico de Roma —añadió antes de probar la pata de cordero que había preparado Emilia, tras lo cual cerró los ojos con fruición—. Este cordero está delicioso —aseguró justo cuando Emilia servía una fuente de la polenta gratinada que tanto le gustaba a Nathalie—. No entiendo cómo puede cocinar tan bien, Emilia. ¡Es un verdadero misterio para mí!

Halagada, la cocinera agradeció los elogios y le sirvió a la invitada otro pedazo de carne especialmente tierno.

—Cuéntanos más sobre ese concurso —le pidió Nathalie, puesto que también quería ser arquitecta.

—Mi madre nació en Roma —prosiguió Tiziana—, y ha movido un par de hilos entre sus contactos, de manera que sé quién formará parte del jurado.

«Ay, así son estas cosas», pensó Angela mientras Tiziana mencionaba una serie de nombres de expertos internacionales de la escena arquitectónica. El hecho de que la familia de Tiziana estuviera tan bien conectada sin duda le beneficiaba en los negocios.

—Mi proyecto, además de facilitar el servicio de préstamo y de incluir las habituales salas de lectura, también concibe espacios para celebrar eventos culturales —prosiguió la arquitecta—. Esa parte de la ciudad es una de las más delicadas desde el punto de vista social. Por eso creo que una biblioteca debe cumplir otras funciones, sobre todo para la gente joven.

—De pequeña siempre soñé con algo semejante —intervino Fania, aunque de inmediato se sonrojó por completo al ver que las demás la miraban con sorpresa.

—Sí, espacios como esos pueden cambiar vidas —comentó Tiziana con aire reflexivo, y a continuación tuvo lugar una conversación relajada en la que también participó Tess.

—Si te apetece, puedes venir a verme al estudio que tengo en Venecia —le dijo Tiziana a Nathalie después de rechazar el postre, para gran decepción de Emilia—. Cuando te encuentres mejor, por supuesto. Pero te enseñaré el proyecto con mucho gusto.

Nathalie esbozó una amplia sonrisa y le aseguró que acudiría a verla. A continuación, se retiró junto con Fania a su reino particular, no sin antes llevarse dos raciones de tiramisú, una para ella y otra para su amiga.

—Qué velada tan agradable —comentó Tiziana con los ojos resplandecientes mientras se despedía de Tess—. *Grazie mille*. ¿Sabes, Tessa? Estaba completamente desesperada cuando hemos llegado esta tarde. La pobre Angela podría escribir una canción con todo lo que le he estado contando entre lágrimas. Pero ahora me siento mucho mejor. Y ¡ha sido gracias a ti!

—No te dejes intimidar por tu madre —le aconsejó Tess, que ya conocía a la familia Pamfeli por su amiga Donatella—. Si te hacen la vida imposible en tu casa, ya sabes que aquí serás bienvenida. Y la próxima vez tráete a tu prometido, me gustaría mucho conocerlo en persona.

—Lo haré —aseguró Tiziana con un profundo suspiro—. Sol se alegrará mucho de saber que alguien lo recibirá con los brazos abiertos de todo corazón. Si las cosas siguen así, me temo que acabará regresando a Nueva York.

—Si te ama, aguantará lo que haga falta —afirmó Tess con seguridad—. Lo más importante es que te mantengas firme a su lado.

—Lo haré, Tessa —aseguró Tiziana, y Angela temió que se pusiera a llorar de nuevo en cualquier momento—. De verdad que lo haré.

—Todo esto es del anuncio que pusiste en el periódico —dijo Fioretta unos días más tarde tras dejar sobre el escritorio de Angela un montón

de correo, del que pescó un gran sobre de color marrón—. Y por correo electrónico han llegado todavía más solicitudes.

Era lunes y Angela acababa de pasar un fin de semana idílico en Venecia con Vittorio. El domingo se habían quedado en la cama hasta tarde y luego habían acudido a visitar la exposición del museo Guggenheim. Como de costumbre, el tiempo había pasado volando, demasiado rápido para su gusto.

—¿De verdad?

Angela contó doce sobres. Tal vez entre ellos encontraría a la modista que estaba buscando. Le habría gustado poder repasar las solicitudes enseguida, pero antes tenía que pasar por la tejeduría.

Le encantaba ese taller con los cuatro telares mecánicos del siglo XIX. Ya habían terminado la estola para la señora Whitehouse y en esos momentos debía de estar camino de Estados Unidos. Angela les mostró a sus empleadas la fotografía de otra clienta encantada, exhibiéndose envuelta en uno de los pañuelos de la Villa de la Seda, y enseguida se inició una discusión para determinar quién había tejido la pieza. Nola reclamó la autoría, pero Maddalena examinó la fotografía con mucho detenimiento.

—No, Nola, te equivocas —aseguró al fin—. Este pañuelo lo hizo Lidia.

De inmediato se hizo el silencio en la sala. El tema de Lidia era realmente delicado entre las tejedoras. Por difícil que hubiera sido su relación con aquella mujer tan combativa que la primavera anterior había decidido marcharse de la tejeduría para trabajar para el fabricante de seda Ranelli Seta, el máximo competidor de Angela, lo cierto era que sus antiguas compañeras la echaban de menos. Por suerte, Angela había conseguido reclutar a Nicola Coppola, que había dejado atrás su Nápoles natal para unirse al proyecto. El hecho de que este hubiera traído consigo su propio telar de jacquard, con el que se podían tejer intrincados motivos decorativos, había sido todo un golpe de suerte inesperado para la Villa de la Seda, puesto que esa clase de telares constituían una maquinaria de lo más exclusiva. Los motivos decorativos aparecían gracias a la utilización de unas tarjetas perforadas enormes que permitían controlar qué hilos de la urdimbre debían bajar o subir para que apareciera el patrón correspondiente. Cada una de esas tarjetas perforadas de varios metros de longitud generaba una decoración distinta. Nicola tenía una docena de ellas

con unos ornamentos extraordinarios, algunos de ellos procedentes del Renacimiento.

—Cuando hayamos terminado con los pedidos navideños —le explicó Angela a Nicola—, deberíamos crear un catálogo. Estaría bien tener una muestra de cada una de las tarjetas perforadas para poder enseñar las opciones disponibles a nuestros clientes.

Nicola frunció sus gruesas cejas y la expresión, junto con su pelo rizado, le confirió el aspecto de un joven obstinado.

—Cuesta muchísimo cambiar las tarjetas perforadas —objetó él —. Recuerde que hay que preparar una urdimbre nueva cada vez y eso significa días e incluso semanas de trabajo. Sería más práctico, y sobre todo más rentable, apurar la longitud máxima que permite el telar antes de llevar a cabo el cambio.

Angela asintió. Nicola tenía razón. Aunque, de ese modo, tardarían al menos un año en presentar todos los motivos decorativos disponibles. Pero dirigía una manufactura, no tenía sentido ser tan impaciente.

—De acuerdo, lo haremos así —decidió, tras lo que dio por terminada la reunión.

Cuando Maddalena, Nola y Anna retomaron la actividad poniendo de nuevo en movimiento sus telares, Angela le echó un breve vistazo a las piezas en las que estaban trabajando. Anna tenía una urdimbre de un rojo vistoso y alternaba un hilo de color amarillo oscuro con otro anaranjado, de manera que el resultado era un tejido de tonalidades vivas y llamativas. Nola remataba un pedido de color coñac, amarillo siena y sombra tostada que combinaba con un refinado patrón de cuadraditos. Maddalena, por su parte, tejía un pañuelo de un solo color rosa pálido y, aunque todavía lo tenía en el telar, Angela ya pudo apreciar lo cómodo y agradable que llegaría a ser. Porque nadie era capaz de conseguir resultados más suaves que los de Maddalena.

Luego Angela pasó por la puerta doble que daba a la sala contigua para controlar también el trabajo de los hombres de la Villa de la Seda: Stefano estaba sentado frente al gigantesco y agotador *omaccio*, que le permitía tejer anchuras superiores a las de los demás telares, mientras que Nicola operaba su telar de jacquard. Angela le pidió que le enseñara las tarjetas perforadas. Sus ojos bien entrenados eran capaces de visualizar la decoración resultante a partir de los

intrincados orificios del patrón, por lo que hizo una selección de las tarjetas que tendría que utilizar el tejedor durante el año siguiente. Si no tardaba mucho en conseguir una modista, Angela podría utilizar las telas también para la confección de sus diseños. Ya sentía un hormigueo estimulante en la punta de los dedos solo de pensarlo.

El resto de la mañana lo dedicó a revisar las solicitudes que habían llegado. Desgraciadamente, se vio obligada a descartar la mayoría de ellas al instante. Se preguntó cómo era posible que modistas dedicadas a realizar arreglos tuvieran el valor de presentarse para un puesto de dirección de un taller de costura exclusivo. Al fin y al cabo, en el anuncio había descrito con claridad todo lo que debían ofrecer las aspirantes: la modista tenía que acreditar experiencia trabajando con detalles minuciosos y tejidos de calidad, y demostrar también la capacidad de adaptarse a las indicaciones de diseño de Angela para crear los patrones. Al final solo quedaron dos aspirantes capaces de cumplir con los requisitos. Una era de Bassano di Grappa, y la otra de un pueblecito cercano.

Fioretta invitó a la primera a una entrevista al día siguiente. Angela le preparó un par de ejercicios para poner a prueba la habilidad requerida para manipular un tejido tan preciado como la seda tejida a mano. Decidió encargarle la conversión de un cuello según uno de sus diseños y hacerle coser un ojal para un botón. Por sencillas que pudieran parecer esas tareas, revelarían muchas cosas acerca de la habilidad de la modista. Si superaban esas pruebas de forma satisfactoria, les pediría a las aspirantes que cosieran un ribete, un bordadillo redondeado y un volante a una tela según su propio criterio. Para esos trabajos de prueba buscó en su arcón algunos restos de tela adecuados, ya que tenía por costumbre guardar hasta el último retazo de seda, por pequeño que fuera.

Una vez listo todo el material, se dedicó a hojear el cuaderno de esbozos en el que plasmaba las ideas que se le ocurrían para vestidos especiales. Cuando era joven había estudiado en la academia de arte y se había especializado en diseño textil. Durante muchos años había dejado esa ocupación en barbecho, pero se encontraba en un momento de la vida en el que no paraban de ocurrírsele ideas. Se moría de ganas de ver cómo los esbozos que acumulaba en su cuaderno por fin

se hacían realidad. Tenía ya en lista de espera once nombres de mujeres que deseaban que las vistiera para ocasiones especiales. Lo único que necesitaba era alguien con la experiencia y el talento necesarios para crear un *atelier* de moda.

Le llegaron unas voces desde el patio. Consultó el reloj y se dio cuenta de que ya había terminado la pausa del mediodía. Una vez más, el tiempo se había pasado volando. Tan solo esperó que Tess y las demás residentes de Villa Serena no la hubieran estado aguardando para comer.

Se puso en pie y salió a reunirse con los demás, como todos los mediodías, para tomar el café que Fioretta se encargaba de traerles del bar del hotel Duse. Por supuesto, ese día también había contado con Angela, por lo que había una tacita esperándola sobre la bandeja.

—Por cierto, mi hermana sabe coser muy bien —le comentó Nicola.

—¿Mariola? —preguntó Angela sorprendida—. Creía que era tejedora.

—También —afirmó Nicola como si fuera la cosa más normal del mundo.

—¿Tiene algún tipo de formación como modista?

Nicola negó con la cabeza.

—No. Pero es muy mañosa.

—¿Cómo está, por cierto? —quiso saber Angela—. Hace tiempo que no la veo.

Nicola se encogió de hombros.

—Creo que bien.

—¿Tiene todo lo que necesita, en la casita del jardín del signor Rivalecca?

—Allí arriba vive como una princesita —dijo Nola sin poder reprimirse—. El viejo la mima que da gusto.

—Echa de menos muchas cosas —objetó Nicola con un suspiro—, menos a ese *strunz di marito* —añadió en dialecto napolitano para referirse al marido violento del que había tenido que huir—. Más bien a nuestros padres, tías y tíos. Y por supuesto, su *Napule*.

Como siempre que se refería a su ciudad natal y la mencionaba con ese nombre cariñoso, la voz del tejedor sonó cargada de melancolía.

—¿Le gustaría regresar a casa por Navidad con su hermana? —

preguntó Angela. Sin embargo, el tejedor negó con la cabeza.

—Por mucho que nos apetezca, será mejor que lo dejemos. Edoardo no sabe que está aquí y es mejor que no se entere —añadió con un suspiro—. Por lo que me cuenta últimamente mi padre cuando lo llamo por teléfono, ese canalla ya tiene a otra.

Angela se quedó mirando a Nicola con consternación.

—¿Cree que a Mariola podría importarle eso? —preguntó.

—Espero que no —respondió Nicola con severidad—. En mi opinión, debería alegrarse de haberse librado de él de una vez por todas, después de cómo la ha tratado.

Angela asintió. Y de inmediato se propuso ir a ver a la joven cuanto antes.

3

La visita

Era la hora de la siesta cuando Angela empezó a subir la empinada cuesta que llevaba hasta la iglesia. Había refrescado y el termómetro apenas marcaba siete grados, el cielo estaba gris y caía una ligera llovizna. Angela tuvo que caminar con cuidado para no resbalar sobre los adoquines mojados. Tan solo esperaba que a su padre no le diera por salir de casa en un día como ese, pues le daba miedo que pudiera caerse. Vivía justo enfrente de la iglesia y del cementerio, en una de las casas más grandes de Asenza, una mansión que los habitantes de la ciudad habían bautizado como Palazzo Duse porque era el lugar en el que había vivido la famosa actriz Eleonora Duse.

Angela había decidido no postergar la visita que quería hacerle a Mariola y aprovechar la ocasión para pasar a ver también a Lorenzo. En uno de sus escasos arranques de generosidad, el anciano había decidido ofrecerle una casita que tenía en su vasto jardín a la napolitana, que había llegado en la última fase de su embarazo. Entretanto la chica ya había dado a luz a una niña en el hospital de Treviso. Angela se sentía mal por no haber vuelto a visitarla tras el alumbramiento, por lo que no sabía cómo le iban las cosas.

Se acordó justo a tiempo de que Lorenzo solía echar una siestecita a esas horas, por lo que no le pareció buena idea molestarlo. De ahí que Angela evitara llamar a la puerta principal y prefiriera acceder a la casita por el camino de tierra que recorría la amplia finca hasta la verja pequeña del jardín. Justo al otro lado, medio oculta por un frondoso arbusto de rododendro, estaba la casa que en su momento había servido para alojar al jardinero.

La portezuela de la verja de hierro, apenas visible entre unas camelias, se abrió con un chirrido. Las flores empezaban a brotar, una mata de color rojo y la otra blanca. Angela había descubierto aquella

pequeña construcción la primavera anterior, mientras buscaba una planta baja en la que pudiera vivir Carmela, puesto que después de pasar años trabajando como tejedora para la anterior propietaria, Lela Sartori, sufría de fuertes dolores en las caderas. Al final había encontrado una vivienda todavía más práctica, y Lorenzo Rivalecca, llevado por un impulso, había mandado reformar también la casita de su vasto jardín. Y ahí estaba, en medio de toda aquella vegetación invernal y todavía algo descuidada, con las paredes recién pintadas de blanco y azul grisáceo.

Pasó un rato desde que Angela llamó a la puerta hasta que por fin se abrió con cuidado. Una cara pálida y con los ojos amedrentados se asomó al exterior.

—Soy yo, Mariola. Perdone si la molesto. ¿Prefiere que vuelva en otro...?

—No, no —se apresuró a decir la joven. Tras ella, en el salón, se oían los gritos desaforados del bebé—. Por favor, pase. Pero... tendrá que disculpar el desorden. No estoy acostumbrada a recibir visitas... Bueno, es que nadie viene nunca por aquí.

Angela cruzó el cancel titubeando. La puerta del salón estaba abierta y enseguida le llegó el olor inconfundible de las casas en las que hay un recién nacido. Y también los chillidos.

Mariola regresó corriendo a la cuna que Nicola le había fabricado y cogió en brazos a la niña, que lloraba desconsolada. Angela se sintió incómoda, tenía la clara sensación de que Mariola necesitaba ayuda. ¿Cómo había podido dejarla sola durante las cinco primeras semanas tras el parto? Al fin y al cabo, Mariola solo conocía a su hermano en Asenza, y este se pasaba el día entero trabajando en la Villa de la Seda, por lo que no debía de ser precisamente la mejor persona para darle consejos sobre maternidad.

—Creo que la pequeña tiene cólicos —dijo Mariola desesperada mientras mecía al bebé en sus brazos con energía.

Tenía ojeras oscuras, y también una cicatriz rosada desde la ceja izquierda hasta la sien. ¿Se lo habría hecho su marido? Angela también tuvo la sensación de que Mariola había adelgazado desde la última vez que la había visto. Llevaba el pelo corto y rizado, muy parecido al de su hermano, completamente revuelto. Pedía a gritos una visita a la peluquería. En cualquier caso, Mariola parecía agotada. El pañal de tela que tenía sobre el hombro tenía manchas amarillentas

y por todas partes había trapos y toallas tirados. Cólicos... Angela conocía de sobra el problema. En su momento, Nathalie también los había sufrido durante los tres primeros meses. Después de la enfermedad de Peter, Angela no recordaba haber tenido una experiencia más angustiante que esa.

—Pobre... —exclamó, y sin planteárselo siquiera extendió las manos hacia el bebé. En un primer momento Mariola se mostró insegura, pero tras un leve titubeo le pasó el bebé—. Valentina —le dijo Angela a la niña, que tenía la cara colorada y los rasgos retorcidos en una mueca de sufrimiento—. Cómo duele, ¿verdad?

Mariola se apresuró a retirar un par de piezas de ropa que habían quedado tiradas sobre un sillón para que Angela se sentara. Con cuidado, esta le dio la vuelta a la lactante para colocarla boca abajo sobre su antebrazo izquierdo y cruzó las manos bajo su barriguita. Estuvo meciéndola de ese modo durante un rato, sin parar de apaciguarla con la voz. Los llantos se fueron extinguiendo poco a poco hasta que al final Valentina cogió aire, apoyó la cabeza sobre el pliegue del codo de Angela y, agotada, cerró los ojos.

—¿Ha comido algo hoy? —A Angela le resultó extraño hacer la misma pregunta que siempre le hacían a ella Tess o Emilia.

—Unas galletas saladas —respondió Mariola con la voz quebradiza. Todavía con la colada sobre el regazo, se había dejado caer sobre el sofá, entre la manta del bebé, el paquete de pañales y los cojines. Angela descubrió el paquete abierto sobre la mesita de café—. Debe de haberse llevado usted una impresión terrible de mí —susurró Mariola a punto de echarse a llorar—. Si mi madre viera cómo estoy, se pondría hecha una furia.

Angela negó con la cabeza.

—No, seguro que no —le dijo en voz baja—. Sin duda su madre intentaría echarle una mano. Tiene que ser horrible para usted sentirse tan sola lejos de casa. Su madre le cocinaría algo y la ayudaría con las tareas del hogar, además de darle consejos.

A Mariola empezaron a temblarle los labios hasta que no pudo seguir controlándose más y las lágrimas le corrieron por las mejillas. Rápidamente sacó dos pañuelos de papel de una caja que tenía preparada sobre la mesita de café y se sonó la nariz. Avergonzada, Angela pensó en la comodidad de la que gozaba su hija. Incluso tenía a una niñera que se preocupaba de que tanto a ella como al bebé no

les faltara nada, por no hablar de Tess y de Emilia, que estaban a su lado en todo momento.

—El signor Rivalecca manda que me traigan *minestrone* todos los días —susurró Mariola mientras se secaba las lágrimas—. Es muy amable por su parte. Pero eso le provoca gases a la pequeña. Por eso le he pedido a la *signora* que se ocupa de la casa que no me traiga más. Y ahora el *signor* se ha enfadado conmigo...

—¿Lorenzo Rivalecca? —preguntó Angela, sin saber muy bien si tenía que enfadarse con su padre o echarse a reír—. Pues no se lo tome a pecho. Da igual lo que diga, no tiene la menor idea de lo que supone ser madre y criar a un bebé.

—Lo hace con buena intención —se apresuró a añadir Mariola.

—Por supuesto que sí. No se preocupe, yo hablaré con él.

Valentina había empezado a llorar de nuevo. Con un espasmo replegó las piernas hacia el cuerpo. Tenía la barriga dura como una piedra. Angela tuvo muy claro que aquella posición no era la solución para los cólicos. Con un poco de suerte, solo podría aliviarla un poco. De forma instintiva, Mariola estiró los brazos hacia su hija y Angela se la devolvió. Entonces se dio cuenta de que tenía los pañales sucios.

—Si quiere, puedo ayudarla a bañar a la pequeña —propuso Angela, tras lo que se dio cuenta de que la joven madre se debatía entre sentimientos encontrados—. Confíe en mí —añadió Angela con una sonrisa—. ¿Puedo?

Mariola asintió y señaló hacia el cuarto de baño recién incorporado a la casa, puesto que originalmente solo había una pileta de zinc en la cocina y un retrete en el exterior.

—Si es tan amable de abrir el grifo para que se vaya calentando el agua...

Angela obedeció encantada. Mientras el agua tibia iba llenando la pequeña bañera de plástico, aprovechó para poner una lavadora con la ropa sucia que se había acumulado. Pensó en mandar a Fania para que ayudara a Mariola a ordenar la casa. No pasaría nada si Nathalie tenía que apañárselas sola durante un par de horas con Pietrino. Sin embargo, a la larga tendría que encontrar una solución, porque, si hasta el momento Mariola todavía no había sufrido la depresión posparto, tarde o temprano tendría que lidiar con ella.

Sumergida en el agua caliente, Valentina se calmó. Parecía claramente más relajada. Mariola también parecía más contenta

mientras lavaba a su hija y jugueteaba con ella. «Necesita compañía —pensó Angela—, es tan evidente como urgente.» Cuando por fin dejaron a la niña con un pañal nuevo y la ropa limpia sobre la cuna, Angela quiso saber si Mariola salía a hacer la compra.

—El supermercado de la parte nueva de la ciudad me queda bastante lejos —respondió avergonzada—. Y las tiendas del casco antiguo son caras.

Angela asintió.

—Pues anóteme todo lo que necesita —le dijo Angela—. Yo me ocuparé de que alguien se lo traiga a casa —aseguró pensando ya en hablar con Nicola. Tampoco sería exigirle mucho que de vez en cuando fuera a hacerle la compra a su hermana.

Mariola se la quedó mirando con aire pensativo.

—¿Por qué...? Quiero decir, ¿por qué hace todo esto por mí? —preguntó de nuevo con lágrimas en los ojos.

—Porque es lo correcto —respondió Angela con voz firme—. Siento mucho no haber venido antes a verla. De hecho, hace dos semanas he sido abuela. Mi hija Nathalie ha dado a luz a un niño...

—Sí, Nicola me lo ha contado —admitió Mariola, y Angela pudo verla sonreír por primera vez—. ¡Enhorabuena! —añadió.

—Gracias —replicó Angela sonriendo—. Pronto aprenderá a apañárselas. Quizá podría venir con nosotras y paseamos a los dos bebés juntas.

—Eso estaría bien —repuso Mariola, aunque la sonrisa desapareció de nuevo de su rostro y solo quedó una expresión acongojada.

—¿Qué ocurre? ¿Le preocupa algo?

—Que no tengo cochecito —reconoció la joven abochornada—. Por eso me resulta tan difícil salir a hacer la compra. Yo..., ¿sabe? Es que no he ganado nada de dinero desde que tuve que huir de casa —explicó, y tuvo que tragar saliva antes de continuar—. Y tampoco quiero ser una carga para mi hermano, compréndalo.

Angela asintió. Aquello sí que era pasar apuros de verdad. Tenía que hablar con Nicola cuanto antes. Pero también con Tess, quizá podría aconsejarla al respecto. Se despidió afectuosamente de Mariola y le prometió volver a visitarla pronto.

Ensimismada, cruzó a paso ligero el parque en dirección al Palazzo Duse. Seguro que Lorenzo ya se habría despertado de la siesta

en ese rato. Efectivamente, lo encontró frente al umbral de la casa, como si estuviera siguiendo con la mirada un coche que se alejaba haciendo chirriar los neumáticos. ¿Estaba levantando el puño en gesto amenazador? ¿Qué había sucedido? ¿Se había enfadado con un conductor descuidado? Angela se acercó apresuradamente a su padre.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué entras por la parte trasera como una ladrona furtiva? —le echó en cara a Angela nada más verla. Era evidente que tenía un día especialmente malo.

—He ido a ver a Mariola. Si llego en mal momento, ya nos veremos otro día.

—¡Vaya, vaya! O sea que pasas a ver a esa mocosa malcriada y a su escandalosa hija.

—Papá... —empezó a decir Angela con la voz firme—. No hables así de ella.

—Imagínate, resulta que no quiere mi *minestrone*. Pero, bueno, si no sabe apreciar mi generosidad es que tal vez...

—El bebé sufre cólicos por culpa de la *minestrone*.

—*Sciocchezze!* —exclamó el anciano—. Todo eso no son más que tonterías. ¡La sopa de verduras no era para el bebé! Mira que es tonta...

—Escúchame bien —le dijo Angela intentando no perder la paciencia con el anciano. Cielo santo, al fin y al cabo era su padre. Pero ¿por qué tenía que ser siempre tan severo con todo el mundo?—. Cuando una madre todavía está dando el pecho a su bebé y come algo que la deja hinchada, el bebé sufre cólicos. Y la pobre Valentina no para de llorar por culpa del dolor que le provocan esos cólicos. No puede ser que te parezca bien eso. ¿O sí?

Él le lanzó una mirada furiosa por debajo de las pobladas cejas. Era evidente que no sabía qué replicar.

—Será mejor que vuelva en otro momento —propuso ella.

—Ya que estás aquí —repuso él con aire de resignación—, haz el favor de entrar. De todos modos quería hablar contigo.

Sin esperar respuesta, el anciano se dio media vuelta y entró de nuevo en la casa. Angela lo siguió, no sin antes titubear un poco. Cuando Lorenzo Rivalecca estaba de tan mal humor, lo más recomendable era apartarse de él.

Soltando gruñidos de rabia y con paso firme, accedió a su despacho y dejó la puerta abierta, su peculiar manera de invitarla a

entrar.

Suspirando, Angela pasó también a aquella sala de la que, sospechaba, su padre apenas debía de salir. Y no porque al Palazzo Duse le faltara espacio, precisamente. Era una villa enorme con dos pisos por encima de la planta baja, que era lo único que Angela había llegado a ver de la vivienda. En aquel despacho, Lorenzo parecía tener todo lo que le parecía importante: el viejo sillón de orejas tapizado en cuero bovino; sus periódicos y revistas de viticultura, a las que todavía seguía suscrito a pesar de haber vendido los viñedos mucho tiempo atrás, y también un mueble bar bien provisto de aguardientes de producción propia, licores y otras bebidas alcohólicas selectas. Precisamente una de esas botellas fue lo que cogió nada más entrar. En las paredes había óleos y acuarelas que representaban sus antiguas propiedades. Para su sorpresa, Angela descubrió sobre la repisa de la chimenea, junto a la fotografía de su madre, Rita, otra que le había regalado hacía poco y que mostraba a Nathalie con Pietrino. Lorenzo la había colocado en un marco de plata.

Ese detalle le ablandó el corazón, y justo empezaba a sentir indulgencia por su padre cuando él volvió a dar rienda suelta a su mal humor.

—O sea, que ahora será culpa mía que esa chiquilla llore todo el rato. ¿En serio? ¿Es culpa mía? —exclamó, y Angela observó con preocupación lo colorada que tenía la cara—. ¡Fantástico! Al parecer yo tengo la culpa de todo.

—No es eso, escucha...

—¡No, escúchame tú a mí! —gritó Lorenzo dejando la botella con brusquedad sobre el mueble bar—. Ya estoy harto de todas vosotras, y con razón. Por lo que a mí respecta, esa chica y su hija pueden marcharse hoy mismo. No sé ni por qué siempre me dejo engatusar para hacer cosas que nadie con dos dedos de frente estaría dispuesto a aceptar. Alojar a napolitanos. Cederle a la vieja Carmela la casita de los viñedos. ¿Qué os habéis creído, que soy una institución benéfica?

Angela prefirió no responder nada, aunque en realidad echaba humo por dentro. No era un buen día, ella también notaba que no tenía toda la paciencia que sería deseable. Hasta el momento siempre había encontrado la manera de apaciguar a su padre, pero de repente se le acabaron las ganas de mostrarse razonable y diplomática.

—¿Sabes una cosa? —prosiguió Rivalecca con el mismo tono

furioso—. Voy a desalojarlas a las dos oficialmente, que lo sepas.

—La casita en la que vive Carmela me la regalaste —respondió Angela, a pesar de saber perfectamente que, teniendo en cuenta el humor en el que se encontraba su padre, no era el mejor momento para discutir.

—¡Sí! —gritó él—. Y ¿sabes por qué? Porque te haces pasar por mi hija. Eso lo vi claro cuando Nathalie dio a luz al niño. Resulta que nadie sabe quién es el padre. Y esa napolitana tampoco tiene padre para su hija. Y yo me pregunto: ¿cómo sé con seguridad que eres realmente hija mía? —preguntó alargando el cuello hacia delante y observándola con aquellos ojos verdes como si estuviera a punto de lanzársele a la yugular—. Lo mires como lo mires, no tiene ningún sentido. Por eso quiero que hagamos un test de paternidad.

—¿Un qué?

—Me has entendido a la perfección —repuso él—. Quiero saber de una vez por todas con quién estoy tratando antes de que te quedes con todas mis propiedades.

Aquello fue demasiado. Angela se puso en pie.

—Ya basta —dijo absolutamente furiosa—. Yo nunca he proclamado ser hija tuya. Fuiste tú quien salió con esa historia. Y ¿sabes una cosa? He vivido cuarenta y cinco años de mi vida perfectamente sin saber nada de ti y de tus cambios de humor. Por lo que a mí respecta, puedo seguir viviendo sin ti.

—Y ¿la Villa de la Seda?

—¿Qué quieres decir?

—¡Que también me la sacaste! Al menos eso es lo que va diciendo por ahí la gente.

Angela se quedó sin habla durante unos momentos. ¿Es que el anciano se había vuelto loco?

—La Villa de la Seda te la compré.

—Pero ¡por una parte de su valor! —repuso él a gritos. Angela vio con claridad cómo le latía la arteria en la sien—. Y solo porque Tessa me embaucó con toda esta historia. ¿Quién me puede demostrar que no se ha inventado todo eso de que soy tu padre? ¿Quién puede demostrar que...?

Angela ya había oído bastante. Sin mirar siquiera de nuevo a su padre, salió del despacho dando un portazo. Huyó de la villa corriendo por el jardín y cerró la verja de forja con otro sonoro

portazo. Cruzó apresurada la plaza de la iglesia y, cuando llegó al cementerio, se detuvo. El corazón le latía como si fuera a saltársele del pecho. Angela se apoyó en el muro. ¡Maldita sea! ¿Qué le pasaba a ese viejo cascarrabias? No lograba recordar la última vez que había estado tan fuera de sí.

El año anterior Angela había enfermado de gravedad. El corazón había empezado a latirle a su antojo a pesar de que los dos cardiólogos que la examinaron no conseguían detectar ningún fallo orgánico. Acabaron determinando que gozaba de buena salud. Solo a veces, cuando alguien le hacía daño de verdad, su corazón empezaba a hacer cabriolas.

Para apaciguarse, intentó convencerse de que no debía tomarse tan a pecho las palabras del anciano. Asenza entera estaba de acuerdo en que chocheaba de lo lindo. Lorenzo Rivalecca era un marginado, y en esos momentos Angela comprendía perfectamente por qué. Cada vez que alguien se le acercaba de un modo afectuoso, él reaccionaba como acababa de hacer con ella, o sea que tampoco tenía por qué extrañarse. Le pareció una suerte que no le hubieran contado a nadie el presunto parentesco que los unía. Y si el viejo creía que ella simplemente se olvidaría de lo ocurrido y lo perdonaría como hacía siempre, estaba muy equivocado. Esa vez había ido demasiado lejos. No pensaba hacerse jamás una prueba de paternidad, por mucho que se le hubiera metido en la cabeza al signor Rivalecca.

Poco a poco consiguió apaciguar los latidos de su corazón y su cuerpo recuperó las fuerzas. Se puso a lloviznar de nuevo cuando Angela empezó a bajar la cuesta hacia la Piazza della Libertà. Saludó impasible a un par de conocidos que, a pesar de la lluvia, habían salido del bar del hotel Duse para fumar. Por la calle se encontró con Gabriella, la esposa del alcalde, que era amiga de Tess. Acababa de salir de la peluquería y se quejaba de que el tiempo le estropearía el magnífico peinado que le había hecho Edda. Angela respondió con un monosílabo y se dirigió hacia su casa. Aunque esa tarde no había trabajado, estaba absolutamente agotada cuando por fin abrió la puerta. La verdad era que las palabras de Lorenzo la habían herido más hondo de lo que estaba dispuesta a admitir.

—¿Un cuello?

La aspirante para el puesto de modista en el *atelier* de moda se quedó mirando a Angela perpleja. Esta se dio cuenta enseguida de que aquella mujer desgreñada y con manchas de sudor en las axilas no era la más adecuada para el puesto.

—Sí, un cuello —repitió Angela, armada de paciencia, mientras señalaba el esbozo detallado que le había proporcionado—. Si quiere trabajar para mí tendrá que crear patrones basados en dibujos como este para confeccionarlos.

La aspirante negó con la cabeza.

—En mi vida había oído algo semejante —dijo con obstinación—. Yo sé coser si me dan los patrones. Pero crearlos a partir de un simple dibujo...

—Gracias —dijo Angela poniéndose en pie—. La llamaré dentro de unos días para informarla de mi decisión. Fioretta, ¿serías tan amable de acompañarla hasta la puerta?

La mujer se la quedó mirando desconcertada por unos momentos. Luego pareció comprenderlo, cogió su abrigo y su bolso, y con el rostro avinagrado siguió a Fioretta hasta el patio.

—Supongo que no tenía ninguna opción —dijo Fioretta cuando regresó al despacho—. Aunque la verdad es que lo que le has pedido me parece bastante difícil —afirmó la joven mientras observaba el esbozo—. ¿Realmente hay gente capaz de hacer estas cosas?

Angela no pudo evitar reírse.

—Sí —respondió—. Yo misma, por ejemplo. Y cualquier modista que no se limite a los trabajos más tradicionales. Aunque tienes razón, por supuesto. No es fácil encontrar a gente capaz de algo así.

No solo había puesto el anuncio en los periódicos de la zona de Asenza, sino también en los de Venecia, Padua, Vicenza, Milán e incluso Florencia. Pero ¿quién querría abandonar semejantes ciudades para trabajar en provincias? En cualquier caso, hasta el momento de esos lugares solo habían llegado solicitudes de mujeres sin la cualificación necesaria para el trabajo.

—Tal vez la que esperamos pasado mañana sea la adecuada —dijo Fioretta para intentar animar a su *padrona*.

—Estaría bien —repuso Angela con un suspiro antes de darle la tarde libre a Fioretta.

La lluvia había remitido y Angela salió al patio. Esos días, la morera había perdido las hojas. Gianni había acudido desde Villa

Serena y se había llevado todo el follaje en sacos. El aire era templado y húmedo, y sobre las ramas peladas se había congregado una bandada de pájaros que apuraron las últimas moras secas entre vivaces trinos. ¿Y si eran aves migratorias que habían hecho una parada en su camino hacia el sur? Los nutritivos frutos de la morera, como bien sabía Angela, les proporcionaban muchas vitaminas y minerales, además de reforzar el sistema inmunitario de las aves. De repente, la bandada de pájaros alzó el vuelo por encima del tejado de forma escandalosa. Mimi, la gata de pelaje plateado de la Villa de la Seda, los había ahuyentado con su presencia, puesto que había saltado sigilosamente sobre el banco que rodeaba el tronco.

Desde el taller todavía se oía el traqueteo rítmico de un único telar. Angela conocía lo suficientemente bien el sonido para saber quién estaba tejiendo, puesto que sabía diferenciar los telares por el ruido que hacían. Quien todavía estaba trabajando hasta tarde era Nicola. Angela regresó a su despacho para revisar los últimos pedidos y aguzó el oído para comprobar si todavía se oía el traqueteo. Cuando por fin se detuvo, cerró el despacho y subió a la tejeduría.

En esos momentos, Nicola estaba trabajando en un pedido del interiorista napolitano Ruggero Esposito. Los dos hombres se conocían desde hacía muchos años, puesto que antiguamente la tejeduría de la familia de Nicola había sido una imponente manufactura con doce telares. Sin embargo, en los últimos años algunos de sus primos habían sucumbido a la tentación de vender sus instrumentos de trabajo al fabricante de seda veneciano Ranelli Seta, que también había reclutado a tres de ellos tal como había hecho con Lidia. Al final solo había quedado Nicola y, al ver que solo no podría mantenerse a flote económicamente y después de dudar un poco, había decidido abandonar su tierra natal para trabajar en la Villa de la Seda. Posteriormente, el tejedor napolitano había traído también a su hermana Mariola para protegerla de la conducta agresiva de su marido.

Y justamente ese era el motivo por el que Angela quería hablar con él.

—*Buonasera* —lo saludó—. ¿Todavía trabajando a estas horas?

Nicola estaba extendiendo una sábana para proteger la seda terminada que se acumulaba en el rodillo del telar.

—Quería terminar esto —explicó él señalando hacia la tela beige

con motivos decorativos renacentistas dorados.

—Ruggero quedará encantado.

—Eso espero —replicó Nicola con una sonrisa—. Pero seguro que no ha subido solo para elogiar mi trabajo, ¿verdad?

Angela correspondió a la sonrisa.

—No, tiene razón. Ayer fui a visitar a su hermana y me llevé la impresión de que no le van precisamente bien las cosas allí arriba, en la casita.

En el fondo, Angela temía que Nicola pudiera contarle que Lorenzo ya la había echado de allí, aunque el tejedor se limitó a guardar silencio con el ceño fruncido.

—Pero si la casita es ideal —afirmó él—. Estamos muy contentos de que pueda vivir allí con el bebé.

—Claro —replicó Angela—. Es solo que está totalmente sola con su hija. Usted mismo ha dicho que echaba de menos su tierra natal, y me parece comprensible. Es la primera vez que Mariola da a luz, ¿verdad? —preguntó, ante lo que Nicola asintió—. Todas las mujeres necesitamos ayuda y apoyo en esa situación. Hoy le he enviado a Fania para que la ayude un poco con las tareas del hogar, pero quería pedirle si podría hacerle la compra en el supermercado de vez en cuando. Necesita pañales y otras cosas para la niña. Y comida, por supuesto. Eso no debería ser ningún problema para usted, ¿verdad?

Nicola negó con la cabeza. No obstante, parecía disgustado.

—En casa, Mariola siempre ha llevado las tareas de un modo ejemplar —explicó enojado—. No comprendo por qué de repente resulta que necesita ayuda.

—Estoy segura de que es una buena ama de casa —aseguró Angela para intentar calmarlo—. Pero tener un bebé es una situación demasiado excepcional para cualquier mujer. Valentina sufre cólicos. ¿Sabe usted lo que eso significa? —preguntó, ante lo que Nicola negó con la cabeza a regañadientes—. Significa que el bebé llora sin parar durante horas por el dolor de barriga. Eso es lo que significa. Mariola apenas puede dormir y está tan preocupada que ni siquiera se acuerda de comer como es debido. Créame, sé de lo que hablo porque padecí lo mismo cuando tuve a mi hija. Por tanto, le rogaría que no le reprochara nada a su hermana, y que en lugar de eso intente ayudarla.

El tejedor asintió algo avergonzado.

—¿Qué tienen previsto hacer durante las Navidades? —preguntó

Angela.

Nicola levantó la mirada con sorpresa.

—Anna me ha preguntado si quería celebrarlas con ella y con Giulia —respondió con voz apocada y sonrojándose enseguida.

«Ajá —pensó Angela—. O sea, que por ahí van los tiros».

—Aunque la verdad —prosiguió él titubeando— es que Nola también me ha invitado. Pero no quisiera ser una carga para ella también durante las Navidades. Ya me parece suficiente que tenga la generosidad de dejarme vivir en su casa.

—Ella y Fioretta —lo corrigió Angela benévola, sabiendo que Fioretta también se moría por los huesos del napolitano.

Nicola sonrió con actitud apocada.

—Sí, la verdad es que todas son muy amables conmigo.

—¿Anna ha pensado en invitar también a su hermana y al bebé? —preguntó Angela. Él se quedó de piedra, era evidente que ni siquiera había pensado en ello—. Nicola, en el fondo no me concierne nada de esto —prosiguió Angela con cordialidad—, pero no puedo simplemente cerrar los ojos ante el hecho evidente de que su hermana se está marchitando allí arriba, sola en esa casita.

—Al fin y al cabo, es culpa suya —soltó el joven sin poder evitarlo—. Desde el principio le advertí que tenía que apartarse de ese bruto. Y no fui el único, toda la familia se lo decía. Y ¿cree usted que la muy tonta se dignó escucharnos? Por supuesto que no. Se casó con él a pesar de todas las objeciones. Ahí es donde empezó esta situación miserable. Nicola esto, Nicola lo otro. Nicola, me pega. Nicola, haz algo. Hablé con él una vez y luego otra más. Al final tuve que pegarle una paliza para ver si así lo comprendía, pero no sirvió de nada. Y ella, en lugar de romper con él de una vez por todas, encima va y se queda embarazada —explicó el tejedor, tras lo cual se pasó las manos por el pelo rizado—. Después de todo he conseguido sacarla de ahí, signora Angela. Y ahora...

—Nicola Coppola —dijo Angela en voz baja, pero mirándolo fijamente a los ojos—. No tengo la menor duda de que tiene usted toda la razón. Pero eso no cambia el hecho de que aquí usted sea el cabeza de familia. Dígame una cosa: ¿qué dirían sus padres si pudieran ver a Mariola tal como está ahora, llorando todo el día, desesperada por el hecho de estar sola con el bebé? ¿Qué le aconsejaría su padre? ¿O su bisabuelo, ese por el que tanto aprecio

siente usted? ¿Que se fuera con sus compañeras de trabajo a celebrar las Navidades y dejara solas a su hermana y a su sobrina? ¿Cree de verdad que eso les parecería bien? Yo creo que más bien le dirían algo como «Nicola, ayuda a tu hermana y ejerce de tío de tu sobrina. Encárgate de hacer la compra por ella, cuídalas y consuela a Mariola cuando la veas triste». ¿No le parece?

Nicola bajó la mirada. Parecía que se había quedado absolutamente fascinado con la visión de sus propias manos.

—Tiene usted razón —reconoció él en voz baja—. Tiene toda la razón. Me ocuparé más de ella.

—Me alegro de oírlo —respondió Angela con amabilidad—. Y si tanto usted como Mariola necesitan algo, simplemente vengan a pedírmelo. Yo también estoy dispuesta a echarles una mano, y no son palabras vacías. ¿Me lo promete?

Nicola asintió. Luego se puso en pie y le tendió la mano.

—*Grazie* —dijo él—. Es usted una verdadera *padrona*.

—¿Cuál es el problema? Simplemente que baje a comer aquí —dijo Tess, que al parecer lo veía muy claro—. De todos modos, Emilia está cocinando la dieta perfecta para una madre que esté amamantando, y tanto da si tiene que preparar un plato de más o de menos.

—Oh —exclamó Emilia con tono mordaz—. ¿Quién habría pensado que a estas alturas me encargaría de alimentar a los pobres?

—Vamos, Emilia —reaccionó Tess—. ¡Que tampoco es pedir mucho!

—Claro que puede venir. ¿Cómo se llama? ¿Mariola? Será divertido —convino Nathalie—. Así mi pequeño tendrá una compañera de juegos desde el principio —añadió mientras se servía con una rapidez inusitada una porción enorme de *cannelloni* aprovechando que Pietrino dormía en el balancín que le había regalado Tess. En cualquier momento podía volver a despertarse y empezar a pedir el pecho de nuevo, por lo que Nathalie aprovechó esa calma previa a la tempestad para darse un atracón.

—Bueno, no lo sé —se atrevió a intervenir Fania. Desde que Angela había sacado el tema, parecía disgustada—. A mí no me dio precisamente muy buena impresión. Deberían haber visto cómo lo tenía todo allí arriba.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Angela con severidad, y Fania agachó la cabeza enseguida—. Supongo que la tiene más o menos igual que como la tendría Nathalie si no gozara de tu inestimable ayuda.

—Oh, sí, sin Fania no sé cómo me las arreglaría, la verdad —reconoció Nathalie apartando el plato vacío y reclinándose sobre el respaldo de la silla, agotada—. Y sin su fantástica comida tampoco, Emilia —añadió mirando a la cocinera con una amplia sonrisa que claramente consiguió derretir su actitud reticente—. Y tú... —prosiguió poniéndose en pie y besando a la anfitriona en la mejilla— eres simplemente la mejor. Si no tienes nada en contra..., me gustaría conocer a Mariola y a su hija. Las madres jóvenes tenemos que mantenernos unidas.

—Pronto llegará la Navidad —comentó Tess con una sonrisa—. Y como dice el villancico, «¡Venid, niñitos!».

—Amén —repuso Nathalie antes de levantar al pequeño Peter del balancín, puesto que se había despertado ya y pedía a gritos saciar su hambre.

—¿Ayer fuiste a ver a tu padre?

Tess había convencido a Angela para que la acompañara al invernadero a tomar una última copa cuando las chicas y el niño se hubieron retirado ya a la vivienda de la torre. En la construcción que cubría la antigua terraza hacía fresco, por lo que las dos se habían tapado con mantas de pelo de camello una vez instaladas en las butacas de mimbre.

—¿Cómo lo sabes?

Tess soltó una risita.

—En Asenza no se puede ocultar nada. El ama de llaves de Lorenzo le ha contado a Emilia que oyó gritos en el despacho.

Angela se rio, aunque por dentro sentía amargura.

—Bueno, y ¿qué hay de especial en ello? Lorenzo se pasa el día gritando.

Tomó un buen trago del whisky americano de Tess pensando que, si Lorenzo pudiera verla, le daría otro ataque de rabia. Odiaba a muerte ese «brebaje degenerado», que es como solía llamar al bourbon. Y realmente Angela coincidía con él. Puestos a tomar una

copa de alta graduación, prefería sin duda alguna los brandis de su padre.

—Tiene de especial que tú respondiste con más gritos.

Angela soltó un gemido.

—Es que me puso de los nervios.

Tess se rio de nuevo.

—Bienvenida al club.

—¿Sabes qué se le ha metido ahora en la cabeza?

—Quiere hacerse una prueba de paternidad.

Angela se la quedó mirando con los ojos como platos y luego negó con la cabeza con resignación.

—Esa mujer debía de estar con el oído pegado a la puerta —comentó Angela enojada.

—¡No! Matilde no hace esas cosas —objetó Tess ajustándose la manta para que le envolviera del todo los pies—. Lo sé porque me lo ha contado Lorenzo —admitió, y al ver la cara de sorpresa de Angela decidió explicarle las circunstancias—. Después de oír lo que me ha contado Emilia he subido a verlo. No es que esté precisamente bien, después de vuestra... conversación.

—Le hacemos demasiado caso —dijo Angela mientras contemplaba el color del líquido que tenía en el vaso—. Y para que quede bien claro: no me someteré a una prueba como esa. No pienso hacerlo, ¿sabes por qué? —preguntó al ver que Tess la miraba con las cejas arqueadas—. Porque me da completamente igual si es mi padre o no.

—¿De verdad?

—¡Tess! —exclamó Angela incorporándose en su sillón indignada —. ¡No me digas que te parece bien lo que propone! No me apetece nada perder el tiempo cediendo a cada capricho que se le antoja. ¡No tienes ni idea de la cantidad de cosas que me reprochó!

»Me trata como si fuera una de sus propiedades. Incluso se ha atrevido a afirmar que me había propuesto desplumarlo. Y que me vendió la Villa de la Seda por debajo de su valor. ¡No, de verdad, Tess! —Se reclinó de nuevo en el respaldo y vació el vaso de un trago antes de proseguir—: Si tiene dudas de que realmente sea su hija, es su problema. No es que me lo haya buscado precisamente, eso de tener como padre a un chiflado como él. Por lo que a mí respecta, ya puede...

—Angela —la interrumpió Tess en voz baja—, comprendo que estés furiosa. Yo también lo estaría en tu lugar. Es un idiota de concurso, eso ya lo sabemos todos. Y tu madre seguramente hizo lo correcto cuando lo dejó. Pero te juro que es tu padre. No necesito ninguna prueba de paternidad para saberlo.

Angela cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó mirando un cactus al que parecía sentarle de maravilla vivir en el invernadero de Tess.

—No me apetece seguir hablando de Lorenzo Rivalecca —dijo Angela al fin—. Por favor, dile que no volveré a visitarlo. ¡Maldita sea, que se coma solo su *minestrone*!

—Pero ¡Angela! No sabes lo mucho que espera que vayas a verlo y...

—No, Tess —la interrumpió Angela—. Ha superado una línea roja y me ha herido de verdad. Si no se disculpa por todos los reproches que me ha hecho, no pienso volver a dirigirle la palabra —concluyó, tras lo que se dio cuenta de que su amiga la estaba contemplando con verdadera fascinación—. ¿Qué pasa? —preguntó desconcertada.

—Bueno, pues que, si había la mínima duda de que fueras su hija, ahora ya puedo estar segura al cien por cien.

Angela vació los pulmones de aire de un soplo y negó la cabeza con una sonrisa de soslayo.

—Ay, Tess —exclamó con un profundo suspiro—. ¿Por qué tienen que ser tan complicadas las relaciones de familia?

4

El modelo

Elena Alberti hizo rugir la máquina de coser. Puntada a puntada, los ribetes aparecían entre sus manos con costuras precisas. Ya había terminado de forma satisfactoria el dobladillo redondeado. Si demostraba ser capaz también de coser el cuello, probablemente sería la candidata adecuada para los planes de Angela.

El año anterior Angela había equipado una de las salas del edificio que quedaba debajo de la tejeduría como lugar de trabajo provisional. Allí era donde se dedicaba a coser, siempre que tenía tiempo, algún que otro vestido para Nathalie o para sí misma y, excepcionalmente, también para alguna que otra clienta. Rodeada de vetustos cachivaches que se habían acumulado allí antes de que ella adquiriera la Villa de la Seda, en esos momentos era Elena Alberti quien estaba sentada frente a una mesa enorme que había sido de Peter. Y justo allí era donde Angela planeaba alojar el *atelier* de moda.

Angela dejó sola a la modista para que pudiera concentrarse en el borrador del patrón para el cuello. No quería poner nerviosa a la aspirante mirándole los dedos en todo momento.

Ya en su despacho, revisó de nuevo la documentación que había presentado Elena. Tenía treinta y dos años, vivía en Montebelluna, donde había estado trabajando como modista en su propio taller de costura durante nueve años. Había tenido que cerrarlo hacía poco, al parecer porque ya no le salían las cuentas. Elena había superado el examen de maestría doce años antes y desde entonces había trabajado por su cuenta. Estaba divorciada y su hijo vivía con el padre.

En algún momento, su mirada recayó en el espejo. Desde que había extraviado el cepillo redondo con el que siempre se cepillaba el pelo, no se sentía nada a gusto con su peinado, por lo que se propuso pasar a ver a Edda esa misma tarde para comprarle uno nuevo.

Sonó el teléfono y resultó ser la marchesa Donatella Colonari, la tía que Vittorio tenía en Roma, quien, además, era amiga íntima de Tess. Entre todas las mujeres pertenecientes a la nobleza que Angela había conocido hasta el momento, le parecía la más simpática con diferencia.

—Angela, tesoro —le dijo tras un rato de charla para ponerse al día de las últimas novedades—, entre Nochebuena y Nochevieja celebraremos como todos los años un baile de beneficencia. Me preguntaba si podría llevar ese vestido que te encargué hace unas semanas. ¿Te acuerdas?

—Por supuesto —respondió Angela—. Ya decidimos el color, un rojo frambuesa muy bonito —comentó mientras buscaba rápidamente en la carpeta del encargo las notas que había guardado.

—Ya te mandé las medidas que me pediste —le oyó decir a la *marchesa* en un tono de voz benevolente, pero que, sin embargo, revelaba cierta impaciencia. Angela comprendió enseguida que el vestido tendría que estar listo para el baile si no quería que Donatella dejara de verla con buenos ojos.

—¿Qué día será el baile exactamente? —preguntó Angela, y acto seguido anotó la fecha en su agenda: el 29 de diciembre. La verdad era que había pensado tomarse unos días libres entre Nochebuena y Nochevieja—. ¿Quieres que vaya a Roma para probártelo? —preguntó Angela, y los pelos de la nuca se le erizaron con solo pensarlo. Quizá habría alguna posibilidad de ahorrarse el trajín...—. ¿O tal vez tenías pensado venir a Venecia para visitar a Costanza?

—Costanza está de viaje —respondió Donatella Colonari—. Por lo que sé, pasará también las fiestas navideñas con su nieto, en Estados Unidos.

«Bueno es saberlo», pensó Angela sorprendida.

—Claro, ¿cómo he podido olvidarlo? Bueno, pues en ese caso iré dos días antes del baile, si te parece bien. Así me quedará tiempo en caso de que sea necesario hacer algún arreglo de última hora.

—*Perfetto!* —exclamó Donatella con gran satisfacción—. No sabes las ganas que tengo de volver a verte. Por supuesto, puedes quedarte en la vivienda que reservamos para los invitados. Ni se te ocurra reservar un hotel.

Dicho esto, fijaron una fecha concreta y se despidieron afectuosamente.

La tela de color frambuesa... Angela se acordaba de que Orsolina ya había teñido el hilo para confeccionarla desde hacía tiempo, al fin y al cabo había verificado el tono en persona. Lo que no tenía nada claro en esos instantes era que la tela ya estuviera tejida. Con toda la agitación que había rodeado a Nathalie, se había mantenido más alejada que de costumbre de la Villa de la Seda. Mandó a Fioretta a la tejeduría para que averiguara qué había sido de ese hilo frambuesa mientras ella pasaba a ver cómo le iba a Elena Alberti con el cuello que le había encargado coser. Tenía mucho trabajo por delante. Pensándolo bien, no tenía más remedio que intentarlo con aquella modista.

Entretanto, Elena Alberti ya había confeccionado el patrón y había cortado la tela para el cuello.

—¿Cómo se las está apañando con la seda?

Angela vio enseguida que Elena no había cortado el bies de la tela de forma óptima, pero se abstuvo de comentarlo.

—Es una tela como otra cualquiera —replicó Elena mirándola con sus ojos pardos grisáceos y una expresión de candidez—. No hay que temer el material, para no echarlo a perder.

«Sí, bueno», pensó Angela. Sin duda a ella no se le ocurriría calificar la seda tejida a mano como una tela como otra cualquiera, aunque en una cosa sí que tenía razón Elena: no era bueno trabajar con miedo.

Cuando media hora más tarde terminó de coser el cuello y lo hubo planchado del derecho, resultó que no se correspondía exactamente con el esbozo. Aun así, a Angela le pareció que Elena había hecho un buen trabajo.

—Si le parece bien —propuso Angela—, podría venir el lunes para empezar un periodo de prueba con nosotros. Antes de Navidad tendríamos que terminar un vestido de noche. Y si pasado ese tiempo vemos que nos entendemos bien, firmamos un contrato de trabajo como es debido.

Elena Alberti no se mostró precisamente encantada con la propuesta, al contrario, pareció más bien decepcionada. No obstante, prometió presentarse el lunes siguiente a las nueve en punto.

Por otro lado, los temores de Angela se confirmaron: los rollos de hilo teñido de color frambuesa todavía seguían en el cajón de la tejeduría en el que Orsolina los había dejado semanas atrás. Y por si

fuera poco, todos los telares estaban ocupados con otros pedidos.

—Necesitamos una urdimbre blanca o beige.

—En ese caso, no podemos contar ni con Nola ni con Anna —sentenció Fioretta.

En el fondo, ella también lo sabía. Y la urdimbre del telar de Stefano era de color azul marino, mientras que la de Maddalena era de un rojo vivo.

—Nicola —dijo Angela pensando en voz alta—. Su urdimbre es de color beige. Y acaba de terminar el encargo para Ruggero.

—Ya ha empezado con otro —objetó Fioretta—. Esa tela beige con motivos decorativos de color azul...

—... para el estudio de interiorismo de Vittorio, cierto —terminó la frase Angela.

Se frotó el puente de la nariz con dos dedos mientras reflexionaba. Luego decidió acudir una vez más a la manufactura para conocer la opinión de las tejedoras. Pensó que tal vez podría convencer a Vittorio de retrasar un poco su encargo, pero de inmediato descartó la idea. Sabía que sus clientes también querían el producto terminado antes de Navidad.

—¿Por qué no tejemos la tela de la *marchesa* con el telar de Maddalena? —propuso Anna tomando uno de los rollos de hilo frambuesa y sosteniéndolo frente a la luz—. Este rojo tan vivo de la urdimbre intensificará el tono, pero de todos modos me lo imagino bien. Quedará más interesante que tejido con una urdimbre blanca.

Angela dedicó unos instantes a pensarlo. A lo sumo, Maddalena tardaría un día más en terminar el chal que una clienta sueca esperaba desde hacía ya medio año. Anna tenía razón. Valía la pena intentarlo.

—Probémoslo —propuso Angela—. Tendría que mandarle una muestra a la *marchesa* con carácter urgente. No nos podemos permitir terminar un vestido y que luego nos diga que no está satisfecha con el color.

Esa tarde abrió de nuevo su cuaderno por la página en la que estaba el esbozo para el vestido de Donatella. Ya había empezado a transferir las medidas al boceto cuando sonó el teléfono. Contaba con que sería Vittorio, pero para su sorpresa resultó ser la *marchesa*.

—Creo que a mediodía me he olvidado de decirte que he

engordado unos kilitos —dijo avergonzada—. No sé cómo ha podido ocurrir.

Angela respiró hondo. Donatella ya era una mujer voluminosa, un hecho que había tenido en cuenta para el diseño. Pero el modelo quedaba ajustado a la silueta, por lo que cada gramo que hubiera engordado contaba.

—No pasa nada —replicó consciente del tacto que requería la situación, ya que, igual que la mayoría de las mujeres, Donatella no veía con buenos ojos la redondez de sus formas—. Por supuesto sería conveniente saber cuánto, exactamente.

—Tres kilos —reveló la voz de la *marchesa*, casi inaudible debido al bochorno que sentía—. Bueno, tres kilos y algo.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Angela intentando que sus palabras sonaran tan despreocupadas como fuera posible—. Pide que te tomen las medidas de nuevo y me las vuelves a enviar. Y tal vez... —Se puso a pensar de forma febril. Ya podía olvidarse del modelo frambuesa si Donatella llevaba unos tres kilos largos de más en las caderas... Aunque eso solo facilitaba las cosas, en el fondo—. Quizá deberíamos volver a plantearlo desde el principio. Ahora mismo tengo delante un modelo que te podría quedar genial. Y unos kilos de más no se notarían en absoluto. Es de color crema claro, combinado con un suave chal de color frambuesa que llevarías por encima del hombro derecho, de manera que tanto por delante como por detrás caería casi hasta el suelo. Con eso conseguiríamos dividir tu silueta desde el punto de vista óptico. Y en el mismo hombro podríamos poner una manga de murciélago de la misma longitud, con el extremo asido por una anilla, como los que llevaba la divina Eleonora Duse. ¿Sabes a qué me refiero?

Angela no estaba segura de si Donatella conocería a la actriz del siglo pasado. Sin embargo, la *marchesa* respondió con un *«certo»* que revelaba más desconcierto que otra cosa.

—En el otro lado dejaremos el hombro y el brazo descubiertos. Porque tienes buen porte y una piel bonita —prosiguió Angela, y enseguida agradeció que fuera verdad, porque en la vida habría sido capaz de mentir de un modo tan convincente—. El color del chal rojo tendrá que ser menos intenso de lo que habíamos planeado, de manera que el contraste con el crema sea el adecuado. ¿Te lo imaginas? ¿O prefieres que te mande unos cuantos esbozos?

Durante unos instantes reinó el silencio al otro lado de la línea.

—Entonces... ¿de verdad crees que me quedará bien el color crema? —preguntó Donatella al fin en voz baja.

—¡Sin duda! —exclamó Angela recordando que al menos tenía doce metros de seda de ese color en el almacén, y además tejida por las manos infalibles de Lidia. Un cliente la había encargado unos meses antes y en el último instante había cambiado de parecer. En esos momentos tenía la esperanza de poder convencer a la *marchesa*—. Te mandaré el boceto. Cuando lo veas, no querrás otra cosa. Nadie tiene un vestido semejante, parecerás una diosa. Como te he dicho, la idea me ha venido a la cabeza de repente mientras hablábamos.

—Ay, pues suena maravilloso. ¿Sabes? Confío en ti, Angela. Haz lo que consideres más adecuado. Seguro que quedará precioso.

Angela tuvo que esforzarse para que no se oyera desde Roma el suspiro de alivio que soltó.

—Mándame las medidas —le pidió a la *marchesa*—, y mañana te mandaré un esbozo. Por supuesto, me dedicaré al vestido en cuanto hayas visto el modelo y me hayas confirmado que todo te parece bien. Y si algo no te encaja, encontraremos otra solución.

Angela se lo llevó todo a casa y se instaló en la sala de la morera, una estancia que había bautizado con ese nombre porque había un fresco del siglo XVII con una morera que ocupaba una pared de quince metros. Esparció todas sus cosas sobre la gran mesa de comedor que tenía en el centro. Ya hacía tiempo que había dibujado el primer figurín, pero tendría que perfeccionarlo para convertir aquella idea apenas bosquejada en un vestido de verdad. Era un modelo sencillamente ideal para una figura rolliza. El vestido en sí era extremadamente simple, apenas unos ribetes decoraban la parte superior justo por encima del pecho. Aparte de eso, caía en línea recta con un godet que empezaba encima de la rodilla para facilitar los movimientos al andar pero de forma que se cerrara de nuevo cuando se detuviera. Lo más especial del diseño eran la manga murciélago, cortada de manera que pareciera una especie de vela cada vez que Donatella extendiera el brazo lateralmente. Angela tenía que probar si el tejido de Lidia sería apropiado para ello o si sería mejor confeccionar la manga con organza. Pero el verdadero gancho del

modelo sería el largo chal que tejería Maddalena, porque contribuiría a estilizar el conjunto y a ocultar las formas regordetas bajo el vestido.

Una vez definidos todos los detalles en el dibujo, el siguiente paso consistía en confeccionar el patrón. Pero antes Donatella tenía que mostrarse conforme con el diseño, por lo que tenía que reunir unas cuantas imágenes impresionantes. Angela sacó unas hojas de papel de dibujo negro, de manera que el color crema y el contraste rojo quedaran realzados al máximo. Todavía no sentía el más mínimo cansancio, y estuvo dibujando con colores pastel las vistas frontal y posterior del vestido. Cuando por fin se lavó las manos manchadas por los colores, ya era la una de la madrugada. Como si hubiera estado acechándola, esperando a que terminara lo que estaba haciendo, el agotamiento le sobrevino de repente, por lo que lo dejó todo tal como estaba y se acostó enseguida.

Durmió profundamente y a la mañana siguiente se despertó al oír que se cerraba la puerta del patio. Las voces de su personal resonaron por el patio interior y se alejaron en dirección a la tejeduría. Sobresaltada, Angela consultó el reloj y vio que ya eran las nueve. Normalmente a esas horas ya solía llevar un buen rato sentada frente a su escritorio. Pero luego recordó la fiebre creativa de la noche anterior y de inmediato se puso de buen humor. Se duchó y buscó distraídamente su cepillo favorito hasta que recordó que lo había perdido y que ya había decidido comprarse uno nuevo. Acabó utilizando otro y luego se tomó un café mientras contemplaba con satisfacción el resultado de su trabajo.

En el despacho escaneó los esbozos y los figurines al pastel y se lo mandó todo a Donatella. A continuación, fue a buscar la tela de color crema al almacén.

La encontró envuelta en una tela de lino al fondo del armario de la tejeduría. Como siempre, la habían guardado enrollada alrededor de un tubo de cartón, para que no quedaran arrugas marcadas. En los dos extremos, el rollo estaba atado con unos restos de tela lila y ese nudo tan especial que solía utilizar Lidia. De repente le sobrevino la nostalgia y lamentó que aquella tejedora tan fenomenal y de carácter tan difícil hubiera decidido marcharse. El tejido era inmaculado, como todo lo que salía de las manos de Lidia: era suave y, al mismo tiempo,

algo rígido, con cuerpo. Justo lo que necesitaba para el vestido nuevo de Donatella. Solo faltaba que la *marchesa* le diera su aprobación.

—Aquí en Asenza no te servirán de nada los cochecitos. Los adoquines son demasiado irregulares y las cuestas, demasiado pronunciadas. Ya verás, pruébalo —le dijo Nathalie, y Mariola se pasó el fular portabebés por los hombros—. Esto resulta mucho más práctico.

Angela había acudido a Villa Serena para la pausa de mediodía. Se alegró al ver que Mariola y Valentina también estaban allí, y que Nathalie se estaba encargando de ellas. En cuanto la pequeña quedó colgada frente al pecho de su madre con el fular, abrió unos ojos como platos.

—¿Cómo le va?

—¡Mucho mejor, gracias! —exclamó Mariola mirando a Angela con una mezcla de gratitud y apocamiento.

—Esta tarde subiremos a pasear por el parque de Villa Duse —anunció Nathalie cuando se sentaron a la mesa—. Así podrás enseñarme la casita en la que vives. Y tal vez le hagamos una visita a Lorenzo. Con los dos bebés —anunció Nathalie riendo—. ¡Ja, ja, será divertido!

—Mejor no —musitó Mariola, y de inmediato se tapó la boca con la mano, como si se le hubiera escapado el comentario.

—No tienes por qué temer al signor Rivalecca —la calmó Nathalie mientras se servía un poco de salmón rehogado con verduras —. Aunque parezca muy antipático, la verdad es que no lo hace con mala intención.

—Es que rechacé su *minestrone*.

Nathalie levantó la mirada del plato.

—Bueno, eso cambia las cosas, menudo sacrilegio —comentó con una sonrisa—. *La santa minestrone* es toda una institución para él, ¿no lo sabías? —comentó antes de echarse a reír—. Pero no te preocupes, esas cosas se le olvidan enseguida.

Angela escuchó a su hija con sentimientos encontrados. Por supuesto, le parecía bien que su hija mantuviera el contacto con su abuelo. Probablemente no sabía nada acerca de la discusión que habían tenido, y le pareció mejor que así fuera.

La mirada de Angela recayó en Fania, que ese día parecía

inusitadamente callada. Había pasado un tiempo hasta que Emilia por fin había permitido que su sobrina comiera con ellos en la mesa. Tess había intentado durante mucho tiempo que Emilia y su hijo se sentaran a comer a la mesa con ella, pero el ama de llaves se había negado siempre con obstinación, asegurando con orgullo que su lugar estaba en la cocina. Y Gianni, por supuesto, se quedaba con ella para hacerle compañía. Pero ni siquiera Emilia había podido resistirse a los deseos de Nathalie, que había insistido en que su amiga también se quedara junto a ella durante las comidas.

Se pusieron a hablar sobre el pelo desgreñado de Mariola cuando a Nathalie, que estaba al corriente de la precaria situación económica de la joven napolitana, se le ocurrió una idea.

—Fania, hace poco le cortaste el pelo a Gianni y lo hiciste genial —la elogió Nathalie—. ¿No podrías cortárselo también a Mariola?

Los ojos oscuros de Fania soltaron un destello fugaz y Angela constató los celos de la joven. Era evidente que a Fania no le apetecía lo más mínimo compartir a su nueva amiga con Mariola.

—Ay, no —respondió Fania—. No me saldría bien.

—Claro que sí —la animó Nathalie, que nunca daba su brazo a torcer tan fácilmente—. Lo hiciste de maravilla con Gianni, le queda genial. Y cortarle los rizos a Mariola no puede ser tan difícil —insistió.

Fania se limitó a remover unos trozos de zanahoria por el plato con el tenedor, pero sin responder nada.

—Bueno —prosiguió Nathalie pensativa—, si no te apetece, ya lo intentaré yo. Es decir, si estás dispuesta a correr ese riesgo, Mariola. Que conste que no lo he hecho en mi vida.

Mariola le dedicó a Nathalie una sonrisa radiante. «Es realmente bonita cuando consigue olvidar sus preocupaciones», pensó Angela.

—Correré ese riesgo con mucho gusto. En casa siempre nos cortábamos el pelo entre nosotros.

Por desgracia, justo en ese instante Valentina empezó a llorar y despertó a Pietrino, que se sumó a sus quejas.

—Y ¿de verdad crees que puedo llevar algo tan atrevido? —preguntó Donatella debatiéndose claramente entre la fascinación y la duda.

—Por supuesto que sí. De lo contrario no te lo habría propuesto —respondió Angela dejando la taza de café con el logotipo del hotel

Duse sobre el escritorio—. Eres alta, Donatella, por eso te quedará tan bien este modelo. A una mujer más bajita no se lo habría recomendado, pero a ti te quedará impresionante.

—Bueno, pues hazme ese vestido —le pidió la *marchesa*—. Mi modista ya te ha mandado las medidas por correo electrónico. Y te aseguro una cosa: ¡creo que está algo enfadada desde que vio el modelo!

—No se lo enseñes a nadie, por favor —le aconsejó Angela—. Especialmente a ninguna modista. Te arriesgarías a que otra persona se presentara en el baile con un modelo parecido, y eso no nos gustaría nada, ¿verdad?

Desde el otro extremo de la línea, Angela pudo oír la exclamación aspirada de Donatella.

—No, de ningún modo. La llamaré enseguida y...

—Tal vez no sea necesario —la interrumpió Angela en voz baja —. Si quiere seguir cosiendo para ti, se guardará mucho de hacer algo semejante. Solo lo decía de cara al futuro. Los modelos que diseño son únicos. No sería la primera a la que le plagian una idea.

—Dios no lo quiera —exclamó Donatella—. Y ¿ahora qué piensas hacer con la seda de color frambuesa que has mandado tejer especialmente para mí? ¡Tengo mala conciencia por ello!

Angela se mordió la lengua justo a tiempo. Donatella no tenía por qué saber que no habían llegado a tejer la tela.

—Una parte la utilizaré para el chal. El resto lo emplearé para alguna otra cosa. No te preocupes por eso.

—Eres sencillamente genial, Angela. No sabes lo agradecida que me siento.

Angela respiró aliviada cuando la conversación por fin hubo terminado.

—¿Ha ido bien? —preguntó Fioretta, que justo acababa de subir desde la tienda para archivar unos recibos.

—Ay, sí. La *marchesa* está encantada —explicó Angela poniéndose en pie—. Pero deberíamos darnos prisa. El lunes tendría que tenerlo todo listo para que la signora Alberti y yo podamos empezar a trabajar sin problemas. Necesitamos que alguien nos ayude a vaciar los dos trasteros.

—Podría pedírselo a Luca —propuso Fioretta.

—¿No dirige la empresa de autocares de su padre?

—Sí, pero libra los fines de semana. Y los chicos de nuestra pandilla... no me dirán que no.

—¿De verdad? ¡Eso sería fantástico!

—La cuestión es dónde meteremos todo lo que hay ahí dentro —comentó Fioretta con la frente arrugada—. No podemos tirarlo todo sin más. Creo que al menos habría que revisarlo todo antes por si acaso.

Angela soltó un gemido. Le horrorizaba pensar en el caos que encerraban las dos salas del ala colindante. Llevaba un año posponiendo el momento de ocuparse de ello, pero ya no podía seguir aplazándolo. Había llegado el momento de aprovechar aquellos ciento cincuenta metros cuadrados, y antes había que vaciarlos.

Pasó el resto de la tarde revolviendo los cachivaches acumulados. Había un dedo de polvo sobre las cajas, arcones y armarios, que llevaban allí desde tiempos inmemoriales. Somieres viejos, estructuras de cama de madera barata, partes maltrechas de una cocina modular de la década de los sesenta... Viendo que todo aquello no servía para nada, cogió un taco de *post-it* de color naranja chillón y marcó todas las cosas que los amigos de Fioretta podían tirar directamente.

Una maraña de listones de madera ocupaba casi un cuarto de la sala anterior, y Angela decidió preguntarle a Giuggio, el anciano carpintero, si creía que podían ser piezas de un telar para no tener que lamentarlo luego. Nadie estaba más familiarizado con ese tipo de cosas que él, y de hecho el anciano ya la había ayudado en más de una ocasión en asuntos semejantes. Le pidió a Fioretta que fuera a buscarlo a su casita de la parte baja de la ciudad y que lo trajera a la Villa de la Seda cuanto antes.

A continuación se ocupó de los arcones. El primero estaba repleto de retazos de seda de colores, aunque ninguno superaba el tamaño de un pañuelo.

—Son pruebas de color, probablemente de mi madre —explicó Orsolina cuando Angela se lo consultó. Asombrada, se dedicó a sacar del arcón todas las piezas, una tras otra, para poder sostenerlas a la luz.

—Con esto podríamos hacer un bonito muestrario, ¿no crees? —propuso Angela, aunque por dentro se lamentó pensando que a ese ritmo jamás conseguiría vaciar aquellas salas.

—Sí, quién sabe... Tendré que examinarlo con calma —respondió

Orsolina—. Stefano me ayudará a llevar el arcón hasta el almacén de hilo —añadió con determinación antes de ir a buscar a su marido.

En otros arcones Angela encontró alguna paca de seda artificial adecuada para confeccionar forros, además de bobinas de hilo vacías de un tipo que ya no se utilizaba y viejos catálogos, revistas, libros de pedidos escritos a mano por Lela durante los años ochenta. ¿Podía librarse de todo aquello sin arrepentirse? Angela se armó de valor y decidió tirarlo sin más. ¿Para qué diantres podría servirle?

—¿Qué? ¿Buscando tesoros? —preguntó Tess. La frágil figura de la anciana apareció en el patio, frente a la puerta abierta del trastero.

—Ay, Tess... —gimió Angela mientras se quitaba una telaraña del pelo—. Creo que no terminaré nunca de vaciar esto de trastos. Y el lunes viene la nueva modista.

Tess se rio y empezó a arremangarse.

—¡No me digas que quieres ayudarme! —dijo Angela.

—Es exactamente lo que pensaba hacer —respondió Tess con una sonrisa—. Voy a tomarle prestada una bata a Orsolina y vuelvo para echarte una mano. Ya verás como juntas terminamos más deprisa. Y encima nos lo pasaremos bien.

Efectivamente, tenía razón. En un periquete consiguieron vaciar la primera sala.

Giuggio acudió a la Villa de la Seda para echarle un vistazo al montón de piezas de madera.

—*Pezzi di un telaio* —murmuró al cabo de un rato—. Son piezas de un telar, pero... ¿Dónde están los rodillos? Y tampoco veo ningún eje.

—¿Cree que todavía podríamos aprovecharlo?

Giuggio se frotó la barbilla pensativo.

—Tal vez aparezcan más piezas en algún otro lugar —respondió —. En el desván, por ejemplo.

Angela suspiró.

—¿Por qué no guardas todo lo que no quieras tirar en la sala posterior? Para el *atelier* de costura te bastará con esta sala —sugirió Tess señalando la sala anterior, que quedaba bañada por la luz natural y tenía acceso al patio.

—Tienes razón —convino Angela pensando que tarde o temprano necesitaría también la parte trasera, pero que tampoco corría prisa.

—Mira lo que hay aquí dentro —comentó Tess tras abrir una caja

de madera y levantar algo plegado en forma de acordeón.

Angela soltó una grito de júbilo y Giuggio se acercó enseguida para ver de qué se trataba.

—¡Cielo santo, son tarjetas perforadas! —exclamó Angela—. Debían de ser de uno de los telares de jacquard que Lela vendió. Al parecer se olvidó de incluir también estas tarjetas.

—O eso, o Lela consideró que sería una buena idea conservarlas —murmuró Tess con aire reflexivo.

Angela sacó con cuidado la primera tarjeta y la sostuvo a la luz. Con un poco de imaginación se podía adivinar el dibujo que formarían los agujeros del cartón. Parecían diseños totalmente distintos de los que Nicola había traído desde Nápoles. Y las tarjetas también parecían bastante más largas.

—¿Todo bien? —preguntó Fioretta desde el umbral—. ¿Me has llamado, Angela?

—Por favor, ve a buscar a Nicola —le pidió Angela antes de volver a guardar las tarjetas perforadas en la caja con sumo cuidado —. Hemos encontrado algo sensacional. Solo espero que quepan en el telar de Nicola.

Uniendo sus fuerzas, los hombres arrastraron el arcón hasta la tejeduría y la dejaron junto al que Nicola había traído desde Nápoles. Luego compararon las tarjetas y se dieron cuenta de que las napolitanas eran más estrechas y cortas, si bien el tamaño de los agujeros coincidía.

—Me parece que no —sentenció Nicola.

Giuggio se encaramó a una escalera de tijera que Stefano le había traído y comprobó si las tarjetas que acababan de encontrar encajaban en el alojamiento previsto en el telar de Nicola.

—No caben —afirmó el carpintero decepcionado mientras bajaba de la escalera. Luego se quedó parado de repente y arrugó la frente—. Aunque quizá sirvan para lo que hay ahí abajo.

—¿Qué hay ahí abajo? —preguntó Nicola, al que se le había despertado la curiosidad de repente.

—Medio telar —murmuró Giuggio—. Ven a echarle un vistazo.

Al final siguieron el consejo de Tess: todo lo que Angela quiso conservar quedó almacenado provisionalmente en la sala posterior.

Giuggio y Nicola subieron todas las piezas de madera con cuidado, como si se tratara de una mercancía extremadamente valiosa. Ya en la tejeduría, se dedicaron a clasificarlas siguiendo un sistema que solo ellos dos eran capaces de comprender. Por la noche se presentó Luca para comprobar qué camión necesitaría para transportar todo lo que había que tirar en el vertedero. Angela solo conocía de vista a ese joven que, desde hacía ya años, se dedicaba a traer turistas hasta Asenza en los autocares de la empresa familiar. La tiendecita de la Villa de la Seda era una de las paradas imprescindibles de la excursión por el Véneto. Esa tarde de viernes llevaba una camisa blanca y unos vaqueros oscuros, los rizos domados con gomina y peinados hacia atrás y tanta loción para el afeitado que terminó perfumando el patio. Fioretta también se había vestido para la ocasión. Llevaba un atrevido vestido rojo chillón que le quedaba de maravilla.

—Luca me ha invitado al cine —explicó cuando Angela le elogió el vestido.

—Espero que le corresponda de una vez por todas —dijo Tess en voz baja cuando los jóvenes se hubieron marchado—. No sé cuánto tiempo más piensa cortejarla ese chico —comentó con un suspiro—. Eso sí, también espero que Gianni se lo tome bien —añadió—. Porque no hace más que revolotear alrededor de Fioretta. Bueno, ¿vendrás a cenar con nosotras hoy?

—He quedado con Vittorio y Tiziana —se excusó Angela, tras lo cual consultó su reloj de pulsera—. Queremos probar un restaurante nuevo que han abierto cerca de aquí. Ah, y Tizi traerá a su prometido.

—Estoy impaciente por ver qué me cuentas sobre él —confesó Tess con los ojos brillantes por la curiosidad—. Ya me dirás si os apetece venir a comer a casa mañana. O el domingo. Mariola también estará con la pequeña. Por cierto, que su hija ha mejorado mucho desde que su madre ya no se alimenta solo a base de *minestrone*.

Como si hubiera estado esperando la palabra clave, la puerta de la calle se abrió y Lorenzo Rivalecca entró en el patio. De golpe, a Angela se le ensombreció el rostro.

—Bueno, yo me marcho —comentó Tess como si le hubiera entrado prisa de repente—. Ya nos veremos el fin de semana —añadió antes de irse.

Y ahí estaba él, el hombre que se suponía que era su padre: alto, delgado, con los hombros ligeramente encorvados, observando la

morera como si fuera la primera vez que la veía. En el corazón de Angela se desató una tormenta de sentimientos encontrados. Seguía increíblemente furiosa con Lorenzo y se había jurado a sí misma no volver a dirigirle la palabra, pero la idea de entrar en casa y simplemente dejarlo ahí plantado... No estaba preparada para tanto, ni mucho menos.

—¿Qué quieres? —preguntó Angela.

El anciano retrocedió volviendo la cabeza hacia un lado, como si acabara de recibir un bofetón. Parecía estar lidiando consigo mismo.

—Tess me ha dicho que estás enfadada conmigo —dijo al fin.

—Pues sí, lo estoy.

Angela se quedó consternada al comprobar que al anciano le empezaban a temblar los labios. Ella no solía mostrarse tan implacable, era algo que no iba con ella, y normalmente solía perdonar enseguida y sin guardar rencor. Pero Lorenzo Rivalecca la había acusado de querer enriquecerse a su costa, un reproche que superaba los límites de malicia que estaba dispuesta a tolerar.

—Lo... —empezó a decir Rivalecca titubeando. Era evidente que estaba luchando contra sí mismo. Tuvo que aclararse la garganta antes de continuar—. Lo siento.

Angela se lo quedó mirando sorprendida y desconfiada por igual.

—¿Qué es lo que sientes, exactamente?

—Todo —respondió Lorenzo acercándose unos pasos a ella mirándola a los ojos. Tenía los párpados enrojecidos—. Por favor, no quiero que sigas enfadada conmigo.

Angela notó cómo todas sus reticencias se fundían como el hielo bajo el sol del verano. Y aun así le quedó un resto de duda. Lorenzo no era un hombre de disculpa fácil, la verdad es que ella había contado con que Lorenzo preferiría llevarse el rencor a la tumba antes que llegar a pronunciar semejantes palabras.

—Estás perdonado —dijo ella—. Pero no quiero saber nada de esa prueba de paternidad.

—Olvídate de la prueba de paternidad —replicó Lorenzo con empeño—. Ya no la necesito. Y para que lo sepas: eres mi hija, te guste o no.

¿Que ya no la necesitaba? ¿Qué quería decir con eso ese zorro viejo? Angela quería replicar algo más. Por ejemplo, se le pasó por la cabeza la posibilidad de echarle en cara que había sido él, y no ella,

quien había puesto en duda su paternidad de repente. Cogió aire para dejárselo claro cuando percibió una mirada cargada de inseguridad y de temor por la posible réplica.

—Ay, *papà* —se limitó a decir al final mientras le daba un abrazo.

5

Problemas

—Parece que solo te traigo mala suerte —dijo el prometido de Tiziana completamente abatido. A pesar de la calva y de las sienes rasuradas, a Angela le pareció que Solomon Goldstein era un hombre atractivo. Tenía los ojos de un vivaz azul grisáceo y una boca especialmente expresiva—. Desde que estoy aquí, no has tenido más que problemas.

La cena en aquella *trattoria* recién inaugurada que tanto había elogiado la prensa local resultó ser toda una decepción: la comida estaba preparada sin cariño y los precios estaban inflados. Aunque aquella noche aquello era lo de menos.

—No, *darling*, no digas eso.

—Pero si es verdad. A tus padres no les caigo bien —constató el abogado sonriendo con tristeza.

—No es eso, es que...

—O eso o tienen algo contra los judíos. ¿Para qué andarse con rodeos?

Tiziana se quedó callada mirándose las manos y retorciendo la servilleta, sin saber qué replicar.

—Quizá va siendo hora de que te distancies de tu familia —opinó Vittorio con seriedad—. Eres su única hija. Cuando tu madre se dé cuenta de que podría perderte, acabará cediendo.

—Al fin y al cabo, tu padre te apoya —intervino Angela—. Ya lo hizo durante la fiesta de cumpleaños de Costanza, cuando hicisteis público vuestro compromiso, ¿no es así? —añadió al notar la mirada dubitativa de Solomon.

—Me temo que ha cambiado de opinión —comentó Tiziana con la moral por los suelos—. *Mamma* ha conseguido que se ponga de su lado. Hace dos días, mis padres me plantearon un ultimátum.

—*Honey*, deberías llamar a las cosas por su nombre —intervino

Solomon cruzándose de brazos—. Sería más fiel a la verdad decir que te están extorsionando.

Tiziana tragó saliva con dificultad. Angela la conocía lo suficiente para darse cuenta de que la arquitecta estaba a punto de echarse a llorar.

El camarero se les acercó para preguntarles si deseaban postres o café.

—¿Tienen algún coñac bueno? —quiso saber Vittorio—. Creo que no nos vendría mal una copa, ¿verdad?

Nadie lo contradijo. Vittorio le lanzó una mirada de preocupación a Tiziana, a la que conocía desde que era un bebé.

—Desembucha de una vez, Tizi —la instó Vittorio cuando por fin les sirvieron las copas con el aromático licor de color pardo dorado—. ¿Qué han tramado para extorsionarte?

—No permitirán que me ocupe de la empresa de papá si no renuncio al compromiso.

El padre de Tiziana era un arquitecto muy reputado en toda Italia. Desde hacía años estaba claro que su hija sería la sucesora del negocio. Había pasado un tiempo viviendo en el extranjero y había trabajado en varios estudios de arquitectura, incluso en Nueva York. Desde que había regresado de Estados Unidos en primavera, había incorporado varios lucrativos clientes al negocio familiar. Aun así, de momento no le habían transferido el negocio.

—Su padre la hizo regresar con esa promesa —explicó Solomon —. De lo contrario, habría podido quedarse en Nueva York. Le ofrecieron una participación como socia en el estudio Wilson & Cobb, una oportunidad realmente buena —dijo con un suspiro—. Deberíamos habernos quedado en Nueva York —añadió frustrado mientras hacía girar el coñac dentro de la copa.

—Tus padres no harán algo así —opinó Vittorio—. Solo lo utilizan para amenazarte.

—Papá tiene una oferta de uno de sus competidores que quiere quedarse con su estudio —explicó Tiziana—. Y dice que la aceptará a menos que me separe de Sol. Vito, te aseguro que lo dice en serio.

Vittorio negó con la cabeza sin poder creer lo que estaba oyendo. Angela se dio cuenta de hasta qué punto le enojaba la posición de la familia de Tiziana. Al fin y al cabo, sus madres eran amigas íntimas. Solomon se disculpó y desapareció en dirección al servicio. Vittorio

aprovechó la ocasión y se inclinó hacia Tiziana.

—Por favor, dime una cosa... —empezó a decir—. ¿Amas a ese hombre? Quiero decir... si lo amas de verdad.

—Claro que lo amo —respondió Tiziana con aparente indignación—. ¿Por qué te crees que me preocupa tanto toda esta pantomima, si no?

—Pues entonces deberías tomar una decisión. Dile a tu padre que venda el negocio.

—¿Te has vuelto loco?

—No, en absoluto, Tizi. Pero, si sigues así, te volverás loca. Y encima perderás a Solomon. No creo que pueda seguir soportando mucho tiempo esto que tú misma has definido como pantomima —concluyó, ante lo que Tiziana reaccionó horrorizada. Sin embargo, Vittorio todavía no había terminado—. ¿Quieres envejecer al lado de este hombre? Pues tendrás que mojarte. Lo que parece claro es que no podrás tener las dos cosas a la vez: la bendición de tus padres y el hombre al que amas.

Tiziana se lo quedó mirando con los ojos como platos, como si le estuvieran exigiendo algo realmente escandaloso.

Sin embargo, antes de que pudiera responder nada, Solomon regresó a la mesa. Para cambiar de tema, Angela le preguntó al estadounidense si ya había encontrado un buen trabajo en Italia.

—Mi hermano y yo tenemos un despacho dedicado al derecho internacional en Manhattan. Nos encargamos de litigios entre Estados Unidos y Europa. Por tanto, abrir una sucursal aquí tendría bastante sentido —explicó, tras lo que le lanzó a su amada una mirada reflexiva —. Aunque si Tiziana decidiera regresar a Estados Unidos, tampoco sería un problema. En ese caso las dependencias europeas del bufete quedarían en manos de una familia francesa. París también sería una buena ubicación para la sede europea.

Angela tuvo la sensación de que Solomon Goldstein ya hacía tiempo que preparaba ese plan B, previendo la posibilidad de que la familia de Tiziana siguiera oponiéndose a la relación. O por si su amada decidía ceder a las presiones.

—¿Sabes algo de tu madre?

Los problemas de Tiziana con sus padres le recordaron

inevitablemente a Angela todo lo que Costanza había hecho para intentar separarlos.

—No —respondió Vittorio, que se había dejado caer en el sofá de la sala de la morera y estaba sentado con las piernas cruzadas—. Pero he hablado con Amadeo. Dice que vendrá por Navidad.

—¿De verdad? —preguntó ella. Donatella le había contado algo muy distinto, por lo que pensó que tal vez Amadeo y Costanza habían cambiado de planes—. ¡Qué bien! Así podré conocerlo de una vez. De todos modos, quería preguntarte cómo te apetecía celebrar la Navidad.

«Aunque ahora mismo esa cuestión está de más», pensó con un atisbo de nostalgia. Por supuesto quería celebrar la Navidad con Nathalie y el pequeño, y también con Vittorio. Sin embargo, si su hijo llegaba de Estados Unidos, seguro que él preferiría quedarse en Venecia...

—¿Qué te parecería si la celebráramos todos juntos aquí, en la Villa de la Seda? —propuso Vittorio para gran sorpresa de Angela—. El año pasado ya fue precioso. Y seguro que a Amadeo le gustará.

—¡Eso sería fantástico! —exclamó Angela envolviéndole el cuello con los brazos y colocándose a horcajadas sobre él—. Amadeo y tú... —empezó a contar—, Nathalie, el pequeño y Tess...

—Lorenzo y Costanza —prosiguió él.

Angela se quedó de piedra.

—¿Lo dices en serio?

—Claro, me gustaría invitar a mi madre, si a ti no te parece mal. Si luego ella no quiere venir, es su problema.

Angela asintió. Por supuesto. En algún momento, cuando Vittorio y ella se casaran..., acabarían siendo familia. Por otro lado, por más que lo intentaba no lograba imaginarse celebrando la Navidad junto a esa mujer tan fría y negativa...

—Y ¿qué te parecería si invitáramos también a Tizi y a Sol? —prosiguió Vittorio—. Al fin y al cabo, lo están pasando mal. No creo que quieran celebrar la Navidad en casa de los padres de Tizi.

—Es una idea fabulosa —convino Angela con alivio. A Costanza, Tiziana le caía muy bien, por lo que su presencia sin duda contribuiría a que la situación fuera más relajada.

Estuvieron haciendo planes un buen rato y luego Angela fue a buscar el figurín del vestido para la tía de Vittorio.

—Este es el motivo por el que justo después de Navidad tendré que volar a Roma —le explicó con un suspiro mientras se sentaba de nuevo a su lado—. El baile será el 29 de diciembre y antes tengo que probárselo.

—Es fantástico —exclamó él al ver los dibujos—. Realmente has logrado estilizar la figura de transatlántico de Donatella —comentó con una sonrisa de oreja a oreja, tras lo que Angela le contó lo de la tela frambuesa que no habían llegado a tejer y cómo había solucionado el problema con un modelo nuevo, especialmente diseñado para la ocasión.

—Con esos kilos de más, vestida de color frambuesa tu tía habría parecido un petardo —se defendió Angela riendo—. Tenía que quitarle de la cabeza ese color como fuera. Y no sabes lo mejor, tengo otra buena noticia.

—A ver qué me cuentas —exclamó él con expectación. Se había puesto de pie y se había plantado tras el sillón en el que estaba sentada Angela para masajearle los hombros.

—He encontrado a una modista. Empieza el lunes.

—¡Genial! Entonces nada puede salir mal. Precisamente estaba a punto de preguntarte si no era demasiado trabajo para ti confeccionar también ese vestido. Ya tienes suficiente dirigiendo la tejeduría.

—Sí, es un verdadero alivio saber que tengo una modista —reconoció ella. Suspirando de placer, se abandonó al masaje. Y aun así, con solo pensar que tendría que confiar la seda inmaculada de Lidia a unas manos ajenas, sus sensaciones cambiaron por completo.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Vittorio inclinándose hacia ella para besarle con ternura el lóbulo de la oreja—. ¡Te has vuelto a tensar de repente!

—Me preguntaba si Elena Alberti es la persona más adecuada —explicó con un suspiro.

—Delegar también es todo un arte, querida. Y ya va siendo hora de que aprendas a hacerlo.

El sábado por la mañana Angela se despertó muy temprano. Todavía no había amanecido cuando se libró de los brazos de Vittorio con suavidad. Se levantó sin hacer ruido y se enfundó el kimono enguatado que se había confeccionado hacía poco con restos de seda

gris, roja y negra, cuyo extravagante diseño simplemente había surgido de la necesidad. Todavía eran las cinco de la madrugada, pero estaba completamente desvelada y llena de energía.

El vestido... Antes de cortar la seda tejida por Lidia, decidió probar el patrón que había confeccionado con la seda para forros que había encontrado en el trastero. El día anterior ya se había llevado la paca gris a casa. Cortó la cantidad que necesitaba, extendió la tela doblada y la prendió para que no resbalara sobre la mesa hasta el suelo. Distribuyó las piezas del patrón por encima y las fijó con alfileres. A continuación recortó cada una de las piezas de seda artificial gris.

Cuando hubo terminado eran las seis y cuarto. Se preparó un café antes de sentarse ante la máquina de coser. El busto de modista ya llevaba un tiempo preparado en un rincón de la sala de la morera. Angela lo acercó a la mesa de comedor y lo ajustó a las medidas de Donatella, prendió las piezas de tela cortadas sobre el busto y empezó a ajustarlas.

—¡Buenos días! —la saludó Vittorio desde la puerta mientras se frotaba los ojos adormilado—. ¿Qué haces? ¿No habías contratado a una modista para eso?

Angela prendió el último alfiler y fue a su encuentro.

—¡Buenos días! —respondió abrazándolo con ternura—. Es un prototipo. Con esta tela para forro puedo probar el vestido sin temer por el tejido bueno. Al fin y al cabo, he diseñado el modelo a mano alzada y tiene que adaptarse a las formas de Donatella.

—Lo que será realmente un milagro —repuso Vittorio antes de besarla de nuevo—. ¿Cuánto tiempo llevas levantada? ¿Has dormido algo o anoche te levantaste sin hacer ruido en cuanto yo me quedé roque?

—Llevo despierta desde las cinco —explicó ella estirándose—. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media —respondió él, y de inmediato levantó la cabeza al oír un traqueteo procedente del patio—. ¿Qué ocurre ahí?

—¡Es Luca con sus amigos! —exclamó Angela con alegría corriendo hacia la puerta que daba a la galería.

No se había equivocado. El joven de la empresa de autobuses estaba en el patio. Iba vestido con el uniforme de trabajo y lo acompañaban tres hombres de su edad que estaban sacando cajas

viejas del trastero.

—*Buongiorno!* —gritó Angela sin darse cuenta de que todavía llevaba puesto el kimono—. ¿Os las apañáis bien?

Luca la saludó desde abajo y asintió.

—*Sissignora* —respondió—. Fioretta nos ayuda...

Tras él apareció la ayudante de Angela, que acababa de salir del ala del edificio que pronto alojaría el *atelier* de costura.

—*Tutto apposto* —confirmó la joven—. Yo me ocupo de todo.

—¿Quieres que desayunemos en el bar de Fausto? —propuso Vittorio cuando Angela volvió a entrar en la sala de la morera, tras lo cual se quedó mirando la mesa de comedor, totalmente ocupada por las labores de costura de Angela.

—Buena idea. Solo déjame terminar esto en un momento...

Al final eran las diez y media cuando, con el vestido ya planteado sobre el busto de modista, por fin llegaron al bar del hotel Duse. Vittorio constató con una mirada que ya se habían terminado todos los cruasanes, por lo que acudió rápidamente a la *pasticceria* Belmondo para comprar los deliciosos brioches que tanto le gustaban a Angela.

—¿Te apetece que vayamos a comer a casa de Tess? Nos invitó si nos apetecía —explicó Angela antes de tomar un bocado de su brioche y dar un sorbo al incomparable *cappuccino* de Fausto.

Vittorio asintió.

—¡Claro! Todavía no he tenido ocasión de ver al bebé con calma. ¿Qué tiempo tiene ahora?

—Casi tres semanas —respondió Angela con una amplia sonrisa, como cada vez que pensaba en su nieto—. ¿Sabes qué? Vamos a verlo ya. Es que no veo el momento de coger en brazos a ese niño tan guapo.

Vittorio se rio y se terminó el café.

—¿Tanto tiempo hace que no los ves?

—La última vez fue ayer —admitió Angela—. Pero, lo creas o no, cuando son tan pequeños cambian de un día para otro...

—Probablemente de un minuto para otro —se burló Vittorio mientras se ponía en pie—. Bueno, pues ¡vamos! ¡No quiero perderme ni un segundo más!

Aun así, en Villa Serena se encontraron con un buen lío. De hecho, la propietaria de la casa salió a abrirles la puerta mientras en la cocina se oían unos gritos airados.

—Emilia está furiosa con Fania —explicó Tess antes de ponerse de puntillas para besar a Vittorio en las mejillas—. Alguien tenía que bajarle los humos a la joven y ¿quién podría hacerlo con más cariño que su amada tía?

Sin embargo, a Angela le pareció que lo que oía era cualquier cosa menos cariño.

—Pero ¿qué ha hecho la pobre? —preguntó cuando llegaron al salón y hubieron cerrado la puerta. En la chimenea crepitaba el fuego, y Tess cogió una botella de su jerez preferido de la mesita auxiliar en la que tenía una bandeja plateada con distintas variedades de destilados y unas fotografías enmarcadas de John, su difunto marido. Angela se apresuró a sacar unas copas de la vitrina y luego tomó asiento junto a Vittorio en uno de los sofás de dos plazas.

—Bueno —empezó a explicar Tess mientras les servía el jerez—. Eso de que Fania y Nathalie se hicieran amigas a Emilia no le gustó nada, desde el principio. Decía que su sobrina desatendería sus verdaderas obligaciones y que le entrarían ideas extrañas en la cabeza. Y la verdad es que, por mucho que me pese, tiene razón. Fania está aquí para encargarse de las tareas de tu hogar, para eso le pagas. ¿Acaso ha ido a la Villa de la Seda durante los últimos días, tal como habíais acordado?

—Pues ahora no te lo sabría decir —respondió Angela—. Es posible que no haya venido, pero la verdad es que no me he fijado. Aun así, si es para ayudar a Nathalie...

—Ya —la interrumpió Tess—, pero en mi opinión Nathalie ya se las podría arreglar perfectamente sin ella. Al fin y al cabo, Mariola pasa la mayor parte del tiempo sola con su hija y no viene más que para comer.

—Vaya, menudo lío tienes montado por mi culpa. De repente se te ha llenado la casa de bebés —comentó Angela con gesto culpable.

—¡Eso para mí no es ningún problema! Mariola es una chica adorable, y con Nathalie se lleva de maravilla. Y me parece genial que la casa esté tan llena de vida. Me gusta. Lo único que ocurre es que... —empezó a decir Tess, aunque se detuvo de repente y levantó la

cabeza como si estuviera aguzando el oído. Los gritos de la cocina por fin habían cesado. Desde algún lugar les llegó un portazo. La anciana suspiró y arqueó las cejas—. Que Fania está celosa.

Angela recordó que ella también se había llevado esa impresión.

—¿Celosa? ¿De quién? —preguntó Vittorio desconcertado.

Antes de que Tess pudiera responder, entró Nathalie con el pequeño Pietrino colgado del pecho con un fular para bebés.

—¡Mira quién está aquí! —exclamó abrazando a su madre y besando a Vittorio en las mejillas—. Mamá, ¡tienes que hacer algo! —la abordó de inmediato—. Imagínate, Emilia quiere mandar a Fania de vuelta a Sicilia. Está llorando sin parar y ya ha empezado a preparar las maletas —explicó alternando la mirada entre Tess y su madre en busca de ayuda—. ¡No puede hacerle algo semejante a Fania!

—Hablaré con Emilia —prometió Angela cruzando una mirada con su amiga—, pero estaría bien que me contaras qué sucede exactamente. Tess me acaba de decir que Fania está celosa.

Nathalie tomó asiento junto a su anfitriona, de manera que quedó frente a su madre y Vittorio.

—Bueno, yo diría que algo de eso hay —admitió Nathalie, y acto seguido levantó en volandas al bebé para sacarlo del fular, puesto que empezaba a quejarse. Se levantó la camiseta y se abrió el sujetador de lactancia—. Me temo que le ha sentado mal que Mariola y yo nos llevemos tan bien. Y luego está lo de Gianni, que...

—¿Lo de Gianni? —preguntó Angela.

Nathalie se puso a Peter en el pecho y el bebé enseguida empezó a succionar.

—Creo que no debería haberlo mencionado —repuso Nathalie avergonzada.

—Creemos que se ha enamorado de Mariola —reveló Tess con una sonrisa—. Me he dado cuenta hasta yo, con la edad que tengo. De algún modo, Fania considera que su primo es propiedad suya. Igual que Nathalie y el bebé.

—¿Y Mariola? —preguntó Angela tan conmovida al ver cómo mamaba su nieto que tuvo que obligarse a dejar de mirarlo para poder centrarse en la conversación—. ¿Siente lo mismo que Gianni?

Tess se encogió de hombros.

—Ni idea —respondió mirando a Nathalie—. ¿Tú qué crees?

—Cielo santo, si hace dos días que se conocen —comentó

Nathalie levantando de nuevo a Pietrino, que se había atragantado. Se lo colocó sobre el hombro y lo meció suavemente para calmarlo—. No es cualquier cosa lo que está pasando Mariola. Después de todo, acaba de huir de su marido. Su familia está intentando convencerlo para que la deje en paz de una vez por todas y acepte la separación. Al parecer ya ha encontrado a otra —añadió Nathalie con una mueca de desprecio.

—Lo más importante es que ese tipo no traiga problemas —comentó Angela. Solo faltaría que ese marido napolitano celoso se presentara en Asenza y montara un escándalo.

Nathalie asintió.

—Cierto. Pero, mamá, por favor, tienes que evitar como sea que manden a Fania de nuevo a casa. Créeme, Emilia lo dice en serio, la enviará a Sicilia si no haces nada por evitarlo.

—Me ocuparé de ello.

—Eso sí, no le cuentes nada de lo de Gianni y...

—No te preocupes por eso —la interrumpió Angela enseguida para apaciguarla—. Necesito a Fania en la Villa de la Seda cuanto antes. Y no es ninguna excusa, es la pura verdad.

Angela llamó a la puerta de la cocina y acto seguido la abrió con cuidado. Emilia estaba ocupada manipulando con energía dos cacerolas que tenía sobre los fogones. De una olla grande salía vapor. La cocinera tenía la cara colorada, y al oír ruido a su espalda se dio la vuelta con gesto airado.

—Ah, es usted —exclamó aliviada, tras lo cual se secó las manos en el delantal—. *Madonna*, me ha dado un susto de muerte —añadió antes de reducir la potencia de los fogones para poder atender a Angela—. Me alegro de verla. ¿Ha traído al signor Vittorio? *Perfetto* —sentenció secándose las manos de nuevo contra la tela del delantal. Se notaba claramente que intentaba encontrar las palabras adecuadas, algo que no solía costarle en absoluto—. Tengo que hablar con usted... sobre Fania...

—Pues me parece perfecto, porque yo también quería hablar con usted sobre su sobrina, Emilia —la interrumpió Angela, consciente de que no podía cometer el más mínimo error o Fania subiría el lunes mismo al autocar que la devolvería a Sicilia—. Necesito que vuelva a

la Villa de la Seda, y hoy mismo, además.

Emilia se la quedó mirando sorprendida.

—Pero... —balbuceó con la intención de objetar algo, aunque Angela no le cedió todavía la palabra.

—Mi hija ya se las apaña sola con el bebé. Y si en algún momento necesita ayuda, supongo que puede recurrir a usted, ¿me equivoco?

—*Naturalmente! Ma...*

—¿Sabe, Emilia? Voy a crear un taller de moda en la Villa de la Seda. Acabo de vaciar una sala de trastos, por lo que sería fantástico que Fania pudiera venir después de comer para limpiarla. El lunes tiene que estar el taller listo para empezar a trabajar. ¿Comprende?

—*Certo!* —exclamó la cocinera. La perspectiva de endosarle un montón de trabajo a su sobrina al parecer la animó—. Por supuesto que lo entiendo. Fania la ayudará. La llamaré enseguida. Puede comer algo aquí y luego que vaya directamente a su casa.

—Eso estaría muy bien —comentó Angela dirigiéndose ya hacia la puerta—. Y a partir del lunes, otra vez como siempre, a partir de las nueve en la Villa de la Seda. *Va bene?*

—*Signora...*

—¿Sí, Emilia?

La cocinera, normalmente tan resoluta, empezó a retorcerse el delantal con gesto apocado.

—El lunes Fania regresa a casa de su madre.

—¿Por qué? ¿Ha decidido que quiere marcharse?

—No, por supuesto que no. Si por ella fuera, se quedaría toda la vida junto a su hija y el bebé —admitió Emilia con clara indignación en la mirada—. Mi sobrina es... Bueno, tenía mis motivos para reprenderla. Tiene un concepto demasiado elevado de sí misma. Y la verdad es que... *Mi scusi*, pero usted tiene parte de culpa en ello, *signora*.

Emilia cogió aire y le lanzó a Angela una mirada de tanteo, como si temiera estar hablando más de la cuenta.

—Por favor, no se lo tome a mal, pero sé de lo que hablo —prosiguió—. Ha sido usted muy amable con ella, pero también le ha despertado deseos que no podrá cumplir. ¿Sabe? Yo trabajo desde hace muchos años para la signora Tessa y sé apreciar su generosidad. No obstante, también sé perfectamente cuál es mi lugar. No me paga para que me la quede mirando sin hacer nada y actúe como si fuera su

mejor amiga. No me malinterprete, nos caemos muy bien, la signora Tessa tiene un corazón que no le cabe en el pecho y yo me dejaría matar por ella, si fuera necesario. Pero mi lugar es la cocina, las tareas del hogar, y mi deber es cocinar bien y mantener la casa limpia y ordenada. Es mi forma de ganarme la vida. Fania es todavía demasiado joven para valorar su amabilidad como es debido. Se le ha subido a la cabeza y cree que su tarea se limita a estar cerca de Nathalie y del bebé. ¿Sabe qué ha estado haciendo, en lugar de ayudarme? Remodelar la biblioteca. La signora Tessa ni siquiera la reconocía. Ay, signora Angela, es que no entiendo a esa cría.

Emilia se sentó en un taburete y se secó la frente con un trapo. En la cocina hacía calor, pero Angela se dio cuenta de que en realidad eran los quebraderos de cabeza que le causaba su sobrina el motivo por el que sudaba tanto.

—Tiene razón —admitió Angela—. Y le agradezco que me lo haya contado de forma tan sincera, lo tendré en cuenta de ahora en adelante. Sin embargo, creo que Fania es una buena chica. Se merece una segunda oportunidad, ¿no le parece? —preguntó, aunque Emilia no parecía tenerlo tan claro—. La necesito. Usted misma ha dicho que...

—Tengo más sobrinas —la interrumpió Emilia con obstinación—. Y todas quieren venir a vivir al norte. La próxima vez elegiré mejor y...

—Emilia, no sea usted tan dura con la chica, por favor. Intentémoslo de nuevo con Fania. Estaba muy contenta con ella, de verdad.

—Bueno —accedió Emilia—. Si eso es lo que usted quiere, le daremos otra oportunidad. Pero, *prego*, avíseme si deja de estar satisfecha con su trabajo. Prométame que será sincera conmigo. Porque si no la mandaremos de vuela a casa, *e basta!*

Fania ya había empezado a meter sus cosas en la maleta cuando Angela llegó a la segunda planta de la torre para hablar con ella. Se la encontró en un estado de ánimo miserable, agazapada frente a la maleta y sollozando de forma descontrolada. Cuando reparó en la presencia de Angela, reaccionó sobresaltada.

—He hablado con tu tía, Fania.

La joven se estremeció al oírlo.

—*Zia* me manda de vuelta a casa —dijo Fania con la voz tomada.

—Ha cambiado de opinión —le explicó Angela en voz baja—. Si quieres, puedes quedarte.

Fania se la quedó mirando con los ojos abiertos como platos.

—¿En serio?

—Sí —respondió Angela, y de inmediato una amplia sonrisa apareció en el rostro de la joven—. Pero te necesito en la Villa de la Seda. Y hoy mismo.

Fania asintió. No obstante, pareció como si no pudiera creer que su suerte hubiera cambiado de forma tan repentina.

—¿De verdad... puedo quedarme?

—En tu puesto original —respondió Angela—. Está bien que hayas hecho la maleta. A partir de ahora volverás a vivir con tu tía y a trabajar para mí. *D'accordo?*

—Y... ¿Nathalie?

—Ya se las apañará —sentenció Angela, ante lo que Fania reaccionó con desilusión—. Te agradezco mucho que hayas ayudado a mi hija, Fania. Lo has hecho muy bien. Pero ahora tienes que regresar conmigo.

—*Certo*.

La respuesta sonó de todo menos feliz. Y mientras le explicaba a la joven cómo tenía que ayudarla esa tarde de sábado en la Villa de la Seda, Angela no pudo evitar pensar que Fania debía de haber imaginado para sí misma una vida muy distinta a la que tenía su tía Emilia. ¿Realmente debería haber dejado que la mandaran de vuelta a casa? No, de ninguna manera. Difícilmente se habría recuperado de una humillación semejante. «Tal vez pueda ayudarla —pensó Angela —. Aunque eso significará tener que buscarme otra ama de llaves.»

6

El medio telar

Tal como habían prometido, Luca y sus amigos se llevaron todo lo que había que tirar. Fania se volcó en su trabajo a la desesperada, y el mismo sábado por la noche ya tenía la sala destinada al taller de costura limpia como los chorros del oro.

El domingo por la mañana a las diez, Stefano y Nicola sorprendieron a Angela presentándose con un cubo de pintura blanca que había sobrado de las reformas que habían hecho el verano anterior, y se encargaron de dar una buena capa a las paredes y al techo. Angela solo pudo encargarse de cuidar que no se arrugara la lona que Fania había extendido por el suelo de piedra antes de que empezaran a manejar los rodillos. Las paredes todavía no se habían secado cuando retiraron la lona y los plásticos para colocar la gran mesa de trabajo de Angela, que previamente había pertenecido a su difunto marido, en el centro de la sala. Vittorio la ayudó a trasladar hasta allí también el busto de modista, la máquina de coser y el resto de los accesorios.

Y así fue como el lunes por la mañana consiguieron tener listo el *atelier*, aunque todavía oliera a pintura fresca. Angela estaba tan emocionada que había sido incapaz de pegar ojo durante la mitad de la noche.

—Todo irá bien —la consoló Vittorio mientras se despedía de ella para regresar a Venecia. Cada vez parecía que le costara más separarse de ella, y Angela tenía la sensación de que su amado se sentía cada vez mejor en Asenza.

A las nueve en punto apareció Elena Alberti. Miró a su alrededor en la sala recién decorada y olfateó el aire.

—La pintamos ayer mismo —le explicó Angela—. Será mejor que no se apoye en las paredes, puede que la pintura no se haya secado del

todo —comentó riendo. Sin embargo, Elena se la quedó mirando con los ojos muy abiertos y una expresión de asombro. Angela se aclaró la garganta y le mostró a la nueva trabajadora los figurines que había dibujado para el vestido—. Este fin de semana he hecho un prototipo y he corregido los patrones. Tome... —dijo entregándole los patrones doblados y rotulados con esmero—. Por tanto, podemos empezar enseguida a cortar la tela —decidió. Sobre la mesa ya tenía el rollo de seda de color crema, todavía envuelto en la tela de lino—. Puesto que la tela es realmente cara, propongo que lo hagamos juntas.

Elena Alberti arqueó las cejas.

—De acuerdo, como usted quiera.

Angela decidió ignorar aquel reproche subliminal. Con cuidado, sacó la tela de Lidia de su envoltorio.

—Es seda tejida a mano —le explicó—. Insisto en que se trata de un material que debe tratarse con sumo cuidado. Antes de empezar y después de cada pausa será necesario que nos lavemos las manos a conciencia...

—Por supuesto. ¿Por quién me toma? —replicó Elena, quien acto seguido se dirigió hacia el lavabo que había en el *atelier*, se lavó las manos y se las secó con esmero—. ¿Ahora podemos empezar de una vez?

Angela no tenía motivos para quejarse. La signora Alberti comprendía su oficio a la perfección y en poco tiempo cortaron todas las piezas que formaban el vestido de Donatella. La modista cosió los complicados ribetes del escote con gran precisión, y las puntadas decorativas del bordadillo también le quedaron muy bien. Con cada hora que pasaba, Angela se fue relajando, y por la tarde ya se podía reconocer sobre el busto de modista cómo acabaría siendo el vestido. Al día siguiente, mientras Fioretta y Stefano transportaban un maletero lleno de cajas con maravillosos chales de seda hasta la oficina de correos, desde donde se enviarían con carácter urgente a todo el mundo, la signora Alberti se dedicó a coser la combinación.

Angela se encargó del godet, que tenía como objetivo permitir una mayor libertad de movimientos. Para ello recurrió a un truco propio con el que prácticamente conseguía ocultar el pliegue de la tela. Era como elaborar una escultura: una puntada en falso y aquel

tejido tan delicado revelaría el error enseguida. A continuación, la voluminosa manga de murciélago. Angela había necesitado tres intentos con la tela de forro para conseguir un efecto de caída elegante en el hombro. Entretanto, no obstante, las tejedoras ya se habían acostumbrado a asomar la cabeza por el *atelier* de buena mañana, antes de entrar a trabajar, y también durante la pausa del mediodía. Todas estaban pendientes del progreso del portento, que es como Maddalena había bautizado al vestido.

—A esta sala le hace falta un buen barrido —comentó Nola un mediodía mientras observaba con aire crítico los retazos de tela y fragmentos de hilo que se habían acumulado en el suelo. Decidida, la tejedora agarró la escoba que estaba en un rincón cuando Angela recordó haberle pedido ya a Fania que se encargara de ello el día anterior por la tarde o a primera hora de la mañana.

Estaba tan absorta en el trabajo que apenas tuvo tiempo de echar de menos a Tess y a Nathalie, que, junto con el bebé, viajaron a Múnich para cumplir con las necesarias gestiones burocráticas que implicaba el registro del recién nacido. Regresaron una vez obtenido el pasaporte infantil de Peter Lorenzo Steeger, puesto que ese fue el nombre que acabó recibiendo de forma oficial como ciudadano alemán. Angela dejó que fueran también ellas las que, junto con Emilia y Fania, se encargaran de planear la Navidad. Todas estuvieron de acuerdo enseguida en celebrar la Nochebuena en la Villa de la Seda según la tradición alemana: con un árbol de Navidad, un ganso asado con col lombarda y albóndigas de pan. Para el 25 de diciembre, Vittorio había reservado mesa en su restaurante preferido.

El jueves por la tarde habían conseguido lo imposible: el vestido estaba terminado con la única excepción de un pequeño detalle que lo convertiría en un modelo realmente exclusivo: el chal rojo. Maddalena trabajaba a un ritmo frenético en la seda, y aun así parecía que no le daría tiempo a terminarlo. Necesitaban más de tres metros y medio de tela, puesto que Donatella medía un imponente metro setenta y cinco de altura.

Al final, el viernes por la tarde antes de Navidad, Maddalena terminó de tejer la seda. Con cuidado, Angela la ayudó a sacar la tela terminada del rodillo. Mientras Nicola y Stefano llevaban días intentando unir las piezas del telar que habían encontrado con la ayuda de Giuggio, las mujeres siguieron encerradas en el *atelier* de

costura.

—*Madonna* —exclamó Maddalena con devoción—. Este vestido no es de este mundo.

Aunque en realidad el ancho era excesivo, Angela lo tomó tal como estaba y lo colocó provisionalmente sobre el hombro del busto, marcó el pliegue que tenía que describir la seda roja y se apartó un par de pasos para comprobar cómo quedaba.

—Hecho —le dijo con satisfacción a la signora Alberti, que ya se había puesto el abrigo y esperaba junto a la puerta.

—Volveré el lunes —replicó la modista, que parecía bastante menos impresionada que todas las demás con el resultado.

«Probablemente solo está agotada por el trabajo de esta semana», pensó Angela mientras la saludaba asintiendo con la cabeza.

—La semana que viene todavía tendremos que rematar los márgenes de costura y los bordes de corte, y tendremos que hacerlo a mano. El chal lo terminaré yo durante el fin de semana.

Sin embargo, cuando se volvió de nuevo se dio cuenta de que la signora Alberti ya se había marchado.

—Creo que deberíamos dejarlo ya por hoy —le aconsejó Nola—. Está usted absolutamente agotada.

—Ha valido la pena —aseguró Maddalena con satisfacción, tirando una última vez de la seda roja—. Me alegro muchísimo de que cree cosas tan maravillosas con nuestras sedas, signora Angela.

—Yo también, Maddalena —repuso Angela con un suspiro—. Yo también.

Después de la cena Angela se dio cuenta de que en la tejeduría todavía había una luz encendida. Subió a ver quién era y se encontró con Nicola, Stefano y Giuggio, que seguían ocupados con las piezas de madera.

—Me alegro de que haya venido —exclamó Stefano entusiasmado —. Mire lo que hemos descubierto.

El tejedor sacó una hoja de papel amarillenta que estaba escrita a mano. Angela reconoció la caligrafía de Lela Sartori.

—¿De dónde ha salido?

—Estaba pegada a una de las vigas más grandes —explicó Nicola —. Es la última que hemos movido, y entonces hemos descubierto esta

hoja.

«Telar *francese* de Vidor, segunda mitad —leyó Angela—. Entregar cuando llegue el pago. L. S.»

—¿Qué significa eso? —murmuró Angela, aunque enseguida lo comprendió—. El telar que se vendió en Vidor... —constató, tras lo que levantó la cabeza de nuevo para mirar a los hombres—. No estaba...

—... no estaba completo, *signora* —exclamó Giuggio con aire triunfal—. ¿No se lo había dicho? La otra mitad la tenemos aquí.

—Eso significa...

—Ese fabricante de seda, Ranelli —intervino Stefano—, creía habernos birlado el telar con la ayuda de Lidia. Pero en realidad le falta la segunda mitad.

—Por eso no lo vimos en Mestre cuando fuimos a visitar a Lidia —constató Angela desconcertada mientras examinaba de nuevo la hoja de papel.

—¿Qué debe de significar esto? Telar *francese*... —quiso saber Nicola—. No comprendo ni una palabra de lo que decís.

—Aquí, a los telares de jacquard se los llamaba *francesi*, «telares franceses», por la nacionalidad de su inventor —le explicó Angela—. Lela Sartori, la anterior propietaria de la Villa de la Seda, tenía dos, pero los vendió durante la década de los setenta. Lidia encontró uno en Vidor, pero Ranelli nos lo quitó en las narices.

—Con la ayuda de Lidia —añadió Stefano con aire acusador.

—Sin embargo, resulta que solo tiene la mitad del telar —concluyó Giuggio con una amplia sonrisa—. Y la mitad de las tarjetas perforadas.

En su momento, el anciano carpintero le había aconsejado a Angela que se asegurasen de que el telar que habían encontrado en un granero de Vidor estuviera completo antes de adquirirlo. Eso le había dado cancha a Ranelli para adelantarse, pero en esos instantes se demostraba que el consejo de Giuggio había sido sensato.

—Parece evidente que los compradores no llegaron a pagar el segundo plazo —reflexionó Angela en voz alta mientras examinaba la hoja de papel.

—Lela era astuta —afirmó Giuggio señalando hacia las piezas de madera que habían montado hasta el momento—. Dividió las piezas en dos lotes, pero no está nada mal, puesto que lo que falta de la

estructura lo podemos construir fácilmente. Sin embargo, también dividió los ejes y la mecánica que servía para leer las tarjetas perforadas, y eso ya es más complicado. Son piezas de metal elaboradas que se fabricaban a mano. Ni siquiera yo me veo capaz de reconstruir la otra mitad del telar.

—No obstante, eso también significa —comentó Angela ensimismada— que a Ranelli no le sirve de nada lo que le compró a Mimmo Trestelle, ¿no es así?

Giuggio asintió. Los hombres se quedaron mirando la estructura incompleta.

—Y ¿ahora qué hacemos? —preguntó Nicola en apariencia frustrado.

Una vez más, Angela se preguntó qué debía de haber sido de Lidia. Si Ranelli todavía la apreciaría tanto, cuando hubo comprobado que el «regalo» con el que se había unido a sus filas era completamente inservible.

—¿Alguno de vosotros sabe cómo le van las cosas a Lidia?

Stefano se la quedó mirando como si no hubiera oído bien la pregunta.

—¿Lidia? No. No quiero saber nada de esa traidora.

—Mamá, he llamado a la tía Simone y, cuando le he preguntado por su receta para las albóndigas de pan, ¿sabes qué me ha contestado?

Estaban tomando el *brunch* en la Villa de la Seda, Tess también se había unido a ellos. La mesa del comedor estaba repleta de manjares deliciosos que Vittorio había comprado en una tienda de productos selectos de Asenza.

—Pues te la ha dado, supongo.

—¡No, mamá! —respondió Nathalie, y entonces Angela se dio cuenta de lo preocupada que parecía su hija—. Me ha dicho que las traerá ella misma.

—¿Qué? ¿Que Simone quiere venir?

—Sí, por Navidad. Me ha dicho que hace años que quería venir a Italia de vacaciones y ¿por qué no con nosotros?

—¿Y su marido? ¿Él también vendrá?

—¿El tío Richard? —preguntó Nathalie tomando otro cruasán con almendras—. La tía me ha contado que se ha marchado de casa.

¡La ha dejado por otra mujer! No quieras saber los detalles.

Angela se quedó sin habla.

—Y ¿qué le has dicho?

—Bueno, que será bienvenida —contestó Nathalie con una mueca de dolor—. ¿Qué querías que le dijera?

Angela se hundió en su silla con un gemido.

—Vaya, genial —repuso la madre sin entusiasmo. «Menuda mezcla», pensó para sus adentros. La insensible de su cuñada tenía un talento especial para herir a la gente—. Cuando pienso en cómo...

—Mamá —la interrumpió Nathalie en voz baja sabiendo perfectamente lo que quería decir su madre. Al inicio de su embarazo, Nathalie había querido renunciar al bebé. Había viajado a Múnich para abortar y le había pedido ayuda precisamente a su tía Simone. Cuando Nathalie cambió de opinión en el último momento, Simone había reaccionado de un modo furibundo. «¿Para eso me he tomado un día libre?», se había quejado—. Mamá —repitió Nathalie en voz baja mientras le daba un apretón afectuoso en la mano—. Olvidémoslo, ¿de acuerdo? Ahora mismo lo está pasando fatal la pobre.

Pietrino empezó a llorar desde la cuna en la que lo habían acostado y Nathalie fue a cogerlo en brazos. Al cabo de pocos días cumpliría las cuatro semanas y esa mañana le había sonreído por primera vez a Angela.

—Qué bien, ¿no? —dijo Vittorio—. ¿Quién es esa tal Simone?

—La hermana de mi padre —explicó Nathalie mientras se sentaba a la mesa con Pietrino para apaciguarlo—. Pero te aviso: no es que sea precisamente un encanto de mujer.

—Bueno, entonces hará buenas migas con Lorenzo —intervino Tess—. Igual tenemos suerte y la invita a alojarse en su casa.

Nathalie se rio tanto que Pietrino empezó a llorar, puesto que su madre se movía y no podía mantenerse aferrado al pezón.

—Buena idea, Tess.

—Y ¿cómo está el tema de Costanza y Amadeo? —quiso saber Angela—. ¿Han confirmado que vendrán?

—*Sissignora* —respondió Vittorio con satisfacción—. Y Tizi y Sol también.

Al cabo de un rato, Angela se encerró de nuevo en el *atelier*. La tela para el chal rojo era demasiado ancha, Angela era consciente de ello desde el principio, puesto que comprendía la amplitud total de la urdimbre del telar de Maddalena, por lo que tenía que recortarla aproximadamente en un tercio. Le dolía tener que hacerlo, pero no quedaba elección.

Concentrada, sacó las tijeras. «Que no te dé por temblar ahora», se dijo a sí misma. El corte tenía que ser perfecto, de lo contrario el chal no tendría la caída deseada. Una vez cortado, solo le quedaba rematar y pulir el dobladillo.

Angela trabajó con calma y mucha concentración. Mientras tanto, se dedicó a repasar mentalmente todo lo que había sucedido durante la semana anterior. Elena Alberti había demostrado ser una buena modista, pero no habían hecho precisamente buenas migas. Angela suspiró. Le encantaba conectar con la gente con la que trabajaba, estar en la misma onda. De todos modos, también pensó que apenas habían trabajado juntas una semana, y que Elena y ella seguro que acabarían encontrando un punto de conexión. Seguramente no había demostrado suficiente confianza en su nueva empleada y eso debía de haberle sentado mal. «Da lo mismo —pensó cuando hubo terminado por fin el trabajo de costura a mano e intentaba relajar los hombros—. Seguro que con el tiempo nos llevaremos bien.»

Le llevó dos horas más fijar el drapeado del pañuelo sobre el hombro del vestido cosiéndolo con sumo cuidado, de manera que la caída de la seda fuera perfecta. Una vez terminado eso, sí que tuvo el vestido listo. Angela retrocedió unos pasos para comprobar el resultado. La seda inmaculada refulgía con la suavidad del alabastro. Los pliegues que trazaba la amplia manga que llegaba hasta el suelo parecían esculpidos en piedra, mientras que el chal rojo, que dividía la silueta verticalmente como una pincelada, relucía como el fuego candente. Anna tenía razón: el hilo de color frambuesa de la urdimbre carmesí le confería un matiz rojizo incomparable.

—Es realmente precioso —le oyó decir a su hija. Nathalie había entrado en el taller sin hacer ruido, con su hijo en brazos—. Creo que en mi vida había visto un vestido tan increíble, es de ensueño. ¿Me coserás uno igual a mí, mamá?

Angela negó con la cabeza sonriendo.

—Es una pieza única —le aclaró—. Solo puede haber uno así en

el mundo. Pero, si quieres, te diseñaré uno solo para ti, cielo. Por si alguna vez tienes una ocasión digna de llevar un vestido tan elegante.

—Para tu boda, tal vez —replicó Nathalie con una sonrisa pícara.

—O para la tuya —propuso Angela.

Sin embargo, Nathalie negó con la cabeza enseguida.

—La que se ha prometido eres tú —repuso Nathalie—. De momento, y creo que por mucho tiempo, para mí no existe más que un hombre en mi vida —comentó mientras levantaba a su hijo, y las dos se rieron de todo corazón.

Ese domingo Angela no hizo nada más que dormir a pierna suelta, comer, salir a pasear con Vittorio y descansar de nuevo. Faltaban cuatro días para la Nochebuena, y empezaba a notar el cansancio del año en todos y cada uno de sus poros. A Nathalie se le ocurrió que sería buena idea fotografiar el vestido desde distintos puntos de vista y mandarle las imágenes a Donatella, por lo que se puso manos a la obra enseguida.

El lunes por la mañana le dejó el vestido a Elena Alberti para que repasara los márgenes de costura y rematara los bordes a mano, de manera que el resultado final quedara impecable también por dentro.

—Es mi marca personal —explicó al ver que Elena arrugaba la frente.

—Pero si no lo verá nadie —objetó la modista—. ¿Quién se fijará en los bordes interiores de las costuras...?

—Marca la diferencia —afirmó Angela para interrumpir a la modista—. Y más adelante, cuando el vestido salga de la tintorería, es todavía más importante porque así conservará mejor la forma. Supongo que no es necesario que le dé más explicaciones, ¿verdad?

Las dos juntas sacaron el vestido del busto, lo volvieron del revés y lo extendieron sobre la mesa. A continuación, Angela le mostró lo que esperaba de ella utilizando aguja e hilo.

—¿Podrá coser todos los bordes de esta manera? Hay que ir con mucho cuidado para que las puntadas no queden visibles por la parte exterior. Fíjese bien, así.

Elena Alberti parecía realmente disgustada.

—¡Como usted quiera! —respondió—. Pero tardaré una eternidad, lo tiene claro, ¿verdad?

—Todavía nos quedan tres días antes de Navidad. Tiene tiempo de terminarlo antes de mañana por la tarde.

Angela se dedicó a recoger unas cuantas cosas del *atelier* para poder quedarse junto a la modista un rato más y comprobar así si Elena de verdad llevaba a cabo la tarea que le había encomendado tal como ella quería.

«No debería controlar tanto a Elena», se dijo a sí misma antes de echarle un último vistazo a la modista.

—Me encontrará en mi despacho, si me necesita —le dijo antes de retirarse.

Elena Alberti se limitó a asentir levemente y siguió dedicándose al vestido.

—Estos son los últimos encargos —le explicó Fioretta con satisfacción mientras señalaba un montón de las cajas de cartón estrechas que utilizaba para enviar por correo los pañuelos de seda de la tejeduría.

—Ruggero Esposito pregunta si todavía nos queda algún pañuelo con motivos decorativos de jacquard para su madre.

Angela estaba leyendo los últimos correos electrónicos que habían llegado. El interiorista de Nápoles no solo era uno de sus clientes más importantes, sino que además había nacido una sincera amistad entre ellos.

—Típico de los hombres —comentó Fioretta con un suspiro—. Siempre en el último momento. Creo que todavía nos quedan dos pañuelos de Nicola. Uno es de color verde esmeralda y el otro... Espera, voy a buscarlo. Así podremos enviarle fotografías y podrá elegir mejor.

Dicho esto, Fioretta desapareció en dirección a la escalera.

Angela se acordó de que ella todavía tenía uno de un tono turquesa precioso en el piso de arriba y subió enseguida a buscarlo. Todavía no lo había utilizado nunca, por lo que en caso de que Ruggero lo prefiriera... Al llegar a la sala de la morera, Fania se levantó sobresaltada del sillón en el que estaba sentada e intentó esconder el libro que estaba leyendo tras el respaldo.

—¿Has encontrado algo para leer? —le preguntó Angela de la forma más inofensiva posible mirando a su alrededor en la gran estancia.

Esa mañana le había pedido a Fania que limpiara las ventanas y fregara el suelo para que todo estuviera limpio por Navidad. Sin embargo, por lo que veía, la casa estaba exactamente igual que cuando había salido por la mañana.

Observó a Fania devolver el libro que había estado leyendo al estante del que lo había sacado y salir corriendo hacia la cocina. Pensó que no tenía por qué reprenderla por ello, y además esperaba que el susto que se había llevado con su repentina aparición bastara para recordarle cuáles eran sus obligaciones.

Cogió el pañuelo de seda que había subido a buscar y, de vuelta, asomó la cabeza por la cocina y vio a Fania llenar el cubo de fregar con agua caliente mientras se ponía los guantes de goma.

—Podrás leer durante las vacaciones —le dijo. Fania asintió evitando mirarla a los ojos—. Pero ahora no, ¿de acuerdo? —añadió Angela.

—Por supuesto —respondió Fania enseguida—. Por favor, perdóneme.

Al final Ruggero se decidió por el pañuelo de seda verde y Fioretta se lo envolvió enseguida. Más tarde, Donatella llamó por teléfono con la voz alterada por el entusiasmo que le habían provocado las fotografías que le había enviado Fioretta.

—No veo el momento de probarme el vestido —aseguró casi gritando de emoción—. Angela, eres genial. ¿Nuestra cita para el 27 de diciembre sigue en pie, entonces?

Angela respondió que sí y acto seguido se apresuró a comprar un billete para Roma para ese día, puesto que había estado a punto de olvidarse de hacerlo. Luego pasó por la tejeduría, en la que Stefano estaba trabajando en un pedido importante que seguiría ocupándolo durante el año nuevo. Nola y Nicola estaban preparando la urdimbre del telar de Anna, y Angela se dio cuenta de que su empleada estaba de buen humor, algo poco frecuente cuando tenía que dedicarse a esa tarea tan ardua. El tejedor de Nápoles era el único al que toleraba tener cerca cuando se trataba de enhebrar los hilos por los ojetes del telar. Al parecer, la experimentada tejedora había quedado impresionada al comprobar la habilidad que mostraba el napolitano con su *francese*. Maddalena había empezado ya a tejer un pañuelo

nuevo y, por lo que vio Angela, siguió utilizando la seda que habían teñido de color frambuesa para tejer la tela del primer vestido, puesto que todavía les quedaba una buena cantidad. Angela le pidió que utilizara otro color para que lo que tejiera se diferenciara en algo del chal que decoraba el vestido de Donatella. Seleccionaron un tono parecido al malva y Maddalena se dedicó a cambiar de hilo entre los dos colores cada cinco pasadas, con lo que obtuvo un resultado muy bonito.

Al final llegó el mediodía. En Villa Serena esperaban a Angela para comer. Antes de salir, quiso pasar a ver cómo le iba a Elena Alberti. Cuando entró en el *atelier*, no dio crédito a lo que vieron sus ojos.

Encontró a la modista completamente colorada, de pie frente a la tabla de planchar, donde parecía ser que había colocado el vestido apresuradamente. Al ver el vapor de la plancha, Angela soltó un grito de horror.

—Pero ¿qué hace? —exclamó, y al cabo de un instante se plantó junto a la mujer, la apartó a un lado y examinó el vestido—. Dios mío... —susurró incapaz de decir ni una palabra más.

Las costuras estaban todas estropeadas. Unas puntadas demasiado espaciadas habían atravesado el tejido hasta el otro lado, desfigurando el vestido por completo. Era evidente que la modista se había dado cuenta de su error y había intentado subsanar los daños planchando las costuras por el interior. Sin embargo, con eso solo había conseguido empeorar las cosas. Con las manos temblorosas, Angela extendió la valiosa pieza sobre la mesa de trabajo para poder evaluar mejor la magnitud de la tragedia. Toda la parte frontal del vestido, incluidos los complicados pliegues invertidos, había quedado arruinada. Aquello era insalvable.

—Déjeme que termine de plancharlo... —intentó justificarse Elena Alberti.

Angela tuvo que controlar el impulso de pegarle un violento empujón. De repente todo empezó a darle vueltas y tuvo que aferrarse al canto de la mesa para no caer al suelo. Toda una semana de trabajo al traste...

—Márchese —se oyó decir a sí misma con una voz ronca que no reconoció como propia—. Márchese, y no quiero volver a verla jamás.

—¿Cómo? ¿Que me marche? ¿Así, sin más? —preguntó Elena

Alberti plantada con las piernas abiertas frente a ella—. Me debe usted el sueldo de una semana.

Angela creyó no haberla oído bien. Le faltaba muy poco para saltarle a la yugular.

—Será mejor que se marche —dijo Fioretta con determinación. Angela ni siquiera la había oído entrar—. La signora Angela hablará con usted después de las vacaciones, pero ahora no es un buen momento.

7

Sprint final

—Hablaré con Donatella —le oyó decir Angela a Tess a través de una especie de nebulosa—. Lo comprenderá. Dios mío, ¡si tiene el armario repleto de vestidos elegantísimos! ¡No es el fin del mundo!

Fioretta había acudido corriendo a Villa Serena y le había pedido a Tess que la acompañara hasta la Villa de la Seda. En esos momentos estaban frente a la mesa de trabajo contemplando el vestido arruinado.

—¿De verdad que no se puede salvar nada?

Fioretta levantó la parte superior un poco y lo examinó a la luz. En los ribetes cosidos con tanta maestría había unas marcas brillantes horribles.

—Lo que no ha estropeado con la aguja lo ha rematado con la plancha —respondió Angela con la voz temblorosa, tras lo cual se dejó caer sobre una silla y se frotó el puente de la nariz con dos dedos—. Y eso que había empezado muy bien...

—El chal rojo todavía está perfecto —comentó Fioretta—. Y la manga...

Cuando la extendió, constató que también presentaba las mismas manchas relucientes que había dejado la plancha a su paso.

—¡Menuda lástima! —exclamó Tess negando con la cabeza—. Pero, cielo, a lo hecho, pecho —le dijo a Angela—. Ven aquí. Antes que nada deberías comer un poco. Y luego ya veremos.

—No tengo hambre —replicó Angela con la voz apagada, luego respiró hondo y se puso en pie—. No, tengo que ver cuánta seda nos queda. Al principio teníamos unos doce metros...

—¿Qué te propones? —preguntó Tess mirándola con inquietud—. Supongo que no pensarás volver a empezar desde cero, ¿verdad? Angela, no lo lograrás. Además, casi es Navidad. Y de todos modos

estás al límite de tus...

—No estoy ni mucho menos al límite.

Llena de determinación, Angela salió del *atelier* de costura y subió corriendo las dos plantas trepando por los escalones de dos en dos hasta la tejeduría, donde guardaba el resto de la seda de color crema. Poco después regresó con el rollo cuidadosamente envuelto. Cogió el vestido, lo colgó de una percha y, bajo la mirada incrédula de Fioretta y Tess, despejó la mesa y desenrolló el tejido de seda.

—¿Qué estás haciendo?

Angela no se dejó distraer por las preguntas de su amiga. Cogió la cinta métrica y verificó la cantidad de tela que le quedaba con movimientos rutinarios.

—Creo que me llegará justo —murmuró—. Para el godet puede que tenga que buscar otra tela...

—¡Angela, despierta! —exclamó Tess poniéndole una mano sobre el hombro—. Lo que te propones hacer es imposible. Solo conseguirás destrozarte a ti misma, pero no servirá de nada. ¡No puedes lograrlo sola!

—Donatella tendrá su vestido —aseguró Angela con obstinación —. ¡No permitiré que esa chapucera arruine mi reputación!

—Yo te ayudo —dijo Fioretta—. Me da igual el tiempo que tardemos.

—Estáis locas. Las dos —exclamó Tess pateando el suelo con los pies en señal de queja.

—No, Tess —la contradijo Angela—. Tengo que hacerlo. La *marchesa* ya ha visto las fotografías del vestido. Ahora no puedo decepcionarla, simplemente no puedo. Hoy es 21 de diciembre. Hasta que suba al avión que me llevará a Roma todavía tengo casi una semana. Puedo hacerlo, Tess. Sobre todo teniendo en cuenta que ya he cosido una vez el vestido. La segunda vez siempre resulta más sencillo.

—Pero entre todo eso está la Navidad —objetó Tess desconcertada—. Y tendrás visitas. El hijo de Vittorio, su madre y tu cuñada.

—Simone tendrá que encargarse del menú de Navidad —decidió Angela—. Al fin y al cabo, sabrá hacerlo mejor que yo. Fania dejará los libros por unos días y se ocupará de que todo marche bien por casa. ¿Y Costanza? Sería el colmo que supiera que he fracasado. Donatella es su cuñada, no lo olvides —explicó, tras lo cual levantó la

mirada y por fin se dio cuenta de lo preocupada que estaba su amiga por su salud—. Por favor, Tess. Lo que necesito es vuestro apoyo. A todos los niveles.

A la anciana se le notaba claramente lo mucho que estaba luchando consigo misma. Al final expulsó de forma sonora el aire que había estado conteniendo.

—De acuerdo. Yo no sé coser, pero me aseguraré de que los demás te dejen tranquila. Y de que no te falte de nada.

Las noticias sobre el vestido arruinado llegaron enseguida a la tejeduría y toda la plantilla se movía de puntillas por la sala de los telares para no molestar a la *padrona* mientras trabajaba en la planta inferior. Tess consiguió convencer a Angela para que hiciera una breve pausa y comiera algo de la *parmigiana* que Fania había pasado a recoger por Villa Serena. Incluso acabó tendiéndose en el sofá un cuarto de hora para intentar controlar la respiración y recuperar las fuerzas antes de volver a trabajar.

Un par de horas más tarde ya tuvo las piezas del vestido cortadas de nuevo. Fioretta se quedó a su lado y la asistió en todo lo que pudo. Llevaban tiempo formando un equipo bien compenetrado. La serenidad de la joven consiguió apaciguar a Angela y la ayudó a centrarse. Hacia las cuatro y media alguien llamó a la puerta. Era Mariola.

—Me gustaría ayudarla —afirmó.

—¿A qué?

—A coser —respondió—. Sé coser realmente bien —añadió al ver la cara de sorpresa de Angela.

—Para ser sincera —contestó Angela—, preferiría no hacer más experimentos, por ahora.

—Conmigo no correrá ningún riesgo, *signora* —aseguró Mariola —. Estoy familiarizada con la seda tejida a mano desde que era una niña. En casa nos dedicábamos a ello, antes de que se fuera todo al garete.

Un atisbo de nostalgia apareció en el rostro de la joven. Al parecer, Nathalie se lo había tomado en serio y le había cortado el pelo de manera que estaba mucho más presentable.

—Las corbatas, las pajaritas y los chalecos eran mi especialidad

—prosiguió la joven—. Y nunca a máquina, todo lo hacía a mano. Mire, quería enseñarle una cosa —añadió al notar la actitud reticente de Angela. Del bolso de bandolera que llevaba colgado del hombro sacó un paquetito envuelto en papel de seda que procedió a dejar sobre la mesa—. Por favor, compruébelo usted misma, eche un vistazo. Lo cosí en Nápoles a partir de un resto de seda.

Angela abrió el papel y apareció un vestidito diminuto de seda de jacquard con adornos en tonos blancos y rosados, pulcramente decorado con volantes y con lazos.

—Es el vestido para el bautizo de Valentina —explicó Mariola con la voz algo tomada—. Supimos desde muy pronto que sería una niña. De hecho, ese fue el motivo por el que Edoardo se enfadó tanto conmigo —dijo con la voz quebradiza.

—Pero ¿por qué? —preguntó Fioretta.

—Él no quería tener hijos —respondió Mariola mordiéndose el labio inferior—. «Y puestos a tener uno, que sea niño», me advirtió.

—Quizá deberíamos celebrar un bautizo doble en Año Nuevo —propuso Angela. Observó el vestido con cuidado fijándose en todos los detalles. Luego lo volvió del revés y lo acercó a la luz para examinar las costuras—. ¿De verdad lo ha cosido todo a mano?

Mariola asintió.

—Mi madre siempre decía que las máquinas no podían tocar la seda. Las máquinas de coser no entraban en casa.

Se acercó un paso más a Angela y contempló la gran cantidad de tela que estaba extendida sobre la mesa, todavía con los patrones prendidos con alfileres. Luego se volvió hacia el vestido arruinado que colgaba de la percha y lo examinó con detenimiento.

—Esas puntadas son demasiado largas —constató con aire absorto—. Pero ¡la seda es fantástica! ¿Quién la ha tejido?

—Una tejedora que por desgracia ya no trabaja con nosotros —respondió Angela con un suspiro—. Y ¿dónde ha dejado usted a Valentina?

—Con Nathalie.

—Pero ¿cómo piensa trabajar aquí? Valentina todavía es muy pequeña. Tendrá que amamantarla regularmente.

—Sí, es cierto —admitió Mariola—. Pero cada vez con menos frecuencia, ya duerme mucho mejor. He pensado que incluso podría traerla aquí. Nathalie se ha ofrecido a prestarme su cuna. O podemos

traer el moisés al *atelier*. En Nápoles es de lo más normal llevarse los críos arriba y abajo. Pero, claro está..., si eso la molesta...

—No, no es eso. Es que...

—Le preocupa que en algún momento pueda mancharse el vestido con las babas de la criatura o incluso algo peor, ¿verdad?

Mariola sonrió con todo el rostro, de manera que le aparecieron dos hoyuelos en las mejillas.

—No tiene de qué preocuparse, *signora*. No pasará —aseguró—. Me he dedicado a coser desde que fui capaz de sostener una aguja —añadió al ver que Angela seguía dudando—. Es una ocupación muy tradicional en mi ciudad natal. Los mejores sastres del mundo proceden de Nápoles. De verdad, puede confiar en mí.

—De acuerdo —dijo Angela—. Lo probaremos. Mariola, aprecio muchísimo que se haya ofrecido, es muy amable por su parte...

—Nada de eso, lo hago con mucho gusto —replicó la joven con seriedad—. Si le parece bien, vendré mañana por la mañana a las ocho en punto. *Va bene?*

Mariola mantuvo su palabra. A la mañana siguiente se presentó puntualmente en la Villa de la Seda, con Valentina durmiendo envuelta en el fular de bebé que Nathalie le había regalado. Su hermano llevaba el moisés y, de un modo maravilloso, el traqueteo rítmico de los telares pareció contribuir a calmar a la pequeña. Mariola pidió una sábana vieja que procedió a colocar debajo de su silla, de manera que la gran cantidad de tela que pasaría por sus manos no se ensuciara en contacto con el suelo. A continuación se puso un cojín que había traído sobre el regazo y empezó con el largo bordadillo de la manga de murciélago. Angela se quedó sorprendida al comprobar la habilidad que Mariola demostraba con la aguja, apenas podía creer lo precisas que eran sus puntadas mientras ella se dedicaba de lleno al delicado ribete que tenía que decorar el escote.

El carácter afable de Mariola, el ritmo de sueño de Valentina e incluso su llanto cada vez que tenía hambre, por no hablar de Fioretta, que se negó a abandonar a su *padrona* a pesar de no poder ayudarla más que tendiéndole lo que necesitaba en cada momento, enhebrando agujas y barriendo el suelo..., todo eso actuó como un verdadero bálsamo para los nervios de Angela.

El miércoles, el día previo a la Nochebuena, las partes más arduas del vestido ya estaban listas y Mariola empezó a cerrar las costuras laterales. Fioretta separó con sumo cuidado el chal rojo del vestido arruinado y Angela cortó la tela para la combinación. Mientras su cuñada llegaba, se instalaba en la habitación de invitados y recibía con sorpresa la noticia de que tenía que preparar la típica cena navideña alemana para una docena de personas, el vestido fue tomando forma sobre el busto de modista una vez más. Nathalie salió a hacer la compra con Simone, y Angela se fue apaciguando cada vez más. Cuando pensó en la tela que utilizaría para el godet, puesto que ya habían empleado hasta el último centímetro de la seda tejida por Lidia, a Mariola se le ocurrió la idea de utilizar la misma seda roja que había sobrado del chal.

—¡Es una idea genial! —exclamó Angela imaginando ya el efecto que tendría el contraste cada vez que Donatella diera un paso y apareciera por debajo de sus rodillas un triángulo de color rojo intenso.

Satisfecha, se apartó un poco cuando hubo cortado e hilvanado la tela para el pliegue. Si no sucedía otra catástrofe, lo conseguirían.

—¿Mañana nos tomamos el día libre?

Fioretta y Mariola se la quedaron mirando sin dar crédito a lo que acababan de oír.

—Mañana por la mañana terminaré esta costura —explicó Mariola con determinación señalando la labor que tenía sobre el regazo—. Y quién sabe, tal vez siga cosiendo.

De repente, la joven parecía realmente triste.

—Pero si mañana es Nochebuena —objetó Angela en voz baja.

Mariola se encogió de hombros y hundió la mirada en su labor.

—Mariola, vendrás a celebrarla con nosotros —dijo Fioretta—. Ya quedamos así. Tu hermano vendrá también. Además, son las primeras Navidades de...

—Me quedaré aquí —la interrumpió Mariola segura de sí—. Créame —añadió dirigiéndose a Angela—, prefiero hacer algo útil a pasarme el día pensando en la familia que dejé en Nápoles.

Conmovida, Angela guardó un silencio. Los ojos de Mariola empezaron a humedecerse, por lo que decidió que sería mejor no replicar nada.

—Cuando hayamos terminado esto juntas —decidió decirle al

cabo de un rato—, me gustaría ofrecerle un puesto de trabajo aquí.

Mariola levantó la cabeza sorprendida.

—¿A mí? ¿Qué tipo de puesto?

—Como costurera. Aquí, en mi *atelier*.

Mariola reaccionó con una sonrisa radiante, y entonces sí que se le escapó una lágrima de sus largas pestañas. La joven se apresuró a secársela con un pañuelo antes de que pudiera caer encima de la valiosa tela que tenía sobre el regazo.

—Qué bonito, todo esto.

Angela no había vuelto a ver a su cuñada desde el entierro de Peter, y de eso hacía casi dos años. En esos momentos estaban sentadas la una frente a la otra en el patio de la Villa de la Seda. Simone tenía el pelo rubio y tupido, igual que su hermano, y solía recogérselo con una trenza, pero en los últimos tiempos se lo había cortado muchísimo y le había crecido de cualquier manera. Además, había ganado peso y tenía las ojeras muy marcadas.

—Me alegro de que te guste. ¿Estarás a gusto en la habitación con baño de Nathalie? ¿Tienes todo lo que necesitas? —preguntó Angela con la sensación de no haberse preocupado de controlar lo suficiente a Fania durante los últimos días.

—Todo genial. Lástima de ese ruido, que me pone de los nervios —comentó Simone señalando hacia la ventana de la tejeduría, en la que en esos instantes reinaba la calma, puesto que ya eran casi las seis y el personal se había despedido ya para disfrutar de sus bien merecidas vacaciones—. No entiendo cómo puedes soportarlo.

—Bueno, es que es mi tejeduría —respondió Angela con una sonrisa satisfecha—. Para mí es como música. Además, con solo oír cómo suenan los telares ya sé si las cosas van bien o no.

Simone hizo una mueca escéptica, pero prefirió no preguntar nada más. Parecía como si hubiera sufrido un disgusto importante. No demostraba la resolución habitual, ni se mostraba tan abierta de ideas. Si algo caracterizaba a Simone era su falta de tacto, Angela siempre temía su lengua afilada. Esa tarde, sin embargo, parecía simplemente contenta de estar allí, en Asenza.

Angela le mostró la casa a su cuñada y, al ver el fresco de la sala de la morera, Simone se quedó sin habla. «Vaya —pensó Angela—,

esto sí que es increíble.»

Fania les preparó un té y se lo sirvió acompañado de unos trozos de *pandoro*, el pastel navideño típico del Véneto.

—Te lo has montado realmente bien —comentó Simone. Angela esperaba que el brillo de los ojos de Simone no fuera un signo de envidia—. Esto que has comprado es una verdadera joya.

—Trabajo mucho —se justificó Angela, y de inmediato lamentó haberlo hecho—. Pero cuéntame..., ¿cómo estás?

Angela se quedó de piedra al ver las lágrimas que empezaron a brotar de repente de los ojos de Simone.

—Richard ha encontrado a otra —explicó entre sollozos— y quiere el divorcio —añadió con amargura, desviando la mirada para intentar controlarse—. Después de todos estos años...

—Lo siento —dijo Angela en voz baja—. ¿Te apetece hablar sobre ello?

La siguiente hora estuvo escuchando el relato exhaustivo del drama conyugal de su cuñada, que parecía haber estado esperando el momento de vaciar el buche.

—Y ahora me he quedado sola como la una —concluyó—. Ni siquiera he tenido hijos como tú. Y mi hermano ha fallecido —agregó antes de ponerse a llorar de nuevo.

Angela se le acercó un poco y le pasó un brazo por encima del hombro.

Así es como las encontró Vittorio, que al ver los ojos llorosos de la invitada recién llegada de Alemania les sirvió un whisky enseguida. Angela tomó algún que otro sorbo de su vaso, pero Simone vació el suyo deprisa, aparentemente fascinada por la presencia de Vittorio a pesar de que hablaba muy poco alemán.

—¿Cómo llevas el vestido? —le preguntó Vittorio en voz baja aprovechando que Simone se había metido en la cocina. Por supuesto, él también estaba al corriente de la catástrofe.

—Ya veo la luz al final del túnel —respondió Angela dejándose abrazar por Vittorio—. Mariola me está ayudando, es muy hábil con la aguja, y Fioretta no se aparta de mi lado.

—Muy bien —le susurró al oído Vittorio antes de besarla en el cuello con ternura—. Entonces ¿podrás tomarte un par de días libres con la conciencia tranquila?

Angela soltó un suspiro antes de responder.

—Por desgracia, no. Todos los días tendré que dedicarle unas horas al *atelier*. Pero para la cena de Nochebuena de mañana estaré aquí, por supuesto. Simone se encargará de asar el ganso.

—Dos gansos —resonó desde la puerta la voz de Nathalie, que acababa de llegar con el bebé colgado del fular y una bolsa de la compra en cada mano—. La tía Simone ha querido asegurarse de que habrá suficiente comida para todos —explicó riendo. Acto seguido, dejó las bolsas y le dio un beso en cada mejilla a Vittorio—. ¿Está en la cocina? —preguntó—. Perfecto, pues voy a preguntarle por la receta para la col lombarda.

Dicho esto, desapareció también tras la puerta, y Angela oyó cómo Nathalie le sugería añadir jengibre porque lo había leído en una receta.

—Nooo —replicó Simone indignada—. ¡No le pondrás nada de eso a mi col lombarda!

Angela se rio e invitó a Vittorio, que acababa de coger un trozo de *pandoro*, a sentarse con ella en el sofá.

—¿Qué le ocurre a tu cuñada? —preguntó Vittorio entre bocado y bocado, dirigiendo una mirada de preocupación hacia la cocina—. Parece que haya estado llorando.

—Mal de amores —respondió Angela antes de apoyar la cabeza sobre el regazo de él y estirar el cuerpo entero con un suspiro—. ¿Cómo ha sido el reencuentro con Amadeo?

Esa misma mañana Vittorio había recogido a su hijo y a su madre en el aeropuerto.

—Bien —contestó con vacilación. ¿O se lo había parecido a ella? —. Aunque por algún motivo me he sentido extraño.

Angela se sorprendió.

—¿Cuánto hacía que no os veíais?

—Casi dos años.

Angela intentó descifrar la expresión de Vittorio. Normalmente no se mostraba tan parco en palabras.

—Eso es mucho tiempo para alguien tan joven —reflexionó Angela en voz alta. Vittorio le apartó un mechón de la frente y asintió, pero su rostro seguía ensombrecido—. ¿Os parecéis? —preguntó.

—Ni idea. No lo creo —respondió él con una sonrisa—. Tranquila, mañana lo conocerás.

—¿Cuándo llega?

—A las cinco. Con su abuela.

—¿O sea que Costanza vendrá también de verdad?

Vittorio asintió con una amplia sonrisa.

—¿Tenías esperanzas de que lo acabara cancelando?

—No, Vittorio, por supuesto que no.

Se sintió como si la hubieran pillado. La verdad era que hasta ese momento no se había creído realmente que la principessa Fontarini quisiera celebrar la Navidad en su casa.

—Bueno, la verdad es que tampoco me lo tomaría a mal, sería más que comprensible —afirmó Vittorio con franqueza—. Después de todo lo que hizo. Pero, al fin y al cabo, Nochebuena es una noche de paz, y no estaría nada mal que se impusiera por fin.

«Sí —pensó Angela, y cerró los ojos—. La esperanza es lo último que se pierde.»

Y entonces llamaron a la puerta de la calle. Con un gemido, Angela se dispuso a levantarse, pero Fania se le adelantó enseguida asegurando que ya se ocupaba ella. Poco después se abrió de nuevo la puerta y lo primero que vio Angela fue una maraña de ramas verdes.

—*Accidenti* —le oyó decir a Stefano tras el abeto—. Creo que este año sí que me he pasado con el tamaño. ¿Cómo haremos para meterlo dentro?

Al final tuvieron que sacar la puerta de los goznes para conseguir que pasara el enorme abeto blanco que Stefano había traído.

—Al fin y al cabo, para celebrar un *Natale alla tedesca* como es debido es necesario un árbol, ¿no? Por cierto, nosotros también tenemos uno desde hace años, aunque es mucho más pequeño —le explicó a Angela mientras lo colocaba sobre un soporte que también había conseguido. No solo era ancho, sino también tan alto que casi llegaba al techo de aquella sala tan grandiosa.

—Dios mío, es precioso —exclamó Nathalie mientras abrazaba al tejedor.

—¿Crees que las decoraciones navideñas que tendremos bastarán? —preguntó Angela impresionada.

Nathalie le pasó enseguida a Pietrino, que le dedicó una sonrisa entusiasta a su abuela, y salió disparada a buscar las decoraciones navideñas para el árbol que su madre había traído de Alemania.

Simone ahuyentó a Fania de la cocina y metió en la sartén unas salchichas de Franconia que había comprado en su charcutería local y había traído en una nevera de viaje. Las sirvió con *bretzels* y mostaza, puesto que la bávara aseguró que era la cena tradicional del día previo a la Nochebuena.

—¿Sin ensalada de patatas?

—¡Nathalie! —exclamó Angela, y su hija puso cara de circunstancias.

—¿Qué te crees que es esto? —preguntó Simone plantada frente a la puerta de la cocina con un gran recipiente en la mano—. ¿Acaso creías que os prepararía salchichas sin ensalada de patatas?

Pietrino empezó a llorar, pero Nathalie hizo girar frente a sus ojos una bola de Navidad plateada y el bebé se calló al instante ensimismado. La ensalada de patatas estaba tibia, como debe ser, y Vittorio aseguró no haber comido jamás unas salchichas fritas tan buenas como aquellas, lo que le arrancó una sonrisa de satisfacción a Simone.

—¿Sabes, tía Simone? —dijo Nathalie—. He conseguido que Edda te haga un hueco.

—Y ¿quién es Edda?

—La peluquera que hay aquí al lado —explicó Nathalie—. Es famosa en todo el norte de Italia por sus cortes de pelo —añadió al ver la cara de extrañeza de Simone—. He pensado que no podía privar a mi tía de esa experiencia —sentenció, tras lo que puso la cara más inocente de la que fue capaz y le dio un bocado a su salchicha. Sin embargo, Simone no se dejó embaucar por su sobrina.

—O sea, que piensas que voy hecha un desastre y debería arreglarme —dijo con la voz disgustada. Sin embargo, enseguida esbozó una sonrisa benévola—. Tienes razón. ¡Gracias! Y ¿cuándo me atenderá?

—Mañana mismo por la mañana, a las siete y media —dijo Nathalie encogiendo los hombros y arqueando las cejas—. Es que más tarde ya lo tenía todo reservado desde hace tiempo, claro...

—¿A las siete y media? Y yo que pensaba que estaba de vacaciones... —se quejó Simone con un gemido.

—Yo también tengo que acostarme temprano —aseguró Angela —. Mañana a las siete y media ya tengo que estar de nuevo en el *atelier*.

Angela disfrutó compartiendo aquellos días tranquilos con Mariola, y tal vez por eso no le molestó lo más mínimo pasar la mañana del 24 de diciembre en el *atelier*. Simone se puso al mando en la cocina. Nathalie había llegado a la conclusión de que tenía que comprar una guirnalda de luces para ese árbol tan grande, porque ¿quién querría subirse a una escalera para encender velas de verdad? Vittorio estuvo de acuerdo por temor a que se produjera un incendio, por lo que la acompañó en coche a unos grandes almacenes y se sumergieron en el gentío para comprar las luces. Fania centró toda su ambición en la decoración de la mesa. Creó unos arreglos preciosos con hojas de laurel, ramitas de abeto y frutos cítricos. El delicioso aroma del ganso asado se extendió por el patio y sedujo a Mimi, que se instaló frente a la puerta de la casa de Angela, dispuesta a aprovechar la ocasión más oportuna para colarse dentro a pesar de saber que lo tenía prohibido.

Entre todo ese ajetreo y entusiasmo, Mariola siguió cosiendo el vestido de Donatella puntada a puntada. A Angela, esas horas de tranquilidad matinal le parecieron la calma que precede a la tempestad. Valentina se pasaba la mayor parte del tiempo durmiendo plácidamente en su moisés y, si en algún momento le daba por no parar de llorar, Mariola se ponía el fular y se la llevaba colgada a dar un paseo hasta que volvía a conciliar el sueño.

—¿No debería dejarlo ya por hoy? —le preguntó la joven con delicadeza cuando el reloj marcó la una—. Seguro que querrá descansar un poco antes de que lleguen sus invitados.

Angela se la quedó mirando sorprendida. ¿Cómo sabía Mariola que esperaba invitados? La joven se sonrojó como si hubiera podido oír lo que Angela solo había pensado.

—Me lo comentó Nathalie —se justificó agachando la cabeza enseguida.

«Claro», pensó Angela con una sonrisa antes de preguntarse qué no debía de saber la joven. No solo decidió seguir el consejo de Mariola, sino que también la envió a ella a casa, no sin antes darle un regalo: cinco metros de tela de seda de color azul aguamarina que había tejido Maddalena, delicadamente presentada en una caja de regalo con su lazo y todo.

—Hay tela suficiente para coser al menos un vestido —dijo—. Y

el color le quedará bien. Feliz Navidad, Mariola. ¡Y muchas gracias!

Angela tomó un baño y se acicaló con calma.

—¿Por qué no eliges algo de ropa para mí? —le pidió a Vittorio mientras se secaba el pelo.

Cuando entró de nuevo en el dormitorio, Angela se encontró el vestido de color cuarzo rosa colgado junto al armario y no pudo evitar sonreír. Maddalena había tejido aquella seda ante todo para confeccionar ese vestido. El tacto le pareció especialmente suave cuando se lo puso.

Durante uno de sus viajes de negocios a Nápoles, en un mercadillo de antigüedades había encontrado unos pendientes de botón plateados con una piedra esférica de cuarzo rosa que combinaban a la perfección con ese modelo.

—¿Qué te parece? ¿Cómo me queda?

—¡Que eres la más guapa! —exclamó Vittorio tomándole las manos y fijándose en sus dedos—. Aunque te falta algo.

—¡Cierto!

Avergonzada, Angela abrió el cajón en el que guardaba el anillo de rubí. Vittorio lo sacó del cofrecillo y se lo puso en el dedo.

—No puedes salir sin el anillo de compromiso —comentó él con una sonrisa.

—Por supuesto que no —convino Angela antes de darle un beso.

Siempre se olvidaba de ponerse esa joya. Para el día a día, el anillo era un estorbo, y además le daba un miedo atroz perderlo. Sin embargo, Angela era consciente del verdadero motivo que la disuadía de ponérselo, y probablemente Vittorio también lo sabía: y es que con aquel anillo que habían llevado las mujeres de la familia Fontarini desde hacía generaciones no conseguía sentirse a gusto.

8

Navidades *alla tedesca*

Tess fue la primera en llegar a la Villa de la Seda, y lo hizo seguida de Gianni, que iba cargado con un molde enorme repleto de tiramisú.

—Es el regalo de Navidad de Emilia —anunció Tess mientras le abría la puerta de la cocina a Gianni.

Estuvo a punto de chocar contra Simone, que enseguida levantó el trapo de cocina que cubría la deliciosa crema de mascarpone y aseguró que el frigorífico ya estaba lleno hasta los topes.

—Entonces dejaremos el postre en la cocina de verano —decidió Nathalie, y acto seguido acompañó a Gianni hasta la planta baja, que es donde estaba la cocina exterior, junto a la vivienda de los invitados.

Simone pareció aliviada de haber encontrado en Tess a alguien que hablara alemán, y Angela, que todavía no había visto a su cuñada ese día, la elogió por el peinado nuevo. Edda había tenido el detalle de maquillarla, de manera que Simone parecía más joven y no tenía un aspecto tan triste y demacrado como el día anterior.

A las cinco en punto un elegante coche se detuvo frente a la puerta de la Villa de la Seda y poco después la *principessa* y Amadeo subieron a la sala de la morera. Parecían cegados por las luces del gigantesco árbol de Navidad que Nathalie y Fania se habían encargado de decorar con todo lujo de detalles. La guirnalda de luces de veinte metros de longitud bañaba toda la estancia en una luz dorada. Sobre la mesa ardían las velas, que iluminaban también los adornos que había elaborado Fania, de manera que los frutos cítricos extendieron asimismo su aroma por la estancia.

—*Benvenuti* —los saludó Angela con cordialidad—. ¡Espero que os sintáis como en casa en la Villa de la Seda!

Vittorio le quitó el abrigo de pieles a su madre y la selecta fragancia de Costanza envolvió de repente a Angela cuando se acercó

a ella para besarle las mejillas. El pelo plateado de la anciana refulgía a la luz de las velas. Como de costumbre, llegó vestida de blanco, con un vestido sencillo de cachemira que realzaba su esbelta figura. No, Costanza no aparentaba ni mucho menos los setenta y cinco años que tenía. Sus ojos oscuros parecían de lo más atentos, como si ni un solo detalle pudiera eludirlos.

—Y tú debes de ser Amadeo —constató Angela volviéndose hacia el joven que la escrutaba con intensidad—. Me alegro mucho de que por fin tengamos ocasión de conocernos. ¡Bienvenido!

Era guapo, eso era innegable. Y aun así se parecía poco a Vittorio. En ese momento Angela se dio cuenta de que hasta entonces no lo había visto ni en foto, igual que a Sofia, su difunta madre. Eso sí, Amadeo tenía la misma mirada oscura y penetrante que su padre y su abuela, si bien, aparte de eso, no guardaba más parecido con Vittorio. Tenía el pelo de color rubio miel, largo hasta los hombros. Sus rasgos faciales suaves y su tez de porcelana contrastaban de un modo interesante con esa mirada tan inequívocamente sureña. El chico le dio las gracias con cordialidad y luego miró a Nathalie, que apareció vestida con unos pantalones de pinzas de satén negro y una amplia blusa de estilo *vintage* que podía desabrocharse fácilmente, de manera que pudiera amamantar sin problemas a Pietrino, que entretanto descansaba cómodamente en brazos de Fania. Esa noche Nathalie se dejó el pelo suelto, algo tan poco habitual que incluso Angela se fijó en su melena rizada de color castaño, realmente espectacular. A Amadeo también se lo debió de parecer, puesto que no apartaba los ojos de ella.

—*Ciao* —lo saludó Nathalie con una sonrisa cautivadora mientras se le acercaba—. Yo soy Nathalie, la hija de Angela —se presentó tendiéndole la mano primero a Costanza y luego volviéndose hacia Amadeo—. Estudias en Harvard, ¿verdad? —le preguntó.

—Terminaré en primavera, sí —respondió él—. ¿Y tú? ¿También estudias?

—Arquitectura —contestó, tras lo cual le lanzó a su madre una mirada de reojo, porque en realidad todavía ni siquiera se había matriculado, a pesar de que durante el embarazo ya había asistido a algunas clases como oyente siguiendo los consejos de Tiziana. Había estudiado Historia del Arte con verdadero entusiasmo hasta que el embarazo lo había cambiado todo...

—Bueno, de momento se dedica básicamente a ejercer de madre —intervino Costanza con cordialidad—. ¿Dónde está el pequeño, por cierto?

De repente, a Amadeo se le heló la sonrisa en el rostro y abrió unos ojos como platos que revelaron su perplejidad. El hecho de que aquella joven tan atractiva ya tuviera un hijo pareció impactarlo de veras. Entonces se abrió la puerta y un verdadero torbellino entró en la sala de la morera: era Tiziana seguida de Solomon. La joven se abalanzó sobre Angela para besarle las mejillas y enseguida buscó a Pietrino con la mirada. Cuando por fin lo encontró, se lo quitó de los brazos a Fania con sumo cuidado y llenó al pequeño de besos.

—¡Aquí está mi pequeñín! —exclamó mostrándoselo a Costanza y a Amadeo—. ¿No es precioso? Ay, los hombres no vuelven a ser tan guapos como a esta edad jamás en la vida. Ah, ¿sabéis una cosa? —anunció sonriendo con orgullo—. ¡Seré su madrina en el bautizo!

—¿Qué? —se le escapó a Costanza—. ¿Que serás la madrina de este...?

Consiguió controlarse justo a tiempo, aunque su tono de voz despectivo no dejó lugar a dudas de que había estado a punto de soltar un improperio. «Ya verás —pensó Angela bullendo de ira por dentro—. Tendrás que tragarte toda esa arrogancia que llevas encima.» Le lanzó a Vittorio una mirada de indignación que la madre de este pudo apreciar con claridad.

—Será un honor para nosotros —aseguró Solomon tendiéndole la mano a Nathalie para presentarse—. Yo soy Sol, el prometido de Tiziana. Me alegro de conocerte, Nathalie. ¿Te parece bien que nos tuteemos?

—Claro —respondió Nathalie, de repente algo más pálida, mientras le cogía el bebé de los brazos a Tiziana—. Al fin y al cabo, entre nosotros no se interpone ningún complicado título nobiliario, ¿verdad?

Sol recibió el comentario con una amplia sonrisa.

—Bueno, en Italia no se celebra la Navidad hasta mañana —comentó Tess después de instar a Fania a retirarse a la cocina—. En Alemania, en cambio, se celebra la Nochebuena, la víspera de la Navidad. Lo llamamos *Heiligabend*, Noche Santa. Celebramos el nacimiento de un niño que, como ya sabemos, no nació precisamente envuelto en un lecho de seda, sino en un pesebre lleno de paja.

Normalmente se cantan villancicos y se abren regalos, además de comer ganso asado. Da igual el orden que sigamos, pero eso es justo lo que haremos aquí hoy.

—¿Cantar canciones? —preguntó Lorenzo Rivalecca, quien había entrado sin que nadie reparara en él y se había quedado mirando el árbol de Navidad como si se tratara de un obstáculo peligroso.

Nathalie salió a su encuentro.

—¿Qué pasa, no te gusta cantar? —le preguntó antes de plantarle dos besos en las mejillas arrugadas y recoger el obsequio de cortesía que traía el anciano.

—Pues mira, la verdad es que no —se quejó Lorenzo lanzándole una cariñosa mirada a su bisnieto—. ¿Cómo está ese hombrecito? ¡Seguro que celebrar la Navidad te gusta tan poco como a mí! —exclamó, tras lo cual estiró el cuello y arqueó las cejas para mirar a su alrededor en la sala de la morera. Sus ojos de rapaz se detuvieron en Costanza—. Veo que ha venido gente muy distinguida... Creo que será mejor que vuelva en otro momento... —dijo volviéndose hacia la puerta de nuevo.

—Nada de eso, Lorenzo. Quieto aquí —lo retuvo Nathalie cuando se disponía a marcharse—. Por favor, quédate. Fania ha cocinado *minestrone* especialmente para ti.

—¿Fania? —preguntó Lorenzo con desconfianza—. Pero ¿ya sabe hacerlo?

Como si hubiera oído una señal, la joven siciliana apareció con una bandeja repleta de copas llenas del espumoso típico del Véneto: un maravilloso prosecco de Valdobbiadene.

—Bueno, tal vez podamos obviar lo de cantar —comentó Angela con una sonrisa después de pasar por la cocina para recoger a Simone —. Me gustaría presentaros a mi cuñada, que acaba de llegar de Baviera para celebrar las Navidades con nosotros. Ha tenido la amabilidad de deleitarnos con una cena de Navidad típicamente alemana: ganso asado con col lombarda.

—Ningún plato alemán estaría completo sin algo de col —comentó Amadeo en tono irónico.

—Y ¿qué hay de las albóndigas? —preguntó Lorenzo indignado.

—No te preocupes. Las albóndigas tampoco pueden faltar, ¿verdad, Simone? —preguntó Angela, y acto seguido procedió a traducirle rápidamente a su cuñada lo esperadas que eran sus

albóndigas—. Por desgracia, Simone no habla italiano —se apresuró a aclarar a los invitados.

—¿Inglés? —preguntó Solomon dedicándole una sonrisa cordial a la cuñada de Angela.

—No, *sorry*, inglés tampoco —respondió Simone apocada—. Nathalie, tendrás que ir traduciéndomelo todo.

—Claro, ningún problema —respondió su sobrina en alemán.

—Y ¿quién es esa dama de mirada tan severa que hay allí? —preguntó Lorenzo señalando a Costanza con su copa sin siquiera molestarse en bajar la voz.

—Ven, os presentaré, ¿de acuerdo? —se ofreció Angela—. Lorenzo Rivalecca, una de las personas más ilustres de esta pequeña ciudad, con quien nos une un lazo muy estrecho.

Rivalecca arqueó las pobladas cejas con una expresión divertida y le dedicó una sonrisa a su hija.

—*Non c'è altro da dire* —repuso él—. No hace falta decir nada más. Y ¿usted quién es?

Costanza se lo quedó mirando como si temiera que pudiera verterle el prosecco por encima del vestido y retrocedió un poco.

—Su nombre completo, con título nobiliario incluido, es *la sua eccellenza* Costanza Maria Grazia Antonella, principessa Fontarini —se adelantó Amadeo dedicándole una sonrisa socarrona a su padre, como si se estuviera burlando de Lorenzo Rivalecca.

Angela se sintió incómoda de repente. Lorenzo, en cambio, estiró todavía más el cuello con los ojos brillantes. Era evidente que estaba encantado con la situación.

—Ajá, ya veo que es un apellido más bien humilde —rechinó—. ¿Prefiere que la llame Costanza o mejor Maria Grazia? Antonella también es bastante bonito. ¡Ja! Es que no acabo de decidirme...

Acto seguido se echó a reír y realmente acabó derramando unas gotas de prosecco. La mirada de Costanza se volvió gélida.

—La sopa está lista —anunció Simone, aunque nadie pareció darse cuenta.

—¿De dónde han sacado a este bromista? —preguntó Costanza en dirección a Angela.

Vittorio se plantó de inmediato a su lado.

—No vayamos a perder las formas, *carissima madre* —dijo en voz baja agarrándola por el brazo—. Sentémonos a la mesa. Si he

comprendido bien a la cuñada de Angela, están a punto de servirnos la sopa.

Los guio hasta el extremo de la mesa más alejado de la cocina, y Tiziana, que había empezado a charlar con Amadeo, los siguió. El hijo de Vittorio parecía mucho más cómodo cuando estaba con ella y con Solomon. Al fin y al cabo, ya se habían conocido en Estados Unidos y, de hecho, Angela recordó que Amadeo había realizado unas prácticas en el bufete de Solomon. Intentó que Lorenzo quedara lo más alejado posible de Costanza, y Nathalie se sentó a su lado para ocuparse de que su abuelo se sintiera lo más a gusto posible.

Simone realmente no había escatimado esfuerzos y, a partir de una enorme pieza de cadera de vaca, había conseguido un caldo realmente aromático que había preparado con *gnocchi* de pequeño calibre. Y aun así, Angela no estaba segura de si los invitados procedentes de Venecia sabrían apreciar el esfuerzo.

Cuando a Lorenzo le sirvieron su plato de *minestrone*, en cambio, empezó a olfatear en dirección al plato de Nathalie.

—¿Por qué a mí no me han servido de eso? —quiso saber el anciano. Nathalie se lo quedó mirando estupefacta, puesto que desde hacía años su abuelo no tomaba más que potaje de verduras. Por eso se prestó enseguida a intercambiar el plato con él. Lorenzo cató la sopa sorbiendo la cuchara de un modo escandaloso—. *Delizioso!* —exclamó mirando a los ojos a Simone, que por fin había tomado asiento en la mesa justo delante de él—. ¿Esta mujer ya tiene marido? —le preguntó a Nathalie, que a punto estuvo de atragantarse al oírlo.

—Pues ahora mismo no —respondió con una sonrisa.

—Creo que le propondré matrimonio —decidió Rivalecca mientras se comía la sopa con verdadero deleite—. Vamos, pregúntaselo.

Nathalie se lo quedó mirando de reojo.

—Pero, Lorenzo, si no la conoces de nada —objetó Nathalie intercambiando una mirada de desconcierto con su madre, que apenas podía reprimir la risa—. ¡Ni siquiera habláis el mismo idioma!

—Quien sea capaz de cocinar una sopa semejante, querida mía —sentenció Lorenzo levantando la cuchara como solía hacer siempre que quería subrayar todavía más sus palabras—, no necesita nada más. Al fin y al cabo, eso de hablar está sobrevalorado.

—Al menos espera a que nos sirvan el ganso —le aconsejó

Angela.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Simone—. Estáis hablando de mí, ¿verdad?

—¡Pregúntale si quiere casarse conmigo! —le insistió Lorenzo a su nieta con impaciencia.

—Dice que la sopa está deliciosa —le explicó Nathalie reprimiendo a duras penas una carcajada histérica. Simone le dedicó a Lorenzo una amplia sonrisa y asintió con la cabeza.

—¡Ja! —exclamó el anciano respondiendo a la sonrisa—. ¡Creo que le gusto!

Los gansos que había asado Simone también tuvieron una gran aceptación, y Angela se sintió muy aliviada al comprobar que poco a poco la atmósfera en la sala de la morera se iba relajando cada vez más. Pietrino se había dormido en brazos de Tess y la anciana estaba radiante de felicidad.

Nathalie aprovechó la ocasión para servirse dos de las albóndigas de Simone y un buen trozo de ganso, puesto que todavía tenía un hambre de lobo.

—¿Ya has decidido si te unirás a nuestro bufete de Nueva York cuando te hayas graduado? —preguntó Solomon dedicándole a Amadeo una mirada benevolente. El joven no respondió enseguida. Parecía ensimismado contemplando el rastro morado que había dejado la col lombarda sobre su plato.

—Amadeo regresará a Venecia —respondió Costanza en su lugar.

Solomon arqueó las cejas y Angela se fijó en cómo la expresión afable desaparecía de sus ojos azules grisáceos.

—¿De verdad? —preguntó observando a Amadeo con genuina curiosidad. Estaba claro que estaba esperando algún tipo de explicación.

—Bueno, tampoco es que esté decidido del todo —respondió Amadeo visiblemente abochornado mientras le lanzaba una mirada de reojo a su abuela.

—Ha recibido una oferta muy tentadora —prosiguió Costanza impertérrita después de darse unos toquecitos en los labios con la servilleta—. Y no es de extrañar, teniendo en cuenta las notas excelentes que ha obtenido. Tampoco se quedará con la primera oferta

que reciba, ¿verdad?

Costanza le dedicó a Amadeo una sonrisa orgullosa y empezó a remover por el plato el último bocado de albóndiga de pan que le quedaba, como si no supiera qué hacer con él.

Solomon se quedó mirando a Amadeo con una fría expresión expectante. Al ver que no respondía nada, los labios del abogado neoyorquino esbozaron una sonrisa socarrona.

—¿Una oferta más tentadora que la nuestra? —preguntó—. Tengo curiosidad por saber de qué se trata.

—Amadeo será asesor jurídico de Ranelli Seta —anunció Costanza en un tono triunfal—. Y con solo veinticuatro años. Estoy muy orgullosa de mi nieto. Aunque tampoco es de extrañar, mi Amadeo siempre ha sido un superdotado.

—Pero ¿qué dices, *nonna*...? —protestó Amadeo en voz baja sin apartar la mirada de su plato.

Angela contuvo el aliento. El fabricante de seda veneciano Massimo Ranelli se dedicaba a comprar tejedurías pequeñas por todo el país y había intentado arruinarla en primavera. De hecho, había conseguido arrebatarle a Lidia, su mejor tejedora, y a punto había estado de seguirla el resto del personal. Eso habría significado el final definitivo de la tejeduría de Asenza. Y ¿ahora se había propuesto que precisamente el hijo de Vittorio se encargara de asesorar jurídicamente a la empresa? No podía considerarlo ni mucho menos una buena noticia...

—¿Ya lo has pensado? —preguntó Vittorio con un tinte de irritación en la voz. Era evidente que no le había parecido nada bien que no le hubiera pedido consejo al respecto—. Todavía eres joven, te falta experiencia para un puesto semejante, y difícilmente recibirás otra oportunidad como la que te está brindando Solomon...

—Todavía no hay nada decidido —aseguró Amadeo interrumpiendo a su padre.

—Bueno, pero creo que os entendisteis a las mil maravillas el otro día, cuando estuvisteis pactando las condiciones —intervino Costanza de nuevo antes de dejar los cubiertos sobre la mesa—. Ranelli ya cuenta contigo...

—Bueno, pues siendo así... —comentó Solomon dedicándole a Costanza una sonrisa hostil—. No tenía ni idea de que alguien tan joven pudiera tener una agente dedicada a resolver esa clase de

asuntos. Por mí no hay problema... —Al parecer, Amadeo quería replicar algo, pero Solomon lo evitó dirigiéndose a él directamente—. Puedes irte tranquilo con ese fabricante de seda. Está bien que hayamos hablado de ello. Ya avisaré a mis hermanos de que pueden ofrecerle el puesto a otra persona.

Amadeo empalideció de repente.

—¿Por qué te inmiscuyes en su carrera? —le siseó Vittorio a su madre—. ¿No te das cuenta de que...?

—Lo único que hago es preocuparme por tu hijo —repuso Costanza con frialdad, y el reproche tácito que llevaban implícitas sus palabras quedó más que claro.

—Lo más importante es que Amadeo sea feliz —concluyó Solomon levantando su copa—. Por el futuro asesor jurídico de la empresa..., ¿cómo se llamaba? —preguntó buscando con una mirada impostada la ayuda de Tiziana, que había seguido todo el intercambio con los ojos muy abiertos y no parecía precisamente encantada—. Ah, sí: Ranelli Seta.

—Pero hablemos mejor sobre sus planes —le dijo Costanza a Nathalie—. ¿Ha dicho que estudia usted Arquitectura? ¿Dónde, si se puede saber?

—Bueno, ahora mismo estoy en un periodo sabático —explicó Nathalie a la defensiva—. Me matricularé cuando me lo permita el bebé.

Costanza arqueó las cejas desconcertada.

—¿Eso significa que ni siquiera...?

—Nathalie estudió el primer ciclo de Historia del Arte y ahora cambiará de especialidad —intervino Angela.

—Y ¿eso por qué? ¿Ya no le gusta la Historia del Arte? ¿Qué profesores ha tenido, que le hayan hecho cambiar de opinión?

Nathalie apretó los labios, un signo inequívoco de que no le estaba gustando nada el curso de la conversación. Angela se puso a pensar de forma frenética cómo podía salvar a su hija desviando la atención de la *principessa* hacia alguna otra cosa.

—La verdad es que la historia del arte sigue pareciéndome fascinante —respondió Nathalie—. Pero, después de especializarme en la arquitectura de Palladio y sus discípulos, decidí que preferiría...

—Ay, entonces debe de haber estudiado con el *professore* Francesco Sembràn —exclamó Costanza—. Es un joven realmente

impresionante. También es un superdotado, como nuestro Amadeo. Imagínese —comentó dirigiéndose a Solomon, que no daba en absoluto la impresión de estar ni mínimamente interesado en la información sensacional que estaba compartiendo Costanza—, con solo treinta y ocho años ¡y ya es catedrático! Lástima que... —empezó a decir, y esperó hasta que Fania, que ya había empezado a recoger la mesa, le hubiera quitado el plato. Luego se volvió hacia Nathalie en un tono de confidencia—. ¿Sabe? Soy muy amiga de Monica, su mujer. O mejor dicho, su exmujer.

Pietrino había empezado a llorar y Nathalie se puso en pie para cogérselo a Tess.

—Por ella sé que el profesor tiene un mal vicio —prosiguió Costanza—. No es capaz de mantener las manos alejadas de sus alumnas.

Nathalie, que ya había conseguido apaciguar al bebé, se volvió hacia Costanza claramente afectada por aquellas palabras. Angela se horrorizó al ver que su hija se ponía cada vez más colorada, algo que no escapó a la atención de la *principessa*, por supuesto. Al verlo, abrió más los ojos y en sus labios apareció una leve sonrisa pérfida.

—Pero ¿por qué me mira tan indignada, querida Nathalie? —preguntó Costanza con fingida indiferencia—. ¡No me dirá que tenemos delante a una prueba más de esa deplorable costumbre de Francesco! —añadió Costanza dirigiendo su mirada hacia Pietrino—. Por cierto, no nos ha contado todavía quién es el padre del niño...

—¡*Mamma*, basta ya! —gritó Vittorio. Angela no lo había visto reaccionar jamás de forma tan agresiva, en sus ojos relucía una ira candente—. ¡Es insoportable que siempre busques la parte más escandalosa de todo!

—Y tu ingenuidad es legendaria —contraatacó su madre—. Solo espero —prosiguió dirigiéndose a Amadeo— que hayas heredado más cosas de mí que de tu padre y de Sofia...

—Por favor, deja a mi madre al margen —la interrumpió Amadeo en voz baja—. Por cierto... —añadió mirando a su padre—. ¿Dónde tienes sus cuadros?

Vittorio se lo quedó mirando desconcertado.

—¿Te refieres a los cuadros de Sofia? Pues en un almacén —respondió—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque me gustaría verlos —replicó Amadeo—. Hace poco

hablé con una galerista de Boston y se mostró interesada en ellos...

—¿Quieres vender los cuadros de tu madre?

De repente se hizo el silencio en la larga mesa. Fue entonces cuando Angela se dio cuenta de que Nathalie se había marchado con el bebé. Lorenzo, en el otro extremo de la mesa, levantaba la cabeza para intentar descubrir qué había enfurecido tanto a Vittorio.

—Antes preferiría exponerlos al público que esconderlos en un almacén —repuso Amadeo sin dejar de mirar fijamente a su padre—. Ni siquiera tienes un solo cuadro suyo colgado en tu casa —añadió en voz baja y con amargura.

—¿Qué os parece si vamos un día juntos a echarles un vistazo? —intervino Angela.

—¡No creo que eso sea de su incumbencia! —exclamó Amadeo, empalidecido de repente a causa de la rabia que se había apoderado de él. Su mirada recayó de repente en el anillo que Angela llevaba en la mano. Y luego la desvió de nuevo.

—Amadeo —dijo Vittorio con voz cálida de nuevo—. Creo que será mejor que hablemos de todo esto con calma y a solas. Soy el último que se opondrá a exponer los cuadros de Sofia en algún momento, pero...

—¿En algún momento? —Las mejillas pálidas de Amadeo empezaron a sonrojarse a marchas forzadas a causa de la ira contenida —. Y ¿cuándo llegará ese momento? ¿Cuando ya nadie se acuerde de ella? Tú ya hace tiempo que la olvidaste...

—¡Amadeo, por favor, entra en razón! —exclamó Tiziana poniéndose en pie. Solomon también se levantó—. Esta manera de hablarle a tu padre es inadmisible. ¿Has olvidado quién te ha invitado? Y tú, Costanza...

—Contigo también querría tener unas palabras, fíjate. Pero a solas —dijo la *principessa* mirando de reojo a Solomon.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —exclamó Tiziana apartándose los rizos con un gesto lleno de temperamento y los ojos candentes de furia—. Te lo ha pedido mi madre, ¿verdad? ¿Acaso quieres aconsejarme que rompa mi compromiso? ¿Es eso lo que me quieres decir?

Costanza esbozó una sonrisa de superioridad sin replicar nada.

—No comprendo que se te haya endurecido tanto el corazón —prosiguió Tiziana indignada—. Siempre fuiste como una tía para mí. Pero desde que volví del extranjero me he dado cuenta de que...

—¿De qué te has dado cuenta? —la interrumpió Costanza—. ¿De que somos distintas? Al menos tengo la esperanza de que recuerdes cuando mi propio hijo...

—No pienso soportar tanta malicia ni un segundo más —sentenció Solomon pasándole el brazo por encima del hombro a Tiziana—. ¿Cómo es posible que se crea tan superior como para ignorar incluso las reglas de decencia más básicas? Vamos, *darling*. Con argumentos aquí conseguirás más o menos lo mismo que en casa de tus padres.

—No es necesario que se marche —anunció Costanza mientras se ponía en pie—. Nosotros nos despedimos ya, ¿verdad, Amadeo?

El joven titubeó. Indeciso, alternó su mirada entre Tiziana y Angela. Era evidente que era consciente de la afrenta que eso suponía para con la anfitriona.

—Por favor, quédate —le pidió Vittorio en voz baja a su hijo—. Pediremos que un taxi venga a buscar a tu *nonna*.

—No es necesario llamar a un taxi. Un chófer me espera frente a la puerta —hizo saber Costanza antes de enfundarse el abrigo de pieles que le tendía Fania—. Mi nieto vendrá conmigo, está hecho de la misma madera que yo. En él deposito todas mis esperanzas.

Amadeo parecía estar debatiéndose entre los dos bandos hasta que al final tomó una decisión.

—He venido acompañando a mi *nonna* —constató—. Creo que lo más correcto será volver con ella a casa, ¿no os parece?

Una carcajada socarrona sonó al otro extremo de la mesa.

—El niño mimado de la *nonna* —graznó Lorenzo golpeándose el muslo. Estaba claro que se lo estaba pasando en grande—. Fijaos en cómo se aferra a su falda. Bueno, a su abrigo. Que además es de visón —matizó. A continuación recuperó la seriedad y clavó los ojos en Amadeo bajo las tupidas cejas—. Y encima no tiene modales, el señorito. *Buonasera*, *principessa*. ¡Ha sido un placer verla marcharse!

En ese instante, un estrépito los sobresaltó a todos. Se oyó un cristal romperse y algo pesado cayó al suelo justo junto a Angela.

—Esto no puede ser verdad —exclamó Tess fijándose mejor en aquella desagradable sorpresa.

Era una piedra grande como un puño. Alguien la había lanzado a través de una de las ventanas.

9

Donatella

Solomon fue el único que tuvo la presencia de ánimo necesaria para bajar corriendo a la calle, aunque no encontró a nadie, por supuesto. El chófer de Costanza, que había aparcado a la vuelta de la esquina debido a lo estrecha que era la calle, no había visto ni oído nada.

Tess llamó de inmediato a la Polizia Municipale y denunció el ataque. Un *vigile* de guardia, que es como se suele llamar a los agentes, pasó a ver lo que había ocurrido y se llevó la piedra como prueba. Sin embargo, Angela dudaba que a partir de eso pudieran encontrar a la persona que la había lanzado.

—Voy a ver cómo está Nathalie —le susurró Tess cuando el policía se hubo marchado.

—¡Sí, gracias! Buena idea.

Mientras Fania barría los fragmentos rotos y Vittorio y Solomon acababan de arrancar los cristales que habían quedado en la ventana con la ayuda de una bolsa de basura doblada, Angela se dio cuenta de cómo su hija había llegado a delatarse reaccionando de forma tan ostensible al oír el nombre de su profesor.

—Las Navidades *alla tedesca* son más emocionantes de lo que creía —comentó Lorenzo con aire socarrón.

Hasta el momento nadie había prestado la más mínima atención a los regalos, pero entonces el anciano desenvolvió uno que había traído él y les sirvió a todos una copa de Marc di Lorenzo, que era el nombre con el que había bautizado al noble aguardiente de Trieste.

—Esto está destilado a partir de las uvas de mis viñedos, y además tres veces —le explicó a Simone, quien asentía ante cualquier cosa que Lorenzo le decía—. Bueno, aunque ahora ya no son míos, los viñedos —prosiguió con aire locuaz—, porque hace unos años los vendí. Solo he conservado dos —añadió echando la cabeza hacia

delante—. Eso sí, ¡los mejores!

Angela, que lo estaba escuchando y se lo iba traduciendo a su cuñada, se sorprendió. Ni siquiera ella estaba al corriente de que todavía tuviera viñedos.

—No comprendo que Amadeo haya cambiado tanto —le dijo Tiziana a Vittorio con preocupación después de aceptar la copa con agradecimiento—. ¿Qué te parece a ti, Sol? —le preguntó a su prometido—. Cuando nos vimos en Estados Unidos hace un año estaba completamente distinto.

—Yo diría que está bajo el yugo de su abuela —respondió Solomon encogiéndose de hombros—. Tendrá que aprender a tomar sus propias decisiones —añadió, tras lo cual miró a su alrededor como si buscara algo—. ¿Dónde está tu hija? —le preguntó a Angela—. Ha hecho lo mejor que podía hacer en estas circunstancias: largarse a un lugar seguro.

—Era demasiada agitación para alguien que acaba de dar a luz —respondió Angela a modo de evasiva.

Agradeció que Solomon hubiera pensado en Nathalie mientras Tiziana seguía hablando con rabia sobre el descaro de Costanza para llegar, al fin y al cabo, al mismo dilema de siempre: qué podía hacer para reconciliarse con sus padres.

—No puedes hacer nada —sentenció Vittorio en algún momento interrumpiendo el torrente de palabras de Tiziana—. Nuestras madres tienen una cosa en común: son testarudas y no están dispuestas a desviarse ni un solo milímetro de sus prejuicios. Somos nosotros los que tenemos que tomar una decisión, Tizi.

—¿Una decisión? ¿A qué te refieres?

—Que tenemos que plantarnos por lo que nos importa realmente —afirmó poniéndose en pie—. Yo, al menos, ya me he decidido. Angela es lo más importante que hay en el mundo para mí.

Tiziana se lo quedó mirando desconcertada.

—¿Más importante que tu propio hijo?

—No me parece necesario tomar esa clase de decisiones drásticas —intervino Angela consternada al ver lo mucho que Vittorio se debatía consigo mismo—. Si me lo preguntaran a mí, quién es más importante, si Vittorio o Nathalie, no creo que pudiera decidirme por ninguno de los dos. No se puede equiparar lo que sentimos por personas distintas.

—Amadeo acabará entrando en razón —dijo Vittorio al fin—. Todavía es joven.

—A su edad yo ya era responsable de doscientos empleados —objetó Solomon—. Es una lástima, realmente creía que era distinto —concluyó; después degustó el Marc di Lorenzo y le dedicó un cumplido a Lorenzo.

—Debería haberme preocupado más por Amadeo —reflexionó Vittorio con abatimiento.

—Una temporada de cosecha en los viñedos —graznó Lorenzo— y el *signorino* volvería a tener los pies en el suelo.

Angela no pudo evitar sonreír al imaginar a Amadeo ensuciándose esas manos finas y gráciles cosechando los viñedos.

—Probablemente tengas razón, Lorenzo —comentó Vittorio con aire meditabundo—. Entre todos le hemos consentido demasiado.

Puesto que ya nadie quiso probar el tiramisú de Emilia, Solomon decidió que era un buen momento para marcharse.

—Me ha encantado venir a tu casa —le susurró Tiziana al oído a Angela cuando se despidió de ella con un abrazo.

—Vamos, déjalo, no hace falta que le des más vueltas —dijo para rehuir el elogio, agotada.

Acabaría recordando esa velada como la Navidad más horrible de todos los tiempos. Y Nathalie seguramente compartiría su opinión. Cuando Tizi y Sol se hubieron marchado, Angela fue directamente a ver a su hija, que estaba en su dormitorio.

—¿Por qué has tenido que decirlo?

Rodeada de almohadas y cojines, Nathalie estaba sentada en la cama, dándole el pecho a Pietrino. Con los ojos hinchados, le dedicó una mirada de reproche a su madre.

—¡Cómo iba a sospechar que Costanza conocía al padre de Pietrino! —objetó Angela mientras tiraba unos pañuelos de papel usados a la papelera.

—Pero si no te hubieras entrometido ni hubieras empezado a dar demasiadas explicaciones, contándole que había estudiado Historia del Arte...

—Lo sé —reconoció Angela mientras se sentaba al borde de la cama—. Lo siento, no tengo ni idea de por qué lo he dicho.

—Porque estás orgullosa de tu hija, por eso —intervino Tess—. Y porque has querido bajarle los humos a Costanza cuando se ha puesto a hablar sobre lo superdotado que es Amadeo abogando por tu hija. ¿O no?

Angela soltó un gemido y asintió.

—Supongo que sí, que ha sido eso.

—Y ahora lo sabe —constató Nathalie con la voz tomada.

—Lo sospecha —la corrigió Angela con suavidad.

—Y ¿qué diferencia hay entre una cosa y la otra en el caso de alguien como Costanza? De verdad, mamá, ni en la peor de mis pesadillas podría haberme imaginado lo horrible que puede llegar a ser esa mujer.

—Si no hubieras reaccionado como una adolescente pillada in fraganti no habría llegado jamás a esa conclusión —constató Tess con sequedad antes de ponerse en pie—. Ahora suénate la nariz, aclárate la cabeza y olvídate de todo eso.

—Irá enseguida a contárselo a esa Monica —se quejó Nathalie—. Y luego también se enterará Francesco.

—¡Ay, chiquilla! —exclamó Tess contemplándola con benevolencia—. Y ¿qué hay de malo en ello? Así lo sabrá de una vez. Tarde o temprano tendrías que contárselo de todos modos...

—¡No! —respondió Nathalie, y lo hizo con tanta vehemencia que su bebé empezó a llorar de nuevo—. No quiero tener nada más que ver con él.

—Eso tampoco es necesario —intervino Angela.

—No nos peleemos por lo que ha sucedido esta noche —pidió Tess—. Me parece que ya ha sido suficientemente agotador. Y ahora que lo pienso: todavía tenemos una fuente enorme de tiramisú en el frigorífico —comentó, y al oírlo Nathalie abrió unos ojos como platos —. ¿Te apetece un poco? Emilia ha utilizado café descafeinado, y también ha recurrido a un truquillo para no tener que poner alcohol, sabiendo lo mucho que te gusta.

—Vamos allá —convino Nathalie sonriendo con timidez—. Quiero una ración doble.

Angela estaba sacando el recipiente del frigorífico de la cocina de verano cuando alguien llamó a la puerta. Era Vittorio.

—¡O sea que aquí es donde os habíais escondido! —bromeó, aunque en realidad parecía más bien abochornado—. ¿Puedo entrar?

Lorenzo ya se ha marchado. Al parecer se ha entendido muy bien con Simone.

—Sí, dice que quiere casarse con ella —comentó Nathalie empezando a reír de nuevo.

—¿Casarse? ¿Conmigo? —preguntó Simone asomando la cabeza por detrás de Vittorio—. ¿Quién?

—No te alegres tan temprano —le advirtió Nathalie a su tía—. Lorenzo se ha enamorado de ti después de probar la sopa que has preparado.

Simone se quedó mirando a su sobrina durante unos instantes sin comprender de qué le hablaba.

—¿El viejales ese? —exclamó indignada.

—Bueno, tampoco es tan tan viejo —bromeó Nathalie mientras se servía una ración de tiramisú—. Como mucho debe de tener..., vamos a ver..., el doble que tú. Pero es un buen partido, Simone.

—Sí, claro —la reprendió su tía—. ¿Ya me tomas por imposible solo porque mi Richard se ha buscado a una más joven? —se quejó, aunque enseguida sonrió al recibir una ración del postre y se dejó caer con aire teatral sobre la cama, frente a Angela—. Mmm, ¡está buenísimo! Necesito esta receta —aseguró antes de zamparse el resto en un abrir y cerrar de ojos.

Pietrino también parecía saciado, y Nathalie lo levantó para hacerlo eructar.

—Dámelo —se ofreció Simone, y Nathalie le pasó al pequeño—. ¿Qué, mamoncete? Menuda suerte has tenido de que tu mamá al final no abortara, ¿verdad?

Angela se quedó sin aliento.

—¡Simone! —exclamó Nathalie—. ¡Eres imposible!

—¿Por qué? —preguntó Simone mientras mecía a su sobrino en brazos—. Solo digo la verdad. ¿No es cierto, pequeñito?

Pietrino parecía estar mirándola fijamente. La barriguita empezó a sonarle y antes de que Simone pudiera evitarlo, el bebé vació la barriga sobre el vestido de fiesta de su tía.

El día de Navidad, Angela entró en el *atelier* con la sensación de estar tomándose un respiro. «El trabajo puede llegar a ser un gran bálsamo», pensó justo después de encender la luz y dejarse caer sobre

una silla. Tanto ella como Vittorio habían quedado más afectados por la noche anterior de lo que les habría gustado admitir. Él se había disculpado muchas veces por el comportamiento de su madre y de su hijo, y también por el hecho de haber insistido tanto en invitarlos a la Villa de la Seda, una idea que él mismo acabó definiendo como descabellada.

Angela había coincidido con esa opinión en silencio. Aunque cuando se lo había propuesto a ella también le había parecido que valía la pena intentarlo. De hecho, seguía decidida a hacer todo lo posible por mantener una relación mínimamente razonable con su suegra, si bien estaba claro que eso no sería posible si Costanza no ponía un poco de voluntad por su parte.

Angela estaba bastante más preocupada por Amadeo. Era evidente lo influido que estaba por su abuela, de lo contrario habría sido inexplicable que tuviera tantos prejuicios contra ella. Sin embargo, algo la había desconcertado, algo que tenía que ver con la discusión que habían mantenido acerca de los cuadros de Sofia. La madre de Amadeo había sido pintora, y realmente buena, al parecer. Angela lamentaba no haber visto todavía ninguno de los cuadros que había pintado. Y ciertamente, en el *loft* que Vittorio tenía encima de su estudio de interiorismo, en Venecia, no había colgado ni un solo cuadro de su difunta esposa. La primera vez que Angela había estado allí él le había explicado que desde el accidente que había acabado con la vida de Sofia no había soportado seguir viendo sus cuadros. Pero si su hijo no era consciente de ello, puesto que cada uno había procesado el dolor por su cuenta..., no era de extrañar que cada vez estuvieran más alejados. ¿Cómo iba a aceptarla algún día Amadeo si creía que su padre había decidido renunciar a la memoria de su madre? Al principio, a Nathalie también le había costado aceptar a Vittorio, cuando se lo había presentado pocos meses después de que falleciera su padre. Esos temas eran realmente delicados, Angela lo sabía por experiencia.

La puerta se abrió y Mariola entró en el *atelier* sin hacer ruido. Por la noche había empezado a llover y Angela tenía la esperanza de que la lona que había tensado frente a la ventana bastara para no dejar entrar el aire frío. Durante las fiestas le resultaría imposible conseguir que alguien le arreglara el cristal roto.

—¿Cómo fue la celebración alemana? —preguntó Mariola

mientras se desabrochaba un abrigo largo y amplio que Angela no le había visto todavía. Cuando se lo quitó, debajo apareció Valentina, colgada del fular—. Me lo ha prestado Nola —explicó al ver la cara de sorpresa de Angela—. Me ha dicho que ya no lo necesita —añadió riendo mientras sacaba al bebé del fular—. Se ha pasado media noche dando la lata —explicó la joven madre mientras dejaba a su hija en el moisés—. Está rendida, espero que hoy nos deje trabajar.

Efectivamente, al cabo de un momento Valentina se quedó dormida de nuevo.

Mientras Mariola se ocupaba del conjunto que quedaría cubierto por el vestido, Angela se dedicó al drapeado del chal rojo, contenta de que la joven se hubiera olvidado de la pregunta sobre la noche anterior. Para ello levantó la manga de murciélago y se fijó en que las puntadas del dobladillo apenas eran perceptibles a simple vista.

—En mi vida había visto unas costuras tan delicadas —dijo para elogiar a su ayudante, y Mariola se hinchó de orgullo—. Nicola ya me comentó en una ocasión que también es usted una buena tejedora. ¿Tiene algún otro talento del que yo no esté al corriente?

—Bueno, también me gusta tejer. Y me divierte mucho decorar vestidos o accesorios. Ya ha visto los volantes del vestidito de Valentina, aunque también los sé hacer para canastas y de otros tipos, todo eso me lo enseñó mi tía abuela. Al igual que me enseñó a bordar perlas o lentejuelas. Mire, como lo que llevo en el bolsito.

Mariola sacó un bolso decorado con diminutas perlas de cristal. Angela lo cogió y se fijó en el motivo decorativo de tipo renacentista, que le recordó a los que tejía su hermano Nicola gracias a las tarjetas perforadas.

—¿Esto lo ha cosido usted? Estas perlas son realmente microscópicas. Hay que tener unos dedos muy hábiles, para poder hacer estas cosas —comentó mientras le devolvía el bolsito—. Es precioso, Mariola. De repente se me han ocurrido varios vestidos en los que quedarían fantásticos adornos de este tipo.

Mariola sonrió y contempló con admiración el vestido que estaba colgado del busto de modista.

—Diseña usted unos vestidos espectaculares. Si puedo ayudarla a coser y decorarlos... ¿Sabe? Es el trabajo que siempre he soñado tener —comentó con las mejillas sonrojadas—. Uno de mis tíos abuelos tenía un taller de costura en Nápoles —explicó—. En realidad era una

sastrería, confeccionaba trajes masculinos a medida, incluso para los *signori* del consistorio y para el alcalde, todos eran clientes suyos. Y mi tía, de vez en cuando, aceptaba encargos para vestidos de boda, aunque no tenía un negocio dedicado a eso, sino que le llegaban por el boca a boca. Desde pequeña me ha fascinado este mundo, y siempre intentaba aprender todo lo que podía: a coser perlas, volantes y también labores de punto con hilo de seda. Para coser blanco sobre blanco hay que tener buena vista. Mi tía, que cada vez veía peor, me pasaba esas tareas a mí —explicó Mariola con un suspiro—. Por eso dejé los estudios —añadió con pesar—. Por aquel entonces no comprendía para qué tenía que estudiar, si lo que quería era trabajar para mi tía. Por desgracia, tuvieron que cerrar hace unos cuantos años, tanto la sastrería de mi tío abuelo como mi tía, que de todos modos trabajaba de forma extraoficial.

Enhebró de nuevo la aguja y se inclinó una vez más sobre el conjunto del vestido.

—Luego Nicola me enseñó a tejer con el telar —prosiguió—. Aunque en realidad prefiero trabajar en algo como esto —dijo señalando hacia el vestido prácticamente terminado al que Angela estaba fijando el chal rojo.

—Entonces ha sido una feliz providencia para las dos que haya venido usted a Asenza —concluyó Angela—. ¿Ha hecho alguna vez patrones a partir de los bosquejos de su tía?

Mariola negó con la cabeza.

—No, eso lo hacía siempre ella. Y si mal no recuerdo, solo tenía tres o cuatro modelos distintos a los que aplicaba ligeras variaciones. Lo más especial eran las decoraciones, los bordados siempre eran diferentes en cada vestido. A veces eran con hilo de seda blanca, otros con bordado inglés, y luego estaban las perlas o el estrás, con ribetes y volantes y esas cosas. En esa área soy capaz de hacer cualquier cosa. El corte y los patrones son lo único que nunca he aprendido.

O sea, que seguía necesitando a una modista con experiencia, capaz de transformar sus diseños en patrones. Angela suspiró por dentro. ¿Dónde podría encontrar a alguien así?

Había reservado un vuelo a Roma para el 27 de diciembre. De ese modo todavía tendría tiempo de ajustar el vestido a la figura de

Donatella en caso de que fuera necesario. De todos modos, Angela tenía la esperanza de que la *marchesa* no hubiera ganado todavía más peso durante la Navidad.

Vittorio, que durante las fiestas había querido resolver un par de asuntos con calma en su estudio, la llevó en coche hasta el aeropuerto Marco Polo de Venecia.

—Gracias por ocuparte de la ventana —le dijo Angela mientras cruzaban la puerta antigua de la ciudad de Asenza. Al final Vittorio había conseguido a un vidriero dispuesto a sustituir el cristal roto.

—Me tiene realmente intrigado quién lanzó la piedra a tu ventana en Nochebuena —replicó él con aire pensativo—. ¿Tienes alguna sospecha sobre quién pudo ser?

Ella también se lo había preguntado, por supuesto.

—Pues no —respondió Angela—. Sería toda una novedad saber que tengo algún enemigo —explicó. «Aparte de Costanza», añadió mentalmente. Sin embargo, la *principessa* recurría a otro tipo de medios para atacarla—. ¿Irás a ver a Amadeo? —le preguntó. Durante los últimos días no había podido parar de pensar en el joven.

—Seguramente debería ir a verlo, sí —contestó él lanzándole una fugaz mirada de reojo—. A decir verdad, ahora mismo estoy demasiado enfadado con él. Creo que su comportamiento no tiene justificación posible...

—Habla con él. Seguramente tampoco estará a gusto con la situación —le aconsejó Angela. «De lo contrario, es un caso perdido», añadió mentalmente—. Y respecto a los cuadros de Sofia...

—No quiero que se vendan en Estados Unidos —la interrumpió él con vehemencia—. Son muy personales, están cargados de recuerdos. ¿Cómo se le puede pasar a Amadeo por la cabeza la idea de vendérselos a una galería? —se preguntó indignado, tras lo cual cogió aire y negó con la cabeza—. Antes del accidente, tenía sus cuadros colgados por todo el *loft*. Tienen mucha fuerza, Angela, nuestra vida estaba llena de color. Y luego...

—Lo sé —se limitó a decir Angela posando una mano sobre la de él encima del volante. La primera vez que Angela había estado en su casa, Vittorio ya le había comentado el motivo por el que había decidido descolgarlos todos tras la muerte de Sofia, y también cómo le había pedido a Fedo que redecorara toda la vivienda. El dolor que había sentido en esos momentos había sido demasiado intenso para

soportar verlos—. ¿No has vuelto a ver los cuadros desde entonces?

—No —respondió él con aire sombrío—. Le pedí a Fedo que los guardara en un almacén. Y desde entonces, allí están.

Angela contó mentalmente. Debían de haber pasado casi tres años desde entonces.

—¿No podría ser que Amadeo haya malinterpretado lo que hiciste? —se aventuró Angela con cautela—. Al parecer, lo ha percibido como una muestra de desinterés por tu parte. Lo único que me gustaría —añadió al ver que Vittorio empezaba a encolerizarse— es que no haya malentendidos entre vosotros. Tal vez piensa que has olvidado a Sofia y me culpa a mí de ello.

—Pero ¡eso es una soberana tontería! —reaccionó Vittorio indignado.

—Por favor, piénsalo con calma —le pidió Angela—. Me parece una verdadera lástima que a tu hijo y a mí nos separe algo que todavía ni siquiera hemos tenido ocasión de hablar.

En cuanto el avión despegó, a Angela se le cerraron los ojos. Estaba tan agotada que la simpática azafata tuvo que sacudirla un poco para despertarla cuando por fin llegaron a Roma y el resto de los pasajeros ya había desembarcado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la joven mirándola con preocupación.

—Sí, perfectamente —respondió ella abochornada—. Es que las fiestas han sido... un poco estresantes.

La azafata le dedicó una sonrisa comprensiva y le entregó el vestido de Donatella, puesto que se lo habían guardado en un compartimento especial para que no quedara aplastado por el resto de los equipajes.

Tomó un taxi hasta la vivienda de los Colonari, cerca de la plaza de España. Hasta el momento solo había conocido el majestuoso *palazzo* en el que solían celebrar los bailes de beneficencia. Hacía justo un año que se había topado allí con Vittorio después de que este hubiera roto con ella por culpa de una conspiración de su amigo Dario Monti. Tess había urdido aquel reencuentro junto con Donatella, y al principio se había enfadado mucho por ello. Sin embargo, en esos momentos se preguntó por primera vez si aquello no pudo haber sido

otra de las jugadas de ajedrez de Costanza, puesto que al fin y al cabo Dario era un viejo amigo de la familia.

Roma estaba deslumbrante con las decoraciones navideñas. Ya caía el anochecer mientras el taxi luchaba por abrirse paso entre el tráfico del centro de la ciudad. El conductor había elegido una ruta que los llevó por Via Aurelia, lo que le permitió a Angela el placer de contemplar la cúpula bien iluminada de la catedral de San Pedro cuando pasaron junto al Vaticano. Era hora punta, *ora di punta*, como suele decirse en italiano, lo que supuso cruzar a paso de persona el puente bautizado en honor al príncipe Amadeo de Saboya. El monarca homónimo le recordó a Angela al hijo de Vittorio, y entonces se preguntó cómo transcurriría el encuentro entre padre e hijo, esperando también que tuviera lugar pronto. Justo antes de partir, Angela había conseguido convencer a Vittorio para que llamara a Amadeo.

Continuaron por Lungotevere dei Sangallo, la calle que quedaba en la orilla derecha del Tíber en dirección norte, pasaron por el puente Sant'Angelo, donde otro atasco le ofreció la oportunidad de contemplar el famoso Castel Sant'Angelo en todo su esplendor. Al final tardaron casi una hora y media en cubrir un trayecto que normalmente era de tres cuartos de hora.

Como era habitual en tantas otras viviendas señoriales del centro histórico de Roma, al reino privado de Donatella se accedía a través de un portal poco llamativo que no prometía nada especial. Sin la descripción que le había dado la dueña de la casa, Angela seguramente habría pasado un buen rato buscando el lugar. Le abrió una empleada doméstica que enseguida cargó también con su equipaje. Justo después de que Angela le pidiera que colgara la bolsa portatrajes en la que llevaba su preciada mercancía, Donatella salió a su encuentro con los brazos extendidos.

—Angela, cuánto me alegro de tenerte aquí.

La *marchesa* iba vestida con un traje chaqueta de color azul marino, y Angela se percató de inmediato que no había ganado más peso. Con un poco de suerte, el vestido le quedaría perfecto.

—¡Bienvenida! —prosiguió Donatella—. Tenía muy mala conciencia por haberte hecho venir hasta aquí solo por el vestido. Gaetano me ha reñido mucho por eso, por cierto.

Abrió la puerta que daba a un suntuoso salón. Lo primero que

Angela vio en aquella estancia oscura fue la imponente chimenea de mármol encendida, frente a la que descansaba un dálmata enorme que en ese mismo instante se levantó y empezó a gruñir.

—Tranquilo, Nestor —ordenó una voz masculina en tono afable. Al fondo del salón, Angela distinguió la figura de Gaetano Colonari, el marido de Donatella. Estaba sentado frente a un ventanal y solo se distinguía su silueta a contraluz—. Mi esposa tiene vestidos de sobra en su armario —explicó—, pero me alegro de que este capricho me permita por fin conocerla personalmente. Donatella lleva meses hablando de usted y su tejeduría de seda.

—Por encima de todo estamos muy contentos de que le hayas devuelto la vida a nuestro Vittorio —añadió Donatella con seriedad.

—Sí, cierto —confirmó su marido desde la ventana.

—Encendamos la luz —propuso la dueña de la casa—. De lo contrario Angela creerá que está hablando con un espectro.

Se oyó una risita benévola y luego el resplandor procedente de dos lámparas de pie iluminó la estancia. El *marchese* se puso en pie y se acercó a ellas. Angela ya había hablado dos veces con el hermano de Costanza: la primera, cuando los habían presentado con motivo del baile de beneficencia que habían celebrado el año anterior; y la segunda, durante el septuagésimo quinto cumpleaños de su hermana, cuando Vittorio y ella se habían prometido de un modo tan inesperado, puesto que la pareja también había estado presente. No obstante, hasta el momento no habían tenido la oportunidad de conocerse mejor.

—Bienvenida a nuestra humilde morada —dijo él con una sonrisa pícara, y Angela constató enseguida que no se parecía en nada a la madre de Vittorio—. Por algún motivo, mi esposa se niega a vivir en el palacio de mis antepasados.

—Vamos —repuso Donatella—. Tú también prefieres vivir aquí, sobre todo en invierno. Con lo que tardan en calentarse aquellas salas... Tu nieto diría que desde el punto de vista ecológico no tiene ningún sentido que una pareja de edad avanzada como nosotros viva en un sitio semejante.

El *marchese* asintió e invitó a Angela a tomar asiento en un sillón junto al fuego.

—¿Por qué no nos tuteamos? —propuso él después de acomodarse junto a Donatella en el sofá—. Al fin y al cabo, pronto

formarás parte de la familia.

—Con mucho gusto —respondió Angela aliviada.

Nestor se le acercó y le olfateó la mano.

—Si lo acaricias —le advirtió Donatella con una sonrisa—, no se apartará de tu lado en todo el rato.

—¿Qué hay de malo en eso? —preguntó Angela acariciándole ya el cuello. El dálmata cerró los ojos con deleite y se pegó a su lado.

Tomaron una taza de té y comieron un poco del *panettone* que la criada les sirvió en una bandeja de plata. Estuvieron charlando un buen rato sobre temas variados, y Donatella, por supuesto, quiso saber cómo estaba Tess y por qué motivo no podría acudir al baile de beneficencia ese año. Pero Angela no veía el momento de comprobar cómo le quedaba el vestido a la *marchesa*. Cuando por fin Gaetano se disculpó, le pareció que era el momento más adecuado para abordar el verdadero motivo de su visita.

—¿Qué te parece? —preguntó con cautela—. ¿Te gustaría ver el vestido?

—Por supuesto que me gustaría —respondió Donatella con las mejillas sonrojadas de repente debido al entusiasmo—. Es solo que no quería agobiarte con eso nada más llegar.

Ya en la habitación de invitados, que en realidad parecía más bien una suite y cuyas ventanas ofrecían unas vistas maravillosas a la ciudad iluminada, Angela abrió la cremallera de la bolsa portatrajes. La seda de color crema brotó de la funda como si fuera un líquido, y Donatella soltó un grito de entusiasmo agudo cuando Angela extendió el modelo sobre la cama. A continuación corrió las cortinas y le pidió a la dueña de la casa que se quitara el traje chaqueta tras el biombo que estaba en un rincón de la estancia.

Mientras abría la cremallera de la espalda que Mariola había ocultado hábilmente con unas puntadas diminutas entre las costuras, escuchó el frufrú de la ropa que la *marchesa* se estaba quitando tras el biombo.

—La cremallera es tan larga que podrás ponerte el vestido tu sola sin problemas —le explicó—. Cuando estés lista...

—Ya estoy lista —anunció la voz de Donatella con el entusiasmo de una niña justo antes de abrir los regalos de Navidad—. ¿Quieres que... salga?

—Sería más sencillo así, sí —respondió Angela con una sonrisa.

La *marchesa* salió a la luz con actitud apocada. Para gran alivio de Angela, ya llevaba puesta una faja que suavizaba las formas de su barriga y sus caderas, así como un sujetador sin tirantes.

—No podrías haberte preparado mejor para probártelo —la elogió Angela.

Extendió el vestido con cuidado sobre la alfombra y le pidió a Donatella que se situara en medio. Su excitación creció cuando lo levantó para cubrir el cuerpo de la *marchesa*. El temor de que pudiera quedarle demasiado estrecho en alguna parte, no obstante, quedó automáticamente descartado.

—Mira —le dijo señalándole la abertura de la manga de murciélago—, tienes que meter el brazo por aquí.

Angela cerró la cremallera. Cuando hubo comprobado que cabía sin problemas dentro del vestido, se quitó un gran peso de encima. De inmediato dio una vuelta alrededor de la *marchesa* para examinar el corpiño. Le quedaba que ni pintado.

—Ven, mírate en el espejo —le pidió a Donatella—. No te preocupes —la apaciguó al ver que levantaba el brazo con inseguridad para no tropezar con la manga—. Está concebido para que vaya a ras del suelo sin llegar a tocarlo. En cualquier caso me aseguraré de que hayamos acertado con las medidas.

No, no se arrastraba en absoluto. Le pegó un tirón al chal rojo para ajustarlo, pero ni siquiera eso fue necesario. Había quedado tan perfectamente drapeado que caía hacia el suelo tal como lo había previsto.

Donatella Colonari se contempló en el espejo con los ojos como platos.

—Bueno, ¿qué me dices? —preguntó Angela.

—Es... simplemente magnífico —susurró la *marchesa*—. Y muy ligero —añadió mientras se daba la vuelta frente al espejo para verse desde todos los ángulos—. Tengo la sensación de llevar puesta una segunda piel —comentó riendo en voz baja de un modo poco habitual en una dama como ella—. ¿Sabes cuál es la sensación? —prosiguió mirando a Angela con un brillo especial en los ojos—. La de no llevar nada puesto.

10

Los cuadros

—Siento muchísimo tener que decirte esto, Angela, pero de aquí en adelante tendrás que andarte con ojo.

Era una radiante mañana de invierno y Donatella había invitado a Angela a desayunar en una elegante cafetería que estaba a la vuelta de la esquina.

—Mi querida cuñada no se ha resignado ni mucho menos al hecho de que Vittorio te pusiera el anillo de los Fontarini en el dedo.

Angela soltó un profundo suspiro.

—Lo sé, Donatella —respondió Angela. De repente había perdido el apetito y no le apeteció nada comerse el cruasán relleno de pistacho —. Ni me preguntes cómo fue la celebración de Nochebuena a la que la invitamos.

—Ya me lo ha contado todo ella —reveló la *marchesa* con una sonora carcajada—. O mejor dicho, su versión de los hechos: la decoración navideña era de mal gusto; la comida, repugnante; los invitados, por debajo de su nivel... —enumeró Donatella, tras lo cual le dedicó una mirada compasiva a Angela—. Y te aseguro que me imagino el esfuerzo que te supuso. Seguro que todo era fantástico —la consoló, y tomó un sorbo de su *cappuccino*—. Dime, seguro que no es cierto que tu hija se dejara embaucar por ese profesor de Arte, ¿verdad?

Angela tuvo la sensación de haber perdido toda la sangre del rostro de repente.

—O sea, que es cierto —prosiguió Donatella con aire reflexivo, y enseguida le dio un apretón afectuoso en la mano a Angela—. Por cierto, hay algo que deberías perfeccionar: tu cara es un libro abierto.

—Lo sé —respondió Angela con un suspiro—. Pero es que soy así. Y Nathalie también. Siempre vamos con el corazón en la mano, no

podemos evitarlo —dijo contemplando el cruasán. Parecía delicioso, pero su estómago se negaba a aceptarlo. Se le había hecho un nudo que le impedía ingerir nada—. Me temo que no puedo hacer nada para evitar el rechazo de Costanza, no me queda más remedio que resignarme. Quien me preocupa de verdad es Amadeo.

Donatella le hizo una seña al camarero y pidió agua mineral para las dos.

—Hace una eternidad que no lo veo —comentó la *marchesa*—. Era un chico increíblemente bueno, hasta el punto de resultar casi sumiso, en mi opinión. Parecía un angelito.

«Ahora también», pensó Angela. Aunque tal vez lo habría definido más bien como un arcángel arrogante, si es que existía tal cosa.

—¿Qué es lo que tanto te preocupa, entonces? Por lo que he oído, sus resultados académicos son brillantes —dijo Donatella antes de tomar un sorbo de agua—. Desde el principio demostró ser tan superdotado que daba hasta miedo —prosiguió—. Sofia le exigía mucho y se ocupó de que pudiera cambiar de curso cuando las cosas empezaban a ser demasiado fáciles para él —añadió con un suspiro.

—Supongo que la echa mucho de menos —objetó Angela en voz baja.

—Todos la echamos de menos —convino Donatella—. Todos menos mi querida cuñada, por supuesto, que le hacía la vida imposible. No derramó ni una sola lágrima frente a su tumba. Jamás olvidaré cómo se plantó ahí con una sonrisa llena de frialdad en el rostro —recordó, tras lo cual negó con la cabeza para disipar la imagen de su mente—. Sofia no supo ponerse a su altura —intentó explicarle—. Era..., ¿cómo describirlo? Demasiado blanda. Después de todo, era una artista. No sabía defenderse ante las indirectas de Costanza. Por desgracia, en su momento Vittorio no fue capaz de verlo. Y en cuanto a mi querido esposo..., Gaetano prefiere quedarse al margen de esa clase de asuntos. Él y Costanza no tienen mucho en común, ¿sabes? Mi marido sentía mucho afecto por Sofia —explicó, y cuando levantó los ojos de nuevo hacia Angela, lo hizo con una mirada más tierna—. Por suerte, tú eres distinta, Angela. Tienes la misma sensibilidad que ella, pero eres más fuerte. Viendo cómo has recuperado esa tejeduría depauperada, enfrentándote a Massimo Ranelli... ¡Te admiro! Y también supiste defenderte de las ridículas

intrigas de Costanza. Pero, de todos modos, ten cuidado, por favor.

—Me temo que ya ha conseguido poner a Amadeo en mi contra.

Donatella se la quedó mirando unos instantes con aire reflexivo mientras masticaba un bocado de su cruasán de vainilla.

—Si quieres ganarte al hijo de Vittorio, haz algo por la memoria de Sofia —le aconsejó la *marchesa* después de limpiarse los labios dándose unos toquecitos con la servilleta.

—Por cierto, ¿tienes alguna obra suya?

—¿Te refieres a si tengo algún cuadro pintado por ella? Por supuesto que sí. Y no solo uno. ¿Quieres verlos?

—Oh, sí, me gustaría mucho. ¿Sabes? Vittorio los quitó todos de su casa y los guardó en un almacén. Dice que no soporta verlos.

La expresión de Donatella se volvió sombría.

—¡Será tonto! —se quejó—. Desterrar el pasado no sirve para mitigar el dolor —sentenció antes de pedirle la cuenta al camarero—. Y tú —le dijo a Angela—, cómete el cruasán de una vez. Luego daremos un paseo.

Con pasos enérgicos, la *marchesa* caminó con Angela por las calles de aquella zona tan distinguida en dirección a la Piazza del Popolo. Se detuvo ante una casa insignificante de una calle lateral de la Via del Babuino y se sacó un manojo de llaves del bolso. Angela se fijó en un rótulo de bronce con unas letras grabadas que había junto a la puerta. FONDAZIONE PROALFA, leyó intrigada por lo que su acompañante quería mostrarle.

Dentro, las paredes eran blancas y lisas, y los escalones, de granito. Ventanas ovaladas con vitrales emplomados, alternando cristales transparentes y mates, iluminaban el hueco de la escalera. La barandilla de hierro forjado negro describía unas elegantes filigranas.

—La casa se construyó durante la época del *art déco* —explicó Donatella mientras subían al segundo piso—. La mandé renovar de forma simple a conciencia, porque la verdad es que, entre nosotras, estoy un poco harta de tanta suntuosidad —confesó. Se detuvo frente a una puerta y procedió a abrirla. Una vez más, Angela descubrió el rótulo de bronce con el nombre de la fundación—. Bienvenida a mi mundo paralelo —anunció Donatella abriendo la puerta con una sonrisa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Bueno, que me dedico a otras cosas, aparte de encargar vestidos exclusivos carísimos y de ofrecer recepciones. Gaetano y yo compartimos la opinión de que la riqueza comporta ciertos compromisos. Aunque la fortuna de nuestra familia es considerable, mi marido trabajó toda la vida hasta la jubilación, y yo creé esta fundación hace años —explicó. Angela miró a su alrededor por el vestíbulo de planta ovalada, en el que había seis puertas—. Al principio me involucré en todo tipo de causas, hasta que llegué a la conclusión de que uno de los motivos fundamentales de la pobreza es la falta de formación, de manera que había que empezar por enseñar a leer y escribir. PROALFA significa «proalfabetismo». Desde hace aproximadamente dos décadas, desarrollamos y promovemos medidas para luchar contra el analfabetismo. Sobre todo aquí, en Italia, aunque también apoyamos proyectos por todo el mundo —aclaró, tras lo que abrió una de las puertas e invitó a Angela a entrar—. Los días festivos no hay nadie, pero deberías venir un día laborable, te sorprendería la actividad que llega a haber aquí. Mira, este es mi despacho.

Angela vio un escritorio moderno y funcional, y una silla de despacho como la que se podría encontrar en cualquier oficina. Lo único que convertía la estancia en un lugar especial eran dos pinturas abstractas de gran formato, de colores potentes y luminosos.

—Ya puedes imaginarte que no te he traído aquí para contarte lo de mi fundación —comentó Donatella mientras escrutaba los cuadros con intensidad.

—Estos cuadros los pintó Sofia, ¿verdad?

—Así es. Si la hubieras visto, seguramente habrías pensado que pintaba acuarelas de suaves tonos pastel —comentó con aire reflexivo. Angela asintió. Aquellas pinturas eran cualquier cosa menos suaves. Una mostraba unas formas superpuestas de un modo audaz, de vibrantes tonos rojizos y amarillentos sobre un fondo verde claro. La otra jugaba fuerte con los contrastes entre rojo y negro—. Estos cuadros son mis baterías —añadió Donatella—. Cuando estoy cansada y me faltan las fuerzas, solo necesito ver estos dos cuadros para recuperar la energía. Pero ven conmigo, todavía hay más.

En la sala de reuniones había una serie de seis imágenes ejecutadas con tonos amarillos y verdes, y en otra estancia más se encontraban obras dominadas por el color violeta y el azul. Parecía

como si Sofia se comprometiera con un color primario y luego explorara sus posibilidades en el contexto con otras tonalidades.

—¿Te gustan?

—Son fantásticos —opinó Angela acercándose a uno de los cuadros, cuyos numerosos matices azulados recordaban al agua en movimiento—. Se te despeja la cabeza de repente al mirarlos.

—Sí, así es. Las obras de Sofia simplemente sientan bien.

«Es una lástima —añadió Angela mentalmente— que Vittorio haya renunciado por completo a todo este mundo colorista desde la muerte de Sofia.»

—En Nochebuena, Amadeo mencionó que quería mostrarle los cuadros de su madre a una galerista de Boston.

—¿Por qué allí? ¿Por qué no aquí en Italia? ¿O al menos en Europa?

—Me gustaría proponerle que organice una exposición…

—¡Es una idea fabulosa!

—No sé lo que tiene Vittorio en ese almacén —prosiguió Angela pensativa—. Si te lo pidiera, ¿me prestarías tus cuadros para una exposición?

—¡Por supuesto! —respondió Donatella con los ojos brillantes de entusiasmo—. Y conozco a más gente que posee cuadros suyos. Seguro que podría convencerlos también.

«Y en Nápoles —pensó Angela— seguro que también hay obras de Sofia.» Al menos eso le había contado Ruggero Esposito en su momento.

—Aunque todo esto solo será posible si Vittorio está de acuerdo —dijo Angela con un suspiro—. ¿Sofia celebró alguna exposición en vida?

Donatella negó con la cabeza, claramente triste.

—No tuvo ocasión de hacerlo —respondió Donatella—. Precisamente sufrió el accidente mientras acudía a una reunión para hablar sobre la posibilidad de celebrar una gran exposición. De manera que sus planes se vieron truncados.

«Amadeo no lo ha olvidado», pensó Angela antes de pasar de nuevo por las distintas estancias dejando que las obras le hablaran. Una gran sensación de respeto se apoderó de ella y se sumó a la simpatía que ya sentía por la difunta esposa de Vittorio.

—Gracias —le dijo a Donatella—. Gracias por mostrarme todo

esto, por permitirme ver tu universo paralelo. Estoy realmente impresionada...

—¿Por qué crees que organizo ese baile de beneficencia cada año? —dijo Donatella con una amplia sonrisa.

—Me acabo de dar cuenta —explicó Angela con sentimiento de culpa— de que no te he traído absolutamente nada para la subasta —constató Angela. El año anterior le había cedido una cobertura de cama de seda de la *tessitura di Asenza*.

—Oh, no es necesario —replicó Donatella con despreocupación —. Tú asegúrate de que la Villa de la Seda sigue adelante. Quiero que los que donen sean esa gente que no sabe qué hacer con el dinero que tienen. Y te aseguro que en mi círculo de amistades conozco a un montón de gente así.

Camino del aeropuerto recibió un mensaje de Tiziana. «Vito dice que pasarás por el Marco Polo. Me va de perlas porque he organizado para hoy un evento al que solo vendrán mujeres, todas grandes profesionales de varios ámbitos. No habrá hombres. Te espero a las ocho en el bar Dandolo del hotel Danieli.»

Angela se reclinó en la tapicería del taxi y cerró los ojos. Su primer reflejo fue rechazar el ofrecimiento alegando que no tenía tiempo. Pero ¿acaso era cierto? El vestido de Donatella estaba terminado y entregado, y la tejeduría permanecería cerrada hasta pasado el día de Reyes.

«Gracias por la invitación, iré encantada», le escribió como respuesta, con la sensación de haberse quitado de encima la presión que había sufrido durante los últimos días y semanas.

Cuando entró en el legendario hotel de la Riva degli Schiavoni, junto a la Piazza San Marco, se detuvo en seco, impresionada de repente por el majestuoso vestíbulo del palacio, que en realidad parecía de otro tiempo. Preguntó al recepcionista por Tiziana Pamfeli y este la guio hasta el bar contiguo, donde unas columnas de mármol rojo sostenían el techo renacentista de madera. Tras un árbol de Navidad decorado con suntuosidad, al fondo de aquella estancia bien iluminada, Angela reconoció a Tiziana. Estaba rodeada por una docena de mujeres sentadas en sillones club que conversaban de forma animada entre mesitas de mármol. Angela no pudo evitar fijarse en el

damasco de seda color albaricoque con el que estaban tapizados los sillones. Cuando Tiziana reparó en su presencia, salió enseguida a su encuentro.

—Me alegro de que hayas podido venir —le dijo besándola con afecto en las mejillas. Llevaba un vestido cerrado hasta el cuello, de un tejido de punto fino amarillo girasol que realzaba de un modo fantástico su figura, mientras que la larga cabellera morena ondeaba suelta más allá de los hombros—. Ven, te presentaré a unas amigas —le dijo tirando de ella con suavidad—. Graziella, Fabrizia y Stefania fueron compañeras mías en la escuela. A Susa y a Anamaria las conozco de la carrera. Por favor, siéntate con nosotras. ¿Te apetece tomar algo?

En un abrir y cerrar de ojos, Angela quedó incluida en la conversación, de manera que fue conociendo poco a poco al resto de las invitadas. No obstante, pasada una hora se dio cuenta de que estaba absolutamente agotada. Se excusó para ir al baño, aprovechó para retocarse el maquillaje y, cuando regresaba con las demás pensando que lo mejor que podía hacer era despedirse de Tiziana cuanto antes, se fijó en una mujer vestida de un modo llamativo que estaba sentada sola en la barra, mirando hacia el grupo con aire indeciso. Su cabellera larga y tupida era de un color caoba brillante poco habitual. La llevaba recogida en un peinado majestuoso que a Angela le recordó a épocas pasadas. Llevaba un atrevido conjunto formado por una amplia falda de seda bamboleante, larga hasta los tobillos y de color verde abeto, recogida con un fruncido por uno de los lados, y una blusa cruzada de tonos cobres con largas mangas acampanadas. Con unas cejas gruesas y oscuras, y la boca pintada de un rojo intenso, aquella mujer parecía un ave exótica que encajaba a la perfección en el ambiente del bar Dandolo, a pesar de lo diferente que era su estilo respecto al del resto de las mujeres.

—*Buonasera* —decidió abordarla Angela—. Supongo que también la ha invitado Tiziana. Me llamo Angela Steeger.

—¿Es usted alemana? —preguntó la mujer de la barra en lugar de responder.

—Sí, supongo que se me nota enseguida por el acento —repuso Angela avergonzada.

—No, en absoluto —la contradijo su interlocutora—. Habla usted un italiano excelente. Pero ese apellido... ¿O prefieres que nos

tuteemos? Creo que aquí os tuteáis todas, ¿verdad?

—Sí, con mucho gusto —respondió Angela.

—Me llamo Romina Fulvio —se presentó la mujer de aspecto singular.

—¿No quieres unirte a las demás?

Romina rechazó el ofrecimiento.

—No, creo que será mejor que me marche. No conozco a nadie más, aparte de Tizi. Además... —empezó a decir esbozando una sonrisa torturada—, seguro que aquí todas tienen estudios.

—Bueno, al fin y al cabo no es tan importante los títulos que tengas, sino lo que seas capaz de hacer, ¿no crees?

Romina hizo otra mueca, esta vez más afligida.

—No siempre —replicó, y una expresión de amargura se apoderó de sus rasgos—. A veces también cuentan otros factores —aseguró levantando la mirada y barriendo la suntuosa estancia con los ojos antes de dejar la copa vacía que tenía en las manos sobre la barra—. Lo siento, no pretendía desanimarte, es que no he tenido un buen día.

—Pues me parece el motivo perfecto para no encerrarse en casa. ¿Te apetece que tomemos algo más? —preguntó Angela sin acabar de comprender lo que le estaba ocurriendo. ¿No era ella misma quien hasta hacía un momento se estaba planteando marcharse a casa? No obstante, entre todas las amistades de Tiziana, Romina era la que más le interesaba. Le pareció distinta, y eso despertó su curiosidad—. Me gusta cómo te has vestido —la elogió—. El corte de esa blusa es... Perdona que sea tan indiscreta, pero me gustaría saber de qué marca es.

Romina se rio mostrando unos dientes blancos como perlas. De repente le sobrevino un ataque de tos y tardó un poco en recuperar el aliento.

—Es de cosecha propia —respondió al fin—. Soy modista. Aunque, por desgracia, hoy mismo me he quedado sin trabajo. Sí, ya lo ves. En fin, *ciao*, Angela. Me alegro de haberte conocido.

Dicho esto, asintió para saludarla y echó a andar con determinación hacia la salida.

—Espera —gritó Angela, pero Romina ya no la oyó.

—¿Adónde va? —preguntó Tiziana siguiendo con la mirada a Romina. Se había levantado para unirse a ellas en la barra—. Pero si acababa de llegar, ni siquiera he tenido ocasión de saludarla...

Angela decidió no perder ni un segundo dándole explicaciones. Una vez más había notado aquel cosquilleo en el estómago que siempre la sorprendía cuando se topaba con algo excepcional. Esa sensación no la había engañado jamás, por lo que se apresuró a seguir a Romina sin pensárselo dos veces.

La alcanzó en el guardarropa, mientras recogía una magnífica capa de terciopelo negro que a Angela le parecía haber visto en alguna película.

—Romina, por favor, espera —exclamó.

La modista se volvió hacia ella sorprendida. Sus ojos oscuros se fijaron en el rostro de Angela con una expresión interrogante.

—¿Sí? —preguntó. Se notaba claramente que no le apetecía en absoluto seguir conversando sobre temas triviales.

—Estoy buscando desesperadamente a una buena modista —le confesó Angela—. Alguien capaz de trabajar sin supervisión, que sepa patronaje y sea capaz de interpretar mis diseños. Alguien con gusto y con imaginación, que sepa elaborar modelos de lujo.

Romina se la quedó mirando como si estuviera siendo víctima de una broma de mal gusto. Cuando Angela se dio cuenta de ello, cogió aire y decidió seguir hablando. ¿Qué le había dicho Donatella? Que era una mujer fuerte, ¿no?

—No nos conocemos de nada —prosiguió—. Pero tengo ojos en la cara y me gusta lo que veo. ¿Esta capa también te la has hecho tú? —preguntó, ante lo que Romina asintió—. Entonces quítatela de nuevo y vuelve. Tenemos que hablar.

—Cuando en un día no solo pierdes tu gran amor, sino también tu medio de subsistencia, es realmente duro.

Se habían sentado en un rincón del vestíbulo, ya que Romina se había negado en redondo a regresar a la reunión de negocios de Tiziana.

—Y ¿dónde trabajabas? —quiso saber Angela.

—En Sogni Veneziani. ¿Te suena? Es uno de los talleres de confección más afamados del carnaval de Venecia. Disfraces, vestidos, sombreros, zapatos... Confeccionábamos tanto modelos históricos como de fantasía. He dirigido el taller durante veinte años —explicó, aunque le sobrevino otro ataque de tos que sonó apurado y doloroso

—. Perdón, es que sufro asma —admitió con tristeza cuando por fin se le calmó la tos. Acto seguido, empezó a revolver el bolso, sacó un inhalador y aspiró una dosis—. No soporto muy bien este clima —añadió con un suspiro antes de respirar hondo un par de veces y notar el alivio cuando el medicamento empezó a surtir efecto—. Por desgracia, no estoy hecha para vivir en la laguna. Bueno, después de todo ahora tendré la libertad de marcharme a donde quiera —sentenció con un ánimo que sonó cualquier cosa menos alegre.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Angela mientras observaba las ojeras negras que el maquillaje de Romina no había conseguido ocultar.

—Lo que ocurre siempre que no se cuidan las cuestiones del corazón. Enzo y yo llevábamos diez años juntos. Pero hoy me ha dejado, sin más —explicó reclinándose en su sillón con gesto cansado —. Enzo es el propietario de la tienda.

—Pues no se saldrá de rositas —opinó Angela—. Tendrá que pagarte una indemnización.

Romina suspiró de nuevo.

—Es posible. Lo más estúpido es que no la quiero. Lo único que deseo es trabajar de esto —confesó la modista con los ojos humedecidos por las lágrimas que estaba conteniendo—. Los diseños fantásticos de Enzo, los materiales selectos: terciopelo, seda, brocados, todo tejidos increíblemente difíciles de manipular, pero me encanta. ¿Me comprendes? Era feliz cosiendo los disfraces renacentistas más complicados que Enzo era capaz de concebir. En cambio, si me dedico a la confección para señoras más tradicional, me moriré de aburrimiento —prosiguió, tras lo que miró fijamente a los ojos a Angela—. Y ¿dices que estás buscando a alguien? ¿Para qué?

—Para confeccionar modelos únicos —respondió Angela—. A partir de seda tejida a mano.

—¿Seda tejida a mano? —preguntó Romina alargando las sílabas para conferirles más énfasis—. Y ¿de dónde la sacas?

—De la *tessitura di Asenza* —contestó Angela—. Mi tejeduría. Está en el campo, a una hora en dirección a las montañas. ¿Quieres venir a verla un día?

—¿Cómo te ha ido en el evento para mujeres de Tiziana? —preguntó

Vittorio saludándola con un beso cuando Angela llegó al apartamento del barrio de San Marco—. Veo que no has aguantado mucho rato —añadió con una sonrisa.

—No te lo creerás, pero me parece que he encontrado a la modista de mis sueños —respondió Angela envolviendo el cuello de su amado con los brazos antes de contarle cómo había conocido a Romina—. Me ha prometido que vendrá a Asenza para conocer la Villa de la Seda.

—Me pregunto si estará dispuesta a mudarse al campo, siendo esa ave del paraíso que me has descrito.

—Sufre asma —le explicó Angela tras dejarse caer sobre el sofá —. El aire de Venecia no le sienta nada bien, por lo que le gustaría mudarse a otra parte. Y aunque Asenza no goza de esta atmósfera tan animada, la calidad del aire es excepcional.

—Bueno, esperemos que salga bien. ¿Te apetece un poco de vino? —preguntó levantando una botella de soave de su bodega preferida. Ella negó con la cabeza.

—Ya me he tomado dos bellini —repuso con un gemido—. Creo que prefiero una infusión.

Vittorio se rio y encendió el hervidor de agua de inmediato.

—En Roma has causado furor —le explicó animado mientras sacaba las bolsitas de infusiones del armario—. Donatella me ha llamado deshaciéndose en elogios por el vestido.

—Sí, por suerte le quedaba bien —repuso ella apoyando la cabeza en el respaldo tapizado. Cuando cerró los ojos, el mundo entero empezó a dar vueltas.

—Me ha dicho que te ha enseñado los cuadros de Sofia.

Angela se desveló de repente y le lanzó una mirada fugaz para observar su reacción. ¿Y si no le había sentado bien por algún motivo? Sin embargo, la verdad es que se sintió aliviada de que Donatella ya se lo hubiera contado. Así no tendría que ser ella quien sacara el tema.

—Son maravillosos, Vittorio —le dijo de todo corazón mientras él vertía el agua en la taza.

—Sí que lo son —convino él mientras dejaba la taza sobre la mesita y se sentaba junto a ella.

Angela se quedó mirando los tabiques blancos que distribuían la superficie del antiguo almacén intentando imaginar cómo los cuadros de Sofia debían de haber llenado ese espacio de vida y de color. Por

primera vez, el *loft* le pareció un lugar frío. Se planteó si debería aprovechar la ocasión para proponer la idea de la exposición, pero Vittorio se le adelantó con una pregunta completamente distinta.

—¿Te apetece pasar la Nochevieja conmigo aquí en Venecia? —le preguntó. Angela se lo quedó mirando sorprendida. Ni siquiera se lo había planteado—. Creo que te mereces un descanso lejos de Asenza.

—Pues sí, ¿por qué no? —respondió Angela. Sin embargo, le vinieron a la cabeza Tess y Nathalie, con las que había festejado el último cambio de año, y se preguntó si no debería consultárselo primero.

—Si quieres, podemos invitar también a Nathalie, por supuesto —propuso Vittorio, ante lo que Angela se dio cuenta una vez más de lo bien que la conocía—. Aunque me sorprendería que con lo joven que es no tenga previsto algo muy distinto.

—Tiene un bebé —objetó Angela con benevolencia—. Pero tienes razón. Para serte sincera, todavía no me he quitado de encima lo que ocurrió en Navidad, y lo último que querría sería volver a ser la anfitriona de nuevo. ¿Qué tiene previsto hacer Amadeo? —preguntó, ante lo que Vittorio se encogió de hombros—. ¿Has hablado con él? —insistió Angela con cautela.

—Lo he llamado por teléfono, como te prometí. Pero el jovencito parece ser que está muy ocupado —respondió, y por el tono de voz a Angela le pareció dolido, algo que no le extrañó en absoluto.

—Por cierto, ¿dónde vive cuando está aquí en Venecia?

—En casa de mi madre, por supuesto.

«Eso no me gusta nada», pensó Angela con preocupación. Cuanto más contacto tuviera con Costanza, más posibilidades tendría de verse influido por ella. ¿O acaso estaba juzgando mal al chico? En Nochebuena no le había transmitido una impresión precisamente positiva en ese sentido.

Vittorio se puso en pie y se sirvió un poco de vino blanco.

—Creo que los dos se han conjurado contra mí —prosiguió Vittorio.

«Y contra mí», añadió ella mentalmente. De inmediato se le ocurrió una idea.

—¿Sabes una cosa? —preguntó, ante lo que él le dedicó una mirada interrogante—. Dame su número de móvil. Me gustaría hablar con él acerca de un tema.

Vittorio se la quedó mirando y Angela se dio cuenta de lo desconcertado que se había quedado.

—¿Puedo saber de qué se trata?

Angela sonrió.

—De una exposición. Con los cuadros de Sofia. A Donatella le ha parecido una idea fantástica y tengo la impresión de que a Amadeo también podría gustarle.

Vittorio no puso pegas y, no sin antes titubear un poco, le dio el número de teléfono de su hijo. Cuando ella lo llamó a la mañana siguiente, Amadeo se quedó tan sorprendido que no pudo negarse a tomar un café con ella en un bar de Cannaregio. Era una parte de la ciudad en la que se sentía especialmente bien, tal vez porque apenas la frecuentaban los turistas y la alta sociedad veneciana. Si todavía quedaba algo parecido a una Venecia original, se encontraba sin duda en ese rincón al norte de San Marco.

Cuando Angela partió hacia la cita, la niebla cubría Venecia ocultando la suntuosidad mórbida de la ciudad de la laguna bajo un velo místico. De vez en cuando el sol de invierno aparecía para colorear los vapores de rosa palo y dorado, antes de que la luz desapareciera de nuevo y la humedad aflorara y le empapara la tela de la capa de invierno. Entre esa luz crepuscular se veía algún que otro habitante bien abrigado que llevaba bolsas de basura a los lugares en los que se efectuaba el servicio de recogida en días determinados. Bajo los puentes que cruzó pasaban barcas cargadas con alimentos, pero también con materiales para la construcción y sacos de arena, puesto que nadie sabía cuándo empezarían las lluvias invernales que inundarían Venecia una vez más. Todos parecían tener prisa y andaban con la cabeza gacha, y aun así Angela logró captar alguna mirada amistosa lanzada por debajo del ala de un sombrero y correspondió con una sonrisa.

Venecia le gustaba también en días como esos, del mismo modo que le gustaba la vida sencilla de los pocos autóctonos que no realquilaban sus viviendas a los turistas para trasladarse a vivir en tierra firme.

Su destino era un bar muy sencillo, en el que los habitantes del barrio se congregaban por la mañana para tomarse un *cappuccino* y

comerse un cruasán o un *panino* recién hecho. En verano, era el lugar en el que los ancianos degustaban una copa de vino blanco a la sombra, en el lado opuesto de la diminuta *piazza*, y por la tarde se tomaban el primer spritz. Angela lo había descubierto durante uno de los escasos paseos que había emprendido para intentar encontrar alguna tienda de pigmentos naturales por la zona que rodeaba la iglesia de Santi Giovanni e Paolo.

Habían quedado en encontrarse a las once en punto, y Angela ya estaba ante la barra, donde el espejo que había tras las botellas le permitía controlar sin problemas quién se le acercaba por el puentecito. A falta de percha, había colgado su capa empapada en un taburete y justo le servían el café cuando Amadeo entró en el bar.

—¿Te apetece un café con leche?

—Prefiero un *latte macchiato* —respondió Amadeo escrutándola con sus ojos castaños antes de mirar al resto de los parroquianos. Llevaba un abrigo de tweed corto por encima de los vaqueros y un jersey de cuello cisne de color claro. La humedad del aire le había encrespado los rizos rubios—. ¿Por qué quería verme?

Angela tomó un sorbo de café antes de responder.

—Por favor, llámame Angela. Tu padre y yo nos casaremos pronto. Sería muy raro que todavía nos habláramos de usted, ¿no crees? —Amadeo no repuso nada y mantuvo las manos hundidas en los bolsillos de su abrigo. No hizo el más mínimo ademán de quitárselo, a pesar de lo mojado que estaba—. Fui a Roma para ver a tu tía abuela Donatella —prosiguió Angela.

—Sí, ya he oído que últimamente trabaja para ella como modista.

El comentario sonó despectivo. Angela percibió el desdén con el que había pronunciado la palabra «modista», por no mencionar el hecho de que siguiera hablándole de usted. De todos modos, decidió no tenérselo en cuenta.

—Por casualidad empezamos a hablar sobre los cuadros de tu madre —continuó Angela impertérrita a pesar de todo—. Donatella me enseñó unos cuantos. Y entonces se nos ocurrió una idea, pero me gustaría saber tu opinión al respecto. ¿Qué te parecería una exposición retrospectiva de las obras de Sofia?

Ella se fijó bien en su reacción, y aunque Amadeo puso un especial empeño en no demostrar sus sentimientos, no pudo evitar que los ojos le resplandecieran apenas un instante.

—¿Qué se propone con ello?

Angela no estaba segura de si era entusiasmo reprimido o más bien puro rechazo el matiz que tiñó la voz del joven.

—Todavía nada en concreto —respondió ella centrándose de nuevo en su café—. Pero me gustaría saber qué te parece la idea.

—¿La envía mi padre?

Angela no pudo evitar sonreír. En la obstinación que demostraba Amadeo reconoció a Vittorio, a pesar de que el chico claramente había heredado los rasgos faciales de su madre.

—No —contestó ella—. Aunque sabía que nos encontraríamos hoy y fue él quien me dio tu número de teléfono.

Se quedó mirando al joven y pensó que era tan atractivo que no le costaría trabajar como modelo, si se lo propusiera. Dos chicas de quince o dieciséis años habían entrado en el bar y eran incapaces de apartar los ojos de él. ¿Sería consciente de ello? Sin duda alguna. Era tan guapo y tan inteligente que a Angela de repente le dio una lástima tremenda. Ser tan agraciado y en tantos sentidos no debía de resultar sencillo. De repente cobró sentido lo que le había dicho Donatella acerca de lo mucho que Sofia se había preocupado por Amadeo. Este debió de sufrir mucho al perderla. Igual que Vittorio.

—¿Por qué no te hablas con tu padre?

Él pareció sorprendido por la pregunta.

—Sí hablo con él —se defendió.

—Quiero decir de verdad. Te aseguro que no lo comprendo. Ya has conocido a mi hija, para mí sería impensable que no quisiera estar cerca de mí si hubiéramos pasado tanto tiempo alejadas.

Amadeo se la quedó mirando con aire sombrío.

—¿Por qué no se lo pregunta a mi padre? —le espetó—. Fue él quien se distanció de mí tras la muerte de mi madre. ¿O acaso piensa que en algún momento me abrazó y me consoló? Le daba completamente igual. No veía el momento de sacar sus cosas de la casa. Sus cuadros, por ejemplo. Allí no queda nada que recuerde a ella, ¡nada!

Cuando levantó la voz, las dos chicas se lo quedaron mirando con curiosidad. Amadeo, normalmente tan pálido, se había puesto rojo de rabia. De repente se volvió con brusquedad para marcharse, pero Angela le puso una mano sobre el brazo.

—Por favor —le dijo en voz baja—. No te marches así.

Amadeo se quedó mirando la mano que tenía sobre la manga. Por unos instantes, Angela creyó que se zafaría de ella con furia y se marcharía, pero en el último momento Amadeo titubeó.

—¿Has pensado alguna vez que tal vez se comportó de ese modo por el dolor que sentía? —prosiguió ella—. ¿Porque simplemente no podía soportar seguir viendo sus cuadros sin tenerla a ella? Amaba a tu madre por encima de todas las cosas —aseguró, y Amadeo se la quedó mirando claramente confundido—. Tal vez consideras que no supo comportarse como debía, pero no tengo la menor duda de que tu madre se pondría muy triste si viera lo mucho que os habéis distanciado. Dale una oportunidad. Quieres ser abogado, ¿verdad? Pues deberías ser capaz de probar bien todos los hechos antes de llegar a un veredicto.

Angela se dio cuenta del efecto que tenían sus palabras. A Amadeo empezaron a temblarle los labios, y bajo aquellas cejas que parecían pintadas de tan impecables que eran, se le frunció la piel. Al final, la miró a los ojos y ella detectó su dolor con claridad.

—No tengo nada contra usted, Angela —confesó—. Y seguramente lo hace con buena intención. Pero, se lo ruego, déjeme en paz. Hágame ese favor.

Antes de que ella pudiera evitarlo, Amadeo hizo un gesto que a Angela le recordó dolorosamente a Vittorio: dejó sobre la barra unas monedas que se sacó del bolsillo del abrigo y, sin llegar a probar siquiera el *latte macchiato* que había pedido, saludó a Angela asintiendo con la cabeza y desapareció entre la niebla.

11

Propósitos

La casa con jardín a la que se habían mudado Tiziana y Solomon en Malamocco, en el Lido, estaba iluminada cuando Angela y Vittorio acudieron a celebrar la última noche del año con ellos. Habían cruzado la laguna con el bote en sentido sur y habían amarrado en el pequeño embarcadero de la Lega Navale, desde donde habían llegado paseando.

—Tengo una sorpresa para vosotros —les anunció la anfitriona con una sonrisa pícara—. ¡Adelante! —exclamó para invitarlos a entrar, tras lo cual Angela miró a su alrededor con curiosidad. La arquitectura no era lo único que diferenciaba las viviendas que se encontraban frente al cordón litoral de Venecia respecto a las de la ciudad en sí, sino que el interiorismo de aquella villa moderna también estaba reducido a lo más esencial.

—Te ha sorprendido, ¿verdad? —comentó Tiziana riendo—. Ay, no sabes cuánto deseaba vivir en una casa normal y no en uno de esos caserones que rezuman historia por los cuatro costados —explicó—. Por suerte, Sol y yo compartimos los mismos gustos —añadió al ver que Angela se interesaba por una escultura abstracta de mármol blanco que estaba colocada sobre un pedestal en el vestíbulo de entrada—. Pero, por favor, ¡pasad!

Angela reconoció a unas mujeres con las que ya había hablado en el bar Dandolo y las saludó con afecto. Solomon les sirvió a ella y a Vittorio el cóctel de la noche, una especie de martini que había mezclado él mismo siguiendo una receta tradicional de su familia y que sabía fenomenal. La puerta que daba a un jardín de invierno se abrió y Angela estuvo a punto de atragantarse: Nathalie entró con Pietrino en brazos, y tras ella llegó también Tess, conversando con Amadeo.

—¡Hola, mamá! —la saludó Nathalie con una amplia sonrisa antes de abrazarla—. ¿Qué te sorprende tanto?

—¿De verdad me lo preguntas? Pero ¡si me dijiste que no podías dejar sola a la tía Simone! ¿O es que ella también ha venido?

Nathalie negó con la cabeza riendo.

—Es que no te lo imaginas: Simone ha recibido una llamada del tío Richard y ha hecho las maletas enseguida. Parece ser que quiere hablar sobre lo ocurrido y arreglar las cosas.

—Vaya, la verdad es que eso estaría bien.

Angela conocía a la pareja desde hacía casi veinticinco años y jamás habría imaginado que pudieran separarse.

—Se lo he contado por teléfono a Sol y ha pasado a recogernos enseguida. Compartiremos la habitación de invitados. ¿No te parece fantástico? —preguntó emocionada. Tess también parecía encantada con el plan.

—Para mí ya forma parte de la familia —confesó el abogado con una seriedad que le llegó al alma a Angela—. Y la familia debe mantenerse unida. Al menos, así es como lo vemos nosotros.

—Me has dado una gran alegría, Solomon —dijo Angela conmovida por las explicaciones del estadounidense—. Muchas gracias.

—Pero llámame Sol —le pidió con una cálida sonrisa—. Es la manera de referirse al astro rey en varios idiomas y eso me gusta.

—¡Y encaja contigo!

La sonrisa de Sol adoptó un aire melancólico.

—Lástima que ciertas personas no compartan esa opinión, pero..., bueno, tampoco podemos caerle bien a todo el mundo —comentó y luego desvió la mirada hacia Amadeo, que se había quedado solo en el jardín de invierno y parecía como si no supiera muy bien qué estaba haciendo allí.

—Por cierto, esa es otra sorpresa —añadió Angela—. ¿Cómo habéis conseguido convencer a Amadeo para que viniera?

Sol sonrió antes de responder.

—Tizi tiene sus propios métodos para esa clase de cosas —respondió con una sonrisa de satisfacción—. Al fin y al cabo, se conocen desde hace una eternidad, ella lo considera un hermano pequeño. Y puesto que Costanza se ha marchado a Roma...

—Cierto, para asistir al baile de beneficencia de Donatella. ¿Se

quedará en su casa?

—¡Quién sabe lo que debe de estar maquinando! —exclamó Tiziana, que, tras pasar de un grupo a otro como una mariposa para asegurarse de que nadie se aburriera, se había plantado de nuevo al lado de Sol—. Tengo que ocuparme más de Amadeo. No es posible que pase todo el tiempo bajo la influencia de su abuela. Venid, le haremos compañía —propuso.

Llamaron a la puerta de nuevo y los anfitriones tuvieron que disculparse una vez más para saludar a los recién llegados, que resultaron ser Fedo y su pareja. Cuando Angela barrió la amplia estancia de nuevo con la mirada buscando a Amadeo entre las puertas abiertas de par en par, se dio cuenta de que estaba charlando con Nathalie. «Mejor así», pensó antes de volverse hacia Vittorio, que había desaparecido misteriosamente de su lado.

Lo encontró en el dormitorio, sumido en la contemplación de un cuadro. Angela reconoció a primera vista que era una obra de Sofia, puesto que tanto la técnica pictórica como el cromatismo eran tan característicos que no le quedó la menor sombra de duda. Era un cuadro especialmente intenso en el que dominaban los colores amarillos y anaranjados sobre un fondo claro y discreto. Unas cuantas manchas de color gris y azul contribuían a acentuar todavía más el contraste. Tenía algo vibrante, luminoso, que, sin llegar a ser evidente, transmitía confianza. A Angela le pareció que era como la luz del sol abriéndose paso tras unos días grises.

Le lanzó una mirada de reojo a Vittorio. ¿Era la primera vez desde que había mandado renovar su casa que contemplaba un cuadro de Sofia? No quiso molestarlo, por lo que se dio la vuelta con la intención de alejarse.

—¿Te apetecería acompañarnos a Amadeo y a mí al almacén? —le preguntó entonces.

Angela comprendió de inmediato a qué se refería. Quería rescatar del olvido los cuadros que tenía allí guardados. O como mínimo se lo estaba planteando seriamente.

—Sí, claro que sí, me encantaría —respondió ella—. A no ser que creáis conveniente ir Amadeo y tú solos —matizó—. Por cierto, aquí viene —le advirtió lanzando una mirada fugaz hacia la puerta—. Puedes preguntárselo ahora mismo.

Sin embargo, Amadeo llegó acompañado de Nathalie, quien

llevaba al bebé dormido dentro del fular.

—Aquí hay uno —le oyeron decir, aunque acto seguido detectó la presencia de su padre y se detuvo en seco.

—¿Este cuadro es de tu madre? —preguntó Nathalie con ese tono despreocupado tan habitual en ella, lo que al parecer contribuyó a relajar la tensión que por unos instantes se había creado entre padre e hijo—. Uau, es fantástico. ¿Hay más como este?

—Unos cincuenta —respondió Vittorio—. Están guardados en un almacén. ¿Qué os parece si la semana que viene vamos a verlos?

Su hijo se fijó en el cuadro y de repente se le enterneció la expresión.

—Vaya, si me dejarais ir la verdad es que me gustaría mucho —comentó Nathalie mirando a Amadeo con actitud interrogante.

—Quizá sería mejor dejar que fueran ellos dos solos... —empezó a proponer Angela.

—No, ¿por qué? —la interrumpió Amadeo—. Nathalie puede venir con nosotros, ¿verdad, papá?

—¡Claro!

—¿Dónde estudió Sofia? —quiso saber Nathalie.

Y mientras Amadeo le hablaba de la carrera artística de su madre, Angela respiró aliviada por dentro. Su hija parecía haber encontrado la naturalidad más adecuada para lidiar con la herencia de la madre de Amadeo, por lo que decidió quedarse en un discreto segundo plano.

A las once y media se disculparon con sus anfitriones, quienes comprendieron perfectamente que quisieran pasar esos momentos a solas. Cogidos de la mano, regresaron paseando hasta el bote de Vittorio. Aquel año habían sucedido tantas cosas que lo único que deseaban era despedirlo con calma, ellos dos solos. Ya a bordo, Vittorio sacó unas chaquetas cortaviento y unos gorros de lana de una caja, soltó el cabo y arrancó el motor. Lo hizo virar en sentido norte, más allá de las islas de Poveglia y San Clemente, donde el impresionante hotel Kempinski relucía gracias a la deslumbrante iluminación festiva. Detuvo el motor de nuevo cuando se encontraban ya a una distancia prudencial del paso de entrada que había frente a Giudecca.

—Menudo año —exclamó Vittorio mientras sacaba una botella de champán del frigorífico, en el que había también dos copas heladas.

—Y que lo digas —convino Angela—. Han sucedido cosas realmente increíbles. Me han propuesto matrimonio y me he convertido en abuela —dijo riendo en voz baja y muy pegada a Vittorio.

—Te amo —le dijo él antes de besarla en la sien—. ¿Qué te parece si el año que viene dejamos que sigan sucediendo cosas increíbles y nos casamos?

A pesar de llevar ya el anillo de compromiso en el dedo, Angela notó que el corazón le daba un vuelco.

—¿Te parecería bien si conseguimos una fecha para el verano que viene? —propuso ella.

—Vaya, se me hará muy largo hasta entonces.

—¿Y en mayo? Es una época muy bonita en Asenza.

—De acuerdo. El mes de mayo es perfecto para casarse —convino él.

Acto seguido descorchó el champán con un estallido, y como si se tratara de una señal esperada, desde Venecia y desde las islas menores que tenían a su alrededor los fuegos artificiales tiñeron la laguna de todos los colores del arcoíris.

Pasaron la mañana de Año Nuevo durmiendo, amándose con pasión y ternura, y dormitando de nuevo hasta que por la tarde el hambre los arrancó de la cama. En el móvil, Angela encontró tres llamadas perdidas y un mensaje de Nathalie en que le preguntaba si querían cenar con ellos, puesto que Tizi había reservado una mesa en el Paradiso Perduto, un restaurante de la Fondamenta della Misericordia.

Cuando llegaron al lugar en cuestión los encontraron a todos reunidos: Tiziana y Solomon, Nathalie, Tess y Amadeo. Este último se había sentado junto a Nathalie, y los dos jóvenes no paraban de charlar animadamente como si ya los uniera una gran amistad.

—¿Esperamos a alguien más? —quiso saber Angela, puesto que descubrió un cubierto más sobre la mesa.

—He invitado a Romina, aunque me ha dicho que no podrá venir hasta los postres —explicó Tiziana dedicándole una sonrisa de complicidad—. Me ha contado lo que le propusiste y la verdad es que

me alegraría mucho que acabara fructificando. Romina solía coserme los disfraces de carnaval —agregó con un suspiro, como si se estuviera dejando llevar por los recuerdos—. Por aquel entonces yo todavía era joven...

—Y ahora estás hecha un vejestorio —intervino Vittorio riendo —. ¿Te acuerdas de la vez que te llevé al *corteo*? Debías de tener cinco o seis años...

—¿Cómo podría olvidarlo? —exclamó Tiziana con los ojos resplandecientes—. Me llevó todo el día a hombros por la ciudad, y yo estaba increíblemente orgullosa de mi disfraz de estrellita. Todavía lo guardo en alguna parte. Cuando Pietrino sea un poco mayor se lo pondremos también.

—¿Y vosotros? —le preguntó Nathalie a Amadeo—. ¿Celebráis bailes? He oído que en vuestros círculos lo que se suele hacer es ir de un *palazzo* a otro.

—Sí, muchos se dedican a eso —respondió Amadeo algo aburrido. De repente, pareció como si se le hubiera ocurrido algo—. ¿Por qué? ¿Te gustaría que fuéramos a uno?

—¡Tú dirás, si me gustaría! —exclamó Nathalie con mirada anhelante. Acto seguido le lanzó una ojeada a Pietrino. Había ido pasando de regazo en regazo y en esos momentos estaba sobre los hombros de Tiziana, desde donde parecía capaz de controlar la frenética actividad que reinaba en el restaurante—. Pero este año ya puedo olvidarme de esas cosas —añadió desilusionada.

—Yo también tendré que volver pronto a la universidad — admitió Amadeo para consolarla—. Pero el año que viene iremos juntos.

—¿De veras?

—Yo me ofrezco para hacer de canguro —propuso Angela.

—¡Yo también! —gritaron Tiziana y Tess al unísono y estallaron en una carcajada.

—Bueno, con eso ya tenemos para tres noches —comentó Amadeo riendo.

Angela y Tess intercambiaron una mirada breve pero elocuente. Todavía no habían tenido ocasión de ver al jovencito de la familia Fontarini de tan buen humor.

—Por cierto —intervino Tiziana poniéndose en pie justo cuando hubieron terminado de pedir la comida; golpeó su copa con el tenedor

para captar la atención de los presentes—. En la familia de Sol tienen un pequeño ritual de Año Nuevo, nada del otro mundo —se apresuró a añadir al ver las miradas interrogantes de los presentes—. Consiste en que cada persona revele lo que más le ha gustado del año anterior y haga un propósito para el nuevo. ¿Queréis participar? —preguntó. Al ver que nadie se oponía a la sugerencia, se dirigió directamente a Nathalie, que estaba sentada justo a su lado—. ¿Quieres empezar tú?

Nathalie abrió unos ojos como platos mientras reflexionaba.

—Lo más bonito del pasado año fue... Bueno, fue lo mejor y lo peor al mismo tiempo: el nacimiento de Pietrino —dijo, tras lo que apretó los labios, avergonzada, y miró a los demás, que se habían quedado mudos. Angela tuvo la sensación de que su hija evitaba el contacto visual con Amadeo mientras cogía aire para hablar de nuevo —. Y para este año que empieza ahora me he propuesto... —empezó a decir, aunque enseguida se sonrojó como una adolescente y miró a Tiziana en busca de ayuda—. Supongo que hay que decir la verdad, ¿no? —preguntó, ante lo que Tiziana soltó una risita y asintió—. Bueno, pues me he propuesto encontrar a mi gran amor.

Tiziana estalló en un aplauso, dio un brinco y abrazó a su compañera de mesa.

—*Bravo* —exclamó—. Qué propósito tan maravilloso. Y ahora tú, querido Amadeo. ¿Qué fue lo más bonito del año pasado para ti?

—Vamos, Tizi —dijo él a modo de evasiva haciendo una mueca —. Me da mucha vergüenza. —Pero Tiziana no apartó los ojos de él y negó con la cabeza, implacable—. De acuerdo —prosiguió él con un suspiro de lo más teatral—. Lo más bonito ha sido volver a ver Venecia. Y para el año nuevo... ¡es que realmente no me he hecho ningún propósito! —aseguró para intentar salir del apuro.

—*Va bene* —replicó Tizi con los ojos brillantes—. Entonces ya te propongo yo uno: este año deberías hacer las paces. Y sabes exactamente a qué me refiero.

Amadeo arqueó las cejas como si no comprendiera nada, sacando también el labio inferior.

—No —repuso con obstinación—. No tengo ni la menor idea de qué...

—Ahora le toca a Tess —lo interrumpió Tiziana demostrando que no estaba dispuesta a dedicarle ni un segundo más.

—Para mí lo más bonito también ha sido que el pequeño Pietrino

viniera al mundo —dijo Tess dedicándole una amplia sonrisa a Nathalie—. Y para el año nuevo me he propuesto organizar una boda —añadió ampliando todavía más la sonrisa—. O dos. Ya veremos.

Tiziana tuvo que tragar saliva antes de continuar, puesto que el comentario primero la había cogido por sorpresa y luego la había conmovido, sabiendo tan bien como todos los demás a quiénes se refería la anciana.

—¿Y tú, querida Angela?

—Yo coincido con mi hija —confesó después de reflexionar un poco—. Para mí también coincidieron el mejor momento y, al mismo tiempo, el peor del año. Fue cuando Vittorio me puso este anillo —reveló levantando la mano para que la luz incidiera en el rubí que decoraba el anillo de compromiso.

—¿Por qué fue también el peor? —preguntó Amadeo mirándola con aire desafiante. A Angela ya le había quedado muy claro lo mucho que le irritaba ver que llevaba el mismo anillo que había llevado su madre.

—Resulta difícil de explicar para alguien que no estuviera allí —respondió ella mirándolo a los ojos—. Pero el caso es que en realidad tu abuela quería que tu padre se casara con Tiziana.

—¿Con Tiziana? —exclamó Amadeo, indignado, alternando la mirada entre las dos mujeres—. ¡Eso no es cierto!

—Sí, sí lo es, querido —intervino Tiziana con suavidad—. Y tanto que lo es. Deberías haber estado presente durante su septuagésimo quinto cumpleaños. Te aseguro que intentó obligar a Vito a ponerme el anillo de los Fontarini delante de todo el mundo —explicó riendo con tristeza—. Yo ya llevaba un tiempo prometida en secreto con Sol. De hecho, Vito era el único que lo sabía.

—Y siempre le agradeceré —añadió Sol riendo con satisfacción— que no me arrebatara a mi amada en ese momento.

El estadounidense se rio y Vittorio se unió a él aunque con reservas, puesto que no paraba de mirar a su hijo con preocupación.

—¡Me estáis tomando el pelo! —exclamó Amadeo malhumorado y desamparado por igual—. *Nonna* me ha contado una versión muy distinta de los hechos.

—No me extraña en absoluto —repuso Tiziana con clara indignación—. Ay, querido, algún día tú también comprenderás que tu *nonna*, por muy amable que pueda parecer, es una... Bueno, digamos

que es una persona algo difícil. Le gustaría que todo el mundo obedeciera a sus planes. Y eso también te incluye a ti.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó Amadeo mirándola con el rostro ensombrecido.

Sin embargo, Tiziana ya se había vuelto hacia Angela.

—Lo que no has dicho todavía es tu propósito —insistió.

—Lo único que me gustaría es que todos fuéramos un poco... más felices juntos —dijo Angela. La voz le temblaba. La conversación acerca de las circunstancias de su compromiso le había traído recuerdos tristes—. Y que estemos más relajados. Y me gustaría aportar mi granito de arena en ese sentido.

—Ay, es tan típico de ti, mamá —exclamó Nathalie rompiendo el silencio—. Siempre buscando la armonía. Hay situaciones en las que simplemente no es posible, ¿no te parece? —comentó dedicándole una cálida sonrisa a su madre—. ¿Y tú qué? —le preguntó a Vittorio.

Este se aclaró la garganta y enderezó la espalda antes de hablar.

—El instante más bonito fue cuando Angela me dijo que sí —explicó sonriendo al recordar la escena—. Bien podría haber dicho que no, porque al fin y al cabo ni siquiera lo habíamos hablado y Angela es una mujer que sabe lo que quiere. Yo tan solo había sacado el tema del compromiso matrimonial en una ocasión, unas semanas antes del cumpleaños de mi madre, y su reacción básicamente consistió en recoger sus cosas y marcharse. Sí, os aseguro que fue exactamente eso lo que hizo —explicó riendo con satisfacción cuando Angela intentó intervenir—. Y este año nuevo me propongo... Bueno, me propongo varias cosas, en realidad. Tres, si queréis saberlas todas. ¿O va contra las reglas? —preguntó mirando a Tiziana con picardía.

—Tratándose de ti podemos hacer una excepción —replicó ella con benevolencia.

—Entonces, ahí va la número uno: cumplir con mi palabra y casarme con Angela —sentenció, una noticia que fue recibida con alegría por todos excepto por Amadeo, que se quedó en silencio mirando fijamente a su padre bajo los párpados entrecerrados—. En segundo lugar, me gustaría trabajar menos y poder pasar más tiempo con la gente a la que amo. Y finalmente la número tres... —empezó a decir mirando a su hijo con ternura—: Me gustaría corregir un par de cosas que no he sabido hacer bien hasta ahora. —Se mordió el labio inferior y cogió aire antes de continuar—: Y creo que lo mejor será

que empiece enseguida y haga realidad uno de mis propósitos cuanto antes: Amadeo, siento mucho haberte decepcionado después de la muerte de... —dijo, aunque se le rompió la voz y tuvo que tragar saliva para poder proseguir—. ¿Crees que podrás perdonarme?

De repente se hizo el silencio en la mesa. El local estaba animado y había música de fondo, pero hasta el momento nadie se había dado cuenta de lo alta que estaba... *«The fundamental things apply as time goes by»*, sonaba. Era la versión del legendario pianista de jazz Teddy Wilson.

Amadeo se quedó mirando a su padre con el rostro impertérrito y, justo cuando Angela ya empezaba a creer que el ruego de su amado no obtendría respuesta, se decidió a hablar:

—Sí, creo que sí.

La canción todavía no había terminado del todo cuando apareció Romina con un alegre «¿Me he perdido algo?» que de inmediato devolvió la alegría a la atmósfera casi solemne en la que se habían sumido. Los momentos de felicidad de Solomon y Tiziana, así como los propósitos para el año nuevo, tuvieron que ver, por supuesto, con su futuro en común y la esperanza de reconciliarse con los padres de ella.

Cuando se lo preguntaron a Romina, esta se quedó mirando a Angela.

—Espero dar un nuevo giro a mi vida —explicó—. Fuera de la ciudad, en el campo.

—¡Que precisamente seas tú quien diga algo así! —intervino Tiziana con verdadero asombro—. Que naciste en Venecia y apenas has salido de la laguna.

—Precisamente por eso, ya va siendo hora —replicó la modista con un suspiro fatalista—. Año nuevo, vida nueva. Después de todo, ya tengo cincuenta y dos años. Si no me decido a dar el salto ahora, ¿cuándo lo haré?

Al cabo de un rato, Angela le propuso acompañarla en coche a Asenza al día siguiente y Romina aceptó encantada sin dudarlo un momento.

—Y ¿vosotras qué haréis? —les preguntó a Tess y a Nathalie.

—Nosotras nos quedaremos un poco más —respondieron casi al

unísono—. Si nos dejan —añadió Nathalie mirando a Tiziana.

—Por supuesto que sí —respondió esta—. Es más, os obligo a que os quedéis. Quería enseñarte los nuevos proyectos que tengo entre manos —aseguró, y a Nathalie le brillaron los ojos expectantes.

—Y ¿cuándo veremos los cuadros de Sofia? —quiso saber Vittorio mirando a Nathalie y a Amadeo.

—¿Mañana? —propuso Amadeo con una sonrisa que a Angela le llegó al corazón, puesto que le pareció que la actitud del joven había cambiado de forma radical.

—*D'accordo* —convino Vittorio con un alivio tremendo en la voz.

—El caso es que le prometí a *nonna* que iría a recogerla al aeropuerto —objetó Amadeo, y se volvió hacia Nathalie antes de continuar—. Llegará por la mañana. Podríamos ir a recogerla juntos.

Nathalie no pareció precisamente fascinada por la idea.

—Es que... ¿Sabes...? —empezó a decir titubeando. Estaba clarísimo que estaba buscando una excusa a cualquier precio.

—*Facciamo così* —propuso Tiziana, que enseguida comprendió el dilema—. Por la mañana me llevaré a Nathalie y a Pietrino al estudio. Comeremos algo a mediodía y hacia las dos pasas a recogerla, porque luego tengo una reunión. *Va bene?* —preguntó en un tono que no toleraba réplica.

Angela estaba deseando volver a casa, pero al mismo tiempo creía que Vittorio tenía razón: aquellos días en Venecia habían supuesto un verdadero descanso para ella. Llamó al hotel Duse, reservó una habitación para Romina y, cuando al día siguiente se encontró con ella frente a la estación, se sintió llena de energía.

Poco después de Treviso se detuvieron en un supermercado. Fania le había pedido que comprara unas cuantas cosas cuando Angela había llamado para anunciar que volvería acompañada. Romina quiso esperarla en el coche y aprovechó para hacer un par de llamadas que le habían quedado pendientes para desear un feliz año nuevo.

Mientras Angela empujaba el carro cargado hasta los topes hacia las cajas, se dio cuenta de que solo había dos abiertas. Se puso en la que tenía menos cola y de repente fue como si la hubiera alcanzado un rayo. La cajera que atendía en la otra fila... No, no podía ser. Angela cerró los ojos, intentó enfocar un rótulo publicitario cualquiera y

luego volvió a mirar hacia la cajera en cuestión. Era Lidia.

¿Lidia? ¿Cómo era posible? ¿Acaso era simplemente una mujer que se parecía increíblemente a la que había sido su mejor tejedora? Angela era incapaz de apartar la mirada de aquella figura sentada, con el pelo pelirrojo recogido en un moño y la piel pálida, en la que empezaban a aparecer arrugas superficiales, parecidas a las de los pergaminos. No podía dejar de escrutar aquellas cejas finas de color castaño rojizo y los labios de expresión amargada.

Sintiéndose observada, la cajera levantó la cabeza y sus miradas se encontraron. Sí, era Lidia, a Angela no le quedó el más mínimo atisbo de duda, por mucho que la cajera hubiera desviado la mirada enseguida fingiendo no haberla reconocido.

¿Una tejedora de seda capaz de crear las telas más maravillosas en la caja de un supermercado? ¡Menudo derroche de talento! La primavera pasada Lidia se había marchado a trabajar con Massimo Ranelli. ¿Por qué estaba allí, entonces?

Se había marchado para cobrar un sueldo más elevado y tener más responsabilidad, pero, al parecer, había terminado perdiendo el empleo. ¿Qué otra explicación podía haber al hecho de que estuviera trabajando allí?

—¡No es el momento de mirar las musarañas! ¡A ver si nos espabilamos!

La señora mayor que iba detrás de ella había estado a punto de chocar contra su carrito. Angela se apresuró a disponer los artículos sobre la cinta, pero sin dejar de lanzar miradas furtivas a la caja de al lado. Volvió a establecer contacto visual con Lidia en otra ocasión, y una vez más la tejedora desvió la mirada. Entonces Angela comprendió que la había reconocido perfectamente, pero se negaba a demostrarlo.

«Seguramente se avergüenza de sí misma», pensó, y un verdadero torrente de sentimientos encontrados la asaltaron de repente.

Rabia, porque Lidia no solo la había dejado en la estacada de la noche a la mañana, sino que encima le había proporcionado a Ranelli Seta el telar de jacquard que habían encontrado en Vidor. Sin embargo, a esas alturas Angela ya sabía que el telar en cuestión no estaba completo. Además de eso, también sospechaba que Lidia debía de haberle pasado los datos de clientes importantes a la competencia. Aun así, pudo más la consternación que sintió al verla sentada en

aquella caja. Y sí..., sintió algo de lástima.

—Serán ciento cuarenta y tres euros —le dijo la cajera levantando la voz—. ¿Me oye?

La señora que esperaba detrás de Angela chasqueó la lengua con desdén.

Angela pagó la compra y empezó a guardar los productos, lo que le llevó un buen rato. Cuando levantó la cabeza de nuevo, había otra mujer sentada en la caja de al lado.

¿Es que no había sido más que un sueño? No, no podía ser.

Lidia ya no trabajaba para Ranelli Seta, sus ambiciosos planes no debían de haber salido bien. Angela conocía lo suficiente a aquella orgullosa mujer para saber lo desesperada que debía de estar para darle un giro tan radical a su carrera. Y la vergüenza que debía de suponer para ella que su antigua jefa la hubiera visto allí.

12

Presentimientos

El último kilómetro siempre le parecía el más bonito. Angela realmente disfrutaba tomando el camino que llevaba hasta las puertas de la ciudad. Las estrechas callejuelas del casco antiguo, las casas de piedra de travertino que el sol hacía brillar como el oro puro en los días soleados de invierno, la Piazza della Libertà con su empedrado irregular de adoquines y la estampa que ofrecía el campanario de la iglesia, sobresaliendo por encima de la pequeña ciudad de manera que se podía divisar prácticamente desde cualquier punto. A esas alturas, para Angela todo eso significaba regresar a casa. De vez en cuando le iba lanzando a Romina alguna que otra mirada de reojo, puesto que la modista se había quedado muy callada. ¿Le gustaría lo que veía? ¿O acaso la veneciana acababa de darse cuenta de lo que significaba en realidad mudarse a una pequeña población de provincias?

Angela le pidió a Romina que bajara del coche antes de dejarlo aparcado en el estrecho garaje de la Villa de la Seda. Estaba realmente entusiasmada cuando cerró el portal con llave y se volvió hacia la modista, que lo observaba todo con mucha atención y al parecer impresionada.

—Es aquí —le dijo mientras abría la puerta del patio.

Como cada vez que traía a alguien a casa, Angela se esforzó en intentar verlo todo como si para ella también fuera la primera vez. Era casi mediodía, y la corteza de la morera deshojada relucía plateada con el sol de invierno. Sobre el banco estaba sentada Mimi, examinando con atención un grupo de escandalosos herrerillos que picoteaban las últimas moras secas de las ramas más elevadas de la copa. Cuando las dos mujeres entraron en el patio, no obstante, los pajarillos se asustaron y salieron volando hasta el caballete del tejado para instalarse justo encima de la tejeduría.

Las cuatro alas de dos plantas de la villa que circundaban el patio parecían casi un claustro por las galerías que formaban los arcos de piedra sostenidos sobre columnas simples pero bien proporcionadas. Siendo veneciana, Romina sin duda debía de estar acostumbrada a construcciones más suntuosas, pero de todos modos pareció apreciar lo que veía.

—El taller de costura todavía está a medias —le explicó Angela mientras Mimi se acercaba a Romina con curiosidad—. De momento hay una sala equipada con lo imprescindible, pero me gustaría que configuráramos el *atelier* juntas, para que sea justo como sería deseable.

—¿O sea, que se trata de empezar de cero? —preguntó Romina aparentemente sorprendida.

—No del todo —respondió Angela con la esperanza de no espantar a la experimentada modista—. Tengo pedidos para los próximos seis meses, y ya los tengo diseñados. Lo que me ha faltado hasta ahora ha sido alguien capaz de hacerlos realidad. Mis diseños son exigentes. Me encargo de dirigir la tejeduría y a la larga no puedo confeccionar yo también todos los modelos sola. Pero tengo a una costurera fantástica que durante años se ha dedicado a decorar vestidos de novia a mano —explicó mirando a Romina para observar su reacción—. Tú tendrías la oportunidad de crear aquí el lugar de trabajo ideal.

Romina suspiró y se inclinó para acariciar a Mimi, que se estaba frotando ya contra sus piernas.

—El lugar de trabajo ideal ya lo tenía —constató con melancolía mientras cogía en brazos a la gata como si fueran viejas amigas. A Angela le sorprendió lo cómoda que parecía sentirse aquella gata rebelde en brazos de Romina—. Pero, bueno, quejarse no sirve de nada. ¿Me enseñas cómo es el caserón por dentro?

Angela la hizo pasar primero por la tejeduría con la esperanza de que la modista quedara fascinada más pronto que tarde con los preciosos materiales que manejaban y, en efecto, las pruebas que Angela sacó del armario obtuvieron la reacción deseada. Romina pareció cautivada también por el *omaccio*. Stefano había dejado descansar durante las fiestas navideñas un tejido de un maravilloso color petróleo para la villa napolitana, y cuando Angela levantó el paño de algodón que cubría el resultado, el sol de mediodía hizo

resplandecer la tela. Sin embargo, lo que más embelesó a Romina fue la tela de jacquard que Nicola había terminado hacía poco.

—No había visto un motivo como este en la vida —aseguró cuando Angela le mostró las pruebas que Nicola había hecho para añadirlas al libro de muestras que habían planeado—. Lo que se podría llegar a confeccionar con todo esto...

Angela respiró aliviada para sus adentros al ver el entusiasmo de Romina. Entonces sí que se atrevió a mostrarle el *atelier* de costura provisional, además de la sala que servía como almacén. A continuación, las dos juntas empezaron a pensar cuál sería la mejor manera de aprovechar esos espacios.

Romina entró en la tintorería con una actitud que no podría haber sido más receptiva. Cuando Angela terminó la visita en la tienda, le ofreció a Romina que echara un vistazo a su aire, con toda tranquilidad, aunque eso supusiera vaciar cada estante, y la modista admiró todo con verdadero entusiasmo.

—Reconozco cuatro caracteres distintos —dijo después de haber visto casi la mitad de los artículos—. A alguien le encanta combinar materiales diferentes.

—Esa es Anna —confirmó Angela.

—Otros tejidos son suaves y especialmente agradables al tacto.

—Los de Maddalena.

—Luego están estos con bonitos motivos gráficos, franjas, cuadrados y rombos en todas sus variantes. Y transmiten otras sensaciones, es como si fueran más firmes.

—Nola —afirmó Angela, que no podía dejar de asombrarse por el buen ojo que demostraba tener Romina.

—Pero también he encontrado un par de pañuelos muy especiales —añadió la modista tomando con cuidado del estante una de las últimas piezas que había tejido Lidia—. Son ligeros, crepitantes. Y algo frescos. Ideales para vestidos elegantes.

Angela suspiró. Una vez más, le pareció ver a Lidia tras la caja del supermercado. Menudo derroche de talento. De improviso se le ocurrió una idea descabellada. ¿O tal vez no lo era tanto? ¿Qué pasaría si Lidia regresara a la Villa de la Seda?

—Por desgracia, ya no contamos con esa tejedora —explicó Angela al fin intentando olvidar aquella ocurrencia. Los demás probablemente no estarían de acuerdo en que volviera, después de las

afrentas de Lidia.

—Qué lástima.

Romina tocó con cuidado la estola de color fucsia con la punta de los dedos y la dobló de nuevo con esas manos tan acostumbradas a manipular tejidos.

Entretanto, Fania ya había recogido la compra del garaje. Cuando Angela y Romina entraron por fin en casa, les llegó el delicioso aroma a *busiate alla Norma*, el plato que más le gustaba preparar a Fania: pasta en forma de espiral que Emilia se hacía traer desde su tierra natal, con una salsa típicamente siciliana a base de tomate fresco, berenjenas maceradas en aceite de oliva y albahaca.

Después de comer salieron a dar un paseo por el casco antiguo para que Romina pudiera hacerse una idea de dónde podría llegar a vivir en breve. Se tomaron un café en el bar del hotel Duse, y Romina aprovechó la ocasión para instalarse en la habitación que tenía reservada. Mientras la esperaba, Dario Monti entró en el bar y Angela desvió la mirada de un modo instintivo. Todavía estaba dolida con el arquitecto que tanto la había ayudado a restaurar la Villa de la Seda por la conspiración que había urdido durante el primer verano que Angela había pasado en la población y que la había mantenido separada de Vittorio durante un tiempo. No obstante, cuando él se sentó justo a su lado en la barra, Angela se dio cuenta de que no le quedaría más remedio que dirigirle la palabra, si no quería faltar a las más esenciales reglas de cortesía.

—*Ciao*, Angela —la saludó Dario—. Feliz año nuevo.

—Gracias, Dario —respondió ella, y tuvo que aclararse la garganta—. Igualmente.

Lo miró y enseguida se dio cuenta de que el arquitecto parecía avergonzado. Dario era bastante más bajo que ella y quince años mayor, y Angela constató que su calvicie había progresado visiblemente desde la última vez que habían hablado. De repente sintió lástima por él, viéndolo ahí delante, buscando las palabras más adecuadas para dirigirse a ella. ¿Cómo había podido ocurrírsele que pudieran haber sido pareja? Fausto, que conocía los secretos y preferencias de todos sus clientes al dedillo, le sirvió un café solo a Monti y le dirigió una mirada tranquilizadora a Angela, como si

supiera lo que vendría a continuación.

—¿Sabes? —empezó a decir Dario al fin—. Hace meses que esperaba tener la ocasión de disculparme contigo de una vez.

El arquitecto cogió aire y lanzó una mirada fugaz a su alrededor, como si quisiera asegurarse de que nadie podía oírlo.

—Todo aquello que sucedió... me da mucha vergüenza. Yo me enamoré de ti, sí, la verdad es que sí. Y realmente confiaba en que tú...

—No pasa nada —lo interrumpió Angela en voz baja—. No le demos más vueltas. ¿Cómo te van las cosas? ¿Tienes encargos interesantes?

—Ah, todo va de perlas, sí —respondió él aliviado.

De inmediato Dario dirigió toda su atención hacia otra cosa, hacia alguien que se acercó desde el interior del hotel: Romina. Los ojos oscuros de Dario se abrieron con asombro nada más verla.

—La habitación es muy bonita. Y tiene unas vistas impresionantes —comentó Romina alternando su mirada entre Angela y Dario con expectación.

—¿Os presento? —dijo Angela—. Dario Monti, arquitecto. Romina Fulvio ha venido de visita —dijo, puesto que le pareció conveniente no revelar de inmediato el verdadero motivo de su presencia, ya que explicarlo abiertamente en el bar del hotel Duse equivalía a poner un anuncio a página completa en el periódico.

—*Piacere* —la saludó Dario Monti con los ojos brillantes—. Espero que se sienta usted como en casa en nuestra pequeña ciudad.

Angela pidió un *cappuccino* para Romina y esta quiso saber qué tipo de casas construía el arquitecto. Monti le explicó encantado que se había especializado sobre todo en la restauración y rehabilitación de granjas y casas de campo.

—Pues yo estoy pensando en la posibilidad de mudarme a Asenza —confesó la modista al fin—. Tal vez podría recomendarme algo. Tengo un poco de dinero ahorrado y me estaba preguntando si no sería mejor adquirir un piso o una casita en lugar de pagar un alquiler.

Angela la escuchó con tanta atención como disimulo. Lo que contaba Romina le pareció una buena noticia, ya que revelaba la decisión que había tomado la modista.

—¿Que quiere venir a vivir aquí? —preguntó Monti visiblemente entusiasmado—. ¡Fantástico! Oh, sin duda encontraremos algo

apropiado para usted. ¿Se lo plantea seriamente?

Romina tomó un buen trago de su *cappuccino* y dedicó unos segundos a reflexionar. Cuando volvió a dejar la taza sobre el platillo, se quedó mirando a Angela y esta le dedicó una sonrisa.

—Muy seriamente —respondió dirigiéndose a Monti.

—En ese caso solo necesito saber unos cuantos detalles —repuso él con diligencia—: dónde le gustaría vivir, qué estilo prefiere y, por supuesto, cuáles son sus posibilidades económicas. Para ello tal vez sería necesario charlar con más calma.

Romina sonrió. Era evidente que se habían caído bien a simple vista.

—¿Cuándo piensa mudarse aquí? —añadió el arquitecto.

Una vez más, Romina intercambió una mirada con Angela.

—Tan pronto como sea posible, ¿no es así?

Angela vio la mirada interrogante del arquitecto, y antes de que pudieran extenderse rumores en la población, decidió desembuchar la verdad.

—Romina trabajará en la Villa de la Seda —afirmó.

Monti abrió los ojos como platos y alternó una mirada de franca curiosidad entre las dos mujeres.

—¿Es usted tejedora?

—No, soy modista.

—Crearemos un *atelier* de costura —reveló Angela siendo plenamente consciente de que Fausto, por muy desinteresado que fingiera estar en el asunto mientras abrillantaba las copas, no se estaba perdiendo ni una sola palabra de la conversación—. Para confeccionar modelos con las sedas de la tejeduría. Y no podría haber encontrado a una persona más adecuada para ello que Romina.

Durante unos momentos, Monti se quedó sin habla.

—¡Por supuesto! —exclamó luego asintiendo mientras se fijaba en el atuendo de la modista, algo parecido al que se había puesto el día que la había conocido Angela. Además de una amplia falda pantalón burdeos, llevaba una chaqueta de estilo cosaco de color mostaza con galones de color negro. Estaba realmente deslumbrante —. ¿Cómo no lo he adivinado antes? ¡Claro que es usted diseñadora de moda, si se ve a la legua!

—Bueno —replicó Romina halagada—. Diseñadora de moda es decir demasiado. Yo me dedico a coser. Si es necesario, puedo

confeccionar cualquier tipo de disfraz histórico que pueda usted imaginar —aseguró, y cuando sonrió aparecieron en su rostro unos hoyuelos preciosos que embellecieron sus rasgos.

—¿Tiene...? Quiero decir, ¿tienen planes para esta noche?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque me daría una alegría si quisieran venir a cenar a casa. Angela podrá decírselo, me las arreglo bastante bien en la cocina.

—Es cierto —confirmó Angela intentando reprimir una sonrisa. En su momento, cuando ella había llegado a Asenza, Dario la había invitado con frecuencia a comer fuera, pero también había cocinado para ella en su casa.

—Entonces ¿cuento con ello? —preguntó Dario Monti mirándolas expectante—. ¿A las ocho?

—Esta noche yo tengo cosas que hacer —mintió Angela lanzándole una mirada alentadora a Romina—. Pero te aconsejo que no dejes escapar la oportunidad. Dario cocina realmente bien.

Romina se la quedó mirando un instante, sin saber muy bien qué hacer.

—¿Seguro... que te parece bien?

—Por supuesto. Además, sería fantástico que Dario pudiera ayudarte a encontrar un piso o una casita.

¿Se engañaba a sí misma o realmente había notado cómo saltaban chispas entre aquellos dos? En cualquier caso, Angela esperó que Dario no se llevara otra desilusión con Romina.

Angela y Romina se pusieron de acuerdo enseguida acerca de las condiciones del contrato. La modista aceptó la oferta económica que recibió sin molestarse a negociar. En realidad, Angela constató con alivio que su reacción había sido de asombro pero en positivo, lo que le hizo pensar que su antigua pareja debía de haberle pagado un sueldo más bien miserable. A continuación se dedicaron a hacer planes para el *atelier*: consideraron la posibilidad de eliminar el tabique que separaba las dos estancias, hablaron sobre cuál sería la iluminación ideal y buscaron en internet las máquinas especiales que Romina creía más adecuadas. Angela hizo un cálculo mental de los costes y enseguida se le encogió el estómago.

¿Realmente necesitaban tantas cosas de inmediato? Ella misma se

respondió a la pregunta: sí, porque querían ofrecer un resultado altamente profesional desde el primer momento. Además, se dio cuenta de que gracias a la calidad de la maquinaria podrían confeccionar más deprisa. La inversión valdría la pena.

Ya había oscurecido cuando, agotadas pero satisfechas, decidieron que ya habían trabajado bastante ese día.

—Mañana te presentaré a Mariola —propuso Angela mientras apagaba el ordenador—. Estoy segura de que os llevaréis bien. Aquí reina un ambiente casi familiar, igual que en la tejeduría. De lo contrario, sería imposible que tejieran esas telas.

Romina asintió.

—Sí, el ambiente de trabajo es muy importante —comentó la modista en un tono sombrío—. En el taller de Enzo éramos treinta y cinco personas, entre las que había veintinueve mujeres. Enzo siempre tenía a alguna favorita, pero iba cambiando continuamente. Creía que si nos enfrentaba entre nosotras, nos esforzaríamos más para competir —explicó riendo con amargura—. En lugar de eso, lo que ocurría era que siempre estábamos a un paso de degollarnos las unas a las otras. Sin embargo, como yo era su pareja, tenía un papel especial, o al menos eso fue lo que creí durante mucho tiempo. A la hora de la verdad, lo que ocurría era que las demás me odiaban precisamente por eso —añadió, tras lo cual se puso en pie y se enfundó la chaqueta—. Espero que aquí las cosas funcionen de otro modo.

—Oh, sí —se apresuró a asegurar Angela levantándose también —. Como es natural, de vez en cuando surgen diferencias de opinión, pero las resolvemos enseguida. La mayoría de mis tejedoras y tejedores se conocen desde hace mucho tiempo. Aquí en la Villa de la Seda intentamos ir todos a una.

Cuando cruzaron el patio, Angela cayó en la cuenta de que Romina no había tosido ni una sola vez en todo el día, y pensó que tal vez el aire puro que se respiraba en Asenza tenía algo que ver.

—Te acompaño hasta el hotel —propuso mientras consultaba el reloj de pulsera—. Dentro de una hora Dario pasará a recogerte.

—No es necesario. Apenas hay doscientos metros hasta allí —dijo, y se detuvo de nuevo frente al portal—. Ese Dario Monti... —empezó a decir desplazando su peso de un pie a otro con indecisión— ¿Es...? Quiero decir..., ¿tiene pareja o algo? —preguntó tímida.

—Que yo sepa, no —respondió Angela—. Aunque últimamente...

Bueno, tampoco es que hayamos tenido mucho contacto. Sin embargo, si Dario tuviera pareja seguramente ya me habría enterado —comentó riendo—. Esto tiene que quedarte muy claro: Asenza es como un pueblo. Todo el mundo está al corriente de todo —añadió, y le vino a la mente precisamente el secreto que guardaban su padre y ella.

—Ay, no te creas que en Venecia las cosas son muy distintas —replicó Romina riendo también—. Ahí los círculos también son lo bastante reducidos para que todo el mundo se conozca.

Dicho esto, se metió las manos en los bolsillos de la chaqueta de estilo cosaco y dio una vuelta entera sobre sí misma.

—Quién habría pensado, hace tan solo una semana, que acabaría aquí. Hasta que te conocí, no tenía ni idea de que existiera un lugar llamado Asenza. Pero, bueno, me marcho. Voy a arreglarme un poco.

—Te aseguro que no es necesario —comentó Angela mientras la besaba en las mejillas para despedirse—. Eres una mujer elegantísima, te pongas lo que te pongas.

Eran las siete de la tarde y Angela intentó ignorar la vocecita que la conminaba a revisar el correo que Fania le había recogido. Estaba cansada y tenía motivos de sobra para sentirse satisfecha. Sin embargo, tenía aquella acuciante sensación de estar obviando alguna cosa, algo importante. Estuvo dándole vueltas un buen rato, incluso repasó las notas que había tomado para el contrato de trabajo de Romina una vez más, pero no encontró nada preocupante. Entonces ¿a qué venía esa sensación?

Llamó por teléfono a Vittorio y este le relató con entusiasmo la tarde que había pasado con Nathalie y Amadeo. Estaba muy contento porque por fin había superado sus temores y había podido volver a contemplar los cuadros de Sofia.

—Y ¿sabes una cosa? Ya no siento dolor en absoluto —le contó, ante lo que Angela respiró aliviada—. Ya me he llevado tres de los cuadros al *loft*, Nathalie me ha ayudado a seleccionarlos. A Amadeo también le ha parecido que tiene muy buen gusto. Yo diría que lo ha heredado de su madre —comentó riendo, y ella no pudo sino estar de acuerdo. Sin embargo, seguía teniendo la sensación de que estaba a punto de suceder algo malo—. No te importa que los cuelgue en casa, ¿verdad?

—Claro que no —le aseguró ella—. Últimamente las paredes me parecían demasiado frías, la verdad. Oye, ¿Tess está bien?

—Sí, ¿quieres hablar con ella? Precisamente estoy en casa de Tizi y Sol...

Mantuvo una breve conversación con cada uno de ellos y todos parecían sentirse de maravilla. «Falsa alarma», se dijo a sí misma cuando dio por terminada la conversación. No obstante, aquella sensación de desasosiego no la abandonó del todo.

Al final salió del despacho y subió a casa. El enorme árbol de Navidad de la sala de la morera emanaba un agradable aroma a resina. Su mirada recayó en el Marc di Lorenzo que Fania había dejado sobre la encimera de la cocina. Y entonces se dio cuenta de que ni siquiera le había deseado un feliz año nuevo a su padre.

Todavía no era demasiado tarde para hacerle una visita y, además, pensó que dar un paseo le sentaría bien, por lo que se enfundó enseguida unos vaqueros cómodos y se puso las zapatillas de correr. En la Piazza della Libertà había, como de costumbre a esas horas, un grupo de gente congregada frente al hotel Duse, pero el ambiente le pareció insólitamente lúgubre. Aun así, no tuvo ganas de descubrir por qué, no le apetecía nada participar en los chismorreos. Subió la pronunciada pendiente que llevaba hasta la iglesia a buen paso y cruzó la plaza que había enfrente.

El portalón, que solía estar siempre cerrado y custodiado por un código numérico de seguridad, estaba abierto de par en par. En el sendero de acceso había gente a la que Angela no había visto jamás, y de repente se dio cuenta de que había sucedido algo. La puerta de la casa también estaba abierta, y el *palazzo* estaba muy iluminado.

Angela echó a correr. Oyó que alguien preguntaba: «¿Qué hace esa ahí?», pero no le prestó atención. En el vestíbulo descubrió a Matilde, el ama de llaves. Lloraba desconsoladamente.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, y su propia voz le sonó extraña y jadeante.

El dottore Spagulo bajó por la suntuosa escalera de mármol con su maletín en la mano. Todo pareció ralentizarse de repente, y Angela tuvo la sensación de que el médico se movía a cámara lenta.

—El signor Rivalecca ha fallecido —anunció—. Hace más o menos una hora —añadió mirándola fijamente—. Sé lo mucho que se preocupaba usted por el anciano. Tiene que saber que no ha sufrido —

la informó, tras lo que le acarició el antebrazo y se volvió hacia un tipo alto, gordo y de facciones blandas al que Angela no había visto hasta el momento.

—Está arriba —le susurró Matilde—. ¿Quiere usted verlo?

Angela la siguió por la escalera sumida en una especie de aturdimiento. Oía voces a su espalda, preguntando quién era ella y qué estaba haciendo allí. «Soy su hija», pensó, y de repente tomó conciencia de que nadie estaba al corriente de ese hecho, ni siquiera Matilde. A ojos de los demás, no era más que una extraña.

El ama de llaves abrió la puerta y lo primero que Angela pudo ver fue una cama enorme con un baldaquino de damasco de seda desteñido. Originalmente debió de haber sido de color amarillo dorado, y con toda seguridad lo habían tejido en la Villa de la Seda. En el ambiente había un olor mohoso que transmitía vejez y soledad. Su padre estaba tendido en la cama, cubierto hasta el pecho con una colcha de seda. Tenía el rostro pálido como la cera y los ojos cerrados, mientras que la nariz parecía sobresalirle más que nunca. Angela se dejó caer en una silla que estaba junto al cabezal de la cama y posó una mano sobre las de su padre, que las tenía cruzadas sobre el pecho, como si le estuviera jurando su amor a alguien. Las notó frescas, pero no frías.

En los labios tenía aquella sonrisa que tan bien conocía y, de no haber sido por la calma absoluta que reinaba en la habitación, por la falta de aliento y de pulso, Angela habría creído que en cualquier instante abriría aquellos astutos ojos para soltar un comentario mordaz e inesperado. Cuando le quedó claro que aquello no volvería a suceder jamás, llegaron por fin las lágrimas, a las que no puso ningún impedimento.

Cuando se lo preguntaron más tarde, no supo decir cuánto tiempo llegó a pasar ahí sentada. Matilde la había dejado sola, aunque en algún momento alguien llamó a la puerta con brusquedad y el tipo que había visto en el vestíbulo entró en el dormitorio.

—Aquí está —constató el hombre levantando la voz. Angela reaccionó con un sobresalto.

—¿Quién es usted? —preguntó Angela mientras se ponía en pie.

El tipo la observó con actitud hostil. Tenía los ojos de un azul muy pálido y unas abultadas bolsas en los ojos. Por detrás de aquel hombre reconoció al empleado de la funeraria local.

—Tal vez sería mejor que me dijera usted qué demonios se le ha perdido aquí.

—La signora Steeger venía a visitarlo a menudo —dijo la voz de Matilde desde el pasillo.

—Ya veo... —comentó el tipo—, y seguro que aprovechaba para darle algún que otro sablazo.

Angela se quedó de piedra. Se dio la vuelta y se acercó de nuevo al lecho de muerte de su padre. No estaba dispuesta a iniciar una discusión con ese hombre tan horrible.

—Ahora empezarán a salir parientes de debajo de las piedras —le oyó gruñir Angela mientras le acariciaba la frente a su padre.

—Te quiero —le susurró, aunque lo dijo en voz muy baja, para sí misma, y acto seguido salió de la habitación.

—Este es Guglielmo Sartori —murmuró Matilde cuando Angela salió al pasillo—. La signora Lela era su tía abuela, aunque no tenían ninguna relación. Discutieron cuando ella todavía vivía y el signor Rivalecca no lo soportaba. Pero, claro, ahora es el único heredero.

Por supuesto. Era demasiado tarde para reclamar su derecho.

Bajó la escalera como si estuviera sumida en un sueño. Era una extraña para todos los que acudieron a ver a Lorenzo. Una vez más, miró a su alrededor en el amplio vestíbulo, le lanzó un último vistazo al despacho, cuya puerta había quedado abierta. Ya había dentro dos mujeres que poco antes se habían plantado frente a la casa con indecisión y que lo estaban examinando todo con aire codicioso. Luego abandonó el *palazzo* sabiendo perfectamente que no volvería jamás y bajó por el camino pedregoso hasta el portal sin volver la mirada atrás.

Ya en la plaza de la iglesia, se detuvo. De improviso, se echó a llorar de verdad. Habría querido preguntarle un montón de cosas más a su padre, cosas que no se le habían ocurrido hasta el momento. «Vivimos como si fuéramos inmortales», le pasó por la cabeza, aunque en esos instantes tomó plena conciencia de lo frágil que podía llegar a ser la existencia. El cielo invernal que cubría la plaza de la iglesia estaba absolutamente despejado y permitía ver las estrellas. Cuando al cabo de un rato se hubo calmado un poco, hacia el este descubrió Sirius, y algo por encima la constelación de Orión. Se obligó a respirar hondo varias veces de forma consciente, hasta que los sollozos remitieron y recuperó el control de sí misma. Su mirada barrió el

cementerio y de repente creyó divisar, frente a la tumba de Lela Sartori, una figura anciana y encorvada mirando hacia la ciudad en dirección sur, igual que la primera vez, cuando había conocido a Lorenzo Rivalecca. Incrédula, parpadeó varias veces y, cuando volvió a mirar hacia el lugar en cuestión, se dio cuenta de que en realidad no había nadie.

Había sido una ilusión. O tal vez no.

13

Parentesco

El día del entierro llovió a mares. Se apiñaron bajo dos grandes paraguas, algo apartados de los demás, en parte también para consolarse. Por un lado Angela, Vittorio, Tess y Nathalie con el bebé, puesto que habían regresado enseguida de Venecia. Por el otro, Emilia, Fania y Gianni, que también habían pedido asistir al sepelio. Guglielmo Sartori y su familia se habían colocado al frente de todo, ante la fosa abierta, como si se hubieran propuesto no dejar el más mínimo atisbo de duda de que eran los amos de la ceremonia, algo que Tess se encargó de expresar con sarcasmo. Al parecer se habían olvidado por completo de traer paraguas, por lo que tanto Guglielmo y su esposa como sus cuatro hijos, de edades comprendidas entre los quince y los veinte años, ya estaban completamente empapados.

Entretanto, Tess había descubierto que Sartori era el nieto de uno de los dos hermanos de Lela, y que actualmente vivía en una aldea a pocos kilómetros de allí. Durante muchos años, antes de la muerte de Lela Sartori, habían vivido en la casita de los viñedos, la misma en la que se alojaba la vieja Carmela desde hacía unos meses. Tras una discusión, su tía abuela los había expulsado de allí y desde entonces no se les había vuelto a ver el pelo por Asenza.

Para gran sorpresa de Angela, media ciudad asistió al entierro de Lorenzo. Todo el personal de la Villa de la Seda se congregó al otro lado de la fosa, e incluso Carmela había subido por la empinada cuesta ayudada por dos bastones, a pesar de que Lorenzo y ella no habían dejado jamás de pelearse. Angela no podía creer la determinación con la que la anciana empezó a abrirse paso entre la multitud congregada, ayudándose con el mango del bastón derecho y sin amedrentarse en ningún momento, hasta que por fin se plantó junto a Guglielmo. Este le lanzó una mirada furiosa, pero la frágil

anciana, varias cabezas más baja que él, le respondió con una mueca. Sartori parecía dispuesto a expulsar a Carmela del sepelio cuando el párroco empezó a pronunciar unas últimas palabras de bendición y Guglielmo tuvo que controlarse a regañadientes.

Cuando por fin bajaron el ataúd al foso, a Angela se le llenaron los ojos de lágrimas una vez más. Cada uno de ellos llevaba una rosa blanca para lanzarla a la tumba de Lorenzo Rivalecca como saludo final, y guardaron cola tras la larga hilera de habitantes de Asenza que quisieron despedirse por última vez del difunto. A través del velo que formaban la lluvia y sus propias lágrimas, Angela pudo ver a Guglielmo y su familia marcharse ya del cementerio.

Cuando por fin llegaron a la tumba doble, puesto que su padre había pedido que lo enterraran junto a Lela, la lluvia remitió y se abrió un claro entre las nubes.

—Adiós —susurró Angela antes de lanzar la rosa en el foso y pasarle el brazo por encima de los hombros a Nathalie, que no paraba de sollozar. Cuando levantó la cabeza de nuevo, los rayos de sol cegaron sus ojos colmados de lágrimas.

—Mira —susurró Nathalie al ver que un arcoíris aparecía sobre la colina y el sol hacía brillar las gotas de agua que seguían cayendo desde las copas de los árboles.

Decidieron no acudir al *banchetto funebre* que tuvo lugar en el hotel Duse, y al que Guglielmo había invitado a toda la ciudad. En lugar de eso, fueron directamente a Villa Serena para entrar en calor con un *vin brulé*, el nombre con el que se denomina al vino caliente en el norte de Italia desde los tiempos de la ocupación francesa de finales del siglo XVIII.

—Ya ha empezado a gastarse la herencia —comentó Tess cuando Emilia le describió el festín que había organizado para todo el mundo en el hotel Duse—. Esperemos que no se le vaya de las manos.

Se habían instalado en el cómodo salón con la chimenea encendida. Emilia repartió calcetines secos y mantas de lana para todos. Por su parte, Romina se había mostrado comprensiva cuando Angela le comentó que tardarían un poco en ocuparse de los detalles del taller de costura y había decidido regresar temporalmente a Venecia.

—Espero que nadie se haya enfriado... —deseó Emilia con un suspiro, y enseguida fue a preparar una bolsa de agua caliente para

Nathalie, que estaba dando de mamar al bebé—. Gianni acaba de llegar completamente helado del hotel Duse. Y ha venido hecho un basilisco. Ese Guglielmo Sartori..., tal como se ha plantado frente a la tumba... —comentó negando con la cabeza antes de regresar a la cocina.

—En toda su vida no se ha preocupado jamás por Lorenzo —se quejó Tess mientras tomaba asiento en su sillón preferido—. Y ahora se las dará de caballero...

—Vamos, Tess —la interrumpió Angela—. Ahora eso da igual.

Estaba sentada en el sofá junto a su hija, sobre la que extendió una manta para taparle el regazo mientras Vittorio permanecía de pie delante de la chimenea, calentándose las palmas de las manos frente al fuego.

—¿Realmente te deja tan fría? Al fin y al cabo eres su hija —preguntó Vittorio escrutándola con intensidad.

—Lo fui durante exactamente un año y ocho meses —repuso Angela—. Antes ni siquiera sabía que era mi padre. He tenido el tiempo justo... —empezó a decir, pero las lágrimas le empezaron a brotar de nuevo de los ojos—. No, no he tenido tiempo de disfrutarlo suficiente. Me enfadaba demasiado con él.

Vittorio se le acercó enseguida, se sentó sobre el reposabrazos del sofá e intentó consolarla acariciándole la espalda.

—Te preocupaste mucho por él, tanto como te lo permitió —dijo para intentar apaciguarla.

—Cierto —confirmó Tess—. Lorenzo dejó que tú y Nathalie os acercarais a él más que ninguna otra persona. Le disteis mucha vida en sus últimos días. ¡Y lo que se alegró cuando nació Pietrino! ¿Qué más se puede pedir?

Angela se secó las lágrimas de los ojos y soltó un profundo suspiro.

—No paro de pensar —empezó a decir— en cómo podrían haber sido las cosas si mi madre le hubiera contado la verdad. Es decir, tal vez no cuando yo era niña, pero sí ya de mayor. Si hubiera tenido la oportunidad de conocer antes a Lorenzo. Digamos que... veinticinco años antes —reflexionó mirando absorta las llamas de la chimenea—. Hasta qué punto todo habría sido distinto —prosiguió—. Quizá me habría mudado mucho antes a Italia y me habría casado aquí, y...

—Eh —la interrumpió Nathalie levemente indignada—. Entonces

yo no habría nacido, ¿no te das cuenta? Y Pietrino tampoco.

Angela levantó la cabeza como si se hubiera despertado de repente de un profundo sueño.

—Es cierto —constató—. Tienes toda la razón.

—Las cosas están bien como están —sentenció Tess.

Nathalie no pudo evitar reírse.

—Qué sabias son tus palabras, querida Tess —bromeó, aunque se puso seria antes de continuar—. La abuela Rita lo decidió así —afirmó levantando en volandas a Pietrino, que en ese mismo instante soltó un fuerte eructo y puso cara de asombro, lo que hizo reír a Angela. Emilia llegó con la bolsa de agua caliente y de repente se esfumó la atmósfera de gravedad.

—Nathalie tiene razón —opinó Tess—. ¿Qué crees que diría Lorenzo? Seguro que propondría un brindis a su salud. Pero con algo bueno de verdad —añadió dejando de lado la taza con vino caliente—. ¿Emilia? ¿Sabe dónde está aquella botella de grappa tan especial del signor Rivalecca?

—¿Se refiere a aquella que había madurado en barrica de madera de cerezo?

Tess asintió.

—¿Sería tan amable de traer la botella y unas copas? Para usted y para Gianni también. Brindaremos por Lorenzo.

Emilia abrió la boca, asombrada, y luego la cerró de nuevo y fue a buscar la botella en cuestión. Al cabo de un rato regresó con una bandeja llena de copas seguida de Gianni, quien se encargó de llevar la botella como si fuera una reliquia. El silencio se apoderó de la estancia mientras procedía a llenar y repartir todas las copitas de tallo largo con forma de tulipán.

—Por Lorenzo Rivalecca —exclamó Tess levantando su copa y mirando a todos los presentes.

—Por Lorenzo —repitieron los demás antes de vaciar las copas. Nathalie fue la única que se limitó a mojarse un poco los labios.

—Descanse en paz —añadió Tess, y de inmediato apareció en sus labios una sonrisa pícara—. Si es que eso es posible al lado de Lela.

Emilia recogió las copas y anunció que la comida estaría lista en veinte minutos. Gianni se arrodilló frente al fuego y empezó a remover la leña medio consumida con el atizador. Hizo tanto ruido que seguramente ni se dio cuenta de que Tess se lo quedaba mirando con

atención.

—Bueno, ¿cómo ha ido en el convite del funeral? —le preguntó.

—Una vergüenza —exclamó el joven, que no solía alterarse de ese modo—. El signor Sartori no ha parado de beber aguardiente mientras se jactaba de que ahora sería el propietario de todo el patrimonio del difunto.

—Yo no estaría tan segura —objetó Tess.

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó Gianni interrumpiendo el trabajo y mirándola con genuino interés.

—Bueno, que tal vez haya un testamento —constató Tess mientras se ajustaba la manta de lana—. No me sorprendería nada que el viejo Lorenzo le acabe descabalando los planes. Por mucho que crea ser su único pariente vivo...

—Precisamente ese ha sido el motivo de la discusión —explicó Gianni indignado—. Incluso se han gritado ¡y en pleno *banchetto funebre*! —añadió el joven negando con la cabeza.

—¿Con quién se ha discutido? —preguntó Tess con gran interés.

—Con la signora Ponzino.

—¿Con Carmela?

—Exacto —replicó Gianni claramente agitado—. Ha dicho que si Guglielmo tenía derecho a herencia, ella todavía más. ¿Es cierto que es sobrina de Lela Sartori? Parece ser que su madre se llamaba Serena y su padre, Livio Sartori. El hermano de la signora Lela.

—¿De verdad? —preguntó Angela mirándolo con incredulidad.

—¿Serena? ¿Como mi villa? —quiso saber Tess—. ¿Estás seguro de eso?

Gianni se encogió de hombros desconcertado.

—*Che ne so io* —exclamó él antes de seguir atizando el fuego—. ¡Qué sé yo! Sea como sea, eso es lo que ha dicho, y por eso se han peleado.

De repente se hizo el silencio en la sala. Todos parecían estar reflexionando sobre la situación.

—A mí nunca me había mencionado que Lela y él fueran parientes suyos —dijo Angela al fin—. ¿Creéis que es cierto?

Nadie supo qué responder a eso.

—Sartori... Serena... ¿Qué tienen que ver esas dos familias? —se preguntó Tess desconcertada.

—Se me acaba de ocurrir algo —dijo Angela incorporándose de

repente—. ¿Te acuerdas de cuando estuvimos buscando los planos originales de la villa? ¿Antes de la reforma? —preguntó. Tess asintió y se la quedó mirando con una expresión interrogante en el rostro—. Lo revolví todo, incluso los armarios del despacho.

Señaló hacia una puerta doble de madera de nogal oscura que siempre mantenía cerrada, puesto que Tess jamás utilizaba la sala en cuestión.

—En uno encontré unos documentos antiguos y, si no me equivoco, en la carpeta estaban escritos los dos apellidos: Serena y Sartori —explicó, luego se detuvo unos instantes para reflexionar—. La familia Serena se dedicaba a la fabricación de seda aquí, ¿no es así?

—Exacto —confirmó Tess.

—Detrás de la casa todavía están los cobertizos —añadió Gianni —. Están ruinosos, pero siguen en pie. De hecho, hace tiempo que quería preguntarle a la signora Tessa si no deberíamos demolerlos.

Angela se volvió hacia Tess.

—Si quieres, voy a echar un vistazo —propuso, a lo que Tess asintió.

—¡Sí! ¡Qué emocionante! —exclamó Nathalie con los ojos brillantes mientras le daba el otro pecho a Pietrino.

Cuando Angela entró en el despacho, se encontró la sala exactamente tal como la recordaba. Las cortinas cerradas y el revestimiento de madera oscura de las paredes mantenían la estancia en penumbra, por lo que tuvo que encender la luz. Había un tablero de ajedrez con piezas de mármol, sillones club de cuero bovino alrededor de la mesita de fumadores con el sobre de latón repujado. Y también el armario empotrado que ocupaba la pared entera. La alfombra persa amortiguó sus pasos cuando se acercó al armario y examinó, desconcertada, los numerosos cajones y puertas. Aquella valiosa pieza de mobiliario estaba decorada con marquetería de nácar y ébano. ¿Dónde había encontrado aquellos documentos?

«En el armario esquinero», recordó de repente, y acto seguido abrió la portezuela. Efectivamente, allí estaban las carpetas ajadas y recubiertas con papel veteado. Angela sacó una con cuidado y examinó la etiqueta pegada en la cara frontal. Una caligrafía inclinada rezaba *TESSITURA SARTORI-SERENA*. Sacó un montón de carpetas del armario y se las llevó al salón.

—Aquí están —anunció mientras las dejaba sobre la mesita de

café—. ¿Lo veis? —preguntó señalando la etiqueta con los dos apellidos—. Al parecer existió una empresa conjunta.

Tess desató el cordón de algodón negro que mantenía cerrada la carpeta que quedó arriba del todo, la abrió y empezó a hojear su contenido.

—Pero ¿esto qué es? —preguntó desconcertada.

Angela, que la observaba por encima del hombro, reconoció las hileras mecanografiadas sobre el papel descolorido que formaban tablas tupidas e interminables.

—Parecen balances —comentó mientras examinaba el color desvaído de los caracteres y las cifras.

—Y ¿ahí arriba hay más documentos como estos?

—Creo que sí —dijo Angela mirando hacia la puerta doble que se había dejado abierta. Desde el despacho sin calefacción les llegó una corriente de aire frío, y Gianni se levantó para cerrarla—. Y álbumes de fotografías. Quizá valdría la pena examinarlo más a fondo.

Emilia los llamó a la mesa y Tess dejó la carpeta de nuevo sobre la pila.

—Bueno, pues entonces ya sé a qué puedo dedicar las solitarias noches de invierno —comentó mientras se ponía en pie para ir hacia el comedor con los demás. Era evidente que se moría de ganas de encontrar alguna pista que pudiera resolver el secreto que al parecer unía a aquellas dos familias.

Todavía no habían terminado de instalarse en la mesa cuando llamaron a la puerta. Mariola, con la pequeña Valentina colgada del fular, se presentó enseguida en el comedor con las mejillas enrojecidas. Le faltaba el aliento.

—Siento mucho molestarles —se disculpó mientras Nathalie le pedía a Emilia que pusiera un cubierto más en la mesa—. Pero es que no sabía qué hacer.

—¿Qué sucede? Tranquila, chica —le dijo Tess observándola con preocupación—. Siéntate, vamos. Cuéntanos, ¿qué ha ocurrido?

—Que tengo que marcharme enseguida de la casita del jardinero.

—¿Quién lo dice? —preguntó Tess indignada con los brazos en jarras.

—Un hombre. Sartori, se llama. Dice que ahora toda la finca le pertenece.

—¡No puede hacer algo semejante! —se quejó Tess—. Lorenzo

apenas lleva unas horas bajo tierra. ¿Cómo se atreve?

—Ya están sacando cosas del *palazzo* —los informó Mariola antes de dejarse caer en una silla con el rostro lívido.

—No tiene derecho a hacerlo —exclamó Nathalie.

—Y ¿quién va a evitarlo?

—Además, va completamente borracho —relató Mariola mientras sacaba a Valentina del fular.

—¿Dónde está su hermano? —quiso saber Angela.

Mariola se encogió de hombros.

—Tras el sepelio se ha marchado con el resto del personal de la tejeduría.

Tess negó con la cabeza con desdén y Angela se preguntó si Nicola ya se habría decidido entre Fioretta o Anna. Por lo que le habían dicho, había repartido muy bien los días de fiesta.

—De momento, tú te quedas aquí —decidió Tess—. Hay camas de sobra. Y puesto que Fania ya no duerme aquí... Por cierto, ¿dónde está Fania?

—Ha dicho que tenía que limpiar en la Villa de la Seda —respondió Gianni. Su mirada preocupada se centró en Mariola—. ¿Subo a calentar la habitación?

—Por supuesto. De lo contrario se helará, ahí en la torre.

—He oído que coses muy bien —intervino Emilia con una sonrisa interesada—. Tengo alguna que otra cosa que necesita un remiendo.

—¡Emilia! —exclamó Tess. Estaba a punto de reprenderla cuando Mariola se le adelantó.

—Sí, ningún problema —respondió Mariola dedicándole una sonrisa de agradecimiento a Emilia—. Lo haré con mucho gusto, signora Tessa. Es usted muy generosa. Y no sabe cuánto me alegro de poder hacer algo para corresponder lo mucho que me han ayudado.

Emilia pareció satisfecha con el trato. Salió a buscar todo lo que requería un remiendo y se lo subió a la habitación de la torre.

—Alguien tiene que detener a ese hombre —declaró Tess claramente disgustada—. Mientras el legado no se transfiera oficialmente a Guglielmo, no tiene ningún derecho a saquear el *palazzo* o a echar a la gente de sus casas.

Angela pensó con preocupación en la casita en la que se alojaba Carmela. Se encontraba a los pies de los viñedos que había tras el cementerio, apenas a cien metros del *centro storico*. Lorenzo le había

dicho a Angela en su momento que le regalaba aquella casita para que pudiera alquilársela a precio de coste a la anciana, que tenía serias dificultades para caminar. Sin embargo, dudaba de que hubiera ido más allá de las simples palabras. Si la casita de los viñedos todavía era propiedad de su padre tal como sospechaba, Mariola no sería la única que tendría que abandonar su residencia, y Carmela también se vería obligada a mudarse. ¿O acaso era cierto lo que afirmaba la anciana? Tal vez Carmela resultaría ser una legítima heredera y tendría que repartirse el legado de Lorenzo con Guglielmo.

En ese caso, al menos Angela no tendría que preocuparse más por ella y por su hija.

Cuando Angela y Vittorio llegaron por la tarde a la Villa de la Seda, se encontraron a Fania sentada en el sofá leyendo un libro. Estaba tan absorta que no se dio cuenta de que no estaba sola hasta que Angela se plantó justo delante de ella. Cuando por fin reparó en su presencia, se sobresaltó tanto que dejó caer el libro al suelo. Angela vio que era una de sus novelas, pero, cuando Fania la recogió, se dio cuenta de que se habían soltado algunas páginas de la encuadernación.

Angela miró a su alrededor en la sala de la morera mientras Vittorio se metía en la cocina con discreción. Pudo oír cómo manipulaba la cafetera. Fania no había ordenado la casa ni había limpiado.

—Tranquila —le dijo al ver que Fania temblaba como una hoja —. Pero vamos a ver: te di permiso para leer mis libros con la condición de que terminaras antes tu trabajo. ¿No quedó lo suficientemente claro?

Fania asintió con la mirada clavada en el suelo. Angela suspiró por dentro.

—Ven, Fania. Tenemos que hablar.

Horrorizada, Fania se dejó caer de nuevo sobre el sofá y Angela se instaló a su lado.

—Me parece que las tareas del hogar no son precisamente tu ocupación preferida. ¿Me equivoco?

La chica se puso colorada como un tomate, y las lágrimas empezaron a aflorar en sus ojos.

—No temas, no te mandaré de vuelta a casa como haría tu tía.

Pero quiero que seas sincera conmigo. ¿Preferirías dedicarte a otra cosa? —le preguntó, y Fania se atrevió a mirarla brevemente a los ojos para asentir—. Muy bien, ¿a qué? —insistió. Al ver que la joven se limitaba a sollozar sin decidirse a hablar, decidió proseguir—. Es que tal vez pueda ayudarte.

Al final la joven siciliana cogió aire, se quedó mirando el libro que tenía en las manos y se armó de valor.

—¿Sabe usted la librería que hay junto a las puertas de la ciudad?

Angela asintió.

—¿Gonzino? Sí, claro.

—Están buscando a alguien.

Angela guardó silencio desconcertada. Había esperado oír algo más bien inmaduro, pero al parecer Fania ya había hecho sus propios planes.

—¿Como aprendiza?

Fania asintió y levantó la cabeza.

—El signor Gonzino dice que primero tendría que trabajar dos semanas con él. Como prueba, digamos. Y que luego ya veríamos...

—Pero ¡eso es fabuloso!

Fania se quedó mirando a Angela sorprendida y, aunque tardó unos momentos en reaccionar, luego apareció una amplia sonrisa en su rostro.

—¿No... no está enfadada conmigo?

—En absoluto —respondió Angela sonriendo—. ¿Sabes? Prefiero que encuentres un trabajo que te haga feliz. Porque, a decir verdad, últimamente no es que haya quedado muy satisfecha con la manera como has limpiado la casa y la tejeduría. Cocinar se te da muy bien, eso sí. Pero el resto de las tareas no son tu fuerte. Si tienes la oportunidad de trabajar como aprendiza de librera, mucho mejor.

—Y... ¿qué pasa con usted? —preguntó mirando a Angela sin comprender nada—. ¿Quién se ocupará de usted, si me voy a trabajar para Gonzino?

Angela se rio.

—Bueno, ya me las arreglaré de algún modo. ¿Puedo hablar con Emilia de esto?

Fania se mostró preocupada ante esa posibilidad.

—Y ¿si al final no me cogen en la librería? —preguntó

jugueteando con el libro que tenía sobre el regazo—. Créame, mi *zia* cumplirá su palabra y me mandará de vuelta a casa. Y ¡eso sí que no lo quiero de ninguna manera!

Angela le dio la razón para sus adentros.

—Entonces haremos lo siguiente —propuso—: no le contaremos a Emilia nada acerca de tus planes hasta que tengas el sitio asegurado. ¿Qué te parece?

El rostro de la joven siciliana se iluminó de inmediato.

—Es usted la mejor —susurró con lágrimas en los ojos—. ¡No sé cómo agradecérselo!

—Pues a mí se me ocurre una idea —comentó Angela, tras lo cual se puso en pie y le quitó el libro de las manos con cuidado—. Haz tu trabajo lo mejor que puedas mientras sigas aquí. Pero ahora vete a casa. Estoy cansada y triste, el signor Rivalecca significaba mucho para mí. Hazme el favor de venir mañana y ocuparte de lo que no has hecho hoy.

—Por supuesto —replicó Fania en voz baja antes de salir de la Villa de la Seda.

El lunes a primera hora los telares volverían a ponerse en funcionamiento, pero a Angela todavía le quedaban el viernes y el fin de semana por delante. Le parecía extraño que tan poca gente estuviera al corriente de lo estrecha que era su relación con Lorenzo en realidad, porque nadie podía comprender de verdad la dimensión de su tristeza. Nathalie también estaba abatida, por lo que pasaron los días juntas cuando Vittorio tuvo que regresar a Venecia. Salieron a pasear con el bebé cuando el tiempo se lo permitió, recordándose mutuamente lo que habían vivido con Rivalecca. A menudo acababan riendo sin proponérselo y en esos momentos la sensación de pérdida se les hacía más llevadera, aunque solo fuera durante unos instantes. Y aun así, Angela se sentía afligida cuando pensaba en las veces que había subido de mala gana hasta el Palazzo Duse para tomarse un plato de *minestrone* con su padre. Ahora solo deseaba haber acudido a visitarlo más a menudo.

—Pero es que él tampoco lo quería —objetó Nathalie cuando su madre le confesó ese pesar—. Solo quería que lo dejaran en paz.

—No es cierto —la contradijo Angela—. Jamás lo vi tan feliz

como cuando veía a Pietrino —explicó, y tuvo que tragar saliva para no echarse a llorar una vez más.

No obstante, o tal vez precisamente por eso, durante esos días previos al retorno de la actividad en la tejeduría, Angela evitó pasar por el cementerio, y sobre todo por el Palazzo Duse, llegando a dar amplios rodeos para no pasar por delante. No quería ser testigo del saqueo que debía de estar llevando a cabo Guglielmo Sartori. También se mantuvo alejada del hotel Duse, puesto que lo último que quería era oír los chismorreos de la gente.

El domingo por la noche, antes de que las vacaciones llegaran a su fin, se quedó sola en la Villa de la Seda. Rompiendo sus costumbres, se tomó una copa de Marc di Lorenzo, el regalo de Navidad que le había hecho su padre, cuando un estallido tremendo justo a su lado le dio un susto de muerte. La copa se le cayó de las manos y se estrelló contra el suelo, justo encima de los cristales rotos de la ventana. Temblando de miedo, frente a sus pies encontró un adoquín. Alguien lo había lanzado a través de la ventana de nuevo.

Tuvo que respirar hondo un par de veces para recuperarse hasta cierto punto del susto. Luego se acercó a la otra ventana y miró hacia fuera con precaución. La calle estaba completamente vacía. Por supuesto. Quienquiera que hubiera lanzado el adoquín no se había quedado allí esperando a que lo identificaran. Con los dedos temblorosos, marcó el número de teléfono de la Polizia Municipale y denunció el suceso. El *vigile* que acudió al cabo de una hora, que no era el mismo que el de Nochebuena, no pareció precisamente impresionado al ver la ventana rota y el adoquín.

—Seguro que ha sido una gamberrada de algún jovenzuelo —opinó mientras garabateaba en su bloc de notas la hora y la calle. Luego escuchó lo que Angela pudo relatarle sobre lo ocurrido y se despidió.

Angela cerró los postigos de madera de todas las ventanas y se planteó si debía llamar a Vittorio para contárselo, pero al final decidió no hacerlo. Solo conseguiría preocuparlo y, si decidía ir a verla, no podría asistir a una reunión importante que le esperaba al día siguiente.

Se obligó a tomar un baño con la esperanza de relajarse un poco y luego se acostó. Sin embargo, fue incapaz de dormir. ¿Quién lanzaba las piedras? Y ¿por qué? Se propuso pasar a ver a Edda al día

siguiente para preguntarle si alguien había sufrido ataques parecidos en el vecindario. En ese caso, tal vez podría creer de verdad la teoría del guardia de que aquello había sido obra de algún joven gamberro.

Se quedó todavía un buen rato despierta, aguzando el oído, esperando a ver si oía otra pedrada. Pero no llegó a oír nada, el silencio reinaba en la noche. Y en algún momento, por fin se le cerraron los ojos.

14

Habladurías

El lunes a las ocho ya estaba sentada en su despacho. Para gran sorpresa del cristalero, Angela llamó para encargarle de nuevo un cristal. Aprovechó la ocasión para preguntarle asimismo si había oído algún otro caso parecido en Asenza o en los alrededores, pero el vidriero no conocía ningún otro caso de rotura malintencionada de cristales.

Cuando llegó Fania, la avisó enseguida acerca del caos que reinaba en la sala de la morera para que no se asustara y, a continuación, se obligó a pasar página del incidente para centrarse en el trabajo.

Les echó un vistazo a los proyectos pendientes y revisó la bandeja de entrada del correo electrónico. Entre numerosos mensajes navideños y felicitaciones por el año nuevo, encontró también unas líneas de agradecimiento que le había escrito Ruggero. Le contaba que su madre había quedado encantada con el pañuelo de seda que le había enviado en el último momento. Donatella, por su parte, le había mandado una selección de fotografías en las que aparecía durante el baile de beneficencia. Angela no pudo evitar sonreír al verlas. La marchesa Colonari aparecía como una verdadera estrella entre un montón de mosquitas muertas, por mucho que sus ilustres invitadas también hubieran recurrido a vestidos carísimos para exhibirse en una ocasión tan especial. En una de las imágenes descubrió a Costanza vestida con un vestido de color cáscara de huevo que podría haber complementado perfectamente con la maravillosa estola decorada con el escudo de armas de la familia que Angela le había regalado para su septuagésimo quinto cumpleaños. En lugar de eso, no obstante, había optado por una estola de pieles de color claro, probablemente de zorro gris, que en la foto no se acababa de distinguir bien.

Angela cerró el archivo de fotos y suspiró. Costanza no la aceptaría jamás, más le valía ir haciéndose a la idea.

—Feliz año nuevo —le deseó Fioretta, y Angela reaccionó con un sobresalto. Su ayudante acababa de entrar y estaba colgando el abrigo en el perchero que tenían junto a la puerta—. Lo siento mucho —añadió la joven antes de que Angela pudiera darle las gracias y corresponder a la felicitación.

—¿Cómo dices?

—Bueno, sé lo mucho que apreciabas al signor Rivalecca. Todo el mundo lo sabe. Por eso...

—Ah, sí. Gracias, Fioretta —repuso Angela aclarándose la garganta mientras fingía estar ordenando las carpetas que tenía sobre la mesa, de manera que su empleada no pudiera ver que se le humedecían los ojos—. Es muy amable por tu parte. ¿Cómo ha empezado el año nuevo?

Fioretta se dejó caer sobre su silla. Parecía abatida.

—Ay... —suspiró luchando por controlar las lágrimas—. La verdad es que no ha sido precisamente la mejor fiesta de fin de año de mi vida.

—¿Qué ha ocurrido?

Antes de que Fioretta pudiera responder, se abrió la puerta y Carmela entró ayudada por sus bastones. La frágil anciana llegó despeinada y sin aliento. Fioretta se puso en pie enseguida y le ofreció su asiento.

—¡Tiene que hacer algo! —jadeó Carmela sin saludar siquiera antes de dejarse caer sobre la silla—. Alguien tiene que pararle los pies a ese bastardo.

—Buenos días, signora Carmela —la saludó Angela dedicándole una mirada de desconcierto a Fioretta—. ¿Qué ha sucedido? ¿De quién me habla? —preguntó, aunque en el fondo ya sospechaba a quién se refería la anciana.

—Ese apestoso de Guglielmo quiere echarme de la casita de los viñedos —exclamó—. No es que no pueda yo encargarme sola de ese enano —se apresuró a asegurar estirándose en toda su estatura, que a fin de cuentas era cualquier cosa menos impresionante—, pero después de todo la propietaria es usted —sentenció ajustándose las gafas para lanzarle una penetrante mirada a Angela—. Porque lo es, ¿verdad?

Angela asintió, aunque no sin preocupación. Sin duda, su padre le había regalado la casita de los viñedos para que pudiera alquilársela a Carmela, puesto que la anciana tenía las caderas destrozadas y necesitaba vivir en algún lugar a pie de calle. En cualquier caso, eso le había dicho Rivalecca. Otra cosa era que el pequeño inmueble le hubiera sido transferido de forma oficial, puesto que ella no se había preocupado por el trámite en ningún momento.

—¿El signor Sartori ya está en Asenza? —preguntó Angela.

Carmela asintió con tanta vehemencia que las gafas estuvieron a punto de caérsele de la nariz.

—Está arriba, en el *palazzo* —gruñó con una mueca furiosa—. Y no debería haberse apropiado de él antes de que se haya transferido el legado. Signora Angela, usted es una buena persona. Alguien tiene que ponerle coto a ese hombre. Se lo ruego, ayude a la vieja Carmela.

Angela se puso en pie. Carmela tenía razón. Pensó en lo furioso que se pondría su padre si supiera que ese pariente indeseado de su esposa, fuera o no el legítimo heredero, entraba y salía de la casa a sus anchas, le revolvía los armarios y se llevaba sus posesiones. De inmediato tuvo claro que debía intervenir de algún modo.

—Entonces tendremos que ir a hacerle una visita —sentenció Angela cogiendo su abrigo.

—Cuidado con ese hombre —le advirtió Fioretta con preocupación—. No se cuentan cosas precisamente buenas de él.

Angela asintió mientras sacaba las llaves del coche de su bolso.

—Iremos en coche —le propuso a Carmela, que ya se levantaba con dificultad. Al parecer, el dolor que sufría en las caderas se había agravado últimamente.

—Sí —repuso Carmela con un suspiro de agradecimiento—. Al fin y al cabo queremos llegar al *palazzo* antes de mediodía, ¿no? —bromeó con una sonrisa pícara en el rostro arrugado—. Además, causaremos más impresión si llegamos en coche.

No eran más que unos doscientos metros, pero para Carmela habría supuesto un esfuerzo increíble subir la cuesta que separaba la Piazza della Libertà del Palazzo Duse, que quedaba en lo más alto de la colina. Mientras Angela aparcaba el coche junto al muro del cementerio y ayudaba a salir a la anciana, levantó la mirada hacia la

finca de su padre. El portal de acero forjado del *palazzo* estaba abierto. En el sendero de acceso había aparcada una camioneta que había visto mejores días.

—Ese es el cacharro que conduce Guglielmo —siseó Carmela apoyándose sobre los bastones con el rostro enrojecido por la ira.

—¿Prefiere esperar usted aquí? —le propuso Angela claramente preocupada por la anciana.

—De ninguna manera —replicó Carmela mientras avanzaba cojeando con determinación por el sendero de acceso.

Ya habían llegado a la escalinata que permitía subir hasta la puerta de la casa cuando apareció Guglielmo Sartori con el viejo reloj de la chimenea del despacho bajo el brazo. Al ver a las dos mujeres, se quedó de piedra.

—¿Qué han venido a hacer aquí? —les preguntó con hostilidad.

—Eso mismo me gustaría a mí saber de usted —replicó Angela. La autosuficiencia de ese hombre la sacaba de quicio, pero ver el reloj de Lorenzo fue la gota que colmó el vaso para ella—. Que yo sepa, el legado del signor Rivalecca todavía no se ha transferido de forma oficial, por lo que no debería...

—Y ¿eso qué más le da? —le espetó Guglielmo mientras metía el reloj en la camioneta, después se volvió hacia Angela con agresividad. A Carmela, en cambio, la ignoró por completo—. Oiga —le dijo de mala manera—, ya me he enterado de que se estaba camelando a mi tío abuelo. Y no hace falta tener mucha imaginación para saber a qué medios debió de recurrir para conseguirlo —comentó con la mirada fija sobre los pechos de Angela, tras lo cual continuó bajando hacia el resto del cuerpo de un modo absolutamente desvergonzado. Angela notó que la cabeza empezaba a bullirle de rabia—. Seguro que tenía esperanzas de poder casarse con ese viejo chocho justo antes de que estirara la pata —añadió con una carcajada odiosa.

—¡Hijo de puta! —graznó Carmela amenazándolo con el bastón —. ¡Qué mente más sucia tienes!

—Si es que está clarísimo, solo hay que verla —se burló Guglielmo—. Me alegro de que se haya llevado esta sorpresa, *tedesca* —prosiguió mirando a Angela con ademán sombrío—. Tenía que estar loco para venderle la Villa de la Seda a ese precio de ganga. Puede ahorrarse los cotorreos, no conseguirá nada conmigo. En los documentos de la venta consta todo negro sobre blanco. Y ¿sabe una

cosa? Esto le costará caro. Pienso querellarme contra usted. Porque todo Asenza sabe perfectamente que el viejo no estaba en sus cabales estos últimos años. Pienso impugnar la venta para recuperar la Villa de la Seda —proclamó con una sonrisa maliciosa, luego escrutó a Carmela—. Y tú, vieja gruñona, ¿de verdad creías que te serviría de algo ir a buscar refuerzos? Pues estás muy equivocada, bruja. Te doy una semana para sacar tu mierda de ahí. Y no me vengas con el cuento de que la casita de los viñedos pertenece a esta señora. La casita de los viñedos me pertenece a mí, igual que todo lo demás.

—No es cierto —gritó Carmela fuera de sí—. Tengo el mismo derecho que tú respecto a la herencia, y lo sabes perfectamente.

—¡Solo que tú no puedes demostrarlo, *figlia di puttana*!

—¡Eso ya lo veremos, *stramaledetto*!

—*Cretina!*

—*Pezzo di merda!*

—Vamos, Carmela —la apremió Angela—. No nos quedaremos aquí cruzando insultos. Iremos a luchar por nuestros derechos a otra parte.

No obstante, Carmela no se dejó convencer tan fácilmente y siguió intercambiando unos cuantos improperios pintorescos con Guglielmo antes de que Angela consiguiera llevársela hasta el coche de nuevo.

Dejó a la furiosa anciana en su casa y decidió tomar cartas en el asunto de inmediato. De repente recordó que, nada más llegar a la ciudad, había conocido a Davide Bramante, el tesorero del consistorio. Por aquel entonces solía jugar de vez en cuando al tenis con él y con Dario Monti, de manera que desde entonces charlaban un poco cada vez que se veían por el hotel Duse. Cuando llamó a su secretaria, no tuvo problemas para conseguir una cita con él a corto plazo.

—¿Qué te trae por aquí, Angela? —quiso saber el tesorero después de que ella le preguntara por la familia y por el dolor crónico que sufría en el hombro derecho—. ¿Buscas a alguien para jugar al tenis? Lo siento, pero hace ya tiempo que la lesión no me lo permite.

Angela negó con la cabeza y soltó un suspiro.

—No sé muy bien por dónde empezar —reconoció ella—. Tengo dos preguntas y espero que puedas ayudarme. Por un lado, mi p..., quiero decir..., Lorenzo Rivalecca... —se corrigió mordiéndose el labio inferior al ver que había estado a punto de irse de la lengua—. El año

pasado me legó la casita de los viñedos que hay en la Via del Monte Grappa para que pudiera alquilársela a Carmela Ponzino. Carmela es la madre de una de mis tejedoras y le cuesta mucho andar. Lorenzo me pidió que me ocupara de ello y me aseguró que quería regalarme la casa, algo que en su momento yo no me tomé en serio. Y, bueno, el caso es que ahora ha aparecido ese tal Guglielmo Sartori erigiéndose como su heredero y quiere echar a Carmela de su casa.

Cogió aire y miró a Davide con gesto avergonzado antes de proseguir.

—No tengo ni idea de si el signor Rivalecca se limitó a decirlo o si realmente me..., quiero decir que... ¿Podrías enterarte de algún modo si la casita de los viñedos me pertenece a mí o no?

Davide fue abriendo los ojos cada vez más a medida que Angela iba hablando. Era evidente que se estaba preguntando por qué alguien como Lorenzo Rivalecca, al que todos consideraban un tacaño incorregible, podría haber hecho algo parecido.

—Esa clase de temas dependen de la oficina del catastro —dijo Davide al fin—. Si bien puedo encargarme yo de ello, por supuesto, no creo que sea un problema aunque no forme parte de mi ámbito de competencias —explicó observándola con asombro—. Permíteme que te haga una pregunta: ¿por qué tendría que haberte regalado la casita Rivalecca?

—Bueno, ya sabes cómo era —repuso Angela—. Tenía ocurrencias de lo más disparatadas. En este caso lo hizo por Carmela. Por lo que sé, la mujer se arruinó la salud trabajando para Lela Sartori, y parece ser que esta no pagaba la seguridad social de sus tejedoras, por lo que Carmela no recibe ninguna pensión más allá de la que le corresponde como viuda. Vivió durante muchos años con su hija en un ático. Pero llegó un momento en el que las caderas empezaron a dolerle tanto que ya ni siquiera era capaz de bajar escaleras.

»Me pareció que su estado era insostenible y le pedí a Rivalecca que la alojara en la casita, que a fin de cuentas estaba vacía. Entonces fue cuando me dijo que me la regalaba, para que Carmela pudiera vivir allí de alquiler. —Cogió aire de nuevo y apretó los labios con fuerza un momento—. El caso es que nunca me preocupé de convertirme en la propietaria de la casita —se apresuró a añadir Angela con la esperanza de que Davide no la tomara por una

avariciosa como había hecho con Guglielmo—. El alquiler que paga sirve para cubrir los costes. La idea era que Carmela pudiera tener un lugar digno para vivir. Como sucesora de Lela Sartori, la persona para la que trabajó Carmela, me siento moralmente obligada a ello y...

—Lo comprendo perfectamente —la interrumpió Davide—. Mientras el signor Rivalecca estaba vivo no te pareció importante el hecho de que te perteneciera o no. Pero ahora la propiedad del inmueble es un factor importante, puesto que los acuerdos privados a los que llegasteis, claro está, han quedado obsoletos —resumió Davide, ante lo que Angela asintió agradecida mientras el tesorero anotaba algo—. Y ¿tu segunda pregunta?

—Aunque seguramente no es asunto mío —prosiguió Angela contemplando la vista aérea de Asenza que Davide tenía colgada en la pared que le quedaba a la espalda—, la verdad es que me gustaría saber cuál es el procedimiento correcto que hay que seguir tras un deceso. ¿El supuesto heredero puede disponer del legado inmediatamente? ¿Puede hacer lo que le apetezca con los bienes de la herencia y anunciar a los inquilinos del difunto que deben abandonar sus hogares? ¿No debería esperar hasta que el testamento se confirme de forma oficial?

—Por supuesto que sí —respondió Davide arrugando la frente—. Lo primero que hay que hacer es averiguar si hay más herederos. Ya he oído que ese Sartori está actuando tal como acabas de describir.

—Y ¿por qué nadie hace nada al respecto? También está afectada por el caso una mujer que acaba de ser madre y su bebé.

Davide asintió, pero se encogió de hombros.

—Es que si no consta ninguna queja al respecto...

—Entonces ya la presento yo —lo interrumpió Angela indignada —. Tenía una relación muy próxima con el signor Rivalecca, y hace un cuarto de hora Sartori me ha acusado de estar buscando su fortuna —añadió con amargura—. Me ha amenazado con querellarse por la venta de la Villa de la Seda, porque ha encontrado los documentos y considera que el precio que pagué en su momento era demasiado bajo. Ese tipo es la desvergüenza en persona. Por lo que, si eres tan amable, dime a quién tengo que acudir para pedir que le paren los pies.

Davide reaccionó consternado y apocado por igual.

—No tendrás que hacer nada, Angela, ya lo solicitaré yo mismo. Te pido disculpas por el hecho de que nadie de la administración haya

intervenido hasta el momento. Gracias por preocuparte por Carmela y por esa joven, es una actitud muy responsable por tu parte.

—¿De verdad lo harás tú mismo? —preguntó Angela quitándose un peso de encima—. Gracias, Davide.

—Y respecto al asunto de la casita de los viñedos... ¿Cuál es la dirección exacta? —preguntó él pasándole el bloc de notas y el lápiz para que Angela se la anotara—. Me informaré al respecto. No tienes de qué preocuparte —agregó con una sonrisa—, lo haré con discreción.

Al día siguiente el vidriero acudió a su casa de nuevo para reemplazar el cristal roto. Angela decidió pasar por la peluquería de Edda para que le cortara las puntas y aprovechó la ocasión para intentar enterarse de lo que se hablaba por la ciudad. Sobre todo le interesaba saber si era la única a la que le habían roto un cristal.

Cuando entró en el salón de Edda, poco antes de la pausa del mediodía, los sucesos del Palazzo Duse eran el tema de conversación principal.

—¿Lo habéis visto? —preguntó la signora Belmondo, la de la pastelería, con la cabeza llena de rulos—. El portal está cerrado con un candado. Esta mañana he ido a ver la tumba de mi suegra y me he encontrado a ese tal Sartori con su camioneta, plantado delante y mirándolo como un pasmarote.

—Sí —confirmó Dina, la de la heladería, que durante los meses de invierno trabajaba en el hotel Duse—. No hacía más que quejarse, mientras se tomaba dos *caffè corretto*. «Y ponles el doble de grappa», me ha dicho. Y no paraba de quejarse de dos mujeres, diciendo que se enterarían de quién era él...

—Ha sido la policía la que ha precintado la finca —creía saber una anciana que acompañaba a su nieta, una niña rolliza de unos diez años con un libro frente a las narices, a la que Edda le estaba cortando el pelo—. Alguien del tribunal de sucesiones ha mandado precintarlo todo.

—Pues ya era hora —opinó la peluquera con las tijeras en la mano—. *Mamma mia*, ese tipo parecía el rey de Asenza. Y esa manera de tratar a la pobre Carmela. Las cosas habían llegado demasiado lejos.

Angela se quedó sentada en silencio frente al espejo, en el rincón del fondo de la peluquería, aguzando el oído. ¿Tan rápido había sido Davide ocupándose del asunto? ¿O simplemente las autoridades habían actuado de oficio demasiado despacio? No, no creía que fuera el caso. De repente sintió una tremenda oleada de gratitud.

—¿Es verdad que Carmela es pariente de Lela Sartori? —preguntó la esposa del pastelero Carlucci, quien elaboraba los mejores dulces de la región. Durante un rato, no respondió nadie. Fue al cabo de unos momentos, cuando Edda le quitó la capa de nailon a la niña, cuando su abuela se decidió a responder.

—Yo también se lo he preguntado hace poco a mi hermana. Pero lo único que sabía al respecto era que se llevaban como el perro y el gato.

—Pues mira que Carmela trabajó para Lela Sartori —constató extrañada la signora Belmondo—. Tejía unas telas preciosas. Todavía tengo un juego de mantelería de mi suegra y en mi vida he visto algo más bonito.

—Por supuesto que trabajó para Lela Sartori. De lo contrario, ¿dónde podría haber trabajado? Como tejedora, no debió de tener elección. Aunque no se pelearon de verdad hasta que Lela se casó con ese viticultor, Dios lo tenga en su gloria. Entonces ya hubo riñas acerca de la propiedad. Aunque, por aquel entonces, no sé el motivo...

—En cualquier caso, no lo ha dicho hasta hace poco, que está emparentada con Lela —explicó la signora Belmondo—. Vete a saber si es cierto...

—Sea como sea, Rivalecca la acabó alojando en aquella casita que hay en la Via del Monte Grappa —intentó intervenir Edda para calmar los ánimos—. Últimamente se había vuelto más afable. ¿No es verdad, signora Angela?

Todos los ojos se volvieron con gran expectación hacia ella.

—Yo siempre me he llevado muy bien con él —afirmó Angela.

—Bueno, es cierto que le vendió la Villa de la Seda con unas condiciones muy favorables —no pudo evitar comentar Dina—. En cualquier caso, eso es lo que cuenta el signor Sartori.

—Y ¿tú te crees las sandeces que va contando ese fanfarrón insoportable? —preguntó Edda haciendo relucir sus tijeras antes de dejarlas sobre el carrito.

—Deberíamos alegrarnos de que no se cerrara la tejeduría —

opinó la anciana, cuyo nombre Angela no conocía—. La manufactura de seda forma parte de la historia de nuestra pequeña ciudad. Antes había capullos de seda prácticamente en cada casa, cuando la seda veneciana era apreciada en toda Europa. Habría sido una lástima que Rivalecca le hubiera vendido el edificio a un inversor inmobiliario. Yo, al menos, me alegro de que no lo hiciera cada vez que paso por delante de la tienda de la *tessitura*.

Dicho esto, se puso en pie, asintió de un modo cordial hacia Angela y pagó el corte de pelo de su nieta.

—*Grazie*, signora Gonzino —dijo Edda al ver la propina que le había dejado.

De repente a Angela se le cayó la venda de los ojos. La anciana era la madre del librero para el que Fania quería trabajar como aprendiza.

Por fin se marchó también la última de las clientas, y Edda le puso la capa sobre los hombros a Angela con un gesto enérgico.

—Con lo poco que llevamos de año —dijo con un suspiro— y la de cosas que han ocurrido ya. ¿Se había esperado usted que al signor Rivalecca le salieran de repente tantos parientes?

Edda le lanzó a Angela una mirada a través del espejo. Fue una mirada medio irónica, medio escrutadora a la que Angela respondió levantando un hombro y sonriendo con fingida indiferencia. «Si la gente supiera», pensó mientras Edda procedía a lavarle el pelo.

—Hay otra cosa que me tiene más preocupada que eso —aseguró cuando Edda empezaba a cortarle capas en el pelo—. Ya me han roto dos veces el cristal de una ventana de la casa de una pedrada y no tengo ni idea de quién podría haberlo hecho.

—¿El cristal de una ventana? —preguntó Edda impactada bajando las tijeras.

—Sí, y dos veces el mismo, además. En Nochebuena, la primera, y el domingo por la noche, otra vez. ¿No sabrá por casualidad si le ha ocurrido algo parecido a alguien más?

Edda no salía de su asombro.

—Increíble —replicó al fin negando con la cabeza—. ¡Y aquí, en el centro! ¿Lo ha denunciado a la policía?

—El *vigile* cree que fueron unos jovenzuelos, pero... yo no estoy tan segura. Una vez, de acuerdo. Pero ¿dos veces en tan poco tiempo?

—A veces me pregunto en qué mundo vivimos... —comentó Edda

con un suspiro—. No —añadió con aire reflexivo cuando empezaba con las capas—. Nadie me ha contado nada semejante. Aunque eso no tiene por qué significar nada —se apresuró a agregar—. Mi peluquería tampoco es que sea una agencia de noticias —dijo con una sonrisa pícara mientras le peinaba el pelo para darle forma y controlar así que hubiera quedado a la misma altura en ambos lados. «Bueno, un poco sí», pensó Angela, aunque se abstuvo de comentarlo en voz alta—. En cualquier caso, ya estaré atenta de ahora en adelante —le prometió Edda con el secador ya en la mano.

—Te lo agradezco.

Se oyó la campanilla de la puerta y Angela vio a través del espejo que Nicola entraba en la peluquería.

—¿Has terminado, *bella*? —exclamó de un humor inmejorable. Acto seguido se dio cuenta de que Edda estaba secándole el pelo a su *padrona* y se puso colorado como un tomate.

«Ay, qué pena», se le pasó por la cabeza a Angela pensando en Anna y Fioretta, que estaban locas por los huesos del napolitano.

—*Subito, amore* —respondió Edda dedicándole una sonrisa radiante a Angela—. Queremos probar la nueva pizzería que han abierto al lado de la librería Gonzino. Como promoción de apertura, lo tienen todo a mitad de precio —explicó envolviendo a Angela en una nube de laca, tras lo cual le quitó la capa de nailon—. ¿Por qué no me has comentado que os han roto el cristal de una ventana?

Nicola se sobresaltó y alternó su mirada entre Edda, que estaba preparando la cuenta, y Angela.

—Porque él todavía no lo sabía —la apaciguó Angela mientras pagaba la cuenta—. Era una ventana de mi casa.

—Cuando pienso cómo habría reaccionado si me hubiera ocurrido a mí —siguió cotorreando Edda mientras sacaba la llave de la puerta del bolso—. Bueno, si se atreve a intentarlo de nuevo —le aseguró a Angela—, lo atraparemos. ¿Verdad, Nicola? Al fin y al cabo, mi dormitorio da a la misma calle.

—Esto..., sí —balbuceó él evitando mirar a los ojos a Angela.

A Angela no le extrañó en absoluto que en la tejeduría reinara el mal humor. Fioretta evitaba entrar en el taller y se sumergió con amargura en el balance final de las ventas navideñas y el fin de año, mientras

que Anna trabajaba con poco entusiasmo en un pañuelo de colores claros primaverales. Por los comentarios de Nola, Angela dedujo que Nicola prácticamente se había mudado ya a casa de Edda. Maddalena, que no parecía interesada en el asunto, estaba pálida y claramente preocupada. Por supuesto, la riña de Carmela con Guglielmo Sartori no la había dejado indiferente. Stefano y Nicola eran los únicos que parecían estar de un humor inmejorable. ¿Acaso el napolitano no se daba cuenta de los corazones que acababa de romper?

Angela estaba revisando las existencias de la tienda cuando sonó la campanilla de la puerta y entró una mujer de pelo oscuro envuelta en un abrigo de lana beige. Lo primero que le llamó la atención fueron los ojos de la clienta: grandes, casi negros y acentuados con lápiz de ojos oscuro. La mujer miró a su alrededor como si buscara algo. O a alguien.

—*Buongiorno* —la saludó Angela—. ¿Le apetece echar un vistazo o puedo ayudarla en algo?

La mujer clavó los ojos en Angela y de repente esta comprendió que aquella mujer no estaba allí para comprar un pañuelo de seda. Pero ¿qué quería, entonces?

—Estoy buscando a una tal Nathalie Steeger —dijo al fin con la voz ronca.

Había algo en su aspecto que hizo titubear a Angela unos instantes. La mujer que buscaba a Nathalie debía de tener unos treinta años y un aspecto cuidado, aunque parecía agotada y desilusionada. Unas arrugas profundas se habían abierto paso alrededor de su boca. A Angela la invadió la sospecha.

—Soy la madre de Nathalie —dijo.

La mujer asintió.

—Lo he supuesto al ver su nombre en internet. Porque, por algún extraño motivo, su hija se marchó precipitadamente de Padua.

—¿Por qué quiere ver a mi hija?

La mujer la miró fijamente a los ojos antes de hablar.

—Preferiría decírselo a ella en persona —replicó—. Siempre que sea cierto lo que he oído.

Angela empezó a pensar de forma frenética. Desde que Mariola se había refugiado en casa de Tess, Nathalie estaba acompañada a todas horas. Antes de enviar a aquella desconocida a Villa Serena, prefería preparar a su hija para el encuentro. Porque empezaba a sospechar

quién podía ser...

—Por favor, venga conmigo, signora Sembràn —le dijo.

La desconocida se sobresaltó levemente y Angela supo de inmediato que había dado en el clavo. Aquella mujer no era otra que Monica, la esposa del profesor de Nathalie. La mujer del padre de Pietrino. Al parecer, Costanza había decidido lanzar un nuevo ataque contra ella y su hija.

15

Secretos de familia

Angela acompañó a la signora Sembràn hasta la sala de la morera y le pidió que esperara allí. Le indicó a Fania, que por suerte no estaba sumergida en la lectura, sino limpiando la cocina, que le preparara café a su invitada. Luego se enfundó su abrigo y acudió a toda prisa a Villa Serena.

—Adelante —la saludó Emilia con buen humor—. Precisamente las señoras acaban de sentarse en el salón para tomar una buena taza de té. ¿Le apetece también una?

Angela rechazó el ofrecimiento, abrió la puerta de la sala de estar y se quedó plantada en el umbral, asombrada por la imagen que tenía frente a sus ojos.

Mientras Pietrino dormía en el balancín, Nathalie y Tess estaban sentadas en el sofá flanqueando a Carmela, que entre las dos parecía tan frágil como una niña. Con las piernas que ni siquiera le llegaban al suelo y la cara delgada que a Angela ya no le recordaba a un débil pajarito, casi parecía hundida en la tapicería. Sobre el regazo tenía un álbum de fotografías abierto.

—Esa es mi madre —dijo señalando con el dedo una fotografía—. Se llamaba Carlotta. ¿A que era preciosa? —preguntó y, al levantar la mirada, reparó en la presencia de Angela—. Les estoy explicando quién soy en realidad —afirmó aparentemente más relajada que nunca.

A Angela le dio pena importunarlas, pero no tenía elección. Le pidió a su hija que bajara un momento al vestíbulo.

—¿Qué ocurre, mamá? —preguntó Nathalie desconcertada—. ¡Lo que nos contaba es realmente fascinante! ¿Sabías que Carmela es la hija ilegítima de Carlotta Serena y Livio Sartori?

—No —respondió Angela—. Más tarde le pediré que me lo

explique bien. Pero ahora tengo que ocuparme de algo más importante. ¿Podrías coger a Pietrino y venir conmigo? Te lo contaré por el camino...

—Pero ¿por qué? Y ¿adónde vamos? —quiso saber Nathalie mirando con impaciencia hacia la puerta tras la que Carmela relataba su historia.

—Escúchame bien, Nathalie —le pidió Angela a su hija—. En casa tengo a Monica Sembràn. Quiere hablar contigo.

El rostro de Nathalie perdió el color de repente.

—Oh, no... No puedo... No, no quiero hablar con ella, de ninguna manera.

—Me temo que no podrás evitarla tan fácilmente —intentó convencerla Angela—. Parece muy decidida.

—Es que no me parece buena idea, mamá.

—Creo que se conformará con que la despachemos de ese modo. Si no vienes ahora, tarde o temprano te encontrará. ¿No crees que sería mejor terminar con este asunto de una vez por todas?

—Pero ¿qué quiere de mí? —preguntó Nathalie. Parecía como si se muriera de miedo ante la posibilidad de enfrentarse a aquella mujer.

—La verdad es que no lo sé —respondió Angela—. Ya te lo dirá ella misma —añadió y, al ver que Nathalie seguía titubeando, se mostró más resoluta—. ¡Vamos! Normalmente eres más valiente.

—Ya, pero...

En ese momento llamaron a la puerta y Nathalie se estremeció. Emilia salió de la cocina para ir a ver quién era.

—¿Qué hacen ahí, en el pasillo, con el frío que hace? —preguntó al ver a Angela y a Nathalie—. Vamos, entren en el salón, que estarán más calentitas —las instó antes de abrir la puerta de la calle con el interfono—. Hoy esto parece un hormiguero. ¿Quién será ahora?

—¿Es ella? —preguntó Nathalie asomando la cabeza por encima del hombro de Emilia con actitud amedrentada.

—Por favor, deje entrar a la señora —le dijo Angela a Emilia tras reconocer de inmediato la figura envuelta en el abrigo de lana beige —. Si no le importa, hablaremos con ella en el comedor.

—Si necesitáis intimidad, id a mi habitación de la torre — intervino Tess, que se había asomado por la puerta del salón. Sus astutos ojos azules se fijaron en Angela y en Nathalie

alternativamente, y luego en la mujer que recorría el sendero de acceso con determinación.

—Es que... —empezó a decir Angela.

—No pasa nada —la interrumpió Tess con benevolencia, tras lo que le lanzó una mirada elocuente a su ama de llaves—. Emilia, ¿serías tan amable de preparar té para tres? Y sírveles también un poco de tu tarta de almendras.

—Por supuesto —gruñó Emilia—. Pero si Villa Serena se acaba convirtiendo en una estación de paso, por mí... —se quejó mientras daba media vuelta y se metía de nuevo en la cocina.

Cuando Angela se dio la vuelta, Monica Sembràn ya estaba en el umbral, escrutando a Nathalie con sus oscuros ojos.

—Dígame, *signora*, ¿por qué me ha seguido usted hasta aquí? —le preguntó. En el fondo la comprendía, pero el comportamiento de aquella mujer empezaba a parecerle excesivo—. Le he pedido que esperara...

—Discúlpeme, últimamente no me queda paciencia para nada. Todo el día me piden que espere, ¡que espere! Ya no me quedan más fuerzas para seguir esperando —se quejó Monica Sembràn con la voz quebrada por la rabia contenida y la resignación.

Nathalie ni siquiera había tenido tiempo para prepararse, para maquillarse o peinarse bien, como solía hacer siempre que tenía que enfrentarse a una situación difícil. Esa tarde vestía unos vaqueros y un jersey de algodón, y llevaba el pelo recogido en una gruesa trenza de la que se habían escapado ya unos cuantos mechones. La signora Sembràn, en cambio, iba vestida con elegancia, se había maquillado con esmero y, no obstante, Angela leyó en sus ojos la humillación de una treintañera cansada y frustrada, que todavía era más evidente ante la juvenil frescura de su rival veinteañera. «Presunta rival», se corrigió Angela a sí misma por dentro.

—Entremos —propuso—. Por favor, deje que le guarde el abrigo.

—No, yo...

—Sí, *signora* —la interrumpió Angela con determinación—. Ha venido a verme sin previo aviso y luego me ha seguido hasta aquí. Y seguramente no lo ha hecho solo para quedarse mirando a mi hija. Comportémonos como personas sensatas y hablemos. Por favor, Nathalie, ve a buscar a tu hijo.

Nathalie quiso contradecir a su madre, pero se lo pensó dos veces

y entró en el salón. Angela acompañó a la signora Sembràn hasta la escalera y juntas subieron hasta el primer piso de la torre, donde Tess tenía su habitación privada. Poco después llegó Nathalie con Pietrino en brazos y, no sin antes titubear un poco, tomó asiento ante la mesa que quedaba frente al ventanal, en el mismo lugar que solía ocupar cuando se sentaban a charlar con Tess. Las vistas que ofrecía la sala eran verdaderamente espectaculares, permitían contemplar el paisaje de colinas hacia el sur, donde en los días más claros se alcanzaba a divisar Venecia. Sin embargo, Monica Sembràn solo tenía ojos para Nathalie y su bebé.

O sea, que así eran las amantes que se buscaba su marido... Angela tuvo la sensación de poder leerle el pensamiento a Monica, puesto que se reflejaban con una claridad diáfana en su rostro.

Del fular que Nathalie llevaba frente al pecho salió un leve balbuceo. Deshizo el nudo y sacó al bebé. Ninguna de las tres dijo nada. La tensión en el ambiente era tal que Angela tuvo la impresión de que podría haber cortado el aire que las separaba con un cuchillo. Pietrino era el único que hacía ruido. En algún momento volvió la cabeza y se quedó mirando fijamente a la visitante.

De repente, como siguiendo un impulso, Nathalie le tendió el bebé a la desconocida y, tras unos instantes de titubeo, la signora Sembràn se decidió a cogerlo en brazos. Se quedó mirando al chiquillo, que a su vez observó el rostro de Monica con atención mientras braceaba sin parar y formaba burbujas de baba con la boca.

Fue como si el tiempo se hubiera detenido en la habitación de la torre. Solo se oía el leve balbuceo de Pietrino. Al parecer, en los brazos de aquella desconocida que no hacía más que mirarlo se sentía muy cómodo. Muy paulatinamente, ella fue olvidando la tensión acumulada y se relajó un poco. Al final, cuando Pietrino ya empezaba a cansarse y a gimotear, Monica por fin reaccionó y levantó la cabeza de nuevo.

—Tiene hambre —constató devolviéndole el bebé a Nathalie, que procedió a levantarse el jersey, abrirse el sujetador de lactancia y darle de mamar a su hijo—. ¿Es cierto que es hijo de mi marido?

Nathalie se llevó un sobresalto levísimo, prácticamente imperceptible. Después de aquel largo silencio, aquellas palabras tuvieron el mismo efecto que un latigazo para Angela.

—Sí —se limitó a responder Nathalie.

—Y ¿qué ha dicho él al respecto?

—No lo sabe.

Monica Sembràn se quedó mirando a Nathalie sin comprender nada.

—¿Que no se lo ha contado? —preguntó al ver que Nathalie negaba con la cabeza desvió la mirada con obstinación—. Y ¿por qué no?

—Porque... —empezó a responder Nathalie con la voz tan quebrada que tuvo que aclararse la garganta antes de continuar—. Porque así lo he decidido.

Monica Sembràn no comprendía los motivos de Nathalie, a la que seguía mirando fijamente.

—¿Ha decidido hacerse la heroína y asumir todas las responsabilidades sola? —preguntó indignada—. ¿Ni siquiera se plantea pedirle que asuma su responsabilidad? —inquirió, y las arrugas que tenía alrededor de la boca se volvieron más profundas—. ¿Es que no sabía que está casado y tiene tres hijos?

—Me dijo que vivían separados.

—¿Hace un año? —exclamó Monica Sembràn con una carcajada furiosa—. Es ridículo.

—Me mintió. Igual que le mintió a usted.

Nathalie y la esposa del que había sido su amante se midieron con miradas hostiles. Ninguna de las dos parecía dispuesta a ceder.

—No puede salirse con la suya —sentenció al fin Monica Sembràn con determinación—. No sé si está al corriente, pero le he pedido el divorcio. Nuestros hijos tienen seis, cuatro y un año y medio. Tendrá que pagar por todo lo que nos ha hecho, a ellos y a mí. Y también tendrá que responder por Pietrino. Me encargaré de ello.

—Lo que haga usted por sí misma y por sus hijos es asunto suyo —replicó Nathalie—. Pero yo no deseo lo mismo, al contrario.

—¿Por qué no? —preguntó Monica Sembràn fulminándola con la mirada—. ¿Quiere privar a su hijo del sustento que su padre le debe?

—No quiero que se entrometa en nuestra vida —le aseguró Nathalie con una mirada prácticamente suplicante—. Incluso he cambiado de especialidad para no tener que volver a verlo jamás. Quiero criar a mi hijo sola y...

—Es usted joven —la interrumpió la signora Sembràn mientras cogía ya su bolso—. Más adelante podría lamentarlo. Francesco es

como un niño grande. Si algo le gusta, se lanza de cabeza —prosiguió con amargura—. Debe aprender de una vez que esa actitud tiene consecuencias. No puede simplemente ir trayendo hijos al mundo y salirse de rositas sin más. Su actitud es loable, pero también estúpida. Tan estúpida como el hecho de haberse dejado engatusar por él.

—Creo que debería usted ocuparse de sus asuntos y dejar a mi hija en paz —intervino Angela—. Puedo comprender que esté furiosa. Pero que quiera utilizar a mi nieto como arma para su divorcio no sería justo...

—¿Justo? —exclamó Monica Sembràn. Se había levantado con el bolso pegado al cuerpo—. ¿Me puede decir qué demonios le parece justo en toda esta situación? ¿Le parece justo que usted se haya acostado con mi marido? —preguntó fulminando a Nathalie con la mirada—. ¿O que yo me haya enterado de esta situación tan humillante gracias a una dama de la alta sociedad...?

—Mi futura suegra es una mujer amargada —intervino Angela—. Siento mucho que haya...

—¿Cómo dice? ¿Que la principessa Fontarini es... su futura suegra?

—Así es —se limitó a responder Angela—. Por mucho que le pese a ella, su hijo y yo nos casaremos pronto.

Nathalie volvió la cabeza sorprendida, y Angela se dio cuenta en ese mismo instante de que, a causa de la muerte de Lorenzo, ni siquiera se le había pasado por la cabeza la posibilidad de contarle lo que Vittorio y ella habían decidido en Nochevieja.

—Pues a mí no me parece amargada en absoluto —comentó la signora Sembràn en un tono mordaz, y Angela lamentó al instante no haber medido más sus palabras. Sin embargo, también se dio cuenta de que en el fondo le daba absolutamente igual. No tenía ningún problema con que Costanza Fontarini supiera lo que pensaba de ella.

—Bueno, en cualquier caso Costanza Fontarini no tiene nada que ver con todo esto —enfatizó para dejar atrás el tema—. Ni con su matrimonio, ni con mi hija, ni con la paternidad del bebé.

—Pero es algo que a mí sí que me importa, y mucho —insistió Monica Sembràn—, y no comprendo por qué motivo debería tener la más mínima consideración con usted. ¿Acaso la ha tenido usted conmigo y con mi familia? —le espetó a Nathalie lanzándole una última mirada de odio y evitando en la medida de lo posible mirar a

Pietrino—. Tiene que saber que no es usted la única —añadió con desprecio—. Es tan solo un episodio más entre una larga retahíla de humillaciones. Y ya no tengo nada más que decirle.

Salió de la habitación de la torre y Angela, que la siguió a toda prisa, la vio bajar la escalera haciendo resonar los tacones y con el abrigo colgado del brazo en dirección a la salida.

—Puaj —exclamó volviéndose hacia su hija, que seguía sentada en la silla con Pietrino pegado al pecho. Parecía como si alguien hubiera intentado golpearla, porque estaba inclinada sobre su hijo como si sintiera la necesidad de protegerlo.

—Se lo contará —repuso con un gemido.

—Sí, sin duda.

Angela se acercó a una de las ventanas laterales y, entre las copas peladas de las moreras, llegó a divisar cómo Monica Sembràn se alejaba a toda prisa.

—Aunque tampoco será peor que lo que está pasando su esposa, ¿no crees? —le preguntó a su hija mirándola con aire reflexivo. Nathalie no respondió nada. Ni siquiera levantó la cabeza, parecía como si quisiera fusionarse con su hijo—. ¿Necesitas algo? ¿Le digo a Emilia que suba? —preguntó, pero Nathalie negó con la cabeza.

—Solo querría estar sola un rato, mamá —le dijo en voz baja.

—Por supuesto —replicó Angela haciendo de tripas corazón al ver lo angustiada que estaba su hija. Tan solo esperaba que todo aquel asunto terminara bien de algún modo.

Cuando entró de nuevo en el salón, Carmela seguía sentada en el gran sofá con el álbum de fotografías sobre el regazo. No paraba de mover los pies con entusiasmo.

—Siéntese con nosotras —le dijo a Angela con magnanimidad golpeando con la palma izquierda el sitio libre que tenía a su lado—. Me gustaría explicárselo con todo detalle. Mire. Esa es mi madre.

Angela titubeó unos instantes. ¿No debería volver al trabajo? Sin embargo, decidió tomar asiento en el sofá y de inmediato quedó fascinada por el retrato que Carmela le mostraba. Era el rostro en blanco y negro de una joven que miraba directamente a la cámara con una sonrisa en los labios. Tenía la boca en forma de corazón y unos ojos muy expresivos y con unas pestañas larguísimas. Sobre el pelo

cuidadosamente recogido llevaba un sombrerito plano con velo de tul, y tenía la barbilla redondeada apoyada de un modo coqueto sobre una mano.

—Carlotta Serena, mi *mamma* —repitió Carmela con alegría—. Creció en esta misma casa, yo todavía era muy pequeña cuando la perdieron. Solo me ha quedado un único recuerdo: allí arriba, donde ahora hay las palmeras, antes había una terraza —comentó señalando hacia el jardín de invierno. Desde la reforma que se había encargado de dirigir, Angela sabía que el invernadero había sido erigido durante la década de los cincuenta—. Allí es donde jugaba... Pero, bueno, poco después mi abuelo tuvo que vender la villa y marcharse con los otros partisanos a las montañas. Mi madre me contaba a menudo lo mal que lo pasó después de perderlo todo.

—¿Por qué tuvo que vender la villa? —preguntó Angela observando el rostro de suaves rasgos de Carlotta Serena y buscando algún parecido con Carmela o Maddalena.

—Primero, porque su mejor amigo nos dejó en la estacada —explicó Carmela ajustándose las gafas y retrocediendo unas cuantas páginas en el álbum, hasta prácticamente el principio—. Su mejor amigo era Lelio Sartori. Este. En esta fotografía aparecen los dos —relató sosteniendo el álbum de manera que Angela pudiera distinguir mejor la imagen, en la que aparecían dos hombres de unos treinta y tantos, vestidos con ropa de caza y sosteniendo cada uno una escopeta de perdigones sobre el hombro, sonriendo satisfechos mientras mostraban las perdices que acababan de cazar—. Carlo Serena, mi *nonno*, tenía un criadero de gusanos de seda, mientras que su amigo Lelio Sartori se encargaba de procesar los hilos de seda resultantes en su tejeduría —explicó, tras lo que siguió pasando hojas hasta que Angela reconoció al abuelo de Carmela, Carlo, en otra imagen en la que aparecía frente a un automóvil, con el pelo más ralo y más canas en el bigote—. Aquí está, mi *nonno*. No regresó jamás de las montañas. Aunque eso fue después de la disputa...

—¿Qué disputa?

Carmela soltó un profundo suspiro.

—En realidad, la culpable de todo fui yo. Si mi *mamma* no se hubiera quedado embarazada de mí, quién sabe si podrían haberse arreglado las cosas.

—Tonterías, Carmela —intervino Tess en tono afable—. No tienes

que pensar de ese modo. ¿Qué ocurrió, al fin y al cabo?

—Mi *mamma* y Livio Sartori, el hijo mayor de Lelio, estaban prometidos. Las dos familias estaban conformes con la relación, no podría haber sido mejor, puesto que los padres eran amigos y socios. Sin embargo, en el último momento Livio dejó a mi madre. Y resultó que ella ya estaba embarazada —explicó Carmela, dejándose caer sobre el respaldo del sofá con un profundo suspiro—. ¡Menudo canalla! De manera que él se acabó casando con una tonta de Venecia que siempre se consideró mejor que las demás. Se rumoreaba que lo hizo solo porque la dote era mucho mayor. Cuando ha habido dinero de por medio, los Sartori siempre han tendido a olvidar la decencia, y así lo hizo también al padre de Livio, el viejo Lelio, que debería haberle pegado un buen tirón de orejas a su hijo y decirle: «Has dejado embarazada a la chica, pues ahora tienes que casarte con ella». Ese fue el motivo por el que mi *nonno* y Sartori se enemistaron para siempre.

Nostálgica, Carmela acarició con las yemas de los dedos la fotografía de Carlo Serena, su abuelo materno.

—Lela era la hermana menor de Livio, bastantes años más pequeña, de hecho —prosiguió la anciana—. Debía de tener once años más que yo. A ver... —dijo hojeando el álbum hasta que encontró una fotografía que mostraba a los niños vestidos con trajes de marinero y vestidos de volantes—, esta de aquí es Lela —afirmó Carmela hundiendo prácticamente el dedo en la vieja instantánea.

En la imagen había tres chiquillos: una niña pequeña y delgada de unos cinco años, con un vestido de seda blanca espléndido que casi la cubría por completo; una chica de unos doce o trece años de mirada descarada, con vestido de volantes y trenzas rubias, y finalmente un joven de más o menos la misma edad, con los ojos brillantes y vestido de marinero.

—La del centro es Lela. La de este lado es Carlotta, mi madre, y en el otro está Livio, el canalla que más tarde la dejaría embarazada...

—Eso significa que Lela Sartori en realidad era...

—*La mia zia* —graznó Carmela asintiendo—. Mi tía. En efecto. Solo que Livio no me reconoció jamás como hija suya. Fue eso lo que se llevó a mi *mamma* a la tumba tan pronto. —Carmela se ajustó las gruesas gafas de montura oscura y miró a Angela con aquellos ojos grandes y magnificados todavía más por las lentes de aumento—.

Como puede imaginar, ¡fue todo un escándalo, en esa época! El asunto incluso llegó a los tribunales. Y va ese *farabutto* y dice delante de todo el mundo que no podía estar seguro de ser el único que..., bueno, ya sabe.

»Allí terminó la vida social de mi *mamma*. Daba igual que todos conocieran la verdad, todos los dedos apuntaron hacia ella como la culpable. La madre de Lidia se ensañó especialmente, la muy bruja. Y Lela también se aseguró de recordármelo. No desaprovechaba ni una sola oportunidad de dejarme claro que yo no tenía ningún derecho en su familia. Era una mujer muy dura —aseguró Carmela mirando de un lado a otro con inquietud—. No obstante, tanta fortuna acumulada tampoco le sirvió para ser feliz.

»Los dos hermanos murieron. Livio, luchando contra los partisanos. Y Lodovico enfermó gravemente después de pasar mucho tiempo trabajando con el *omaccio grande*. Y en lo que respecta al amor, Lela tampoco tuvo suerte. Mira que casarse con ese *donnaiolo* de Lorenzo Rivalecca, un donjuán diez años más joven que jamás se interesó mucho por ella. Ella llevaba años enamorada de él —explicó Carmela riendo—. Todos se burlaban de Lela a sus espaldas. Algunos incluso llegaron a afirmar que Rivalecca le había entregado su corazón a una jornalera extranjera que vino un verano para la cosecha, y que se pasó la vida esperando a que regresara. Pero o bien no eran más que rumores, o aquella extranjera no quiso saber nada más de él. Aunque jamás terminé de creerme esa historia, Lorenzo no era ni mucho menos un tipo tan romántico.

»Bueno, y luego, unos años más tarde, Lorenzo y Lela anunciaron de repente que se casaban. Entonces fui a verla y le dije: "*Zia*, tenemos que hablar. Y sobre la herencia, además". Mi *mamma* ya había fallecido a esas alturas, y yo, puesto que no había aprendido gran cosa más, trabajaba de tejedora de la Villa de la Seda desde que fui capaz de llegar con los pies a los pedales, pero siempre mordiéndome la lengua. Y ¿qué cree que me dijo Lela cuando reclamé mi parte de la herencia? —preguntó mirando a Angela como si realmente esperara una respuesta que terminó ofreciendo ella misma—: *Vaffanculo*. Vete al diablo, me dijo.

Agotada, Carmela se quedó callada. El relato le había robado las fuerzas. Tess le sirvió un poco más de té y le tendió la taza.

—Beba —le dijo—. Debe de tener la garganta completamente

seca.

Obediente, Carmela aceptó la taza y se la llevó a los labios con las manos temblorosas. Tras un par de sorbos, volvió a dejarla sobre el platillo.

—Quiero que lo sepa, *tedesca* —prosiguió a pesar del cansancio —. Porque esta vez no pienso ceder y quedarme callada como he hecho siempre. Rivalecca también me rechazó tras la muerte de Lela. Todos los viejos del lugar saben que soy la hija de Livio Sartori. Aunque de todos modos... tampoco puedo demostrarlo.

El álbum resbaló desde su regazo y, antes de que Angela pudiera atraparlo, cayó al suelo. Ella y Tess intercambiaron una mirada cuando se agacharon para recogerlo. Varias de las fotografías antiguas se habían desprendido de las páginas a las que llevaban años pegadas. El magnífico retrato de Carlotta Serena se deslizó por el suelo de piedra y quedó a unos metros de ellas, en dirección al despacho. Angela se puso en pie y recogió todas las instantáneas que se habían desprendido. Menuda historia. Una verdadera tragedia.

Y entonces comprendió cuál era la verdadera magnitud de todo lo que acababa de oír. Básicamente, tanto Carmela como Maddalena tenían cierto derecho sobre la Villa de la Seda. Aparte de Guglielmo, eran las únicas descendientes de la dinastía de tejedores Sartori.

—Entonces ¿qué clase de parentesco la une con Guglielmo? —quiso saber Angela.

—Es el sobrino de Lodovico, el otro hermano de Lela. Lodo era un buen tejedor, aprendí mucho de él. Pero luego cayó víctima de la maldición del *omaccio* —explicó Carmela, tras lo que alzó la mirada y vio en el rostro de Angela una mezcla de asombro y estremecimiento —. ¿Se da cuenta de que fue usted quien deshizo el hechizo que pesaba sobre ese telar?

Angela forzó una sonrisa. Acababa de recibir demasiada información de golpe y tardaría un poco en digerirla.

—No creo en maldiciones —replicó con suavidad.

Sin embargo, la anciana negó con la cabeza mirándola fijamente a los ojos.

—*Chissà*, signora Angela. Pero tampoco esté tan segura de eso —respondió Carmela inclinándose hacia ella—. Ayer por la noche le lancé una maldición a Guglielmo. Y ¿qué ha ocurrido? —preguntó con una sonrisa pícara—. Que esta misma mañana las autoridades han

precintado el *palazzo* —afirmó mirando con aire triunfal a Tess y a Angela, que apenas pudo reprimir la sonrisa—. O sea, que ahora ya sabe con quién se las tiene.

Carmela luchó para levantarse del cómodo sofá y se aferró a sus bastones.

—¿Me ayudará a conseguir la parte de la herencia que me corresponde?

—No sé cómo podría ayudarla Angela en ese sentido —intervino Tess.

—Seguro que encontrará la manera —sostuvo Carmela con confianza—. Esta mujer no solo ha librado al *omaccio* de la maldición, sino que también consiguió amansar al monstruo de Rivalecca. Seguro que se le ocurre algo —afirmó—. ¡Cuento con usted, *tedesca*!

16

Decisiones

Angela tuvo un sueño inquietante la noche siguiente. La signora Sembràn le hacía reproches a la pobre Carlotta fulminándola con la mirada, y Lela Sartori, como una niña ataviada con un vestido blanco enorme, molestaba a Carmela con una muleta. De repente aparecía Lidia tecleando en la caja del supermercado con sus afilados dedos y le decía que tenían que ajustar cuentas.

Lidia. Angela había estado a punto de olvidar que se la había encontrado, con todo lo que había ocurrido entretanto. Se lo había recordado el comentario que el día anterior le había hecho Carmela sobre su madre. Mientras se tomaba el café de pie frente al mostrador de la cocina y se comía unos brioches que habían sobrado del día anterior, decidió que lo compartiría con sus empleados, aun sabiendo lo delicado que seguía siendo el asunto.

A pesar de todo, pasó la mañana ocupada en su despacho. Donatella la llamó por teléfono para contarle personalmente el enorme éxito que había tenido entre sus amigas y conocidas el vestido que le había confeccionado, además de pasarle una larga lista de interesadas para que se pusiera en contacto con ellas. Si solo un tercio de aquellas mujeres terminaban haciéndole un encargo, Romina y Mariola tendrían trabajo hasta el verano. Una vez más, le vino a la cabeza Lidia. Sus tejidos serían ideales para confeccionarlos.

Tras la pausa del mediodía, mientras tomaban el café juntos bajo la morera, acompañó a los empleados a la tejeduría y les contó que había visto a Lidia y dónde. Todos se quedaron sin habla, hasta que Nola, al cabo de un rato, fue la primera en reaccionar ante esa sorprendente novedad.

—¿Y está segura de que era ella? —preguntó con escepticismo.

—Sí, totalmente segura.

Angela se fijó en todos los rostros, uno tras otro, e intentó adivinar hasta que punto transmitían rechazo.

—¿Quién es Lidia? —preguntó Nicola.

—Una traidora —gruñó Stefano.

—La que se marchó con Ranelli —le explicó Nola.

—Pero... si ahora trabaja en un supermercado es que ya no trabaja para Ranelli, ¿no? —preguntó Maddalena aparentemente alarmada.

—Pues supongo que no —respondió Angela.

—Seguro que la echaron —supuso Orsolina como si se alegrara de ello—. Probablemente se cansaron de aguantarla.

—Con lo bien que se le da tejer... —reflexionó Maddalena en voz alta.

—Solo podemos hacer suposiciones sobre lo que sucedió —aclaró Angela—. Sin embargo, lo que me estoy planteando es... —empezó a decir, aunque titubeó un poco antes de decidirse a compartir con sus empleados lo que se le pasaba por la cabeza—. ¿Deberíamos intentar recuperarla? Me gustaría saber qué opináis.

Todos se la quedaron mirando como si acabara de decir algo escandaloso. El rostro de Maddalena, no obstante, se iluminó de repente.

—Sí, a mí me gustaría —confesó—. Ya sé —se apresuró a añadir al ver que los demás se volvían hacia ella indignados— que no siempre era simpática con nosotros. Pero de algún modo la echo de menos. Aunque tampoco sabría decir por qué, la verdad.

—¡Bueno, pues yo creo que no! —objetó Stefano—. Era una pesada, estaba constantemente de mal humor. Y si surgía algún motivo de alegría, ella siempre tenía que encontrar alguna pega.

—¡Tampoco exageres! —exclamó Anna apartándose un mechón de pelo rubio y recogiéndoselo tras la oreja—. Está claro que no era una persona de trato fácil, pero tampoco era tan mala...

—Gracias a ella, Ranelli nos birló el telar de Vidor, cuando en realidad nos lo había prometido a nosotros. Y no se contentó con eso, además reveló información confidencial. ¿Tengo razón o no, Fioretta? —preguntó Stefano mirando con actitud interrogante a la ayudante de Angela.

—Sí, es cierto —admitió Fioretta mirando de reojo con aire avergonzado a su *padrona*. Y es que Angela había decidido no revelar

esa circunstancia a su personal para no desanimarlos innecesariamente.

—Si eso es cierto —intervino Nicola—, ¿por qué tendríamos que querer recuperar a alguien así?

Quedaba claro que el napolitano tenía reservas contra cualquiera que se hubiera marchado a trabajar con Ranelli. Al fin y al cabo sus primos habían hecho lo mismo y él había encajado muy mal que lo hubieran dejado en la estacada.

—Tú no puedes intervenir en la decisión —lo interrumpió Anna —. Después de todo, no conoces a Lidia de nada.

Era evidente que Anna estaba enfadada con su colega, y Angela no tuvo que romperse la cabeza precisamente para saber por qué. Nicola, en cambio, todavía parecía ajeno a los quebraderos de cabeza que les estaba provocando a ella y a Fioretta. Asombrado, abrió los ojos como platos y arqueó las cejas en una expresión interrogante.

—¿Quieres que vuelva? —preguntó Stefano, que como siempre se mantuvo fiel a su colega.

—Bueno —intervino Nola—, comprendo que la signora Angela se lo esté planteando. Porque las telas que tejía Lidia podrían sernos muy útiles, *vero?*

Angela asintió.

—Cierto —respondió—. Pero no daré ningún paso en ese sentido si uno solo de vosotros se opone a ello.

Se hizo el silencio mientras reflexionaban. En la ventana zumbaba una mosca intentando escapar del cristal.

—A pesar de todo, me da pena —admitió Anna rompiendo el silencio—. Imagináosla trabajando en la caja de un supermercado...

—Se lo ha ganado a pulso —repuso Stefano, que parecía realmente irreconciliable.

—Pero Stefano —objetó su esposa—, a menudo hablas de la suerte que tuviste de que la signora Angela te ofreciera una segunda oportunidad y...

—¿Acaso tuve yo la culpa de sufrir aquel accidente? —la interrumpió él indignado.

—Claro que no.

—Tampoco tenemos que decidirlo hoy mismo —aclaró Angela—. Solo os pido que lo penséis bien. Dentro de un par de días podemos volver a hablar sobre el tema. *Va bene?*

Stefano cruzó los brazos frente al pecho con obstinación, como si no estuviera dispuesto a volver a sopesar la posibilidad. Sin embargo, los demás murmuraron palabras de aprobación y luego retomaron el trabajo.

—*Signora*, tiene que ayudarme.

Angela suspiró y levantó la cabeza para atender la enésima interrupción. Tenía que terminar cuanto antes los balances del año con Fioretta, pero Fania se había plantado en su despacho sin aliento y con el rostro completamente colorado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Angela intentando no sonar airada.

—El signor Gonzino dice que puedo empezar el periodo de prácticas con él siempre que usted se muestre de acuerdo —explicó Fania avergonzada. Su mirada se desvió hacia los papeles que había sobre el escritorio—. Dice que no quiere privarla de mí. ¿No podría...? Quiero decir... Es que ya veo que está muy ocupada, pero...

—Sí, lo estoy —respondió Angela—. ¿Qué necesita?

—¿Le importaría venir conmigo?

Angela se frotó los ojos con las manos. ¿Es que no la dejarían terminar jamás? Primero Carmela le había pedido que la apoyara. Luego la signora Sembràn se había plantado frente a su puerta. Y eso por no hablar de la disputa con Guglielmo Sartori y del hecho de que alguien se dedicara a romperle el cristal de una ventana repetidamente. Quizá debería haberle hecho caso a Emilia y tendría que haberse limitado a mandar a Fania de vuelta a casa. De todos modos, se obligó a calmarse y esbozó una sonrisa. No, eso no sería justo. Al fin y al cabo, el futuro de aquella chica le parecía un asunto realmente importante.

—Mañana por la mañana iremos juntas a ver a Gonzino, a primera hora —le prometió—. A las nueve en punto, cuando abra la librería. *Va bene?*

Fania titubeó. Era evidente que habría preferido resolver el tema cuanto antes. Sin embargo, no se atrevió a contradecirla.

—Y ahora déjanos continuar trabajando. ¿Has limpiado ya el baño? ¿No? Pues ya va siendo hora de que lo hagas.

Apenas se hubieron sumergido de nuevo en la contabilidad, alguien llamó a la puerta de nuevo con timidez.

—*Che diamine!* —exclamó Fioretta, que tenía los nervios de punta desde que Nicola se había mudado a casa de Edda.

—*Avanti* —gritó Angela disgustada.

La puerta se abrió sin demasiada decisión y, para su gran asombro, fue Matilde quien asomó la cabeza.

—¿Es mejor que vuelva más tarde? —preguntó con timidez.

—Pase, por favor, Matilde —dijo Angela sorprendida mientras consultaba la hora en el reloj. Eran poco más de las cuatro—. Fioretta, creo que ya es suficiente por hoy. Terminaremos mañana, cuando haya vuelto con Fania de hablar con Gonzino. Lo mejor será que cerremos el despacho y lo subamos todo a casa. Allí no nos molestará nadie.

Mientras Fioretta recogía los documentos a regañadientes, Angela saludó a la que había sido el ama de llaves de su padre con cordialidad y le ofreció una silla.

—¿Cómo le va?

Matilde esperó hasta que Fioretta se hubo despedido y luego abrió la bolsa de la compra que llevaba en la mano para sacar dos marcos de plata que contenían sendas fotografías. Conmovida, Angela reconoció las imágenes de inmediato: era la fotografía en la que aparecía su madre junto a Lorenzo hacía aproximadamente cuarenta y ocho años. Una sensación de calor repentino le recorrió todas las extremidades. ¿Cómo sabía Matilde...?

—El signor Rivalecca me pidió que se las diera —explicó el ama de llaves—. «Si alguna vez me ocurre algo, dele esta fotografía a la *tedesca*. Ella ya sabe por qué. Y esta de aquí, también», me dijo. —Matilde señaló la segunda imagen—. Es de su hija con el pequeño. El signor Rivalecca siempre se ponía de muy buen humor cuando iban a visitarlo. Se lo aseguro, lo que consiguió usted fue un verdadero milagro. Yo ya llevaba mucho tiempo sirviéndole, pero jamás lo había visto tan feliz como cuando usted pasaba por casa. Y antes de que todo caiga en manos del signor Sartori, he pensado que... —comentó Matilde señalando las fotografías con un suspiro.

—Gracias —le dijo Angela—. Es muy amable por su parte —añadió notando cómo las lágrimas amenazaban con brotar de nuevo de sus ojos—. ¿Qué hará a partir de ahora, Matilde?

Angela era consciente de que el ama de llaves se había quedado sin trabajo tras la muerte de Lorenzo. ¿Qué edad debía de tener

Matilde? ¿Cincuenta recién cumplidos, tal vez?

—No lo sé —respondió el ama de llaves abatida—. El signor Rivalecca había mencionado en alguna ocasión que me tendría en cuenta en el testamento, me decía que no me preocupara por eso. Pero la verdad es que ahora mismo algo angustiada sí que estoy —explicó con un suspiro—. ¿A qué puede dedicarse una mujer de mi edad?

De repente, a Angela se le ocurrió una idea genial.

—Podría trabajar para mí —propuso.

Matilde se la quedó mirando asombrada.

—Pero yo no sé tejer, *signora*...

—No, me refiero a que sea mi ama de llaves.

—Pero... ¿no tiene usted ya a alguien? He oído que contrató a una chica muy joven.

—A Fania le gustaría dedicarse a otra cosa —replicó Angela con vaguedad—. Precisamente estoy intentando conseguirle un puesto de aprendiza. De verdad, estaría muy contenta si usted pudiera...

—Oh, eso sería maravilloso —la interrumpió Matilde claramente aliviada—. Si lo desea, puedo empezar mañana mismo. ¿Qué tiene en mente? Si quiere, puedo ocuparme del edificio entero, también de los talleres. Comparado con el Palazzo Duse tampoco será tanto trabajo.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para Lorenzo?

—Casi veinte años —respondió Matilde con melancolía—. Y para que lo sepa usted: sé cocinar muchas más cosas, aparte de *minestrone* —aseguró con una sonrisa apocada, aunque al ver que Angela estallaba en una carcajada estridente, ella también se rio con alegría.

—Eso sí que es una buena noticia —replicó Angela—. Aunque siempre me ha gustado su *minestrone* —afirmó con una sonrisa antes de ponerse seria de nuevo—. Lo echo mucho de menos.

—Yo también, *signora* —convino Matilde con los ojos húmedos de repente—. Yo también lo echo de menos.

A la mañana siguiente, a las nueve en punto, Fania apareció vestida con su mejor blusa y unos vaqueros que se había comprado con su primer sueldo. Llevaba el pelo recogido con desenfado, como solía hacer Nathalie algunas veces. A Angela le pareció conmovedor la manera como la joven intentaba encontrar un estilo propio. Incluso se había pintado los labios de un rosa pálido, prácticamente

imperceptible.

—*Zia* Emilia quería saber por qué me he arreglado tanto para ir a trabajar hoy —reconoció nerviosa cuando Angela elogió su aspecto.

—Y ¿qué le has respondido?

—Nada —repuso Fania con obstinación—. En general es mejor no discutir con ella.

Angela tuvo que reprimir una sonrisa.

Edda estaba abriendo la peluquería justo cuando pasaban por delante de su puerta. Las saludó y se las quedó mirando con curiosidad. En la Piazza della Libertà se encontraron con Dina, que mientras caminaba apresuradamente hacia el hotel Duse también les dedicó una mirada fisgona.

—¡Oh, no! —gimió Fania—. Pronto lo sabrá todo el mundo.

Tomaron la calle que llevaba hasta la puerta sur de la ciudad y doblaron la esquina para llegar hasta la librería. Cuando Angela abrió la puerta del establecimiento, una alegre campanilla anunció su presencia.

—*Buongiorno*, signora Steeger —la saludó la anciana con la que había charlado pocos días antes en la peluquería de Edda, y Angela respondió al saludo con alivio—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Dicen que tiene una vacante para una aprendiza —constató Angela observando la acogedora librería. De vez en cuando entraba para comprar algún libro o alguna revista y siempre la habían atendido con mucha cordialidad—. La signorina Fania desea trabajar como librera, por lo que le gustaría postularse. Por mi parte, estoy convencida de que es una persona más que apta para el puesto.

—Pero ¿no se ocupa de las tareas de su hogar? —preguntó la signora Gonzino observando a Fania con escepticismo—. Ya le he dicho a mi hijo que no quiero de ninguna manera que la deje sin empleada.

—Tiene libertad absoluta para cambiar de empleo —se apresuró a aclarar Angela—. Es muy importante que las mujeres tengamos una buena formación. ¿No le parece a usted, signora Gonzino? —Su interlocutora asintió y una leve sonrisa apareció en el rostro avispado de la anciana—. No quiero ser un impedimento para Fania si puede optar a esta oportunidad —prosiguió Angela—. Además, ya tengo a un ama de llaves nueva —aseguró, tras lo que captó la mirada sorprendida de Fania.

—¿Ha traído sus calificaciones escolares?

Fania se mordió el labio inferior y negó con la cabeza.

—Las tengo en casa, en Sicilia —reconoció—. Pero puedo pedir que me las manden.

La signora Gonzino se la quedó mirando con severidad.

—Que yo sepa, hay al menos otra persona interesada en el puesto —aclaró.

—Bueno, sin conocer a las demás aspirantes, le puedo asegurar que no conozco a nadie que ame tanto los libros como Fania —comentó Angela con pleno convencimiento—. Aparte de ocuparse de las tareas de mi hogar, se dedicó a clasificar todos mis libros por autores y es una lectora apasionada. Estoy segura de que su destino es convertirse en librera.

La signora Gonzino sonrió, aparentemente complacida por el afán que Angela puso en alabar a Fania.

—Bueno, pues de momento quédate —le propuso la anciana a Fania—. Dentro de una hora llegará mi hijo, que es quien debe tomar la decisión. Entretanto, puedes ayudarme a clasificar los últimos envíos.

Fania sonrió con las mejillas sonrojadas por la alegría. Enseguida se quitó el chaquetón y la signora Gonzino le explicó dónde podía colgarlo en la trastienda de la librería.

—Con el corazón en la mano, *signora* —le dijo la anciana a Angela en voz baja—, no me está recomendando a la chica con tanto énfasis porque quiere librarse de ella, ¿verdad?

Angela se quedó un instante sin aire.

—No —respondió sorprendida—. A Fania no hay nada que le interese tanto como los libros. Obligarla a seguir trabajando como ama de llaves significaría guiarla por un camino equivocado, y eso no me lo perdonaría jamás. Por favor, interceda por la chica, ¿de acuerdo?

La sonrisa de la anciana se volvió más amplia.

—Quiero ver cómo se desenvuelve. ¿Sabe? Hasta hoy no nos conocíamos personalmente —añadió—, pero desde hace tiempo quería decirle que admiro la manera como ha reanimado la Villa de la Seda. Y si me permite que le dé un consejo: no haga caso de las habladurías de la gente.

Angela se quedó demasiado desconcertada para preguntarle qué

había querido decir exactamente. Le dio las gracias, le deseó mucha suerte a Fania, que regresó a la tienda nerviosa y alisándose la blusa, y luego se despidió.

Mientras cruzaba de nuevo la Piazza della Libertà para regresar a la Villa de la Seda, se topó con Davide Bramante, el tesorero municipal, que estaba charlando con Fausto en la barra del hotel Duse. Al verla, Davide la saludó y le hizo señas para que se acercara.

—Buenos días, Angela, me alegro de verte. Tómate un café conmigo.

Angela aceptó con gusto, y, mientras Fausto se disponía a prepararle un *cappuccino* con mucha espuma de leche, tal como a ella le gustaba, Davide cogió su taza y se la llevó a una de las mesas exteriores, sobre la que ya caían los primeros rayos del sol de la mañana. Angela lo comprendió enseguida. Tal vez el tesorero tenía novedades para ella que prefería contarle sin que nadie pudiera oírlo.

—Hice la consulta que tenía pendiente —le dijo en voz baja después de que Fausto le hubiera servido a Angela el *cappuccino* y hubiera regresado a la barra para atender a otro cliente—, y por desgracia no constas como propietaria de ninguna casita en la Via del Monte Grappa —le explicó. Angela asintió intentando ocultar su desilusión, a pesar de que en el fondo ya se lo esperaba. Seguramente su padre había hecho el comentario de que le regalaría la casita y al cabo de un momento se había olvidado de ello—. Sin embargo, tengo otras novedades para ti —prosiguió Davide Bramante—. Ya sabes que conozco bien a nuestro notario —constató, ante lo que Angela asintió, consciente de que eran buenos amigos porque Dario Monti se lo había comentado en alguna ocasión—. Me ha dicho que dentro de poco tendrá lugar la lectura del testamento.

—Ajá —murmuró ella. Entonces se dio cuenta de lo pendiente que estaba Davide de su reacción ante la noticia—. Y ¿en qué me afecta a mí eso?

—Pues que tú también estás convocada.

Angela fue más que consciente de la curiosidad con la que él la miró, por lo que se obligó a fingir una reacción de sorpresa.

—¿Yo? Pero ¿por qué?

Davide se encogió de hombros sin parar de escudriñarla.

—Esperaba que pudieras decírmelo tú.

Angela negó con la cabeza mientras una sensación de calor

repentino se apoderaba de todo su cuerpo. ¿Quién estaba al corriente del secreto? Nadie. Lorenzo se lo había llevado a la tumba. Y Tess, Nathalie y ella lo habían guardado con el máximo celo.

—No tengo ni idea —respondió ella—. Debe de tratarse de un error.

—No lo creo —la contradijo Davide—. Aparte de ti, también están convocadas tu hija y el ama de llaves de Lorenzo. En el caso de Matilde es más comprensible, ¿no te parece? Probablemente el viejo quiso mostrarse agradecido con la persona que le había servido fielmente durante tantos años.

Angela subió los hombros y los dejó caer de nuevo de golpe.

—Sí, es probable —repuso.

De repente tuvo la sensación de que sería mejor andarse con ojo. Por supuesto que circularían habladurías, si tanto ella como Nathalie estaban convocadas a la lectura del testamento.

—Dicen que lo visitabas con regularidad —prosiguió Davide, y poco a poco Angela empezó a pensar que el tesorero en realidad estaba intentando indagar más cosas sobre el asunto.

—Cierto. Una vez al mes subía a cenar con él. Si el notario está bien informado, probablemente recordará esa extraña cláusula que Rivalecca insistió en añadir al contrato de compraventa. Todos sabemos lo peculiar que era ese hombre.

Davide asintió sin dejar de mirarla a los ojos en ningún momento.

—Sí, realmente lo era. Incluso hay quien ha dudado de que estuviera en sus cabales.

—Oh, te aseguro que la cabeza le funcionaba a la perfección —respondió Angela con más vehemencia de la que se había propuesto expresar. Empezaba a sentirse molesta por tantas preguntas—. Simplemente tenía su propia manera de tomarse la vida.

El tesorero asintió de nuevo y se la quedó mirando como si estuviera valorando la posibilidad de preguntar algo más, aunque al final decidió dejarlo ahí.

—Tengo que marcharme —anunció mientras dejaba unas monedas sobre la mesa.

Se despidió de un modo que a Angela le pareció ligeramente precipitado. Mientras él caminaba hacia el ayuntamiento, Angela lo siguió con la mirada negando con la cabeza. La signora Gonzino la había advertido sobre las habladurías de la gente. No era necesario

tener mucha imaginación para atar cabos entre ese consejo y el extraño comportamiento que había exhibido el tesorero. Era el trato afectuoso que le había dedicado a Lorenzo Rivalecca lo que motivaba todos aquellos chismorreos.

Apenas hubo terminado de repasar el balance anual con Fioretta, sonó el timbre y le entregaron la primera de las máquinas especiales que había encargado. Eso le recordó a Angela que había dejado a medias la renovación del *atelier* de costura, y que tenía que ponerse manos a la obra para que Romina pudiera empezar cuanto antes. Sin embargo, antes de que pudiera siquiera reaccionar, oyó unos gritos desagradables en la tienda. Era una voz de hombre que no tardó en reconocer.

—Déjeme entrar. Al fin y al cabo todo esto me pertenece.

Era Guglielmo Sartori. Cuando Angela salió al patio, se lo encontró plantado bajo la morera, mirando a su alrededor con los puños apoyados en las caderas y un viejo sombrero de fieltro echado hacia atrás.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —preguntó Angela. Aquel individuo despertaba en ella sensaciones a las que no estaba nada acostumbrada: asco y rechazo.

—He venido a echar un vistazo —dijo mirándola con unos ojos pequeños llenos de codicia.

—Esto es una propiedad privada —objetó Angela—. Por favor, márchese.

Una sonrisa apareció en el rostro poco agraciado de Guglielmo Sartori. Angela sintió verdadera repugnancia ante la mueca sarcástica que esbozaban sus labios carnosos y que deformaba aquellos rasgos pastosos y las bolsas que rodeaban los ojos del tipo. Durante unos instantes, Guglielmo se limitó a mirar fijamente a Angela, hasta que se decidió a entrar en la tintorería. Fioretta hizo ademán de seguirlo, pero Angela la retuvo considerando que no tenía por qué ensuciarse las manos con ese hombre.

—Ve a buscar a Stefano —le pidió a Fioretta, y esta salió corriendo para obedecer a la orden de inmediato.

Fue Angela quien siguió a Sartori, que ya se había adentrado en el reino de Orsolina. La tintorera estaba ocupada removiendo una

decocción de rubia roja, aunque para cualquier persona no familiarizada con su profesión más bien parecía una bruja preparando una pócima. No obstante, antes de que Guglielmo Sartori pudiera decir nada, Stefano y Nicola se le echaron encima sin miramientos, lo agarraron uno por cada brazo y se lo llevaron por el patio hasta el portal que Fioretta se encargó de abrir enseguida para que pudieran echarlo a la calle.

—Para entrar aquí hay que pedir permiso —le advirtió Stefano—. Y es la *padrona* quien decide si es bienvenido. *Arrivederci, signore*.

—Esa *padrona* tan fina que tienes pronto tendrá que hacer las maletas —gritó Guglielmo absolutamente furioso antes de intentar entrar en el patio de nuevo pasando junto a Nicola—. La Villa de la Seda no le pertenece. Mis abogados demostrarán que...

—Vete a casa —lo interrumpió Nicola, tras lo que le dio un empujón que lo lanzó de nuevo a la calle—. Y si quieres un consejo, *amico*: ¡que no te vuelva a ver por aquí!

17

Piedras voladoras

A Angela le costó volver a la rutina. Aunque las amenazas de Sartori parecían verdaderos disparates, le inquietaba la idea de que alguien pudiera litigar para arrebatarle la Villa de la Seda. Por eso le fue de perlas que a mediodía pasaran a verla Nathalie y Mariola con los bebés. Las dos jóvenes habían decidido aprovechar que hacía un tiempo excepcionalmente bueno para mediados de enero y habían salido a dar un largo paseo. En esos momentos estaban de muy buen humor, dando de mamar a sus bebés en el patio, bajo la morera.

—¿Qué te parece si bautizamos a Valentina y a Pietrino este mismo mes? Ya he hablado con Tizi y me ha dicho que tiene tiempo. Ah, y Mariola quería preguntarte algo —dijo Nathalie dándole un leve codazo a su amiga para animarla a intervenir.

—Bueno, yo... quería pedirle que... puesto que apenas conozco a nadie por aquí, tal vez... ¿querría ser la madrina de mi hija? —preguntó Mariola absolutamente sonrojada.

—Con mucho gusto —respondió Angela conmovida—, será un honor para mí. Pero entonces creo que sería más adecuado que nos tuteemos. Si realmente tengo que ser la madrina de Valentina, sería raro que siguiéramos hablándonos de usted —explicó, ante lo que Mariola se sonrojó todavía más, si bien con una amplia sonrisa en el rostro—. Y ¿creéis que podremos organizarlo en tan poco tiempo? —planteó Angela.

—No tendrás que hacer nada en absoluto —le aclaró Nathalie—. Será una celebración muy modesta. Emilia ya nos ha dicho que preparará una buena comida, Tess nos ha invitado a festejarlo en Villa Serena. Y vendrán los padres de Mariola, ¿verdad? —dijo, ante lo que su amiga asintió con los ojos brillantes de alegría—. Y hablando de Emilia, hoy tiene el día libre —anunció guiñándole el ojo a su madre

—. Por eso he pensado que... tal vez podíamos venir a comer aquí.

Angela se rio.

—Fania ha preparado una ración gigantesca de *cannelloni* —explicó—. Creo que hay suficiente para las tres.

Nathalie subió a la cocina de Angela y se encargó de calentar la comida ya preparada. Ese día el sol brillaba con fuerza, por lo que decidió volver a bajar con los platos llenos y se sentaron a comer en el banco del patio.

—Ay, qué bien se está aquí —exclamó Nathalie con un suspiro, cerrando los ojos y levantando la cara hacia el sol—. Ya va siendo hora de que haga algo más que cambiar pañales y dar de comer a este hombrecito. No veo el momento de empezar la carrera.

—Podrías echar un vistazo a los libros que te prestó Tiziana —le propuso Angela.

—Ya me los he leído todos —replicó Nathalie—. Tengo que ir a buscar algo nuevo cuanto antes.

—Pues yo estoy igual —intervino Mariola—. ¿Cuándo empezaremos a coser de nuevo?

—Primero tengo que equipar el taller de costura con maquinaria profesional —respondió Angela mordiéndose el labio inferior—. Y para ello debería vaciar de una vez la segunda sala.

—Cierto, ¿por qué no te desprendiste de todo lo que había directamente?

—Porque hay un archivador que era de Lela Sartori —explicó Angela dejando el plato vacío sobre el banco, y Mimi saltó enseguida desde la morera para lamerlo—. De algún modo tengo la sensación de que deberíamos revisar a fondo lo que contiene antes de tirarlo.

—De eso puedo encargarme yo —propuso Nathalie antes de zamparse el último bocado de su plato.

—Yo te ayudo, ¿de acuerdo? —propuso Mariola mientras recogía los platos vacíos para gran decepción de Mimi, que soltó un bufido de indignación.

—Lo mejor será que nos pongamos a ello cuanto antes —decidió Nathalie levantándose.

—¿No queda más chocolate?

Se habían llevado el resto de su pequeño pícnic a la cocina de

Angela. Nathalie estaba revolviendo uno de los armarios de la cocina.

—Fania siempre lo guarda en el frigorífico —le advirtió Angela.

—¿Dónde está Fania, por cierto? —quiso saber Nathalie mientras sacaba una tableta de chocolate amargo del frigorífico—. Hace tiempo que no la veo —comentó mientras partía un pedazo de chocolate y dejaba el resto sobre la encimera.

—Os contaré un secreto —dijo Angela tomando también un poco de chocolate y ofreciéndole la tableta a Mariola.

—¿Un secreto? ¿De qué se trata? —preguntó Nathalie con gran interés.

—Fania quiere trabajar en la Gonzino.

—¿En la Gonzino? —repitió Nathalie con la frente arrugada—. ¿Te refieres a la librería?

—Exacto. Como aprendiza. Hoy es su día de prueba. Crucemos los dedos para que la acepten. Y, por favor, no se lo contéis a nadie, ¿de acuerdo?

—¡Por supuesto! —exclamó Nathalie—. Qué gran idea. Siempre que puede está con un libro frente a las narices. ¿Cómo se te ocurrió esa posibilidad?

—De hecho se le ocurrió a ella y me pidió ayuda. Esta mañana la he acompañado para hablar en su favor.

—¡Eres la mejor! —exclamó Nathalie abrazando a su madre con una sonrisa radiante en el rostro.

—Vamos, vamos —dijo Angela zafándose de ella.

—¿Emilia está al corriente de esto?

—No, de momento no —contestó Angela—. Por eso os he dicho que es un secreto. Si al final aceptan a Fania siempre tendrá tiempo de contárselo. Aunque, la verdad, ¿qué podría objetar ante eso?

—Primero seguramente se enfadará un poco —opinó Nathalie—. Pero luego se sentirá orgullosa de su sobrina.

—Eso espero.

Angela no volvió a oír a Nathalie y a Mariola en toda la tarde, y de hecho no sufrió más interrupciones y pudo despachar con toda tranquilidad los asuntos pendientes que se había propuesto. Fioretta pasó a despedirse antes de marcharse a casa, mientras que Mariola y Nathalie le aseguraron que volverían al día siguiente por la mañana

para continuar con la revisión del archivo y se retiraron con sus bebés a Villa Serena.

Angela aprovechó la calma para concentrarse en los cálculos de costes de un pedido cuando la puerta de su despacho se abrió de repente. Era Emilia, y parecía completamente fuera de sí.

—Signora Angela —exclamó alterada—. ¿Sabe usted dónde se ha metido Fania? Todavía no ha vuelto a casa, y eso que son casi las ocho.

—Por favor, siéntese, Emilia —le pidió Angela.

—No, *signora*, no tengo tiempo para eso —objetó Emilia claramente alterada—. Si no está aquí, tengo que salir a encontrarla. *Madonna*, ¿quién me mandará a mí...?

—Emilia, yo sé dónde está Fania. No se preocupe...

—¿Que no me preocupe? —exclamó la mujer menuda y oronda, resoplando de indignación—. ¿Cómo quiere que no me preocupe mientras esa chica está rondando por ahí...?

—Es que Fania no está rondando por ninguna parte. Por favor, siéntese y se lo explicaré todo —la instó Angela. Titubeando, Emilia acabó obedeciendo y tomó asiento en la silla que Angela tenía frente al escritorio para las visitas—. Fania tiene demasiado talento para dedicar la vida entera a las tareas del hogar trabajando como ama de llaves.

—¿Talento? —preguntó Emilia encolerizada—. ¿Me está diciendo que no es necesario tener talento para ocuparse de la casa como es debido? ¿Para cocinar y...?

—No, Emilia, discúlpeme, no me he expresado correctamente. Escúcheme bien: Fania tiene otro tipo de talento. Y con un poco de suerte tendrá la oportunidad de aprender un oficio en el que encajará realmente bien.

—¿Otro oficio? —preguntó Emilia con los ojos abiertos como platos.

—Fania se ha presentado para un puesto como aprendiza de librera. Por eso todavía no ha llegado a casa. Está en la librería Gonzino. La conoce, ¿verdad? Está abajo, cerca de la puerta sur de la ciudad.

Emilia necesitó unos instantes para procesar aquella información, pero luego asintió en señal de confirmación.

—Por supuesto que conozco la Gonzino —respondió el ama de

llaves—. Una vez me compré allí un libro de cocina. Pero no me sirvió para nada, signora Angela. Todo lo que hay que saber en la cocina se aprende por experiencia o cuando alguien te lo enseña. Esas cosas tan modernas no van a ninguna parte —aseguró Emilia, y Angela tuvo que reprimir una sonrisa.

—Exacto. Pero hay gente que sí necesita libros para aprender. Es más, hay gente que no es capaz de aprender sin libros. Y Fania se encargará de vendérselos.

Durante el silencio que siguió a esas palabras se oyó que se cerraba el portal de la calle. Al cabo de unos segundos llamaron a la puerta de la casa.

—*Avanti* —gritó Angela.

Era Fania, aunque no parecía la misma joven que Angela había dejado de buena mañana en la librería Gonzino. A la nueva Fania no le cabía la sonrisa en la cara.

—¡Me han aceptado! —chilló emocionada y feliz—. Imagínese, *signora*...

De golpe, se quedó de piedra. Bajo la severa mirada de su tía se convirtió de nuevo en una tímida asistenta doméstica.

—¡Secretitos! —le espetó Emilia, y a continuación soltó un verdadero torrente de palabras en siciliano que Angela fue incapaz de seguir ni comprender. Lo único que detectó fue el efecto que aquellas palabras tenían sobre Fania, que parecía encogerse cada vez más.

—Ya basta —se impuso Angela con determinación—. Pare de una vez, Emilia, sea lo que sea lo que esté diciendo. Si Fania no le ha dicho nada es por un buen motivo: hoy Gonzino la ha aceptado como aprendiz, y eso significa que tendrá que trabajar dos semanas a prueba. En cualquier caso, se ha ganado un elogio, no una reprimenda.

Emilia se la quedó mirando, enojada, y estaba a punto de replicar algo cuando Angela se le adelantó para impedirlo.

—Si realmente quiere lo mejor para su sobrina, debería estar orgullosa de ella. Llame a su hermana y cuéntele lo que ha logrado hoy Fania.

—Pero ¿a qué venía todo ese secretismo?

—A que es usted muy severa, Emilia —le explicó Angela con benevolencia—. Y a que la pobre chica la teme demasiado. Y eso que ya sabe que en el fondo lo hace usted todo con la mejor de las

intenciones, *vero?*

A Emilia se le suavizaron los rasgos al oír eso.

—*Ma certo* —respondió, y se volvió con una expresión asustada en el rostro hacia su sobrina, que seguía con una actitud apocada y miserable—. Por supuesto que lo hago con buena intención. Es solo que... ¡está bajo mi responsabilidad! Y siempre tengo miedo de que pueda cometer alguna tontería.

—Ya es mayorcita —le advirtió Angela con suavidad—. Y ahora, Fania, cuéntanos: ¿cómo te ha ido el primer día en la librería Gonzino?

—Vayamos a la montaña.

Angela tuvo la sensación de que Vittorio la miraba con preocupación. Era viernes y, en realidad, habían pensado pasar el fin de semana en Asenza. Angela tenía todavía un montón de cosas por hacer...

—Es que parece que lleves muchos días de estrés acumulado —añadió él.

—Así es —admitió Angela—. Pero...

—Nada de peros —la interrumpió Vittorio con suavidad, y a continuación le propuso salir de excursión por los Dolomitas, donde acababa de remodelar un hotel de cinco estrellas—. El director ha quedado tan contento con nuestro trabajo que nos ha ofrecido una estancia gratuita —explicó y Angela no se hizo de rogar.

Les sentó bien pasar un fin de semana entero sin hacer nada más allá de decidir si preferían dar un paseo con raquetas de nieve o probar la zona de balneario recién renovada del hotel. Al final acabaron haciendo las dos cosas, además de disfrutar de la buena cocina de la casa. Vittorio le contó sus planes para la exposición de cuadros de Sofia, y Angela sintió un gran alivio al saber que se había reunido varias veces con Amadeo antes de que este partiera de nuevo hacia Boston.

—Creo que tu hija le cayó muy bien —dijo Vittorio el sábado por la tarde, tras una sesión de sauna, mientras estaban tumbados tomando el sol invernal en la zona de descanso de la terraza—. Y tú también. Incluso pensó en venir a visitaros de nuevo a Asenza. ¿No es bonito que nuestros hijos se lleven tan bien? Por cierto, Amadeo

quiere asistir a nuestra boda.

—¿De verdad? —preguntó Angela volviendo la cabeza hacia él con expresión de asombro—. Y eso que me dio la impresión que no le gustaba nada la idea de tenerme como madrastra —comentó, y ante la palabra *madrastra* los dos se echaron a reír. No obstante, Angela recuperó la seriedad enseguida—. Parece que tiene una relación muy estrecha con Costanza —reflexionó en voz alta—. Y está claro que yo sigo sin caerle bien.

—Amadeo ya se ha dado cuenta de ello a estas alturas —comentó Vittorio contemplando con aire reflexivo el impresionante paisaje montañoso que tenían delante.

—¿De verdad trabajará para Ranelli Seta?

—No hemos vuelto a hablar del tema —repuso Vittorio con un suspiro—. Y yo he decidido no inmiscuirme en ese asunto —añadió—. Amadeo tiene que aprender a decidir por sí mismo.

—Es una lástima que Costanza ofendiera tanto a Sol. Tengo la impresión de que Amadeo ha echado a perder su carrera en Nueva York, y no creo que haya perdido el interés en esa posibilidad.

—Respecto a ese asunto tampoco se ha dicho la última palabra ni mucho menos.

—¿Cómo les va a esos dos? —preguntó Angela incorporándose un poco—. No he vuelto a ver a Tiziana desde Nochevieja.

Vittorio se encogió de hombros.

—Están discutiendo bastante —respondió él con aire sombrío—. A decir verdad, últimamente me cuesta comprender a Tizi. Se deja manipular por su padre, y no creo que Sol esté dispuesto a soportarlo mucho tiempo más. Si no se anda con cuidado, podría perder al amor de su vida.

—¿Te refieres a Sol?

—Ya tenía esa impresión desde el principio, pero Tizi está acostumbrada a conseguir todo lo que desea. Y ahora quiere al hombre al que ama y también el cariño de sus padres. Sin embargo, a veces hay que tomar la difícil decisión de renunciar a cosas que queremos.

Una empleada del hotel se les acercó y les ofreció una selección de zumos de fruta recién exprimida. Angela optó por uno de manzana con jengibre, mientras que Vittorio prefirió beber simplemente agua.

—¿Sabes? —prosiguió él cuando la joven hubo abandonado la

terraza de nuevo—. Últimamente pienso mucho en cosas del pasado. Quizá tenga algo que ver el hecho de haber recuperado las obras de Sofia —reflexionó él antes de tomar un sorbo de agua—. Seguramente debería haber confesado mi amor mucho antes. Ahora me doy cuenta de lo mucho que debió de sufrir Sofia por eso. En su momento, yo también quería dos cosas: su amor y el de mi madre. Y no es que fuera consciente de ello, como tampoco fui capaz de ver un montón de pequeñas infamias que, por desgracia, cometió mi madre. Ha sido Amadeo quien me ha abierto los ojos contándome situaciones en las que dejé a Sofia en la estacada. O, al menos, así es como él lo percibió en su momento. Siempre ha sido un chico extremadamente sensible...

A Angela le vino a la cabeza lo que Donatella le había contado sobre la estrecha relación que había tenido Sofia con su hijo. Sobre las altas capacidades de Amadeo y la difícil relación de este con esa característica, algo bastante común entre niños superdotados.

—¿Por qué se comporta de ese modo tu madre? —se le ocurrió preguntar a Angela—. ¿Qué se propone, en el fondo? ¿Acaso no desea que seas feliz?

Vittorio volvió la cabeza para mirarla con benevolencia. Alargó la mano hacia ella y le acarició la mejilla.

—Yo tampoco lo entiendo —aseguró con tristeza—. Todavía no he logrado comprenderlo.

El domingo por la mañana subieron en el teleférico hasta una de las cumbres que se veían desde el hotel, cogidos de la mano mientras contemplaban las impresionantes montañas nevadas que se extendían ante sus ojos. Siguieron un sendero y, al cabo de una hora que pasó volando, se encontraron en un mundo prácticamente virgen. «Deberíamos dejarlo todo atrás más a menudo —pensó Angela mientras sentía que la calma se apropiaba de todo su ser—. De vez en cuando simplemente es necesario adoptar un punto de vista distinto sobre el mundo y sobre nuestra insignificante existencia.» Qué fácil le pareció entonces relativizar todas las preocupaciones, todos esos temas que parecían tan importantes e irresolubles.

—Gracias —le dijo a Vittorio mientras bajaban de nuevo en el teleférico—. Gracias por traerme hasta aquí.

En lugar de responder, Vittorio se limitó a abrazarla con fuerza.

Ya había oscurecido cuando por fin llegaron a la Villa de la Seda. Pocas veces le había costado tanto a Angela dejar que Vittorio se marchara de nuevo a Venecia, pero de todos modos intentó que no se le notara.

—A más tardar, cuando estemos casados —le susurró Vittorio al oído—, esto tendrá que terminar. Quiero pasar la vida entera contigo, no solo los fines de semana.

—¿Crees que podrías trasladar tu estudio a Asenza? —preguntó Angela a modo de broma, aunque enseguida se dio cuenta de que era justo lo que deseaba de verdad. Ella no podía siquiera plantearse trasladar la tejeduría a otro lugar, con la tintorería y los telares, por no hablar del personal. El año anterior sus empleados ya se habían planteado la posibilidad de trabajar para Ranelli, pero la decisión de mantenerse fieles a la *tessitura di Asenza* había tenido que ver también con el hecho de no tener que abandonar su población natal. Y Vittorio lo sabía. Por eso cuando la abrazó de ese modo Angela comprendió lo mucho que deseaba vivir con ella.

—Ya veremos —dijo él con la voz ronca, tras lo que le dio un largo beso y se despidió de ella una vez más.

Angela se preparó una infusión y decidió terminar el fin de semana relajándose en casa. Ya se había acurrucado en el sofá cuando se puso en pie sobresaltada. Por tercera vez ya, oyó ese ruido horrible de cristales rotos y el estrépito con el que rebotaba por el suelo una piedra grande como un puño. Justo después oyó voces y gritos en la calle: una voz aguda de mujer y otra más grave, de hombre, que le pareció reconocer de inmediato. ¿No era la voz de Nicola?

Ni siquiera se tomó la molestia de cambiarse las cómodas zapatillas que llevaba siempre en casa por un calzado de calle. Simplemente bajó corriendo tan deprisa como se lo permitieron las piernas. A la luz de la farola vio tres figuras que parecían estar peleándose. Reconoció a Nicola y a Edda. Estaban intentando retener a una tercera persona que se defendía con uñas y dientes. Al principio le pareció que se trataba de una mujer, pero luego reparó en su error. Era un joven de, como mucho, dieciséis años.

—¡Suéltame! —siseaba.

—¡Ay! —gritó Nicola soltando al jovenzuelo—. ¡Me ha mordido!

Sin embargo, Edda no tenía la menor intención de soltar a su víctima. Como buena peluquera que era, agarró al joven por el pelo con determinación, obligándolo a soltar un aullido.

—Vamos —ordenó Edda en dirección a Nicola—. Abre la puerta. Venga, ábrela —insistió, y al ver que el tejedor no reaccionaba enseguida, se quejó con vehemencia—. *Gesummaria*, ¿a qué esperas? ¡Abre la puerta de la peluquería, *citrullo*!

En ese instante, el joven pateó a Edda en la espinilla con tanta fuerza que ella no pudo más que chillar de dolor y soltarlo. Gracias a la luz que arrojaba la farola, Angela pudo distinguir los rasgos del joven, que de inmediato le sonó de algo. ¿No era uno de los hijos de Guglielmo Sartori? Al cabo de un momento, el chico consiguió zafarse definitivamente de la peluquera, huyó disparado por la calle y al llegar al final dobló la esquina. Nicola intentó perseguirlo, pero no pudo evitar que el joven se esfumara.

—¡Menudo fracasado! —le gritó Edda a Nicola absolutamente furiosa—. ¿Por qué no lo has agarrado con más fuerza? ¡Se nos ha escapado, idiota!

Nicola se puso colorado de ira al oír aquellos improperios, y apretó los puños con fuerza.

—¡No me hables en ese tono! —replicó a gritos, y cuando Angela intentó ponerle una mano en el hombro para apaciguarlo, el napolitano se revolvió con verdadera furia para luego alejarse con grandes zancadas.

Edda apoyó los puños en las caderas y le gritó que no tenía que ponerse de ese modo con Angela.

—¿Conoce al joven? —preguntó Angela interrumpiendo a la peluquera, que al principio no pareció comprender a qué se refería—. Que si ha reconocido al joven —insistió.

Edda negó con la cabeza.

—No es de Asenza, eso seguro —concluyó la peluquera—. Aunque sí tengo la impresión de haberlo visto en alguna parte.

«Genial», pensó Angela. Eso no me sirve de nada. Y sin embargo estaba segura de que tras el asunto de las ventanas rotas no podía haber nadie más que el tipo que iba proclamando por todas partes que le acabaría arrebatando la Villa de la Seda.

18

Segundas oportunidades

—Bueno..., hemos estado pensando en lo de Lidia.

Como todos los lunes por la mañana, estaban sentados en el taller, alrededor de la gran mesa de trabajo, para discutir los quehaceres de la semana que tenían por delante. Angela no había visto a Stefano tan alterado desde hacía mucho tiempo. Nicola tenía unas oscuras ojeras y parecía especialmente malhumorado. Angela se preguntó si se habría reconciliado con Edda tras la discusión de la noche anterior.

—De hecho, nosotros también la vimos —añadió Orsolina—. Cuando fuimos a hacer la compra el sábado, antes de ir a visitar a mi hermana a Treviso. Entramos un momento en ese supermercado para comprar unas botellas de vino y ahí estaba Lidia.

Angela asintió.

—Y ¿qué tal? —preguntó.

—Me pasé toda la noche en vela —aseguró Stefano—. Parecía tan..., bueno, ni mucho menos tan segura de sí misma como antes. Es como si le hubieran quitado las ganas de vivir.

—Fue realmente horrible verla así —añadió Orsolina—. Cuando pienso que yo también estuve a punto de aceptar...

Todos bajaron la mirada con incomodidad mientras intentaban imaginárselo.

—Si quiere saber mi opinión..., desde el principio yo era partidaria de preguntarle si le gustaría volver —intervino Maddalena. Compasiva como siempre, parecía realmente afectada mientras pensaba en cómo le habían ido las cosas a su antigua compañera de taller.

—¿No es la que os traicionó? —preguntó Nicola con una mueca de absoluto desdén—. ¿Quién nos dice que no volverá a hacerlo?

—Creo que tú no deberías tener voz en este asunto —opinó Anna cruzando los brazos frente al pecho y levantando la barbilla con hostilidad—. Al fin y al cabo, ni siquiera conoces a Lidia y no puedes juzgar la situación.

—¿Es posible que precisamente por eso sea capaz de ver las cosas desde un punto de vista más objetivo que nosotros? —preguntó Fioretta siempre buscando la ecuanimidad. ¿O acaso lo que buscaba era proteger a Nicola de los demás? En cualquier caso, el napolitano le dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Nola, ¿qué le parece a usted? —quiso saber Angela, que se había fijado en que la decana de la plantilla todavía no había dicho ni una palabra.

—Yo estoy de acuerdo en que se lo ofrezca —respondió después de titubear un poco—. En cualquier caso, me gustaría poner algunas condiciones, si al final realmente volviera.

—Eso sí, sin duda —convino Orsolina—. Nada de discusiones como las de antes, y nada de reclamaciones especiales. Tendrá que integrarse en la plantilla y recibir el mismo trato que todos los demás.

—Y que no nos vuelva a poner de los nervios —propuso Stefano.

—Ese tipo de cosas no las puede escribir la signora Angela en un contrato —objetó Maddalena.

—En cualquier caso, os aseguro que comparto vuestra opinión —afirmó Angela—. Entonces ¿qué hacemos? ¿Lo sometemos a votación? ¿Quién está de acuerdo con ofrecerle a Lidia que vuelva a trabajar con nosotros?

Las primeras manos que se levantaron fueron las de Maddalena, Stefano y Orsolina. Luego se sumó Fioretta y también Anna.

—¿Qué me dice usted, Nicola?

—Creía que no tendría derecho a votar —comentó con una mirada de provocación dirigida a Anna—. Creo que lo mejor será que me abstenga —se apresuró a añadir con total seriedad, al ver que Angela estaba a punto de intervenir—. Anna tiene razón. Difícilmente puedo estar a favor o en contra de que venga a trabajar alguien a quien ni siquiera conozco.

El rostro de Anna se suavizó visiblemente, y la mirada que le dedicó a su compañero fue de lo más elocuente.

—Muy bien, pues —dijo Angela dando por terminada la reunión —. Hablaré con Lidia.

Hacía buen tiempo, el día prometía una temperatura más propia de la primavera, y cuando Angela se disponía a cruzar el patio se dio cuenta de que la puerta del *atelier* de costura estaba abierta.

Entró y se encontró a Mariola con los dos bebés, durmiendo uno junto al otro en la cuna de Valentina mientras ella cosía algo.

—Nathalie me ha dicho que no puedo ayudarla —explicó la joven napolitana—. Y como he encontrado esta caja con restos de telas, me he puesto a coser fundas para móvil. Mira. ¿Te gusta cómo quedan?

—¡Tú dirás! —exclamó Angela contemplando con admiración la bolsita de color turquesa que Mariola estaba decorando con perlas—. Es preciosa. ¡Eso seguro que se venderá enseguida en la tienda!

Cuando Angela entró en la trastienda, se encontró a Nathalie sentada sobre una caja leyendo una hoja de papel. Parecía de lo más absorta.

—No te creerás lo que he encontrado —dijo sin saludarla siquiera con los ojos verdes muy abiertos debido al asombro—. Es decir, en caso de que sea verdad, aunque a mí me lo parece —añadió tendiéndole a Angela la hoja de papel amarillento. Era una carta.

Angela la cogió e intentó descifrar la caligrafía.

—¿Qué es esto? —preguntó levantando la mirada—. ¿Puedes leerlo?

—Fíjate en la firma.

Nathalie levantó el ajado portafolio de cuero y lo acarició con la mano mientras Angela obedecía a su petición.

La primera letra era una dinámica *L*, eso estaba claro.

—¿Livio?

Angela alzó la mirada con aire interrogante, pero enseguida cayó en la cuenta. Tras el nombre de pila había una gran *S*. Livio Sartori. El hombre que Carmela reivindicaba como su padre.

—Por lo que parece, Lela guardó en este portafolio unos cuantos documentos privados —explicó Nathalie, tras lo cual sacó alguna hoja de papel más, entre las que salieron también algunas fotografías—. Esto tendremos que revisarlo con calma —añadió mientras guardaba los documentos de nuevo en el portafolio—. Pero esta carta, mamá, ¡es una pasada!

—Pero ¿por qué?

Nathalie cerró la cartera y se puso en pie. Se acercó a su madre y la miró por encima del hombro.

—Mira —le dijo señalando con el dedo un punto en medio de la carta, tras lo que procedió a leer a media voz y a trompicones lo que le parecía descifrar, puesto que costaba mucho comprender aquella caligrafía. A continuación, lo tradujo a grandes rasgos—: «Pero una cosa sí tengo que decirte, hermana, por si no salgo con vida de estas malditas montañas. Hace tiempo que algo me aflige y no quiero marcharme de este mundo con esta injusticia pesando sobre mi conciencia. Todos sabemos que quien dejó embarazada a C. no fue otro que yo. Ya va siendo hora de que reconozca a la pequeña Carmela como mi hija. Si no puedo hacerlo personalmente, dejo el asunto en tus manos para que se haga justicia, aun sabiendo lo mucho que te disgustará».

Angela y Nathalie intercambiaron una mirada.

—Es justo lo que Carmela necesita para demostrar su parentesco —dijo Nathalie.

—¿Estás segura de que aquí pone realmente «Carmela»? —preguntó Angela acercando el papel amarillento a la luz.

—Creo que sí —respondió Nathalie cogiendo de nuevo la carta para sostenerla muy cerca de los ojos—. Buscaremos una lupa y lo examinaremos de nuevo con calma. Ay, mamá, ¿no sería fenomenal?

—Sí que lo sería —convino Angela a pesar de no poder creerlo del todo todavía—. ¿Has encontrado algo más que te haya parecido interesante?

Nathalie negó con la cabeza.

—Me parece que todo eso no tenemos por qué guardarlo —replicó señalando los demás cajones y archivadores con las carpetas colgadas—. Solo son facturas, balances, correspondencia comercial... Creo que se puede tirar todo —explicó, y a continuación levantó el portafolio de cuero—. Pero aquí tenemos el tesoro que mantuvo guardado esa tal Lela Sartori.

—Gracias por revisar todo esto por mí —le dijo Angela pasándole un brazo por encima de los hombros. En el taller de costura contiguo empezó a oírse el lloro de un bebé, al que pronto se sumó el del otro —. Pero creo que ahora te necesitan en otra parte —añadió con una sonrisa.

Nathalie le puso el portafolio de cuero en las manos con un

suspiro.

—Entonces tendré que convertirme de nuevo en un dispensador de leche —comentó con un guiño antes de ir a ver a Mariola y a los dos bebés.

Angela acababa de subir a su casa el portafolio con el preciado contenido cuando se oyó la bocina del bus de turistas que acababa de llegar a la Piazza della Libertà para escupir a ochenta inglesas que justo después entraron en tromba en la tienda de la *tessitura di Asenza*.

—Acabo de hablar por teléfono con el jefe de la sucursal de la cadena de supermercados —explicó Fioretta a la mañana siguiente con una sonrisa radiante cuando Angela entró en el despacho—. Ya sé en qué turnos trabajará Lidia esta semana. Porque supongo que no pensarás abordarla en la caja misma, ¿verdad?

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Angela, sorprendida una vez más ante el ingenio que demostraba su ayudante.

—Bueno, me he limitado a contarle una pequeña historia —respondió Fioretta sin darle más importancia—. Le he dicho que soy su mejor amiga y que estoy planeando darle una sorpresa —reveló con una sonrisa—. A excepción de lo de ser su mejor amiga tampoco he mentido, ¿no? El caso es que trabaja en el turno de mañana y sale de la tienda a las cuatro de la tarde. La entrada de personal está en el lado izquierdo, a la vuelta de la esquina del aparcamiento. Mira, aquí —dijo señalando la pantalla, que mostraba el plano general del supermercado. A continuación le dedicó a Angela una mirada cargada de curiosidad—. ¿Cuándo piensas ir a verla?

Angela tomó asiento frente a su escritorio y repasó mentalmente su lista de asuntos pendientes.

—Lo mejor sería ir hoy mismo —decidió, y la sonrisa que apareció en los ojos de Fioretta le dejó bien a las claras las ganas que tenía su ayudante de saber qué respondería Lidia ante la propuesta.

Normalmente se tardaba una hora en coche hasta Treviso. Para asegurarse de que no llegaba tarde, Angela salió a las dos y media de la Villa de la Seda. Había dedicado la mañana a pensar con detenimiento en la oferta que le presentaría a Lidia. La primavera

pasada, la tejedora se había mostrado en desacuerdo con las condiciones pactadas de mutuo acuerdo con toda la plantilla. Cuando Angela se había hecho cargo de la Villa de la Seda, había estipulado con las trabajadoras que todas ganarían el mismo sueldo, y que debido a la carga física que suponía el trabajo con aquellos telares antiguos, cada una podría distribuirse las horas de trabajo como más les conviniera. Ese arreglo funcionaba bien, y Angela no se entrometía cuando una tejedora decidía reducir su jornada por motivos personales, puesto que sabía que se aplicaban al máximo. Desde el principio había tenido muy claro que solo podría obtener seda de la mejor calidad si quien la tejía se sentía a gusto trabajando. Cualquier alteración del ambiente de trabajo influía negativamente en la calidad final del producto. Una mera discusión era capaz de arruinar varios metros de tela, por lo que les concedía a sus trabajadoras la libertad necesaria para que se sintieran a gusto en la tejeduría.

El año anterior, no obstante, Lidia había alterado sensiblemente ese equilibrio tan meticuloso. Con el pretexto de que sus telas eran de mejor calidad que las de sus compañeros, había exigido una remuneración superior, lo que a su vez había sembrado la discordia. Al final, acabó aceptando una oferta jugosa del fabricante de seda Massimo Ranelli y presentó la dimisión. Una cosa estaba muy clara: si Lidia regresaba a la Villa de la Seda, aquello no podía volver a suceder de ningún modo.

Angela iba pensando en todo eso cuando llegó a Castagnole. Perdió mucho tiempo por culpa de un semáforo provisional de una zona en obras que tenía las fases verdes demasiado breves, por lo que se alegró de haber tenido la previsión de salir un poco antes. Cuando por fin aparcó el coche en la zona reservada a los clientes del supermercado, faltaban solo diez minutos para las cuatro.

Salió del coche, buscó la entrada de personal y, al ver que había una plaza libre justo al lado, decidió cambiar el coche de sitio. Justo al otro lado de la calle había un restaurante de comida rápida, un lugar perfecto para poder hablar del asunto con Lidia sin interrupciones.

Estaba realmente nerviosa. Lidia siempre había sido una interlocutora dura de roer, imprevisible, provocadora y reservada. ¿Quién le mandaba a ella complicarse la vida de nuevo con una trabajadora tan difícil? ¿No estaría cometiendo un grave error?

El reloj digital del coche marcó las 15.57. Lidia terminaría su turno puntual, eso estaba claro. «Debería salir del coche para esperarla justo delante de la salida de personal —pensó Angela—, no vaya a escapárseme.» Aun así, no se movió de donde estaba.

Durante el trayecto que la había llevado hasta allí había empezado a llover y, cuando la pesada puerta por fin se abrió para dejar salir a dos mujeres, estas se detuvieron de repente para abrir sus paraguas. A Angela se le pasó por la cabeza la posibilidad de que Lidia saliera acompañada, al ver que ninguna de las dos mujeres era la tejedora. ¿Y si alguien pasaba a recogerla?

La puerta se abrió de nuevo. Una mujer sola salió del edificio y abrió un paraguas con un movimiento brusco que a Angela le resultó muy familiar. Sí, aquella era Lidia. «Ahora o nunca», pensó mientras salía del coche apresuradamente.

Llovía a cántaros. Ni siquiera había pensado en coger un paraguas, pero llevaba una chaqueta con capucha, por lo que se cubrió la cabeza con ella. Entretanto, Lidia ya había cruzado la explanada y se había plantado frente a un paso de peatones. El semáforo estaba en rojo. Angela se maldijo por dentro. Con la de tiempo que había tenido y por culpa de las dudas había perdido unos minutos preciosos. Con pasos apresurados, se acercó a Lidia por detrás.

—*Buonasera*, Lidia —la saludó, casi sin aliento, cuando llegó a su altura.

Malhumorada, la mujer se volvió hacia ella y se la quedó mirando como si acabara de ver una aparición. El semáforo cambió a verde y la gente que tenían a su alrededor se puso en movimiento. La lluvia caía con fuerza sobre la capucha de Angela. Se había levantado viento y las gotas le golpeaban también en la cara. Lidia continuó mirándola con asombro hasta que, llevada por un pánico aparente, se volvió de nuevo y se dispuso a cruzar la calle.

—Espere, por favor —le pidió Angela agarrando a Lidia por un brazo con cuidado.

Lidia se zafó de ella con un movimiento brusco, pero se quedó quieta. El semáforo se puso en rojo de nuevo.

—¿Qué quiere? —preguntó con la voz ronca—. Ya sabía yo que tarde o temprano volvería a aparecer por aquí. *Allora?* ¿No ha visto ya suficiente para volver con los demás y poder reírse de mí? ¿Puedo

marcharme ya a casa?

—Me gustaría hablar con usted —replicó Angela.

—¿Sobre qué?

—¿Por qué no nos resguardamos de la lluvia y se lo cuento? —propuso Angela. Se dio cuenta de cómo Lidia titubeaba fruto de la desconfianza—. A menos que me diga ahora mismo que está a gusto en la caja del supermercado y que es el trabajo con el que siempre soñó. Entonces no tendríamos por qué hablar y nuestros caminos no volverían a cruzarse de nuevo.

—Bueno —repuso Lidia—, a la vuelta de la esquina hay un bar con un par de mesas. Nada del otro mundo, pero creo que bastará.

El semáforo se puso en verde una vez más. Cruzaron la calle, doblaron la esquina por una calle lateral y poco después entraron en un local de pequeñas dimensiones.

Tras la modesta barra del bar, un hombre secaba vasos con un trapo. Angela se dirigió hacia una pequeña mesa metálica que estaba al fondo. En una pantalla plana enorme se mostraban los resultados de los últimos partidos de fútbol, aunque por suerte estaba silenciado. Colgaron las chaquetas empapadas en los respaldos cromados de las sillas y Lidia apoyó su paraguas en la pared.

Angela estaba helada. Le habría gustado pedir un té o alguna clase de infusión, pero en el local no había bebidas calientes, por lo que se decidió por una cerveza sin alcohol, mientras que Lidia pidió un bíter limón.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó cuando les hubieron servido las bebidas.

Angela se quedó mirando a Lidia con detenimiento. Bajo la luz chillona de los fluorescentes del bar parecía más vieja, y en aquella piel clara y suave propia de la gente pelirroja habían aparecido unas cuantas arrugas. Como de costumbre, llevaba las cejas perfiladas, pero tenía los ojos hinchados y los labios agrietados.

—Bueno, ¿qué diría usted que ha ocurrido? —repuso Lidia, y su tono tal vez sonó obstinado, pero ya no tenía aquella seguridad en sí misma que tanto la había caracterizado—. Que Ranelli me despidió —explicó apretando con fuerza los labios—. Me culpó a mí de que la producción no marchara como esperaba. Pero, en realidad, se equivocó contratando a toda esa pandilla de napolitanos. —Angela pensó en Nicola, que también procedía de Nápoles, y de repente dudó

si aquellos dos serían capaces de tolerarse mutuamente—. Y de que el telar de Vidor al final resultara no servir para nada —añadió—. Según él, yo también tengo la culpa de eso.

Angela la escuchó con atención. ¿O sea que sus suposiciones eran ciertas?

—¿Que no servía? —preguntó para asegurarse.

—Faltaba la mitad —explicó Lidia frotándose las sienes como si le doliera la cabeza—. No sé por qué le estoy contando todo esto, en realidad —se planteó mientras se inclinaba sobre la mesa y mirando a Angela directamente a los ojos—. ¿Qué quiere de mí?

—¿Le gustaría volver a trabajar en la Villa de la Seda?

Durante unos momentos, Lidia se limitó a observarla. Luego hizo una mueca, pero Angela no supo interpretar si estaba a punto de echarse a llorar o si estallaría en una carcajada en cualquier instante.

—No creía que pudiera llegar a ser tan cínica —le espetó—. ¡Mira que venir a burlarse de mí de ese modo! Aunque tiene motivos de sobra para hacerlo, lo comprendo. Ya veo que ha venido a vengarse...

Unas manchas rojizas habían aparecido ya en su cutis pálido cuando retiró su silla hacia atrás, con la clara intención de levantarse.

—Un momento, Lidia, se equivoca —le advirtió Angela—. Ni soy cínica ni he venido hasta aquí para burlarme de usted. En realidad, debería usted conocerme lo suficiente para saber que todo eso no va conmigo. Después de todo, trabajamos juntas durante un año entero. Y bastante bien, además, salvo las últimas semanas —constató Angela. Lidia se quedó sentada en su silla, con la mirada repleta de dudas—. Se lo pregunto en serio. ¿Le gustaría volver a la Villa de la Seda y tejer otra vez para la *tessitura di Asenza*?

—Y ¿qué pasa con los demás? —exclamó Lidia con aspereza—. Me lincharán.

—No, no lo harán. Porque es una decisión que hemos tomado de mutuo acuerdo —le explicó Angela con calma—. Hemos estado pensando en ello con detenimiento. Sus antiguos compañeros están de acuerdo en que intentemos trabajar juntos otra vez. Por supuesto, con ciertas condiciones, Lidia. Además, ahora tenemos más personal. Estoy muy contenta de haber conseguido a un tejedor de jacquard que aportó su propio telar a la Villa de la Seda. Y para que lo sepa usted desde el principio: Nicola Coppola es napolitano —dijo, tras lo que se quedó mirando a Lidia con intensidad, con determinación, dispuesta a

no seguir hablando sobre el tema si Lidia demostraba el más mínimo desprecio por aquel tejedor al que ni siquiera conocía todavía.

—¿Coppola? —preguntó Lidia desconcertada—. Y ¿cómo lo ha conseguido? Creía que Ranelli había contratado al clan completo.

—Sí, así es. Menos a Nicola. Él intentó salir adelante solo después de que el resto de su familia se marchara, pero no lo conseguía. Por eso nos hemos aliado —explicó Angela, tras lo que esperó a que las palabras surtieran efecto—. Lidia, valoro mucho su trabajo, es el único motivo que me ha traído hasta aquí. No obstante, si tiene la más mínima reserva ante Nicola Coppola por el hecho de que sea napolitano y pariente de sus antiguos compañeros de trabajo, no podrá volver. Porque no quiero poner en riesgo el buen ambiente que he conseguido que reine desde que usted se marchó. Si desea volver a trabajar para mí, tendrá que ser bajo las condiciones contractuales que ya conoce. Le ofrezco las mismas condiciones que tenía antes de marcharse. Pero le juro una cosa: el día que siembre la discordia o que me pida más que los demás, se quedará usted sin trabajo.

Angela había esperado algún tipo de réplica, una demostración de orgullo o al menos algún comentario sarcástico, pero se había equivocado. Lidia se quedó en silencio, y su rostro seguía reflejando únicamente incredulidad.

—¿Lo... lo dice en serio? ¿De verdad quiere que vuelva a tejer para usted? —preguntó, al fin, con una voz prácticamente infantil.

—Sí. Siempre y cuando respete las condiciones que le he puesto, me gustaría mucho que regresara con nosotros.

Entonces fue cuando sucedió algo con lo que Angela no había contado ni mucho menos. Fue como si los rasgos endurecidos de la tejedora se fundieran y su figura normalmente erguida se desplomara sobre sí misma para llorar en silencio.

Lidia lloró sin que de su boca saliera el más mínimo sonido, pero los hombros le temblaban y Angela no pudo evitar acercar su silla a ella y envolverla entre sus brazos con cuidado. Y entonces sucedió algo todavía más sorprendente, si cabe: Lidia apoyó la cabeza en la de Angela.

Esta notó la tensión de aquel cuerpo duro y enjuto, y percibió el temblor que lo recorría hasta el punto de sentir la soledad y la desesperación de esa mujer que siempre se había mostrado tan altiva y hostil. Al final, Lidia se calmó, se secó las lágrimas, y Angela se apartó

de ella con cautela.

—Su oferta demuestra su grandeza —dijo la tejedora con la voz temblorosa—. Yo en su lugar no sé si... —empezó a decir, aunque tuvo que aclararse la garganta—. Gracias. Sí que me gustaría volver.

Entonces Angela supo que no tendría que preocuparse más acerca de las dificultades que pudiera acarrearle aquella mujer. Aquella fachada dura había quedado agrietada de un modo inevitable. En algún momento incluso era posible que Lidia le acabara contando por qué se había vuelto de ese modo. Y si decidía no contárselo jamás, tampoco pasaría nada.

19

El bautizo

La tejeduría llevaba mucho rato desierta cuando Angela regresó. La única luz encendida era la del despacho, donde Fioretta se había quedado esperando a su *padrona* introduciendo las preciosas bolsitas que Mariola había cosido en la tienda en línea de la *tessitura di Asenza*.

—Bueno, ¿qué te ha dicho?

—Que vendrá —respondió Angela, y de inmediato tuvo un escalofrío. Llevaba los zapatos mojados y tenía los pies helados.

—Y ¿cuándo?

—Eso lo he dejado en sus manos —contestó Angela pensando ya en tomar un baño caliente y en los calcetines que le había tejido Simone como regalo de Navidad—. Primero tiene que notificárselo a la empresa y buscar un alojamiento aquí. Vete a casa, Fioretta. Ya es tarde.

—Sí, pero... ¿qué te ha dicho? —insistió Fioretta, que al parecer no quería dejar el tema sin saber más detalles. Angela suspiró por dentro.

—Me ha dicho que apreciaba mucho la oferta, o algo por el estilo —respondió con despreocupación—. Estoy segura de que se alegra de volver.

—Es posible —comentó Fioretta poniéndose la chaqueta con aire pensativo. Sin embargo, cuando llegó a la puerta, se detuvo de nuevo —. Y ¿crees que no nos traerá más disgustos? —preguntó tras un breve titubeo.

Angela lo comprendió de inmediato. Lo que dijera en esos momentos, Nola lo sabría al cabo de cinco minutos, y luego el resto del personal. Y la manera como recibirían a Lidia dependía precisamente de eso.

—No, Fioretta, estoy segura de que no nos traerá más disgustos.

Ha aprendido la lección. Creo que podemos estar tranquilas.

Angela cerró el despacho con llave y subió a su casa. Se quitó enseguida la ropa mojada y se enfundó su kimono. Mientras llenaba la bañera con agua caliente, abrió el ropero de su dormitorio para sacar un pijama limpio, pero entonces se acordó del portafolio ajado de Lela que el día anterior había guardado en el fondo de su bolso. Lo había olvidado por completo.

Con cuidado, como si se tratara de algo tremendamente frágil, sacó el portafolio y lo abrió. Se sentó sobre la suave alfombra de color claro y extendió el contenido a su alrededor. Enseguida cayeron dos fotografías en blanco y negro. Una mostraba a un atractivo joven frente a una casita situada junto a unos viñedos. Cuando se fijó bien, se dio cuenta de que se trataba de Lorenzo Rivalecca, su padre, mientras que la casita era la misma en la que Carmela vivía en esos momentos. En la otra imagen, dos chicos miraban hacia la cámara agarrándose por el cuello y riendo con ganas. Angela le dio la vuelta a la fotografía. En el reverso, con su característica caligrafía, Lela había escrito: «Livio & Lodo, 1938».

A continuación se fijó en los documentos y encontró los certificados de defunción de los dos hermanos. Los dejó cuidadosamente junto a las fotografías y pasó a revisar el resto de los papeles. Además de aquella carta que Nathalie había encontrado, había algunas misivas más, si bien más breves e insustanciales, que el hermano le había enviado a su hermana pequeña, y también una postal. Solo quedaba el escrito en el que Livio a todas luces reconocía ser el padre de Carmela.

¡El agua de la bañera! Angela se puso en pie de un respingo y salió corriendo hacia el cuarto de baño. El agua estaba a punto de desbordarse, por lo que cerró el grifo y abrió el desagüe. Cuando el nivel de agua fue el adecuado, se quitó el kimono y se sumergió en el agua caliente. ¡Qué placer! Y, sin embargo, fue incapaz de relajarse. Tenía que hablar cuanto antes con Carmela sobre aquella carta.

Se tomó apenas un momento de deleite antes de salir de la bañera, envolverse en la toalla y regresar a su dormitorio. Una mirada al despertador le reveló que todavía tenía tiempo de sobra de hacerle una visita. Se vistió de nuevo enseguida y se peinó con un cepillo

nuevo que Edda le había ofrecido. El suave masaje de las cerdas en contacto con el cuero cabelludo terminó de desvelarla del todo.

Al final metió todos los documentos en el portafolio y lo guardó dentro del bolso. Había parado de llover, pero, por si acaso, se llevó también un paraguas. Envuelta en su abrigo, se dirigió hacia la casita de los viñedos.

Apenas a un centenar de metros del centro del casco antiguo, la Piazza della Libertà, la casita se encontraba a los pies de una empinada cuesta que luego subía hasta el Palazzo Duse. Y aun así, la *casetta* quedaba prácticamente oculta tras unos tupidos setos. La verja de hierro soltó un chirrido cuando Angela la abrió. El interior de la casita estaba iluminado.

Llamó a la puerta y se la abrió. Llevaba puesto un delantal de cocina en el que se secó las manos. De inmediato Angela percibió la calidez del interior y el aroma a ajo y a aceite de oliva.

—*Ma che sorpresa* —exclamó la tejedora visiblemente sorprendida —. Espero que no haya ocurrido nada malo.

—No, Maddalena. Tranquila, solo quería hablar con tu madre. ¿Puedo entrar?

—Claro.

En la acogedora cocina-comedor el aroma a tomates asados y *peperoncino* era más intenso, y a Angela se le hizo la boca agua. Entonces cayó en la cuenta de que no había comido nada desde el mediodía.

—*La tedesca* —exclamó la voz inconfundible de la anciana Carmela—. ¿A qué se debe el honor?

—Por favor, siéntese —le ofreció Maddalena acercando un sillón que debía de haberse considerado moderno durante la década de los setenta—. ¿Puedo ofrecerle algo para beber?

—Un vaso de agua, si es tan amable.

—*Preparaci una bella tazza di tisana* —ordenó Carmela—. Una buena infusión le sentará mejor con este tiempo, ¿no cree? —preguntó, ante lo que Angela asintió con aire distraído. No sabía por dónde empezar—. Viendo cómo me mira —prosiguió la anciana tejedora—, diría que lleva algo muy valioso en el bolso. ¿O hay algún motivo por el que se aferra usted tanto a él?

Angela no pudo evitar echarse a reír. Carmela tenía razón, estaba sosteniendo el bolso sobre el regazo como si le fuera la vida en ello.

—Algo de razón tiene —respondió y sacó el portafolio con determinación—. Mientras poníamos orden en la tejeduría hemos encontrado algo. Y si no me equivoco..., diría que es importante. Tenga, véalo usted misma.

Dicho esto, le tendió a Carmela la carta y la anciana la cogió con sus manos de garra, le dio la vuelta y la sostuvo muy cerca de sus gruesas gafas.

—¿Dónde la ha encontrado?

—En el viejo archivador de Lela Sartori. Es una carta de Livio Sartori a su hermana.

Los ojos de Carmela, que ya parecían enormes tras los gruesos cristales de las gafas, se abrieron todavía más. Los dedos le temblaban cuando sacó la carta del sobre y la desplegó. Parpadeó varias veces, acercó un poco la lámpara de pie que tenía junto al sillón y empezó a leer.

Angela de repente se sintió fuera de lugar. ¿No sería mejor que se marchara? El hervidor de agua empezó a silbar y Maddalena vertió el contenido en la tetera. Carmela sostenía la quebradiza hoja de papel muy cerca de los ojos e iba moviendo los labios. En varias ocasiones su mirada se deslizó por las líneas para luego volver atrás para leerlas de nuevo. Cuando por fin terminó, dejó caer la carta y pareció como si estuviera a kilómetros de distancia. O como si hubiera ido a parar a otra época.

—¿Qué ocurre, *mamma*? —preguntó Maddalena con preocupación—. ¿Qué pone en la carta?

Al final, Carmela regresó al presente.

—¿Que qué pone? —preguntó con una voz que de repente pareció mucho más joven y, al mismo tiempo, más ronca que nunca—. Es una carta de tu abuelo. *Nonno* Livio —le dijo a su hija con benevolencia—. Resulta que, después de todo, no se olvidó de nosotras.

Angela, Carmela y Maddalena pasaron un buen rato juntas. La invitaron a cenar un delicioso plato de pasta *all'arrabiata* y Angela no se hizo de rogar: tenía demasiada hambre y estaba demasiado cansada para negarse. Al final, Maddalena recogió la mesa y se sirvió de una lupa para examinar el escrito palabra por palabra. También se fijaron

con detenimiento en el sobre y acabaron descifrando una fecha del año 1944. No había lugar a dudas: en esa carta Livio Sartori reconocía de forma inequívoca su paternidad.

—«Ya va siendo hora de que reconozca a la pequeña Carmela como mi hija» —leyó Maddalena por enésima vez en voz alta—. «Si no puedo hacerlo personalmente, dejo el asunto en tus manos para que se haga justicia, aun sabiendo lo mucho que te disgustará.»

—Pues sí que le disgustó —comentó Carmela—. Él no llegó a regresar y a ella le vino de perlas.

—En la carpeta también había una fotografía de los dos hermanos —explicó Angela lamentando habérsela dejado en casa—. Seguramente a Lela le supo muy mal perderlos.

—Sí, pero no cumplió con la última voluntad de Livio —objetó Maddalena, cuyos expresivos ojos estaban instalados en el desconcierto. Por más que intentaba imaginarlo, no lograba comprender que Lela hubiera faltado de ese modo a la confianza que su hermano había depositado en ella.

—No. Era demasiado tacaña para ello. Y demasiado altiva. Debería habérmelo contado. Debería haber admitido que había actuado de forma injusta todos esos años. Pero no quiso.

—Y ¿qué significa todo eso ahora? —preguntó la hija mirando con tristeza a su madre y a Angela alternativamente.

—Pues significa que tenemos que exigir nuestros derechos —respondió Carmela—. Mañana mismo iré a ver al notario y le mostraré esta carta —afirmó—. *Grazie* —añadió dirigiéndose a Angela—. Tenemos mucho que agradecerle. Ya sabía yo que *la tedesca* encontraría la manera de demostrarlo. Te lo dije, ¿no es cierto, Maddalena?

Su hija asintió, aunque no parecía tan emocionada como su madre, sino más bien pensativa.

—Gracias, signora Angela. Aunque no tenga ni idea de si podremos realmente exigir nada. Quiero decir —añadió al ver que su madre tomaba aire para objetar algo— que al final todo esto no traerá más que disgustos. Guglielmo Sartori seguro que no se dará por vencido tan fácilmente. Tiene un abogado, mientras que nosotras ¿qué tenemos?

Entonces la vieja Carmela sonrió y le dedicó una mirada cargada de picardía a Angela.

—Tenemos a *la tedesca* —afirmó—. Ya puede ir pavoneándose por la ciudad, mi querido primo. ¿Verdad que usted nos ayudará?

—Pues claro —respondió Angela—. Si puedo echarles una mano, cuenten conmigo.

Sin embargo, no se sentía nada bien. Esas dos mujeres habían depositado grandes esperanzas en ella, y aun así seguía guardando con verdadero celo el secreto que la vinculaba a Lorenzo Rivalecca.

«Y así seguiré», se dijo a sí misma cuando por fin se despidió para marcharse a casa. Nadie podía saber quién era su verdadero padre. Además, de todos modos nadie lo creería.

La noticia de que Lidia regresaría a la Villa de la Seda tuvo una recepción tibia entre el personal de la tejeduría, por mucho que todos se hubieran mostrado de acuerdo. Angela notó con claridad que el debate que había tenido lugar poco antes del encuentro estaba haciendo mella entre su personal. Por eso no les dio detalles al respecto y se ciñó a los hechos.

—Y ¿cuándo vendrá? —quiso saber Nola.

—Cuando todo haya quedado arreglado y haya encontrado un lugar para vivir. Tampoco es importante si tarda un día más o un día menos.

Y, aun así, se moría de ganas de empezar con la confección de los modelos, sobre todo desde que había sabido que podría contar con las telas que tejía Lidia. Por fin tendría tiempo de ponerse en contacto con las amigas y conocidas de Donatella para sondear lo que deseaban. Y eso que le daba mucha pereza pensar en que tendría que volar por media Italia para visitar a cada una de esas clientas.

—¿Por qué no les pedimos que sean ellas las que vengan aquí? —propuso Fioretta—. Podemos seducirlas con un exclusivo fin de semana en Asenza e incluir una cata de vinos y una comida en un restaurante de lujo. Seguro que a Luca se le ocurrirá algo, ya le preguntaré si puede ofrecer un plan que se corresponda con el nivel de esas damas. Y, por supuesto, también podrían visitar la Villa de la Seda. Aprovechando la ocasión, podrías acordar el modelo con cada persona de un modo personalizado y tomarles las medidas.

—Suena fantástico —replicó Angela con fascinación—. Pero ¿de verdad crees que deberíamos fundar una agencia de viajes, a estas

alturas?

—No —respondió Fioretta—. Luca ya tiene una. ¿Quieres que tantee el terreno para ver si estaría interesado en ofrecer esa clase de viajes individuales?

Luca resultó estar interesado. Y puesto que Donatella, a la que pidieron consejo, también quedó encantada con la idea, Fioretta y Luca empezaron a organizar un programa de viajes juntos.

—¿Qué piensas ponerte el domingo?

Una vez más, estaban sentadas a la mesa con Tess, hablando sobre el inminente bautizo de Pietro y Valentina.

—No tengo ni idea —respondió Nathalie—. El vestido del invierno pasado ya no me entra —le explicó a su madre con gesto avergonzado.

—¿Por dónde te queda estrecho? —preguntó Angela sirviéndose más ensalada de rúcula—. Por lo que recuerdo, todavía quedaba margen en las costuras laterales y en las pinzas para ensancharlo un poco. Diría que dos o tres centímetros, de hecho.

—En la barriga —contestó Nathalie abatida—. Me temo que el modelo me quedará de pena.

—¿No pretenderás que tu madre te cosa un vestido nuevo en solo tres días? —le preguntó Tess indignada—. Tendrías que haber pensado en eso antes.

—Yo podría coserte algo —propuso Mariola—. Si tú me ayudas con el corte, Angela, el resto puedo hacerlo sola.

—Muy bien —respondió Angela con una sonrisa—. Ya sé cómo lo haremos, será un vestido cruzado muy sencillo. Podrás seguir llevándolo cuando vuelvas a perder esos kilos de más. Lo único que no podrás elegir mucho será el color, si quieres que lo confeccione con nuestra seda.

—¿Qué colores tienes disponibles?

Angela tuvo que pensarlo un poco.

—Todavía nos queda un resto de color verde botella, creo que podría bastar.

—Perfecto —replicó Nathalie enseguida—. ¡El verde botella me parece genial!

Esa misma tarde, Angela recuperó esa pieza restante de color

verde botella y la midió con la ayuda de Mariola. Era una cantidad demasiado justa.

—Aquí hay otro trozo —dijo sacando del armario una tela con motivos decorativos de color dorado verdoso—. ¿Qué te parece si combinamos las dos telas?

—¡Sí! —exclamó Mariola visiblemente entusiasmada—. Para la parte que queda por encima podríamos utilizar la tela decorada y para la inferior, la lisa de un solo color.

Se pusieron manos a la obra y en menos de dos horas tuvieron las piezas cortadas.

—¿Y Pietrino? —preguntó Angela antes de volver a su trabajo—. Él también necesitará ropa para el bautizo.

—Eso ya lo he terminado —explicó Mariola con una sonrisa de oreja a oreja—. Valentina y Pietrino irán conjuntados. Su ropa será de color blanco y azul celeste —anunció, tras lo que se puso manos a la obra con el vestido de Nathalie.

Tal como habían acordado, Angela no tuvo que preocuparse de nada más. Tess, por su parte, estaba en su elemento. Los padres de Mariola y Nicola llegaron el sábado por la tarde a Asenza y se alojaron en Villa Serena.

—Por fin tiene sentido tener una casa tan grande —anunció radiante de alegría.

Ante tanta cordialidad, la signora Coppola no tardó en perder la timidez. Volver a ver a Mariola y conocer a la pequeña Valentina fue tan conmovedor que Tess siguió hablando de ello incluso semanas más tarde.

El domingo por la mañana se reunieron todos frente a la iglesia vestidos para la ocasión. El vestido de Nathalie quedó precioso, mientras que Mariola se había confeccionado un modelo muy elegante con la tela que Angela le había regalado por Navidad.

—¿Dónde se ha metido Tizi? —preguntó Nathalie nerviosa—. No se le habrá olvidado, ¿verdad?

—No —respondió Vittorio—. Ayer por la noche estuve hablando con ella. Mira, ya están aquí.

El BMW de Solomon llegó haciendo chirriar los neumáticos por el aparcamiento.

—Menos mal —gruñó Tess consultando su reloj. Las campanas de la iglesia empezaron a sonar justo en ese instante.

—Lo siento muchísimo —exclamó Tiziana con su habitual aire teatral.

Insistió en saludarlos a todos abrazándolos uno por uno, y luego se presentó a los padres de Mariola mientras Sol se quedaba en segundo plano, junto a Vittorio, con una expresión sombría en el rostro.

—Déjalo, Tizi —le dijo Nathalie con aire enérgico—. No nos queda tiempo. Mira, el párroco nos está esperando.

Dicho esto, le puso al pequeño Pietrino en brazos y le alisó el traje de bautizo. Angela también cogió en brazos a Valentina para llevarla hasta la pila. Entraron todos juntos en la iglesia y Angela se llevó una gran alegría al ver que todo el personal de la Villa de la Seda los estaba esperando ya en los bancos delanteros. Además, descubrió también a Matilde, a Edda y a unos cuantos conocidos más.

Cuando llegó frente a la pila bautismal, vio que el portal de la iglesia se abría una vez más para dejar entrar a alguien. Era un hombre de treinta y tantos años, casi cuarenta. Angela no lo conocía, y al ver que se sentaba en una de las últimas filas pensó que seguramente debía de ser un turista que había entrado para ver la iglesia por dentro. La ceremonia empezó y Angela se olvidó del desconocido por completo.

Cuando se reunieron todos de nuevo en la explanada, todos convinieron en que había sido un bautizo precioso. Los niños habían soportado la ceremonia entera con ojos de asombro y sin quejarse, y los invitados estaban de lo más animados, incluso Sol parecía haber recuperado el buen humor. Sin embargo, no se podía obviar que seguía habiendo cierta tensión entre él y Tiziana. Una joven se acercó a Angela y esta tuvo que fijarse dos veces para darse cuenta de que se trataba de Fania, que en las últimas semanas había experimentado un cambio radical. Vestía una bonita minifalda y un abrigo a juego, y se había cortado mucho el pelo. La nueva imagen, con un práctico peinado corto, le quedaba espléndida.

—¡Fania, estás impresionante! —exclamó Angela—. ¿Cómo te va en la librería Gonzino? —preguntó. Con el trajín de las últimas semanas ni siquiera había vuelto a pensar en la que había sido su ama de llaves.

—Muy bien, gracias —respondió Fania con una amplia sonrisa—. Me entiendo de maravilla con mi nuevo jefe. Y me divierto mucho trabajando allí.

Entonces fue cuando Angela descubrió un paquetito envuelto en papel de regalo que Fania llevaba bajo el brazo.

—Tengo un regalo para Nathalie —anunció con timidez—. ¿Se lo puedo dar a usted? Ella está demasiado ocupada y no querría molestarla...

Las dos se volvieron hacia Nathalie, que en esos momentos charlaba animadamente con los padres de Mariola y con Tess.

—Gracias, Fania. Es muy amable por tu parte —respondió Angela aceptando el regalo, que sin duda alguna debía de ser un libro—. Pero seguro que querrás felicitar personalmente a Nathalie. Esperemos un momento hasta que...

—Por supuesto —contestó Fania, y se volvió hacia Emilia, que también había acudido para felicitarlas de todo corazón, aunque sin dejar de lanzarle severas miradas a su hijo Gianni, que estaba junto a Mariola con una amplia sonrisa en los labios y sosteniendo en brazos a la pequeña Valentina como si fuera el padre.

Angela se dio cuenta de cómo Nathalie perdía de repente la expresión feliz que había tenido todo el rato. Al parecer, había visto algo que no le había gustado en absoluto. Algo o a alguien. Angela siguió la dirección en la que miraba su hija y descubrió al hombre que había entrado en la iglesia poco después del inicio de la ceremonia. Estaba muy cerca de Angela, como si estuviera esperando la ocasión de hablar con ella. Nathalie le pasó a Pietrino a Tess, que reaccionó con perplejidad, y avanzó con pasos enérgicos hacia él.

—¿Qué has venido a hacer aquí? —preguntó con clara hostilidad.

—Quería verte. A ti y al pequeño.

Angela aguzó el oído. ¿Quién era ese hombre?

—¿Por qué no viniste a verme y me lo contaste todo?

—Estabas ocupado —contestó Nathalie en un tono absolutamente gélido—. Con una del primer semestre. Además, no era cierto que estuvieras separado. Me mentiste.

—No, no es cierto. Me estoy divorciando...

—De eso nada —lo cortó Nathalie, y Angela empezó a sospechar quién era el desconocido—. Es Monica quien se está divorciando de ti. Y además lo decidió hace poco.

—Nathalie, escúchame, por favor...

—No me ha gustado nada que te hayas dejado caer por aquí de este modo —le advirtió, y Angela se sorprendió al comprobar la determinación que demostraba su hija—. Esto es una celebración familiar. Te aseguro que no tienes nada que hacer aquí.

—Pero si realmente soy el padre de este pequeño...

—Estás al margen de esto, Francesco. No vuelvas jamás por aquí, ¿me oyes? —le advirtió Nathalie, tras lo cual se dio la vuelta y lo dejó plantado.

Francesco Sembràn parecía confuso. Entonces miró a Angela, tragó saliva, se armó de valor y se le acercó.

—Usted es la madre de Nathalie, ¿no es cierto? —preguntó, y sin esperar respuesta se presentó—. Soy Francesco Sembràn, el... Bueno, seguramente soy el padre del hijo de Nathalie, si es cierto lo que mi esposa...

Se quedó callado de nuevo y se mordió el labio inferior. No parecía antipático en absoluto, y de algún modo Angela sintió cierto alivio al comprobarlo. Tal vez porque la idea de que Nathalie pudiera haberse relacionado con un tipo horrible le habría parecido demasiado insoportable.

—Reconozco que no es un buen momento —prosiguió compungido, y enseguida levantó la mirada para buscar a Nathalie por los alrededores hasta que la descubrió charlando con Fania—. Pero seguramente no existe ningún buen momento para esto. Bueno, lo que le quería decir: por favor, acepte esto —le dijo tendiéndole a Angela una tarjeta—. Mi vida entera se ha ido al traste, pero de todos modos aquí están mis datos de contacto, por si necesitan comunicarse conmigo. Por supuesto, me gustaría atender mis responsabilidades. Avíseme si..., quiero decir, en el caso de que Nathalie... Póngase en contacto conmigo si en algún momento lo ve conveniente.

—Lo haré —respondió Angela—. Si mi hija algún día decide que su hijo tiene derecho a saber quién es su padre, se pondrá en contacto con usted.

Francesco Sembràn asintió y a continuación buscó con la mirada una vez más a Nathalie y al bebé. Luego se dio la vuelta y se marchó. Angela se guardó la tarjeta en el bolso.

—¿Se ha largado ya? —preguntó Nathalie acercándose a su madre y mirando con desconfianza a su alrededor—. ¿Qué te ha

dicho?

—Me ha dado su tarjeta. Por si acaso cambias de opinión.

—Tírala —replicó Nathalie con rabia, y se fue a ayudar a Tess, ya que el pequeño Pietrino seguía en sus brazos y había empezado a llorar.

«No —pensó Angela—. No la tiraré.» No podía excluir totalmente la posibilidad de que Nathalie acabara cambiando de opinión en algún momento. Y aunque no lo hiciera, no le haría ningún daño guardar esa tarjeta en un lugar seguro. Tal vez al cabo de muchos años un joven querría saber quién era su verdadero padre. Al fin y al cabo, son cosas que pasan.

20

El testamento

Durante la primera semana de febrero, Romina se presentó por sorpresa con Dario Monti.

—No molestamos, ¿verdad? —preguntó con una sonrisa cautivadora después de saludar a Angela con afecto—. Es que he venido a ver unos pisos con Dario. ¿Cómo va la reforma?

Angela respondió con un gemido.

—Todavía no hemos avanzado nada —reconoció—. Es que han sucedido demasiadas cosas estas dos últimas semanas. Pero Vittorio me ha prometido que me ayudará...

—¿Por qué molestar a Vittorio con eso? —intervino Dario Monti en un tono afable—. Ya tiene suficientes cosas que hacer en Venecia. Permíteme que sea yo quien os ayude —se ofreció—. Por favor —se apresuró a añadir al ver que Angela iba a poner pegas—, os ayudaré con mucho gusto, de verdad.

La mirada que le dirigió fue tan suplicante que Angela no se vio capaz de rechazar la oferta. Tal vez iba siendo hora de lanzar por la borda las viejas reservas contra ese hombre, al que de todos modos ya había perdonado.

—Gracias —dijo Angela al fin—. Es muy amable por tu parte.

Cuando a mediodía salió hacia el hotel Duse con Romina y Dario para comer algo, ya lo habían acordado todo. Al fin y al cabo, nadie sabía mejor que Romina cómo debía estar equipado un *atelier* de moda. Angela estaba tranquila en ese sentido, pero también porque Monti, como arquitecto local, era el más adecuado para ocuparse de la reforma del *atelier*. Por eso decidió quedarse un par de pasos por detrás de ellos y aprovechar para llamar a Vittorio y decirle que no tendría que preocuparse más por ese asunto. El tiempo había cambiado repentinamente y ya era más cálido. Alrededor de las dos

mesas altas que el bar del hotel Duse tenía en la *piazza* había media docena de hombres con traje y corbata charlando animadamente bajo el sol de mediodía.

—¿Esa no es la alemana que le birló la Villa de la Seda al viejo Rivalecca? —le oyó sisear a alguien al pasar—. Vete a saber lo que hizo para conseguirla...

—Bueno, no hace falta tener mucha imaginación —respondió el otro en tono burlón.

Angela se dio la vuelta hacia el grupo. Todos los hombres desviaron la mirada y disimularon de inmediato. Cuando se fijó mejor, constató que solo los conocía de vista y empezó a encolerizarse por dentro. Por unos breves instantes valoró la posibilidad de coger el toro por los cuernos y preguntar a aquel atajo de cotillas si alguien se atrevía a reprocharle algo a la cara. Sin embargo, debido al desconcierto inicial, el momento pasó rápidamente y creyó más sensato entrar enseguida en el bar, donde Romina y Dario ya la esperaban de pie frente a la barra. El corazón le latía con fuerza.

Al igual que ellos, pidió el menú del día, aunque fue incapaz de concentrarse del todo en la conversación con Romina y Dario, ya que no podía parar de pensar en los comentarios de aquel grupo congregado frente al hotel, hacia el que iba lanzando miradas de vez en cuando. Por mucho que una vocecita sensata dentro de su cabeza le advirtiera de que era mejor olvidarse de aquellas habladurías, lo cierto era que no lo conseguía.

—Angela, ¿qué te ocurre? —le preguntó Romina con preocupación.

—Esto... Nada, ¿por qué?

—Te he preguntado lo mismo tres veces. Pero no pasa nada, te lo vuelvo a preguntar —constató Romina con una sonrisa—. ¿Cuánta gente trabajará en el taller? Dario debería saberlo para poder equiparlo con las tomas de corriente necesarias para todos los puestos de trabajo.

Aliviada al ver que podría ocuparse con algo concreto, Angela intentó centrarse en Romina.

—Al principio solo seréis Mariola y tú —dijo—. Ya la has conocido. Cose a mano, borda y aplica perlas y pedrería. De momento no he pensado en contratar a más personal.

—Hay espacio suficiente. Solo por si dentro de unos años

quisieras contratar a alguien más —dijo Dario para tranquilizarla—, lo que haría sería tender la instalación eléctrica por el suelo de un modo uniforme, así cualquier posible ampliación no supondrá ningún problema —propuso, tras lo que se la quedó mirando con atención—. ¿Algo no va bien? ¿Has recibido malas noticias? Pareces realmente preocupada.

—No, no pasa nada, todo va bien —mintió Angela obligándose a forzar una sonrisa. Había olvidado por completo lo observador que llegaba a ser el arquitecto.

—Por cierto, Dario me ha encontrado un lugar precioso para vivir —explicó Romina—. Aunque la verdad es que es un poco grande. Y también bastante caro —añadió con aire reflexivo—. ¿Serías tan amable de venir a echarle un vistazo en algún momento, Angela? Me gustaría mucho conocer tu opinión al respecto.

Por unos momentos, Angela estuvo a punto de rechazar la petición. Últimamente tenía la sensación de que la gente le pedía demasiados favores y se sentía cansada y abatida. Después de todo, todavía estaba triste por la reciente muerte de su padre, y el hecho de que nadie pudiera saber hasta qué punto eso la afectaba, o de que hubiera gente a la que le parecía sospechosa la relación con el anciano..., no conseguía sino fatigarla más de lo que estaba dispuesta a admitir. No obstante, al ver la mirada de expectación de Romina y la confianza que le transmitió, acabó accediendo.

—Cuanto antes mejor —propuso—. Si es posible.

Y así fue. Dario tenía la llave del apartamento, que resultó estar muy cerca del Palazzo Duse, en la planta superior de un edificio histórico. Estaba en venta y Romina se estaba planteando si sería un lugar adecuado para ella.

—Ciento veinte metros cuadrados —dijo Romina encantada nada más entrar. Las tablas de madera de castaño, oscurecidas por el paso del tiempo, crujieron bajo sus pasos—. Y ¡mira qué vistas!

Abrió una puerta de doble hoja que les dio acceso a una estancia bañada por la luz del sol, con ventanas en forma de arco que ofrecían una panorámica sobre los tejados de la pequeña ciudad y sobre los viñedos que habían sido propiedad de Lorenzo Rivalecca.

—Maravillosas —dijo Angela de corazón.

—Mira —prosiguió Romina, que se había adelantado y ya estaba abriendo otra puerta—. El dormitorio es un poco más pequeño.

—Bueno, tiene ciento veinte metros cuadrados —comentó Dario mientras les echaba un vistazo a los planos—. Las ventanas están orientadas hacia el este, por lo que tendrás el sol de la mañana.

—La cocina está allí, es lo suficientemente grande para celebrar banquetes —añadió Romina recorriendo el pasillo hasta el otro extremo—. Justo detrás hay una habitación muy bonita. Mira, Angela. Queda un poco reservada y tiene treinta metros cuadrados. ¿Crees que podría alquilarla?

Angela entró en la habitación. Tenía forma de *L* y, a través de dos ventanas orientadas al oeste y una hacia el norte, entraba una luz muy agradable.

—En el rincón podrías poner una cama —propuso Dario—. Y el resto podría servir como sala de estar. Eso sí, la cocina tendríais que compartirla.

—Y ¿el cuarto de baño?

—Hay dos —respondió Romina—. Uno con bañera, junto al otro dormitorio, y el otro está aquí al lado. Este solo tiene ducha, pero...

—Eso es lo de menos —opinó Angela al verlo—. Lo único que sí haría es quitar esa vieja cortina de plástico e instalar una mampara de cristal...

—Naturalmente —la interrumpió Dario con una sonrisa—. Sería cuestión de renovar todas estas cosas. ¿Verdad, Romina?

—Dentro de mis posibilidades económicas, sí —respondió la modista—. Lo que necesito es un inquilino. Solo me podré permitir el piso si puedo alquilar la habitación. Y mejor aún sería una inquilina. ¿Conoces a alguien, Angela?

Por supuesto que sí. Conocía a alguien que necesitaba alojamiento en Asenza, precisamente. Ni más ni menos que Lidia. Lo que no sabía era si las dos mujeres se llevarían bien.

—Pues sí, se me ocurre una persona —respondió—. Una tejedora que pronto empezará a trabajar con nosotros y está buscando un lugar para vivir.

—¿Contratarás a otra tejedora? —preguntó Dario con asombro.

—Lidia ya trabajaba con nosotros —respondió Angela sin entrar en detalles—. Ha estado trabajando en otro sitio durante un tiempo y ahora le gustaría regresar a la Villa de la Seda.

—¿Lidia? ¿No es la que tejía aquellas telas tan maravillosas? ¿Vuelve? Es fantástico, ¿no? —exclamó Romina—. ¿Y es simpática?

—Bueno... —empezó a decir Angela titubeando—. Creo que deberías conocerla y hacerte una idea tú misma —respondió, tras lo que le prometió que las pondría en contacto y se despidió.

El camino de vuelta a casa la llevó por la plaza que había frente a la iglesia. En el Palazzo Duse todas las ventanas estaban cerradas. Se había desprendido un fragmento del precinto blanco y rojo y revoloteaba con el viento. El sendero de acceso estaba cubierto de hojas secas. Todo parecía inerte en la finca, solo los naranjos que había junto a la escalera exterior estaban cargados de frutos, aunque la mayoría habían caído al suelo.

Desvió la mirada y siguió caminando. Cuando llegó a la entrada del cementerio no pudo evitar abrir la puerta. Las piernas la llevaron hasta la tumba ante la que tantas veces había visto a su padre.

«Debería haber traído flores —se le pasó por la cabeza—. Lirios blancos, o calas, como las que Lorenzo traía todas las semanas a la tumba de Lela.»

Hacía exactamente un mes que Lorenzo Rivalecca había fallecido. Aún había coronas y ramos de flores del entierro sobre el túmulo de la tumba, todo marchito y estropeado por la lluvia. Nadie se había ocupado de ello. El primer impulso de Angela fue el de llamar al jardinero del cementerio para pedirle que lo arreglara, pero ¿en calidad de qué podía pedírselo? ¿Como buena amiga de la casa? Ya circulaban suficientes habladurías sobre ella. Por mucho que le doliera, cada día era más consciente de ello. De manera que, furiosa, se encargó de acicalar el lugar ella misma. La cruz de madera provisional con el nombre de Lorenzo y las fechas de nacimiento y de defunción estaba torcida. Intentó enderezarla y, al ver que no hacía más que inclinarse sobre la tierra empapada, la clavó en el suelo con todas sus fuerzas.

—Vaya, ni más ni menos que *la tedesca* —rechinó una voz a su espalda. Angela se dio la vuelta, presa de un sobresalto—. No creía que tuviera usted tanta fuerza.

Era Carmela, y la estaba mirando con la cabeza ladeada y una sonrisa en los labios.

—Menuda porquería, ¿verdad? —comentó la anciana señalando con la cabeza los restos marchitos de los adornos florales—. Se moriría

de risa, si no estuviera muerto ya.

—¿Cómo ha subido hasta aquí? —preguntó Angela sorprendida.

—Con mis cuatro piernas —respondió Carmela levantando un instante los dos bastones en los que se apoyaba—. Hace unos días que me encuentro mejor. Para ser más precisa, desde que vino a verme. Podría decirse que consiguió usted una curación milagrosa.

Se quedó mirando a Angela con una amplia sonrisa que dejó al descubierto unos dientes demasiado grandes para una mujer tan menuda.

—Si no te mueves, te oxidas —prosiguió—. Por eso salgo a dar una vuelta todos los días. Y resulta que hoy la he sorprendido. ¿Sabe usted que en la ciudad la toman por la amante de Rivalecca?

Carmela se echó a reír, y parecía como si fuera incapaz de parar. Al final, se puso colorada y un ataque de tos sustituyó a las carcajadas.

—A decir verdad, no me parece nada divertido —objetó Angela mientras le daba unos golpecitos en la espalda a la anciana para ayudarla a superar el ataque de tos.

—Gracias. Ya me lo imagino —replicó Carmela observándola—. ¿Es cierto que ha recibido usted una carta?

—¿Qué tipo de carta? —preguntó Angela, a pesar de saber perfectamente a qué se refería la anciana.

—Bueno, una invitación a la lectura del testamento —repuso Carmela mirándola de un modo implacable.

—No —respondió Angela—. ¿Qué le hace pensar eso?

—Edda se lo ha contado a Maddalena. Y la peluquera se lo ha oído explicar a la esposa de Davide Bramante. Entonces ¿qué? ¿Es cierto o no?

—Todavía no he recibido ninguna carta —contestó Angela claramente nerviosa. Aquella pequeña ciudad estaba de verdad repleta de cotillas. Carmela la escrutó con más intensidad todavía, si es que eso era posible.

—Usted oculta algo —dijo la anciana—. Aunque no estoy tan loca como para creer que tuviera un idilio con el viejo, entre usted y Lorenzo había algún tipo de vínculo, ¿verdad? El mero hecho de que esté usted aquí ya revela algo —constató señalando hacia la tumba con uno de los bastones—. Nadie viene nunca, ni siquiera Guglielmo. Porque nadie soportaba a ese viejo.

—Entonces ¿qué hace usted aquí? —quiso saber Angela con

obstinación.

Carmela se quedó callada mascullando algo como si hablara consigo misma.

—Yo tampoco lo sé —reconoció de mala gana—. Todo ha quedado revuelto desde que llegó usted. Lorenzo y yo nos odiábamos, se lo aseguro. Me trató muy mal después de la muerte de Lela. Y encima él tenía tanto y necesitaba tan poco. ¿Qué le habría costado compartir una pequeña parte de su fortuna con Maddalena y conmigo? Ni siquiera lo habría notado. —Amargada, Carmela se quedó mirando las flores marchitas amontonadas—. Pero luego llegó usted, y de repente Lorenzo se volvió accesible, sí. No me gusta admitirlo, pero es la verdad. El hecho de que me permitiera mudarme a la casita de los viñedos me pareció un verdadero milagro.

»Y esa joven napolitana a la que alojó en la casita del jardinero... Incluso llegó a traerme *minestrone* él mismo, en persona... —comentó negando con la cabeza mientras recordaba la sorprendente transformación de Lorenzo Rivalecca. Luego clavó la mirada de nuevo en los ojos de Angela antes de proseguir—: Consiguió usted ablandarlo y no sé cómo lo logró. Admítalo: era incapaz de rechazar lo que usted le proponía. ¿Por qué? Tiene que haber algún buen motivo para ello —constató acechándola con sus ojos oscuros tras los gruesos cristales de las gafas.

—Él quería que quedara entre nosotros —dijo Angela. No podía seguir fingiendo que no sabía de qué le hablaba Carmela, pero tampoco estaba dispuesta a airear el secreto—. Me limito a respetar su voluntad.

Carmela se la quedó mirando un buen rato.

—Algún día lo descubriré —profetizó la anciana antes de darse la vuelta y marcharse cojeando.

Angela la siguió con la mirada hasta que su figura delgaducha desapareció tras la iglesia.

Tres días más tarde llegaron las cartas. Davide tenía razón, tanto Angela como Nathalie recibieron sendas invitaciones a la lectura del testamento. Y Matilde también.

—Solo falta Pietrino —bromeó Tess. Llevada por la curiosidad y aprovechando que era el día libre de Emilia, había aceptado la

invitación de Angela para comprobar las artes culinarias de Matilde—. No pongas esa cara —dijo para intentar animarla—. Por supuesto que debe de haberte mencionado en el testamento, estaba clarísimo que lo haría. Deja que la gente hable lo que quiera. ¿Qué te importa a ti eso?

—Es que van contando que mamá mantenía un idilio con Lorenzo —intervino Nathalie medio divertida y medio indignada.

—Eso es absolutamente ridículo —exclamó Tess sacudiendo su corta melena plateada antes de probar el pollo cebado con maíz—. Mmm..., ¡es delicioso! Pero que no se entere Emilia de que lo he dicho, ¿de acuerdo? —advirtió mientras se limpiaba los labios dándose toquecitos con la servilleta—. Me cuesta creer que la gente piense realmente que Angela podría haber... —empezó a decir, aunque un escalofrío interrumpió la frase—. Nada, tú tranquila. Dentro de unas semanas estarán cotilleando sobre cualquier otra cosa.

—Mientras hacía la compra yo también he oído algo parecido —constató Matilde con claro desagrado aprovechando que tenía que servir un cuenco de polenta—. Les he dicho que debería darles vergüenza.

—No les haga caso —le aconsejó Tess—. Es la manera de que paren cuanto antes. Y ¿qué me cuentas sobre Lidia? —preguntó dirigiéndose de nuevo a Angela—. ¿Cuándo volverá?

—A principios de marzo —reveló Angela agradeciendo el cambio de tema—. Vivirá con Romina.

—Espero que esas dos se lleven bien —comentó Tess con aparente escepticismo.

—Creo que sí —opinó Angela con optimismo—. Lidia ha cambiado.

—Ya veremos —objetó Tess—. De momento está hundida. Cuando empiece a levantar cabeza...

—La verdad es que no me preocupa.

Angela aguzó el oído. Desde la calle le llegaron unos gritos aislados. Y un estrépito, como si estuvieran lanzando objetos a la calle.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tess levantando también la cabeza.

Nathalie se puso en pie enseguida y corrió hacia la ventana.

—¡Dios mío! —exclamó con la mano ante la boca, entre horrorizada y divertida.

Angela no pudo quedarse sentada. Se acercó a Nathalie y miró hacia la calle. Nicola estaba maldiciendo en napolitano bajo una lluvia

de prendas de ropa. Su vetusta maleta estaba rota y torcida a su lado, sobre los adoquines.

—Vete al diablo —se oyó gritar a Edda desde su casa—. ¡Estoy harta!

Lo último que cayó fue la ropa interior, y luego se cerró la ventana.

—Cielo santo —exclamó Angela apartándose de la ventana—. ¡Esto es de película! Por favor, apártate de la ventana, Nathalie. Todo esto ya debe de ser suficientemente vergonzoso para el pobre Nicola.

Empezó a oírse el llanto de Pietrino procedente de la cuna.

—Al menos Anna recuperará la esperanza —se limitó a constatar Nathalie antes de ocuparse de aplacar el hambre de su hijo.

—Y ¿qué pasará con la pobre Fioretta?

—No te enteras de nada, mamá. Fioretta está con Luca desde hace una semana —le explicó la hija. Pietrino chillaba con furia porque le costaba encontrar el pezón—. Toma, no pasa nada. Si los hombres no obtenéis lo que queréis, os enfadáis a la primera de cambio, ¿verdad? —bromeó. El pequeño encontró por fin su fuente de alimento y empezó a mamar con voracidad.

—¿Cómo han ido las cosas? ¿Luca ha conseguido que Fioretta le corresponda de una vez? —preguntó Tess, que al parecer tampoco estaba al corriente—. Qué bien, ¿no?

—Le ha regalado un anillo —explicó Nathalie con aire soñador—. Con un brillante precioso —añadió con un suspiro—. ¿No os parece romántico?

Tess y Angela intercambiaron una mirada de preocupación. ¿Esa clase de sueños eran los que tenía Nathalie, con lo pragmática que solía ser?

—Vamos a ver, echemos cuentas —dijo Tess—. Que yo sepa, Luca lleva ocho años esperando este momento. A eso lo llamo yo perseverancia.

—Yo lo llamaría amor —la contradijo Nathalie con aire melancólico.

—Y ¿cuándo es la lectura del testamento? —preguntó Tess, sin duda para cambiar de tema.

—El 2 de marzo —respondió Angela con un suspiro.

—O sea, que faltan todavía casi cuatro semanas —constató Tess con asombro—. Mira que se hacen de rogar...

Entretanto, en la Villa de la Seda volvió a resonar el ruido de los operarios que trabajaban bajo las órdenes de Dario Monti para renovar el *atelier* de costura. Instalaron calefacción radiante, practicaron rozas en las paredes y techos para tender los cables eléctricos, instalaron un lavamanos y luego lo revocaron todo de nuevo. Cubrieron el suelo con listones de madera y pintaron las paredes. En la sala trasera Angela mandó levantar unos tabiques para crear un probador con su espejo correspondiente. Aunque los costes acabaron superando el presupuesto inicial, decidió encargar a un carpintero que le fabricara también unos armarios empotrados, de manera que hubiera espacio suficiente para guardar las telas y para los numerosos accesorios y consumibles que se requerían: hilos, botones, galones, ribetes y las finas perlas de cristal que Mariola necesitaba para sus bordados con pedrería. Al final les entregaron también las mesas de trabajo y las sillas, las lámparas y las máquinas de coser. Puntualmente, a final de mes, quedaron listos tanto el estudio como el apartamento de Romina. Angela respiró aliviada. Ya podía empezar una nueva era.

Todos esperaban con una mezcla de curiosidad e inquietud el día que Lidia regresaría al taller. Cuando por fin llegó el momento, pareció como si no se hubiera marchado jamás.

Llegó, saludó a los demás, que ya estaban sentados frente a sus telares y la miraron de un modo amistoso, aunque con claras reservas, y sacó los mismos zapatos de tela viejos de la misma bolsa marrón que desde hacía años siempre utilizaba para tejer. Angela le explicó el encargo que le había asignado y Orsolina le entregó el hilo de seda de color verde claro. Y se puso a tejer. Los demás también retomaron el trabajo donde lo habían dejado el día anterior. Todo parecía igual que siempre, aunque en realidad era completamente distinto.

—De algún modo está rota por dentro —constató Nola al término de la pausa de mediodía. Como de costumbre, se habían reunido con Angela bajo la morera, que empezaba a brotar con ganas y solo necesitaba unos días más de sol para que empezaran a salirle hojas verdes. Lidia se había marchado a casa y todavía no había regresado.

Fioretta había salido a buscar los cafés.

—Pero parece más simpática que antes —intervino Stefano.

—Tiene el orgullo destrozado —comentó Orsolina tomando asiento en el banco de debajo de la morera.

—Dejadla en paz —pidió Maddalena. Era evidente la compasión que le despertaba Lidia.

—¿Qué te ha parecido a ti? —le preguntó Anna a Nicola.

—Ni idea —respondió este pasándose las manos por el pelo con aire distraído, de manera que le quedaron completamente revueltos—. Solo hemos coincidido unas horas aquí.

Después de que Edda lo hubiera echado de casa, Angela le había permitido quedarse en la habitación de los invitados de forma provisional. Porque se sobreentendía que tampoco podía volver a la buhardilla de Nola. El napolitano, normalmente tan animado, no estaba viviendo su mejor momento. Era evidente que la disputa con la temperamental peluquera lo había dejado afligido. Por eso Angela había intentado facilitarle las cosas. Sin embargo, ¿se daba él cuenta de ello?

La puerta se abrió y apareció Lidia. Titubeó unos instantes antes de reunirse con los demás en silencio y con actitud apocada. Maddalena hizo de tripas corazón.

—Me alegro de que vuelvas a estar con nosotros —le dijo.

—Sí, esto... —empezó a decir Nola, aunque tuvo que aclararse la garganta mientras miraba a su compañera a los ojos—. Qué bien que hayas vuelto.

Los ojos de Lidia se llenaron de lágrimas.

—Yo... yo también me alegro mucho —dijo sollozando unas cuantas veces.

Por suerte, en ese momento regresó Fioretta con una bandeja llena de tacitas de *espresso* que desprendían un aroma embriagador, y Romina y Mariola salieron del estudio. El sol se abrió paso entre las nubes primaverales, y Angela se dio cuenta, aliviada, de que Lidia iba perdiendo la vergüenza poco a poco. Las risas llenaron el patio cuando Romina contó los problemas que estaba teniendo con el nuevo calentador de agua de su piso.

—Es que imaginaos: justo cuando tenía el pelo enjabonado, empieza a salir el agua helada. ¡Me he puesto a chillar como una loca! Suerte que Lidia me ha oído.

—Casi me muero del susto —intervino Lidia.

—Y ¿sabéis lo que ha hecho este encanto de mujer? —prosiguió Romina—. Ha puesto una olla grande de agua a calentar y me la ha traído.

Angela respiró aliviada. Todo iría bien. Junto a la morera descubrió las primeras flores del año. Tan solo esperaba que pasara de una vez el día siguiente. Porque por fin llegaba el momento de abrir el testamento de su padre.

A las diez en punto se reunieron en el ayuntamiento, puesto que allí era donde tenía el despacho el notario. Angela y Nathalie con el bebé, Carmela y Maddalena vestidas con sus mejores galas y, por supuesto, Guglielmo Sartori, lanzándoles miradas de verdadero odio. En el último momento apareció también un hombre al que Angela no conocía. Era el abogado de Sartori, una figura enjuta enfundada en un traje que no le quedaba nada bien, con los hombros cubiertos de caspa.

—Como ya saben, nos hemos reunido aquí para conocer las últimas voluntades de Lorenzo Rivalecca. —El dottore Zapotti se enderezó las gafas de montura dorada con esmero—. El difunto dejó escrito un testamento ante notario, aunque no recurrió a mí, sino que eligió para ello a un notario de Treviso —explicó Zapotti, y a Angela le pareció detectar cierto tono de desaprobación en la voz del notario —. Por consiguiente, desconozco el contenido del testamento. Ese colega de Treviso, no obstante, me ha pasado la lista con los nombres de los aquí presentes. Las últimas incorporaciones han sido, de hecho, las de las signore Carmela y Maddalena Ponzino...

—Sí, exacto. ¿Se puede saber qué hacen aquí esas dos? —le espetó Guglielmo.

—Bueno, entretanto se ha presentado la documentación que certifica su parentesco demostrado con Lela Sartori...

—¿Qué clase de documentación? —lo interrumpió de nuevo la voz de Guglielmo. Su abogado intentó apaciguarlo, aunque sin llegar a conseguirlo—. ¡Esto no es ningún juego!

El dottore Zapotti levantó la mano y lo miró con severidad.

—Podrá usted llevar a cabo los procedimientos legales que crea necesarios. Vayamos al grano. No voy precisamente sobrado de

tiempo.

Dicho esto, sacó un sobre sellado de forma oficial que, en realidad, parecía más bien un paquete, y lo levantó para que todos los presentes pudieran comprobar que el sello estaba intacto antes de romperlo. Contenía un legajo de documentos. El notario les echó un vistazo general y seleccionó un conjunto de hojas de papel grapadas, también con el sello oficial.

—Procederé a la lectura en voz alta del testamento —los informó Zapotti antes de aclararse la garganta y empezar.

Angela escuchó la introducción de cortesía que incluía el nombre completo, el lugar y fecha de nacimiento y el estado civil del fallecido, todo pronunciado apresuradamente, como un murmullo, de manera que le sonó por completo irreal. Tuvo que concentrarse para seguir las palabras que el notario recitó de carrerilla, aunque el torrente de palabras de Zapotti cesó de repente. Se aclaró la garganta de nuevo y se quedó mirando un buen rato el documento que tenía en la mano antes de proseguir:

—«A mi fiel ama de llaves, Matilde Bonetti, le lego diez mil euros de mi capital efectivo como agradecimiento ante lo mucho que ha tenido que aguantar a lo largo de estos años. Todo el resto de mi patrimonio en forma de dinero en efectivo, inversiones y patrimonio inmobiliario, detallado en la lista adjunta convenientemente compulsada, lo lego en su totalidad a la signora Angela Steeger y a su hija Nathalie a partes iguales. Esta es mi voluntad expresa. No hay nada más que decir.» —El notario levantó la mirada—. Eso es lo que pone aquí —añadió.

Angela notó que sus mejillas perdían todo su color de repente. No debía de haberlo oído bien, era la única explicación. En la sala se hizo un silencio sepulcral, todos se quedaron helados. Excepto Pietrino, que por supuesto no tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir y empezó a hacer ruiditos que sonaron como una carcajada de alegría.

—*Ma che cazzo* —maldijo Guglielmo Sartori, tras lo cual se puso en pie tan bruscamente que su silla cayó al suelo con gran estrépito—. Ya le he dicho que ese viejo ya no estaba en sus cabales —se quejó señalando a Angela con el índice—. ¡Maldita cazaherencias!

—¿La *signora* está emparentada de algún modo con el difunto? —quiso saber el abogado.

El notario se la quedó mirando con una expresión interrogante en

el rostro.

—Preferiría no responder a esa pregunta —contestó Angela mientras Nathalie le daba un apretón afectuoso en la mano con discreción.

Esa misma mañana habían acordado una vez más que mantendrían el secreto acerca de la paternidad de Lorenzo a cualquier precio.

—*Che strano* —murmuró Carmela—. ¿Por qué lo ha hecho?

—Yo lo entiendo, a mí no me extraña nada —intervino Maddalena—. Al fin y al cabo, la signora Angela era la única que se preocupaba por él. Tú solo le gritabas. Vamos, mamá, regresemos a casa.

—No se saldrá con la suya —exclamó Guglielmo Sartori con furia —. Pienso llevarla a todos los tribunales de Italia hasta que me den la razón, se lo juro...

—Un momento —lo interrumpió el notario hojeando los documentos del legado—. Todavía no hemos terminado. Aquí hay otro sobre —constató mostrándolo del mismo modo que había hecho antes y examinándolo desde todos los ángulos—. En este sobre pone: «Abrir en caso de que alguien ponga en duda mi testamento» —leyó, tras lo que negó con la cabeza con incredulidad—. Supongo que es el caso.

—¡Por supuesto que sí! —le espetó Guglielmo Sartori.

—*Madonna*, ¿a qué viene esto? —exclamó Carmela mientras el notario procedía a abrir el segundo sobre y le echaba un vistazo a las varias hojas de papel que contenía.

—Es un informe médico —explicó el notario—. Y una carta del difunto. Empezaremos leyendo esto —decidió lanzándole una mirada elocuente a Angela, a quien el corazón empezó a latirle con fuerza—. «Mis alegres dolientes —leyó el notario, y de repente Angela tuvo la sensación de estar oyendo al mismísimo Lorenzo—, puesto que puedo imaginar perfectamente lo rabioso que debe de estar ese avaricioso de Guglielmo Sartori, he pensado que le gustará oír otra sorpresita más. La he preparado especialmente para ti, y seguro que responderá a la pregunta que debes de estar haciéndote: por qué he designado a la mujer a la que llamáis *la tedesca* como mi única heredera indiscutible. Tal como demuestran los análisis médicos adjuntos y el peritaje del professore Luigi Riva, experto en genética humana, la signora Angela Steeger es hija mía, fruto de la relación que mantuve con Rita, el amor

de mi vida. Los dos éramos demasiado testarudos para aprovechar el amor que sentíamos, y no descubrí que tenía una hija hasta que Angela llegó a Asenza y vino a verme para comprarme la Villa de la Seda. Ha conseguido dar el máximo sentido a mis últimos días y me ha tenido que aguantar muchas cosas. Te lo agradezco muchísimo, *mia figlia*. Y tú, Guglielmo... —El notario tuvo que aclararse la voz antes de proseguir—: vete al diablo. Firmado: Lorenzo Rivalecca.»

Angela creyó estar soñando. Por supuesto, recordaba cómo Lorenzo le había pedido que se sometiera a una prueba de paternidad. Ella se había negado y se había enfadado mucho con él. De manera que no podía haber ninguna prueba genética, puesto que ella no había dado su consentimiento. Entonces ¿de dónde habían salido aquellas certificaciones médicas? ¿Cómo era posible? ¿Es que Lorenzo había llegado al extremo de falsificar un documento pericial? La verdad era que lo creía capaz de eso y más.

El escándalo que montó un Guglielmo Sartori absolutamente furioso le llegó amortiguado por una especie de tupido velo. Se quedó mirando la cara pálida y anciana de Carmela.

—*Diamine!* —le oyó decir a Carmela—. Pues ¡claro! ¿Cómo es posible que no me hubiera dado cuenta? —exclamó Carmela mientras le apretaba la mano a Maddalena, quien felicitó a su jefa sin reservas.

Angela firmó en los lugares que le indicó el notario, recogió un paquete de documentos y, cuando por fin salieron a la Piazza della Libertà, la luz del sol consiguió sacarla del estupor en el que se había sumido.

—¿Estás bien? —preguntó Nathalie mirándola con preocupación.

Angela asintió y se quedó contemplando la multitud inusualmente numerosa que se había congregado frente al hotel Duse. Todos parecían estar disimulando, pero al mismo tiempo muriéndose de ganas de saber el desenlace. A Guglielmo Sartori no se le volvió a ver el pelo.

—Vayamos a casa de Tess —propuso Angela.

Tenía un montón de preguntas para ella. Porque, si no podía contestarlas Tess, no habría nadie más en el mundo capaz de hacerlo.

21

El legado de Lorenzo

—Me declaro culpable —admitió Tess sentada en su sillón de mimbre preferido del invernadero con una actitud que transmitía cualquier cosa menos sentimiento de culpa—. ¿Os apetece una copita de jerez? ¿O mejor abrimos una botella de prosecco? Motivos para celebrar no nos faltan, ¿verdad?

—Tess, la cabeza me da vueltas. Mejor cuéntame cómo lo hizo.

—Antes que nada, siéntate —le pidió Tess—. Sí, lo admito. Lo ayudé —concedió al ver lo revuelta que había llegado Angela.

Esta creyó no haberla oído bien.

—¿Que lo ayudaste? ¿A qué?

Nathalie ya había tomado asiento y estaba deshaciendo el extremo del fular del bebé para que Pietrino estuviera más cómodo. Titubeando, Angela también se acabó sentando en una de las sillas de mimbre.

—¿Te acuerdas de lo furiosa que te pusiste cuando Lorenzo te reclamó la prueba de paternidad? —le preguntó Tess.

—¡Tú dirás si me acuerdo! Llegó al punto de insinuarme que…

—¡Vamos, no digas tonterías! —exclamó Tess y tomó un sorbo de jerez con toda tranquilidad—. El viejo simplemente actuó de un modo todavía más torpe que de costumbre. Al fin y al cabo, la diplomacia nunca fue su fuerte. En realidad, nunca insinuó ninguna de esas cosas. No, Angela, lo hizo todo con previsión. Porque sabía perfectamente que, después de su muerte, nadie creería que eras su hija. Guglielmo ya lo había puesto de los nervios en más de una ocasión. Por eso prefería legar toda su fortuna a la Iglesia antes que a ese canalla, y eso que, como ya sabes, no era precisamente devoto. Entonces decidió encontrar la manera de asegurarse de que tú lo heredaras todo. Aunque no quiso decírtelo. Porque sabía perfectamente que no lo

querrías, ya fuera por orgullo, por humildad o por cualquier otro motivo.

—¿Era importante para él lo que sucediera después de su muerte? —preguntó Angela sorprendida.

Pensó en el testamento y en la carta que había dejado. Jamás se le habría ocurrido la idea de que su padre pudiera dedicar tiempo a pensar cosas semejantes.

—¡Por supuesto que era importante para él! Sobre todo después de que Pietrino llegara al mundo. Nada le habría gustado más que adoptaros a todos. Pero no quisisteis saber nada cuando lo propuso, ¿o ya no te acuerdas?

—Sí, yo me acuerdo —intervino Nathalie—. Fue tras el nacimiento de Pietrino. Cuando estuvimos hablando sobre cómo se llamaría. Fue entonces cuando lo mencionó —recordó negando con la cabeza con incredulidad—. Sonó tan absurdo en su momento. No pensé para nada que lo hubiera dicho en serio.

—Tess, vayamos al grano. Más allá de las intenciones que tuviera..., el caso es que no nos hicimos ninguna prueba. Ese certificado médico... no lo habrá falsificado, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Tenía que ser auténtico, eso fue lo más complicado. Y si Guglielmo insistiera en repetirlo, tendría que salir el mismo resultado —explicó Tess con aparente satisfacción.

—Me parece increíble —exclamó Angela indignada—. Lo has estado encubriendo todo este tiempo. ¿Qué llegasteis a hacer para...?

—¿Para asegurarnos de que en el futuro a Nathalie y a Pietrino no les falte nada? —la interrumpió Tess con los ojos brillantes—. Al ver que reaccionabas de un modo tan increíblemente testarudo, me vi obligada a ayudar a tu padre. ¿O acaso habrías preferido que Guglielmo no solo heredara el Palazzo Duse y toda la fortuna de Lorenzo, sino que también pudiera arrebatarte la Villa de la Seda?

Horrorizada, Angela pensó en cómo ese tipo tan abyecto se había plantado en la tejeduría. Y en su hijo, que le había roto el cristal de la ventana tres veces. No podía demostrarlo, pero estaba segura de haber reconocido al joven.

—Pero no nos tengas más en vilo —intervino Nathalie poniéndole una mano sobre el brazo a su madre para apaciguarla—. ¿Cómo lo lograsteis?

Tess sonrió con picardía.

—Le robé a tu madre el cepillo del pelo que llevaba en el bolso —confesó—. Por lo que me dijeron, allí había material genético de sobra: pelos, partículas de piel y vete a saber qué más. Normalmente se utiliza saliva para esa clase de pruebas —añadió al ver que tanto Angela como Nathalie se la quedaban mirando perplejas—, pero no se me ocurrió ninguna excusa para convencerte de que tenías que escupir dentro de un tubito —explicó. Nathalie empezó a reírse, por lo visto le parecía de lo más divertido—. Y con el cepillo, Lorenzo acudió a un instituto. Un instituto de... Espera, ¿cómo se llamaba?

—«De genética humana», lo ponía en el certificado —la ayudó Nathalie.

—Exacto.

Angela se quedó mirando a su amiga con incredulidad.

—Esto es... ¿De verdad me robaste el cepillo? —De repente ella también se echó a reír, incapaz de contenerse. Todo le parecía muy absurdo—. Y ¿por qué no me lo explicasteis, simplemente?

—Lo hicimos, querida Angela —la interrumpió Tess con suavidad —. O mejor dicho, lo intentamos. Pero parece ser que eres igual de testaruda que tu padre —comentó, tras lo que cogió uno de los almendrados que había horneado Emilia y le dio un bocado.

—Y... ¿qué significa eso ahora? —quiso saber Nathalie—. ¿De verdad somos... ricas?

—Y tanto que sí —respondió Tess con una amplia sonrisa—. Pero, por encima de todo, significa que ese horrible Guglielmo no podrá haceros la vida imposible tratando de arrebataros la Villa de la Seda. Por lo que he oído, ya ha intentado conseguir un certificado del dottore Spagulo para demostrar que durante los últimos años Lorenzo había ido perdiendo sus facultades mentales. Créeme, ese hombre no habría descansado hasta que os hubiera echado de allí —aseguró. A continuación se quedó callada, parecía realmente agotada—. Ya sé que lo del cepillo y la prueba de paternidad secreta no estuvo bien —admitió en voz baja—, esas cosas no se hacen. Por no hablar de que va contra la ley llevar a cabo la prueba sin el consentimiento de las partes afectadas. Pero espero que no estés enfadada conmigo. Al fin y al cabo, lo hice con buena intención.

—Vamos, Tess —exclamó Angela cogiéndole la mano a su amiga —. Por supuesto que no estoy enfadada contigo. Es solo que... todavía no acabo de asumirlo del todo —concedió mientras se ponía en pie—.

Creo que necesito estar sola un rato.

—¿Estás segura, mamá? —preguntó Nathalie con preocupación —. Estás bastante aturdida por todo lo sucedido. Aunque la verdad es que es fantástico que por fin podamos demostrar abiertamente lo que sentíamos por Lorenzo. Me parecía horrible tener que actuar como si no nos hubiera afectado su muerte.

Tenía razón, pero a pesar de todo Angela necesitaba tiempo para digerir las cosas.

—No te preocupes —le aseguró—. Estoy bien.

Y dicho esto se despidió y regresó a su casa.

Su primera reacción fue llamar a Vittorio. Sin embargo, decidió dejarlo para más tarde. En lugar de eso, sacó las zapatillas de correr del armario, se puso la ropa deportiva y salió de la villa con discreción para no tener que rendir cuentas a sus empleados. Todavía no. Necesitaba una hora para sí misma. Como mínimo.

Angela eligió el recorrido en el que le pareció menos probable encontrarse con nadie. Atravesó los viñedos, primero cuesta arriba y luego cuesta abajo, siguiendo el camino que salía de Asenza en dirección a las colinas vecinas. Hacía demasiado tiempo que no salía a correr y le costó un poco encontrar un ritmo cómodo, pero se concentró en la respiración hasta que los pensamientos que le rondaban por la cabeza por fin quedaron acallados.

El cielo estaba muy despejado. Hacia el nordeste divisó las montañas nevadas de los Alpes venecianos brillando a la luz del sol, con el masivo monte Grappa claramente visible a lo lejos. Era la ubicación entre los Dolomitas y el mar Adriático lo que confería ese clima templado tan fantástico a Asenza y posibilitaba la proliferación de granados, naranjos y limoneros, almendros y, por encima de todo, las uvas típicas de la región, que permitían obtener un prosecco excelente. Era un verdadero paraíso.

Nunca habría contado con llegar a heredar la fortuna de Rivalecca. El mero hecho de que fuera su padre ya le había parecido algo irreal, a pesar de no haber dudado de la palabra de Lorenzo y de Tess. Tal vez se debía al hecho de haberlo convertido en un secreto, algo que había sido muy importante para Rivalecca. Pero ¿por qué, de hecho? Para no herir los sentimientos de los parientes de Lela, le

había dicho en una ocasión. Ella lo había comprendido enseguida y jamás se le había ocurrido preguntar a qué parientes se refería. Sin embargo, al parecer el único pariente vivo de Lela era Guglielmo, porque Lorenzo ni siquiera había contado con que Carmela fuera una Sartori. De repente, Angela cayó en la cuenta y no pudo evitar reírse. Había sido una última jugarreta de su padre. Porque no encajaba en absoluto con Lorenzo Rivalecca el hecho de tratar con benevolencia los sentimientos de Guglielmo.

No, el motivo que había tenido para seguir guardando el secreto debía de ser de otra naturaleza. ¿Lo hizo para mantener alejado en la medida de lo posible a ese sobrino tan desagradable? ¿O había alguna otra razón? Por supuesto que sí. La única manera de que Angela pudiera recibir la herencia de Sartori y Rivalecca era tras la muerte de Lorenzo. Mientras aún estuviera vivo, Guglielmo habría reclamado los bienes de su tía Lela por medios judiciales, si hubiese conocido la existencia de una heredera directa de su tío político. Y el legado de Lela era precisamente la Villa de la Seda. De repente pudo ver la escena frente a sus ojos, poco antes de pelearse con su padre: Lorenzo Rivalecca en el umbral de su casa, enojado, siguiendo con la mirada un coche que se alejaba. Debía de haber sido Guglielmo Sartori. Seguramente había ido a verlo y había mencionado la necesidad de que existiera una prueba de paternidad. Sí, seguro que había sido eso.

Mientras Angela recorría el camino que la llevó de vuelta a Asenza por huertos repletos de árboles frutales, no pudo evitar asombrarse ante la habilidad estratégica que había demostrado su padre. Y, aun así, seguía habiendo un asunto que quedaba por aclarar. Carmela y Maddalena no podían quedarse con la miel en los labios. ¿Y si Lorenzo Rivalecca hubiera sabido que Carmela era la sobrina de Lela, como tantas veces había proclamado? Jamás llegaría a saber qué habría hecho.

Describiendo una amplia curva, el camino la llevó directamente a la Via del Monte Grappa. Allí encontró la casita de los viñedos en la que Carmela vivía desde hacía unos meses, y que Lorenzo no le había transferido en vida. Aunque entonces ya sabía por qué no lo había hecho. Porque no había sido necesario, porque la había heredado junto con todo lo demás. ¿Cuántas veces había pensado que su padre era un chiflado, que era olvidadizo y sobre todo caprichoso? Bueno, caprichoso lo había sido, de eso no cabía la menor duda. Pero también

tenía buen corazón tras esa apariencia tan áspera. Incluso Carmela había sentido la necesidad de admitirlo hacía poco.

Entró en la encantadora finca y llamó a la puerta. Se movió una cortina, seguramente a Carmela no le apetecía abrirle la puerta a cualquiera que pasara a verla en ese día tan memorable. ¿Se la abriría a ella, a Angela, o también formaba parte de esa gente a la que prefería no ver? No. Enseguida se oyó el sonido del cerrojo y la puerta se abrió.

—Pase, *tedesca* —la invitó. A Angela le pareció como si la cojera de la anciana se hubiera agravado mientras se dirigía hacia la mesa de nuevo—. La estaba esperando. ¿Un café?

Desconcertada, Angela entró en la acogedora cocina-comedor. El sillón en el que había estado sentada hacía poco estaba preparado para ella de nuevo y ya había dos tazas sobre la mesa.

—Claro, gracias —respondió Angela, y su mirada recayó sobre dos fotografías enmarcadas que había colgadas en la pared. Eran nuevas.

—Las he hecho enmarcar —explicó Carmela tras seguir con los ojos la mirada de Angela—. Al fin y al cabo, son mi padre y mi tío. —Sonó como si hubiera sentido la necesidad de justificar que les hubiera dedicado un espacio de su casa a Livio y Lodo Sartori—. Y la otra es la única fotografía que tengo de mis padres juntos. Por desgracia, Lela también aparece entre ellos. Lela siempre tenía que meterse donde no la llamaban.

Le sirvió el café y señaló hacia el sillón. Angela se sentó y contempló la fotografía de los dos jóvenes con una Lela de apenas quince años entre ambos.

—O sea, que es usted su hija. Bueno, difícilmente podría haberlo hecho más dramático —empezó a decir Carmela después de acomodarse en su propio sillón. Se notaba lo mucho que la atormentaban los dolores—. Llegué a conocer a su madre fugazmente. Era una mujer bonita y orgullosa. Durante todo ese verano, Lela estuvo insoportable —explicó riendo—. De buena gana se habría cargado a *la tedesca* —añadió con una sonrisa y removiendo ligeramente la dentadura postiza dentro de la boca—. Sí, a ella también la llamábamos así. Y de hecho, tendría que haberme dado cuenta hace tiempo —prosiguió—. De hecho, se parecen ustedes mucho —comentó contemplando el rostro de Angela como si fuera la

primera vez—. Pero cuénteme una cosa —le pidió con una expresión próxima al reproche—. ¿Por qué no lo ha contado jamás?

—Lorenzo me lo pidió —respondió Angela extrañamente conmovida por el hecho de que Carmela se acordara de su madre—. No tenía ni idea de que era mi padre hasta que llegué aquí. Mi madre jamás me lo contó. Se casó con un alemán y yo siempre di por supuesto que debía de ser mi padre. Me enteré cuando llegué aquí. Y Lorenzo también. Él tampoco estaba al corriente de mi existencia.

Carmela la escuchó con atención, arrugando la frente y apretando los labios con escepticismo. Angela era consciente de lo disparatada que sonaba la historia.

—Entonces ¿sabía usted desde el principio que lo heredaría todo? —preguntó Carmela al fin—. Nos ha tomado el pelo a todos, ¿verdad?

Angela negó con la cabeza enseguida.

—No, Carmela. Ya sé que no suena muy creíble, pero la verdad es que en ningún momento supuse que heredaría nada. Porque nadie estaba al corriente de que yo fuera su hija.

—Pero se ha encargado de demostrarlo. Incluso tuvo que recurrir a ese especialista para ello.

Angela guardó silencio. No podía contarle a Carmela la artimaña que había urdido Tess, aunque no le gustó nada la manera en que la anciana la escrutó mientras esperaba una respuesta.

—Preferiría hablar con usted acerca de otro asunto —replicó al fin.

No obstante, Carmela la interrumpió.

—Ah, ahora lo entiendo. Lo hizo él, sin que usted supiera nada —exclamó—. Oh, no cuesta nada adivinarlo —añadió al ver la cara de desconcierto de Angela—, su rostro se puede leer tan fácilmente como un libro abierto.

Durante unos instantes, Angela se quedó demasiado sorprendida para replicar nada. Después de su padre, Carmela era la persona más extraña que conocía. Llena de contradicciones, llena de sorpresas. No paraba de equivocarse subestimándola.

—Sea como sea, Carmela, creo que una parte de la fortuna les corresponde a usted y a Maddalena. He venido precisamente para decírselo.

Entonces fue la anciana la que se sorprendió.

—¿Que quiere darnos usted una parte de la herencia? —

preguntó. Al parecer no podía creer lo que oían sus oídos—. Pero ¿por qué?

—Porque me parece justo —respondió Angela con la voz firme—. Ahora mismo no tengo ni idea de lo que implica la herencia. Pero, en cuanto mi hija y yo lo sepamos, hablaremos de nuevo —sentenció mientras se ponía en pie.

Carmela se la quedó mirando, titubeando.

—¿Lo... lo está diciendo ahora y mañana se le habrá olvidado de nuevo? —preguntó Carmela con la voz ronca. Angela se dio cuenta de que le temblaban las manos—. Eso no sería justo. Primero me trae la carta con todas las esperanzas que conllevó y, hoy, esta desilusión. Maddalena y yo nos hemos llevado un buen chasco. Pero si ahora usted...

—No, no me olvidaré de esto. Tiene mi palabra —aclaró Angela —. Y creo que hasta el momento no le he dado motivos para que la ponga en duda.

Una sonrisa se abrió paso en el rostro de la anciana revelando un millar de arrugas mientras asentía.

—¿Piensa darle algo también a Guglielmo Sartori? Él también está emparentado con Lela igual que yo.

—¿A Guglielmo Sartori? —preguntó Angela, y tuvo que pararse a pensarlo unos momentos—. No. Probablemente ya se ha llevado suficientes cosas —concluyó—. Tengo ganas de ver qué muebles no se llevó, cuando pueda entrar en el Palazzo Duse.

Carmela soltó una carcajada.

—Quizá después de todo no sea usted hija de ese viejo tacaño — le soltó en ese tono irónico que Angela tan bien conocía—. Y ándese usted con cuidado de que no la atormente de noche su fantasma. Porque estoy segura de que no le habría gustado nada que compartiera la herencia con nosotras.

Angela se rio.

—Quién sabe —dijo—. Quién sabe.

Angela tuvo una sensación muy extraña cuando se reunió de nuevo con Nathalie, Matilde y Vittorio, que acudió desde Venecia para no perderse el momento de abrir de nuevo el portal de Villa Duse. Esa misma mañana llamó a un cerrajero para que cambiara las cerraduras,

puesto que sabía que Guglielmo Sartori todavía tenía las llaves antiguas. El sobrino nieto de Lela había aprovechado para saquear el *palazzo* durante más de una semana, por lo que Angela se había preparado para lo peor.

En el despacho faltaban casi todos los muebles, pero, para su gran alivio, Sartori había dejado el viejo sillón de cuero bovino de su padre y la butaca club en la que solía sentarse ella. En el comedor, Matilde se quejó de que había vaciado los armarios de la vajilla, la cristalería y la cubertería de plata. No obstante, era evidente que Sartori no había tenido tiempo de llevarse también los muebles.

Impasible, Angela siguió examinando hasta dónde había llegado el saqueo. Valiosas alfombras, casi todas las cortinas de seda, jarrones de cristal veneciano, candelabros de plata, esculturas y cuadros. Contrariamente a la indignación que sintió Matilde, a Angela no le afectó en absoluto, puesto que no se había sentido apegada a ninguno de esos objetos. Solo había accedido en una ocasión a las plantas superiores, y encima había sido en la infausta noche en la que Lorenzo había fallecido. De ahí que, mientras paseaba por aquellas salas que le resultaban tan ajenas, no tuviera la sensación de haber perdido nada, más allá de su padre.

—Es increíble la cantidad de espacio que hay —murmuró Vittorio —. Cada planta debe de tener unos doscientos metros cuadrados como mínimo. Podrías partir la villa en tres viviendas y alquilarla.

En una sala especialmente bonita del *piano nobile*, con el suelo de marquetería y grandes ventanales, se abría la puerta a una terraza que quedaba sobre el despacho de la planta baja, con vistas al parque.

—O podrías mudarte aquí —prosiguió Vittorio—. Mira qué bonito es esto.

—Habría que tirar todos estos cachivaches antiguos —dijo Nathalie levantando las esquinas de las sábanas que cubrían los muebles—. Y las cortinas también, para que entrara más luz.

—El signor Rivalecca solo ocupaba la planta baja y el dormitorio del primer piso —explicó Matilde—. En las otras salas solo entraba yo una vez al año para limpiar. Por eso está todo lleno de polvo.

—Menudo despilfarro de espacio —comentó Nathalie.

Subieron y bajaron la escalera, exploraron el sótano y el ático, comprobaron los planos, pero no decidieron nada. Matilde pudo aportarles información útil acerca del sorprendentemente moderno

sistema de calefacción, por ejemplo. Como muchas otras cosas y, para gran alivio de Angela, lo habían renovado durante los últimos años.

—No me extraña que lo llamen *palazzo* —dijo Nathalie impresionada mientras salían de nuevo de la finca—. Es un verdadero castillo.

—He estado pensando —dijo Vittorio después de pedir el menú de mediodía en un restaurante cercano. Angela y él habían sentido la necesidad de salir a comer a algún lugar en el que nadie los conociera. En Asenza no podían dar tres pasos sin que alguien los abordara para comentar las últimas novedades. Angela era consciente de que tendría que aguantar hasta que los ánimos se hubieran calmado de nuevo, pero ese día decidió tomarse un descanso.

—¿Sobre qué? —preguntó ella posando la mano sobre la de Vittorio.

—Pienso reestructurar la empresa —afirmó mirándola fijamente a los ojos para observar su reacción—. Porque ya estoy harto de vivir lejos de ti. En cuanto nos hayamos casado, me gustaría que las cosas fueran distintas.

—¿A qué te refieres con lo de reestructurar la empresa? —quiso saber Angela sorprendida.

—Que quiero transferirle más responsabilidad a Fedo —explicó Vittorio—. Que sea también gerente y se ocupe de la sede de Venecia. Así yo podría trasladar mi lugar de trabajo a Asenza —reveló mirándola expectante—. ¿Qué te parecería? —preguntó más nervioso de repente.

—Que sería maravilloso —respondió ella de todo corazón—. ¿Crees que funcionará?

—¿Por qué no iba a funcionar? —replicó él visiblemente animado —. Al principio tendré que ir a Venecia un par de días por semana igualmente, pero el resto del tiempo puedo trabajar desde casa. Quiero decir, si tú me permites que me mude contigo —añadió en un tono tan comedido que Angela no pudo evitar reírse.

—Por supuesto, mi casa es tu casa —exclamó ella. Es solo que tal vez nos faltará espacio en la Villa de la Seda —añadió con aire reflexivo—. Podríamos convertir la pequeña vivienda de Nathalie en un despacho para ti, y...

—No, no me parece buena idea —la interrumpió Vittorio con suavidad—. Cuando retome los estudios necesitará un lugar en el que sentirse a salvo en tu casa, sobre todo con su hijo. Supongo que Pietrino pasará algo de tiempo al menos en tu casa. No querría ocupar su espacio, de ningún modo. Había pensado que tal vez podría alquilar algún lugar para utilizarlo como estudio, pero la verdad es que a partir de hoy veo posibilidades nuevas. Quiero decir, claro está, siempre que a ti te parezca bien.

—¿A qué posibilidades te refieres?

—Podríamos mudarnos al Palazzo Duse, allí hay espacio de sobra para todos, incluso más del necesario. Nathalie podría tener su propia vivienda y nosotros la nuestra. Y, aun así, todavía quedaría espacio para mi estudio. Por supuesto, pagaría un alquiler, ni que decir tiene —se apresuró a aclarar, tras lo que se la quedó mirando con expectación—. Y tú podrías trasladar tu despacho a la sala de la morera. Ya te has quejado muchas veces de lo pequeña que es la sala contigua a la tienda. Originalmente estaba concebida como solución provisional, ¿te acuerdas? Pero si lo que te propones es vestir a la flor y nata de la sociedad italiana, deberías tener una sala de recepción en consonancia, para que las damas queden impresionadas desde el principio.

Angela lo escuchó desconcertada. Todo lo que decía tenía sentido, pero lo que más le había gustado de todo era que Vittorio quisiera vivir con ella.

—¿Te lo has pensado bien? —le preguntó Angela—. Me refiero a lo de la empresa. Al fin y al cabo, ¿no tendrás que estar la mayor parte del tiempo en Venecia?

—Ya hace tiempo que le doy vueltas al tema —aseguró Vittorio —. Desde hace casi un año. Entretanto he hablado con Fedo sobre ello, y por supuesto está de acuerdo. Básicamente ya va siendo hora de concederle un puesto que, de todos modos, está ocupando desde hace algún tiempo. Y los proyectos que requieran viajar puedo llevarlos a cabo también desde Asenza, igual que tú. Además, todo esto tiene otro aspecto positivo.

A continuación guardó silencio, puesto que el camarero se les acercó para servirles la comida.

—¿A qué aspecto positivo te refieres?

—Tiziana por fin se ha decidido —anunció Vittorio—. Se ha

soltado el pelo y le ha dejado claro a su padre que ya no piensa tomar las riendas de su estudio de arquitectura. Y ya era hora, Sol se estaba planteando separarse de ella. La verdad es que la situación empezaba a ser insostenible, pero por fin parece que terminará de una vez por todas. En lugar de instalarse en el nido seguro de sus padres, Tiziana ha decidido fundar su propio estudio. Y ¿a que no adivinas dónde piensa establecer la sede? Bueno, a menos que tú no estés de acuerdo y me digas que no quieres que yo venga a Asenza, claro —añadió con un guiño.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo quieres que no me parezca bien que vivas conmigo? —exclamó Angela con los ojos brillantes de felicidad —. Claro que quiero que te mudes conmigo. Pero lo que no entiendo es qué tiene que ver eso con la empresa de Tiziana.

—Le cederé mi *loft* para que instale allí su estudio —le explicó Vittorio—. Hoy en día es prácticamente imposible encontrar algo asequible y bien ubicado en Venecia. Lo han convertido todo en apartamentos vacacionales y se alquila por días. Y Tiziana tendrá que empezar de cero, ahora que trabajará por cuenta propia. Aunque, de todos modos, Tiziana no me preocupa en absoluto. Los clientes que ha conseguido ya la seguirán a donde vaya, y seguro que saldrán muchos más. Su padre se sorprenderá de lo que es capaz. En cualquier caso, los alquileres siguen siendo astronómicos, y por eso he decidido ayudarla en ese sentido. Además, el hecho de que nuestros estudios estén tan próximos solo será una ventaja para nosotros. Ella construye casas y nosotros las decoramos. En cualquier caso, así es como me lo imagino. De hecho, ya hemos colaborado bien en un par de proyectos.

Angela se quedó sin habla.

—¡Eso suena genial! —exclamó al fin—. ¿Seguro que lo has pensado bien, entonces?

—Es que te amo —replicó él—. Y por eso quiero vivir contigo.

El camarero recogió los platos y les preguntó si deseaban algo más. Angela decidió hacer una excepción y pedir *panna cotta* casera con *vellutata*, un puré de fresas frescas, las primeras del año. Compartirían el postre mientras tomaban el café.

—Lo de mudarnos al *palazzo* —empezó a decir Angela pensativa cuando se quedaron solos de nuevo— todavía tengo que pensarlo —afirmó antes de tomar un sorbo de agua—. ¿Sabes? No me quito de encima la sensación de que, en cualquier momento, me despertaré y

me daré cuenta de que todo esto no ha sido más que un sueño.

Vittorio le dio un apretón afectuoso en la mano.

—Lo echas de menos.

—Sí, no sabes cuánto —admitió—. Y no dejo de pensar en por qué no fui a visitarlo más a menudo, por qué fui tan impaciente con él... Ay, Vittorio, es que no me planteé en ningún momento que podía morir tan de repente. Mira que fui tonta.

—No lo fuiste —la contradijo él cogiéndole la mano con suavidad y besándosela con ternura—. Lo hiciste muy feliz, no me cabe la menor duda. Te lo aseguro —añadió cuando ella intentó contradecirle —. Era un anciano solitario y amargado. Hasta que llegaste tú. Simplemente no encajaba con su manera de ser el hecho de salir y mostrar abiertamente lo que sentía. Prefería permanecer oculto tras una fachada de rudeza y descortesía. Pero, cada vez que pienso en la Nochebuena, en lo feliz que se le veía y la determinación con la que te defendió ante mi madre... —dijo con una mueca de disgusto.

—Sí, es cierto —replicó Angela con aire reflexivo.

—Tampoco tenemos que decidir nada esta misma noche —agregó Vittorio arrancándola de sus cavilaciones.

—Bueno, en realidad no es necesario darle tantas vueltas —repuso ella mirándolo fijamente a los ojos—. Por favor, ven a Asenza y déjale el *loft* a Tiziana. Es la mejor noticia que me han dado en mucho tiempo.

Vittorio se rio.

—¿Mejor que la herencia?

Angela tampoco pudo evitar reírse.

—Mucho mejor.

—Ya que hoy estás tan animada tomando decisiones —prosiguió Vittorio—, ¿qué te parecería si fijamos también una fecha para casarnos?

—Me parece una idea magnífica —respondió Angela sacando ya su agenda—. Dijimos en mayo, ¿verdad? ¿Qué te parecería el último fin de semana del mes?

—Perfecto —contestó él, tras lo que se la quedó mirando pensativo.

—¿Qué? —preguntó ella—. Tú te traes algo más entre manos.

—Es solo que estaba pensando en cómo podría convencerte para que me acompañes a anunciárselo a mi madre.

—No será necesario que me convenzas —respondió Angela con suavidad. Aun sabiendo que Costanza Fontarini y ella jamás serían amigas, también era consciente de sus obligaciones para con la madre de Vittorio, por mucho que ella no siempre cumpliera con las suyas—. ¿Cómo habías previsto contárselo?

—He pensado que podríamos invitarla a comer —propuso Vittorio—. En Venecia. Algo breve e indoloro.

Angela asintió.

Les sirvieron la *panna cotta* y, mientras se deleitaban con el postre, sobre todo con la crema de fresas, estuvieron concretando detalles de la ceremonia. Cuanto más hablaban sobre ello, más ganas le entraron a Angela de que llegara por fin el momento. Sí, era feliz. Y estaba segura de estar haciendo lo correcto.

—Es increíble —exclamó Nathalie observando la gran cantidad de documentos que llegaban a cubrir toda la mesa del comedor—. Realmente lo tenía todo previsto.

Juntas intentaron hacerse una idea general de las cuentas y propiedades de Lorenzo Rivalecca. Entonces descubrieron que cada documento bancario llevaba pegada una nota escrita a mano por Lorenzo: «Para que puedas arreglar el viejo *palazzo* como más te guste, Angela —decía una de ellas—, que ya sé lo mucho que te gusta transformarlo todo». Otra rezaba: «Estos valores mejor que ni los toques. Con esto te bastará para mantener en buen estado los inmuebles. Que teniendo en cuenta lo grande que es la casa te aseguro que no es poco». En una cédula de ahorro ponía: «Para los estudios de Nathalie» y, en otra: «Para mi nieto, Pietrino Lorenzo. Pero ¡que tu madre no te dé ni un céntimo antes de que seas mayor de edad!». Y como estas, un montón. Lorenzo Rivalecca había pensado en todo, hasta el último detalle.

—¡Mira esto! —profirió Nathalie mostrándole a su madre un extracto del registro de la propiedad—. ¡Y yo que creía que odiaba a Carmela!

«Para Carmela y su hija —había escrito Lorenzo—. Antes de que Angela tenga la bondad de darles algo, que se queden con esto en el nombre de Dios. Para que puedan vivir cómodamente hasta el fin de sus días.»

Asombrada, Angela le echó un vistazo al plano general. Cuando se dio cuenta de lo que su padre les había destinado, sintió tanta ternura de repente que a punto estuvo de echarse a llorar. Lorenzo no solo les había dado a Carmela y a Maddalena la casita de los viñedos, sino que también les había legado dos fincas destinadas al cultivo de la vid que había alrededor, que según el contrato adjunto estaban arrendadas con unas condiciones magníficas.

—Ya ves que de todos modos pensaba darles algo —le explicó a Nathalie—. Carmela se llevó una gran decepción, después de todo lo sucedido.

Nathalie asintió.

—Claro. Durante años se estuvo peleando con Lela. Y justo cuando encontró la carta que lo demostraba todo, sale a la luz que tú eras la hija de Lorenzo. Espero que no te odie por ello.

Angela negó con la cabeza.

—No, no me odia —dijo para tranquilizar a su hija—. Fui a verla esa misma noche y le dije que ella también recibiría una parte. Y ahora resulta que incluso él pensó en ello —constató. «Pero ¿por qué? —se preguntó Angela—. Si se odiaban a muerte.»

—Realmente tenía un corazón enorme. Pero eso sí, no quería que nadie pudiera llegar a saberlo jamás —comentó Nathalie, que al parecer también le daba vueltas al asunto—. Por eso se mostraba tan desagradable con todos —añadió mordisqueándose el labio inferior.

—Sí, yo también lo echo de menos —dijo Angela pasándole un brazo por encima del hombro a su hija.

—¿Vamos a contárselo enseguida?

Angela asintió.

—Las buenas noticias, cuanto antes se den, mejor. Pero primero me gustaría hablar de otro asunto contigo.

Nathalie se la quedó mirando expectante.

—¿Qué te parecería si renováramos el *palazzo* de Lorenzo y nos mudáramos todos allí? —le preguntó, tras lo que procedió a contarle a su hija lo que Vittorio y ella habían planeado.

—Y ¿la Villa de la Seda sería exclusivamente la sede de la *tessitura di Asenza*? —quiso saber Nathalie cuando su madre hubo terminado.

—Exacto —respondió Angela mirando a su alrededor en la sala de la morera—. En el dormitorio podría tener el despacho y aquí

podría recibir a las clientas —explicó con la mirada fija en el fresco—. De todos modos, esta sala es demasiado suntuosa para ser mi sala de estar.

Nathalie se la quedó mirando y le guiñó un ojo.

—Claro, porque el *palazzo* no es nada suntuoso, ¿verdad? —comentó con una sonrisa—. La verdad es que me parece muy buena idea —añadió una vez recuperada la seriedad—. Y ¿crees que también quedaría un poquito de espacio para mí ahí arriba?

—Un poquito bastante —respondió Angela—. Ya has visto tú misma lo grande que llega a ser el *palazzo*.

Nathalie se reclinó en su asiento y se quedó mirando a su madre reflexiva.

—Me parece genial que Vittorio quiera venir a vivir aquí. Por cierto, ¿cuándo os casaréis?

—A finales de mayo —respondió Angela—. ¿Crees que es demasiado justo?

—Qué va, tenemos tiempo de sobra —respondió Nathalie con una amplia sonrisa—. Tenemos que contárselo a Tess. Durante la cena de Nochevieja ya dijo que le apetecía celebrar al menos una boda este año. Pero antes vayamos a ver a Carmela. Me muero de ganas de ver la cara que pone cuando sepa que Lorenzo pensó en ella.

22

La *principessa*

Vittorio consultó su reloj de pulsera. Llevaban casi una hora esperando a que llegara su madre. Por tercera vez le dieron largas al camarero cuando intentó tomarles nota. Costanza había insistido en reservar mesa en su restaurante preferido para las dos en punto, y ya les habían avisado de que la cocina no tardaría en cerrar.

—Quizá se ha olvidado...

La puerta se abrió en ese instante y Angela volvió la cabeza esperanzada. Dos ancianos entraron en el restaurante.

—Prueba a llamarla a casa de nuevo —añadió.

Costanza no tenía teléfono móvil, por lo que Vittorio llamó al número fijo de su casa y aguardó un buen rato, pero nadie cogió la llamada.

—Eso significa que está en camino —concluyó Vittorio mientras se guardaba de nuevo el *telefonino*.

No obstante, Angela no se quitaba de encima la sensación de que algo no acababa de encajar.

—Y ¿si le ha ocurrido algo malo? —preguntó.

De repente tuvo la certeza de que Costanza jamás la haría esperar por puro capricho. Era la puntualidad personificada, y odiaba profundamente que la gente llegara con retraso. Si por algún motivo hubiera cambiado de opinión y hubiera decidido no acudir a la cita, algo que había ocurrido en más de una ocasión, habría avisado enseguida, como de costumbre.

—Mi madre no se pone enferma —la contradijo Vittorio.

Estaba furioso. Desde que había descubierto el carácter complicado e intrigante de Costanza, cada vez se mostraba menos comprensivo ante los cambios de humor de su madre.

—Vayamos a verla a casa —le pidió Angela—. Deberíamos

comprobar que esté bien.

—No, créeme, he hablado con ella hoy mismo, hacia la una —respondió él conteniendo la ira que sentía—. Y estaba en plena forma. Vámonos —sentenció consultando de nuevo su reloj—. Dentro de media hora tengo una cita, y lo sabe perfectamente. Ya hemos esperado bastante.

Vittorio le hizo una seña al camarero y pagó la cuenta de las bebidas que habían tomado mientras aguardaban.

—De todos modos es demasiado tarde para pedir nada aquí. Vayamos al bar que hay a la vuelta de la esquina de mi estudio, ahí podremos comer un *panino*.

Angela no sabía qué pensar. Sin duda Vittorio tenía motivos para sospechar de su madre. Costanza lo había intentado todo para separarlos. Debía de considerar una derrota que de todos modos siguieran pensando en casarse. ¿O acaso todavía no se había resignado y estaba preparando otra artimaña más?

Tomaron un piscolabis y luego se despidieron. Angela notó que Vittorio ya estaba pensando en la cita que tenía con sus clientes. Ella se había tomado libre la tarde para ir a una tienda especializada de Venecia a comprar las perlas de cristal con las que Mariola podría decorar uno de sus modelos. Sin embargo, en lugar de acudir directamente a Dorsoduro, donde se encontraba la tienda en cuestión, decidió ir en sentido contrario. Un cuarto de hora más tarde se plantó frente al impresionante palacio de los Fontarini.

De repente le entraron las dudas. ¿Qué estaba haciendo allí? Había acudido llevada por un mal presentimiento. Algo no iba bien. No le encajaba en absoluto el hecho de que Costanza no hubiera acudido a la cita y ni siquiera los hubiera avisado.

Llamó al timbre con determinación. Una vez, dos veces. Nadie le abría la puerta ni le respondía por el interfono. La sensación de inquietud no hacía más que crecer en su estómago. Y ¿si le había sucedido algo malo?

Por lo que le había contado Vittorio, sabía que la *portiera* de la planta baja tenía la llave de la casa de Costanza. Sin perder más tiempo, decidió llamar a su puerta.

—Soy su nuera —se presentó—, Vittorio me ha pedido que pasara a ver a su madre. ¿Sería tan amable de abrirme la puerta?

—Si la *principessa* no abre, es que no quiere recibir visitas —

respondió la anciana observándola de arriba abajo—. El *principe* tiene su propia llave, de hecho. ¿Por qué no se la ha dado? —preguntó mirando a Angela con desconfianza—. Además, ¡ni siquiera está casado! Será mejor que se marche usted, *signora*.

—Mire, es que estoy preocupada —replicó Angela sorprendida de su propia insistencia—. Habíamos quedado en comer juntos y la *principessa* no se ha presentado. No nos ha parecido algo propio de ella. Por favor. Si no está dispuesta a abrirme la puerta, al menos...

—*Vabbè!* —exclamó la *portiera* a regañadientes—. Pero yo entraré con usted. ¡Solo me faltaría entregarle la llave a una desconocida! La *principessa* no me lo perdonaría jamás.

Angela no puso pegas, lo más importante era que no perdieran más tiempo. Por algún motivo, se había ido preocupando cada vez más. Tomó la delantera, pero tuvo que esperar de todos modos hasta que la oronda señora terminara de subir por la escalera. La *portiera* abrió con esmero y llamó a la *principessa* varias veces sin obtener respuesta. Cuando por fin Angela pudo entrar en la casa, miró a su alrededor en el majestuoso vestíbulo de entrada. Solo había estado allí una vez, y no había sido una experiencia agradable. Cruzó el vestíbulo a toda prisa y entró en el salón en el que habían cenado en aquella ocasión, pero no vio a Costanza por ninguna parte.

—¿Dónde están el dormitorio y el vestidor de la *principessa*? —pregunta a la *portiera*.

—Por este pasillo, al fondo del todo —respondió esta titubeando —. Pero yo no entraré con usted, ya puede irse olvidando usted de eso. Prefiero ahorrarme el rapapolvo que me caería si...

Angela ni siquiera quiso escuchar lo que le decía. Cruzó a toda prisa el largo pasillo y llamó a la puerta. Sin respuesta. Cogió aire y entró en el dormitorio.

Lo primero que vio fue el traje chaqueta de color crema extendido sobre la cama. Y luego a Costanza.

Estaba retorcida de un modo extraño sobre la alfombra, vestida solo con una combinación de seda blanca y con los ojos como platos.

—Dios mío —exclamó Angela horrorizada—. ¿Qué ha ocurrido?

La *principessa* tenía los labios entreabiertos y Angela tuvo la impresión de que intentaba decirle algo con desesperación, pero sin lograrlo. Un hilillo de baba le caía por una comisura de la boca, mientras que los párpados se le contraían ligeramente. Era evidente

que no podía moverse.

—Espere, la ayudaré —dijo Angela agachándose a su lado. La mirada de Costanza era desvalida y suplicante—. Todo irá bien —añadió para tranquilizarla mientras le estiraba con cuidado una de las piernas que se le había quedado doblada de un modo extraño. Luego la giró con suavidad sobre un costado, de manera que estuviera más cómoda, sacó el teléfono móvil de su bolso y marcó el número de emergencias. Explicó cuál era el estado en el que se encontraba Costanza y les dio la dirección. Le prometieron que enviarían a un médico de urgencias de inmediato.

—No tardará en llegar un médico, Costanza. Enseguida la ayudarán. Y mientras tanto yo me quedaré con usted.

Se sentó junto al cuerpo inmóvil de la madre de Vittorio y le estuvo acariciando el pelo como habría hecho con cualquier otra persona.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ama de llaves desde el umbral—. Pero ¿qué hace? *Dio mio* —exclamó al ver a Costanza.

—Enseguida llegará el médico de urgencias —le explicó Angela —. Por favor, baje a esperarlo y muéstrele el camino.

La mujer se marchó corriendo. Costanza hizo un ruido propio de un gatito. Sin pensarlo dos veces, Angela le cogió la mano. La notó extrañamente fría y exenta de vida, por lo que empezó a masajeársela.

—Enseguida vendrá la ayuda —le aseguró Angela intentando encontrarle el pulso.

Le pareció que era estable. Luego fue cuando cayó en la cuenta de que tenía que avisar a Vittorio.

No se apartó ni un instante del lado de Costanza, ni siquiera cuando se la llevaron al hospital. Angela tuvo la impresión de que la *principessa* no perdía la conciencia en ningún momento, que la buscaba continuamente con la mirada, a pesar de no poder comunicarse con ella. Sus ojos desesperados parecían suplicarle en todo momento que no la abandonara.

—No la dejaré sola —le aseguró Angela.

Salvo cuando tuvieron que someterla a una tomografía en la sección de radiología del hospital, donde no le permitieron quedarse a su lado, Angela no le soltó la mano en ningún momento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Vittorio cuando por fin llegó al hospital, pálido como la cera.

—Todavía no lo saben con certeza —respondió Angela—. Costanza no puede moverse ni hablar. Pero estoy segura de que está consciente. Me ha estado mirando todo el rato.

Vittorio la envolvió entre sus brazos.

—¡Dios mío! ¡Y yo que estaba furioso con ella! Suerte que decidiste pasar por su casa —murmuró él—. ¿Cómo podré agradecértelo?

Estuvieron esperando juntos, cogidos de la mano y en silencio. Las manecillas del gran reloj de pared se movían con una lentitud exasperante. Por fin sacaron a Costanza de radiología en una camilla y se la llevaron a quirófano. La acompañaron por los pasillos hasta la sección de cirugía, y una vez más Angela tuvo la sensación de que los ojos de Costanza buscaban los suyos. Finalmente les impidieron la entrada y el médico jefe acudió a hablar con ellos.

—Su madre ha sufrido un derrame cerebral. Tenemos que operarla cuanto antes.

Vittorio tuvo que firmar unos formularios y el médico respondió a sus preguntas tan buenamente como pudo.

—Vuelvan a casa —les aconsejó—. Les llamaremos cuando la paciente entre en la sala de recuperación.

—Preferimos esperarla aquí —aclaró Angela.

Sin embargo, el médico negó con la cabeza.

—No puedo saber cuánto tardaremos —admitió—. Es mejor que se lo tomen con calma.

—¿Cómo sabías que le había ocurrido algo?

Habían regresado a casa de Vittorio y se habían acurrucado en el sofá con una manta.

—No sabía nada con seguridad —respondió Angela pensativa—. Simplemente me he dejado llevar por la intuición. En realidad me sentía muy estúpida —afirmó mientras se ajustaba la manta alrededor de las rodillas—. Deberías haber visto cómo me ha mirado la *portiera* —comentó riendo mientras recordaba la reacción del ama de llaves, que sin duda la había tomado por una estafadora que se había propuesto entrar a cualquier precio—. No me encajaba nada con

Costanza el hecho de que se quedara en casa sin avisar.

—Debería haberte hecho caso, debería haberte acompañado. Espero que... —empezó a decir él reflexionando en voz alta.

—Seguro que se recuperará —afirmó Angela mirándolo fijamente a los ojos—. Tu madre tiene una voluntad de hierro. Si alguien puede superarlo es ella.

La llamada llegó hacia las once. La operación se había complicado, pero al final había salido bien y el pronóstico, dentro de lo previsible en esos momentos, era favorable. El cirujano había logrado detener la hemorragia y Costanza se encontraba en ese instante en la unidad de cuidados intensivos. Al día siguiente podrían pasar a verla unos minutos.

Cuando al día siguiente por la mañana entraron juntos en la habitación, Costanza ya se había despertado. Su cuerpo delgado parecía sorprendentemente frágil entre todos los artilugios médicos a los que estaba conectada. El vendaje de la cabeza destacaba todavía más sus ojos oscuros, que parecían aún más grandes y expresivos que de costumbre. Todavía no podía hablar y nadie supo decirles si recuperaría esa facultad, pero su mirada buscaba en todo momento a Angela. Cuando esta le cogió la mano, se sorprendió de la fuerza con la que la *principessa* respondía al gesto. En el rostro de aquella mujer tan orgullosa e inaccesible le pareció detectar un mínimo atisbo de sonrisa. ¿O acaso solo lo había imaginado?

—Está agradecida —comentó Vittorio cuando, unos minutos después, la enfermera les pidió que dejaran a la paciente sola de nuevo—. Se notaba en la manera como te miraba.

«Quién sabe», pensó Angela cuando poco después regresaba a Asenza, puesto que habían requerido su presencia en la tejeduría por un asunto urgente. En cuanto vio que su madre estaba fuera de peligro, Vittorio la había animado a volver al trabajo. Tal vez Costanza de verdad le había sonreído. Hasta ese instante, Angela no había tenido jamás la sensación de que ninguna de las sonrisas de la *principessa* hubiera estado dirigida a ella.

Durante los días siguientes se estabilizó el estado de salud de

Costanza, y una semana más tarde pudo salir de la unidad de cuidados intensivos. Poco a poco empezó a recuperar las capacidades motoras, aprendiendo a utilizar las manos de nuevo y a mover las piernas con mucha cautela. Planificaron para ella una larga estancia en uno de los mejores centros de rehabilitación de Italia. Según los médicos, Costanza se iría recuperando de forma gradual.

Entretanto, Lidia había terminado de tejer la tela de color verde claro para el primer modelo y Romina ya había empezado a coser bajo la supervisión de Angela. La agitación que había levantado la noticia de que Angela era hija de Rivalecca empezó a desvanecerse igual que ocurría con cualquier otra cosa con el paso del tiempo. Otros asuntos pasaron a ser más interesantes, como por ejemplo el camión que había ignorado la señal de prohibido el paso y se había quedado encajado en la puerta de la ciudad durante horas hasta que lograron desatascarlo. Angela también se acostumbró a que la gente se dirigiera a ella como signora Rivalecca, y ya actuaba como si fuera lo más normal del mundo. Estaba segura de que el viejo Lorenzo se habría alegrado furtivamente de ello.

Luca se encargó de traer a Asenza a la primera clienta procedente de Roma y a un grupo de amigas atraídas por la curiosidad. Se alojaron en el hotel Duse, participaron en un recorrido turístico impresionante y terminaron con una visita a la Villa de la Seda, donde montaron un buen jaleo que no todos recibieron precisamente con agrado.

—¿Esas ricachonas vendrán muy a menudo? —gruñó Nola después de que el grupo hubiera pasado a ver la tejeduría, cuando creyó que Angela no oiría el comentario.

—Me temo que tendremos que ir acostumbrándonos —respondió Fioretta.

—Mientras nos hagan buenos encargos, está bien —añadió Maddalena, y los hombres asintieron para darle la razón.

Lidia, en cambio, se mantuvo al margen. Ya estaba tejiendo el siguiente encargo, una seda de un lila tan delicado que parecía el del cielo justo antes de la puesta del sol.

Angela constató con satisfacción que Romina y ella formaban un equipo fantástico. La modista veneciana conseguía interpretar sus diseños sin dificultad, y a menudo incluso hacía sugerencias para conseguir el mismo efecto que buscaba un modelo con procedimientos

más simples, sin duda alguna fruto de sus años de experiencia confeccionando vestidos históricos y fantásticos. Angela disfrutaba cada vez más combinando las sedas monocromas de Lidia con los motivos decorativos de las telas que tejía Nicola. Mariola también demostró una habilidad increíble con el hilo de bordar, mientras que con las valiosas perlas de cristal veneciano era capaz de crear obras incomparables. Muy pronto se presentó otro grupo reducido de turistas y tres de las visitantes aprovecharon para encargar vestidos exclusivos. Mandaron sus fotografías y medidas, y Angela preparó las propuestas.

Aparte de eso, los planes para la boda avanzaban a marchas forzadas. Para gran alivio de Angela, Tess y Nathalie tomaron las riendas del asunto y se encargaron de organizar la mayoría de las cosas.

Quedaba pendiente la cuestión de qué vestido llevaría en un día tan importante como ese, y cuando quiso hablar con Romina sobre el tema esta ni siquiera le dejó mediar palabra.

—¿Hasta qué punto eres atrevida? —quiso saber la modista con un guiño.

—¿A qué te refieres con eso?

—Nos gustaría darte una sorpresa con el vestido de novia. Todos contribuiremos con algo y, si estás de acuerdo, yo me encargaré de diseñarlo. ¿Qué te parece? —preguntó mirando a su jefa con expectación.

—¿Te refieres a...? —balbuceó Angela sorprendida—. ¿Sin hablarlo antes conmigo...?

—Exacto —respondió Romina—. Vamos, di que sí —la instó al ver que Angela titubeaba—. Te juro que será el vestido más maravilloso que haya llevado jamás una novia.

—Me parece una buena idea —contestó Angela realmente aliviada. «Una cosa menos de la que tendré que preocuparme», pensó para sus adentros—. De acuerdo. Solo te pido una cosa: que no sea de color blanco virginal. Después de todo, tengo cuarenta y siete años y es la segunda vez que me caso.

—*Va bene* —respondió Romina—. Si no tienes más condiciones...

—Estaría bien que fuera práctico. Ese día me gustaría tener libertad de movimientos y no arrastrar metros y metros de tela por el suelo, si es posible.

—Por supuesto —repuso Romina con una sonrisa—. De hecho he pensado en algo increíblemente práctico para ti. Te encantará.

Fedo no se hizo de rogar y enseguida se mostró dispuesto a ocuparse personalmente de la remodelación del Palazzo Duse. Como un bailarín, empezó a moverse por la mansión enfundado en sus pantalones de cuero negro y una de sus extravagantes camisetas.

—¿Hasta qué punto os gustaría conservar esta atmósfera antigua? —quiso saber.

—Las habitaciones deberían ser más luminosas —opinó Angela tras intercambiar una mirada con Nathalie.

—Y no tan recargadas —añadió su hija.

—Pero estaría bien que se conservara un poco de este carácter, ¿no te parece, Nathalie?

—Por supuesto —respondió esta—. Al fin y al cabo, aquí vivió mi abuelo.

Acabaron acordando que Fedo trabajaría en un par de propuestas. Los espléndidos pavimentos de mármol y madera debían resaltarse más, mientras que las paredes, hasta el momento cubiertas por papel pintado de colores atenuados y oscuros, tenían que ser más claras y acogedoras. La enorme cocina, que ocupaba prácticamente la mitad de la planta baja, volvería a ser el reino de Matilde, además de estar disponible para cualquiera de los residentes. En cada planta Angela pidió que hubiera también una pequeña cocina con lo mínimo imprescindible. El despacho fue la única estancia que quiso dejar intacta. Sin embargo, faltaban tanto el humidificador como la mesita de fumador, y Guglielmo había aprovechado para llevarse asimismo la colección de bebidas alcohólicas que, según Lorenzo, eran de lo más valiosas. Aunque Angela tampoco acusó demasiado la pérdida. Eran más bien los dos sillones los que evocaban sus mejores recuerdos. Cada vez que entraba en aquella silenciosa sala tenía la sensación de estar viendo todavía la figura enjuta de su padre sentada en su sillón preferido.

Vittorio quiso instalar su estudio en la buhardilla, que hasta el momento no había alojado más que arañas. Para gran alivio de Angela, resultó que estaba completamente vacía y barrida. Tan solo encontraron un único arcón en un nicho, como si estuviera esperando

a que alguien lo abriera.

—Todo esto estaba repleto de trastos viejos —les explicó Matilde mirando a su alrededor en aquel gigantesco desván. A cada lado había ventanas abuhardilladas por las que entraba luz de sobra. Angela felicitó a Vittorio por la decisión de establecer allí su estudio—. Poco antes de morir mandó limpiar la buhardilla —prosiguió Matilde—. Fue como si lo intuyera. Todo lo que quiso conservar está guardado dentro de ese arcón.

Angela se sentó en el suelo de madera y lo abrió. Encima de todo había unos cuantos álbumes de fotografías que decidió apartar para examinarlos más tarde con calma. Encontró también una carpeta con una cantidad impresionante de documentos sobre las cosechas extraordinarias de los vinos Rivalecca que tanto habían enorgullecido a su padre. Finalmente quedó solo un paquetito envuelto en papel de embalar. Prendida en el cordel que lo mantenía envuelto había también una carta. Angela la cogió.

«Ábrelo la mañana de tu boda, *mia figlia* —había escrito Rivalecca con su afilada caligrafía—. ¡Ni un día antes!»

Una vez más, tuvo la sensación de tener a su padre muy cerca. Creyó oír su voz áspera y ver cómo echaba la cabeza hacia delante con avidez para mirarla con esos ojos verdes que tanto brillaban con picardía bajo las tupidas cejas.

—Ni un día antes —dijo ella en voz baja—. Te lo prometo.

23

La boda

Aunque durante esas semanas Angela a menudo no sabía ni dónde tenía la cabeza, un fin de semana insistió en acudir a visitar a Costanza a la clínica de rehabilitación en la que, según los médicos, seguía haciendo progresos día tras día. Quedó conmovida al ver que aquella mujer tan orgullosa estaba postrada en una silla de ruedas. Aun así, ya volvía a mover los pies, si bien no era capaz de mantenerse levantada más que unos instantes y con ayuda. Su capacidad para hablar también había quedado afectada por el derrame, de manera que pronunciar una frase le costaba una barbaridad.

Angela empujó su silla de ruedas por el parque de la clínica hasta que encontró un banco en un rincón protegido del viento y, al ver que a Costanza también parecía gustarle, se sentó. Puesto que a la *principessa* le costaba mucho hablar, Angela se dedicó a contarle cosas. Primero le explicó cómo estaba evolucionando la Villa de la Seda, que ya no se limitaba a ser una tejeduría, sino que empezaba a tener renombre por los modelos exclusivos que realizaba a medida. Le habló también sobre sus empleados, sobre todo acerca de Lidia, que, tras la aventura fallida con Ranelli, había regresado con ella. Costanza la escuchó con atención también cuando le relató que había encontrado la mitad del telar y que suponía que la otra mitad la tenía Ranelli. Llegó un momento en el que ya no supo qué más contarle. Evitó mencionar la inminente boda, puesto que no sabía si el tema podía alterar demasiado a su futura suegra. Entonces Costanza le cogió la mano.

—Me alegro —dijo muy despacio y con dificultad— de que pronto... seas mi hija. Me... has salvado la vida. Nunca lo olvidaré —aseguró con la mirada fija en los ojos de Angela, casi como el día que

la había encontrado en su dormitorio. Le apretó la mano todavía con más fuerza y Angela respondió al gesto con otro apretón afectuoso de todo corazón.

Parecía como si aquella boda estuviera destinada a ser una celebración llena de sorpresas. No solo por el misterioso paquetito de su padre. Para alguien como Angela, que se dedicaba a vestir a otras mujeres, era una sensación realmente curiosa eso de dejar una cuestión tan importante como el vestido de novia en manos de otra persona. Romina le había prohibido entrar en la sala posterior del taller de costura, puesto que era allí donde, desde hacía varias semanas, estaba tomando forma el vestido sorpresa.

Tres días antes de la gran fecha, Romina y Mariola le pidieron que entrara en el *atelier* para probarse el vestido. Nathalie no quiso perdérselo, por lo que acudió a la Villa de la Seda para la ocasión.

—¿Qué llevas ahí? —le preguntó Angela a su hija con ingenuidad al verla entrar en el taller—. ¿Un antifaz para dormir?

—Sí, exacto. En la medida de lo posible, intentaremos que todavía no veas el vestido —explicó Romina—. Por eso hemos pensado en vendarte los ojos.

Angela se rio con incredulidad.

—¿Lo dices en serio?

—Por favor, mamá, participa —le pidió Nathalie dando saltitos de expectación a su lado—. Yo ya lo he visto y te aseguro que es...

—Silencio —le advirtió Romina—. ¡No reveles nada!

—... que es genial, mamá —prosiguió Nathalie.

—De todos modos, tenemos que probártelo —le explicó la modista a pesar de que Angela lo sabía de sobra. La voz de Romina revelaba con claridad su entusiasmo—. Te alegrarás todavía más si no lo ves hasta el momento mismo de caminar hasta el altar —le aseguró —. Confías en mí, ¿verdad? —añadió al ver que Angela seguía dudando.

—Confío plenamente en ti —respondió Angela—. Es solo que la costumbre de que el novio no pueda ver el vestido antes de la ceremonia la conocía, lo que no había oído jamás era que...

—¡Vamos, mamá!

—De acuerdo —replicó con un leve suspiro justo antes de

ponerse el antifaz.

¿Por qué no podía simplemente recibir ese regalo de sus empleados y disfrutarlo? La curiosidad que sentía por ese vestido era increíble.

El tacto resultó ser fresco y cómodo, y cuando las mujeres la vistieron por encima de la cabeza el tejido crepitó de un modo agradable. Incluso con los ojos cerrados fue capaz de reconocer, por el mero sonido de la seda, la mano de cada una de sus tejedoras y de sus tejedores sin necesidad de tocar el tejido, algo que Romina le había prohibido terminantemente. El corpiño era tenso pero sin llegar a ser demasiado estrecho, y al parecer se trataba de un modelo que dejaba los hombros al descubierto. La sensación era la de llevar un vestido de tubo justo por encima de las rodillas, y solo por eso ya se sintió bastante aliviada. Luego notó cómo Romina se lo ajustaba en la cintura y le alisaba otra capa de tela que le envolvía las piernas de un modo más amplio, pero no se hacía a la idea de cómo debía de ser.

—No me pondréis una cola de varios metros de longitud, ¿verdad? —preguntó alarmada.

—Confiar o no confiar —le oyó mascullar a Romina, que al parecer tenía varios alfileres entre los dientes, como de costumbre—. Esa es la cuestión.

—Uau, es sencillamente... ¡Te aseguro que no había visto nada igual en mi vida! —exclamó Nathalie, y Angela notó claramente que aplaudía—. ¿Cómo diantre lo habéis conseguido?

—¡Tú cállate!

—Aquí creo que debería ser un poco más corto —opinó Mariola.

—Tienes razón —replicó Romina.

Angela notó un tirón en el bordadillo y en algo que llevaba asido a la espalda.

—¿Me diréis al menos de qué color es? —preguntó Angela pensando que como mínimo valía la pena intentarlo—. Lo digo para saber qué bolso...

—*Nossignora* —repuso Romina enseguida—. No tienes que preocuparte ni por los zapatos ni por el bolso. De eso ya nos ocupamos nosotras.

—¿De verdad?

—Todo quedará perfectamente combinado —añadió Romina con una seguridad implacable.

—Exacto —confirmó Mariola—. Incluso lo del pelo.

—¿A qué te refieres con...?

—Mamá —la interrumpió Nathalie con suavidad—. Relájate y déjalas trabajar en paz.

Transcurrieron unos minutos más. Marcaron algunas partes con alfileres para hilvanarlas, y luego la seda se elevó por encima del cuerpo de Angela como por arte de magia. Cuando por fin le quitaron el antifaz, no quedaba ya ni rastro del vestido visible, ni siquiera un mínimo retazo de tela.

—¿A qué hora te vestiremos el sábado? —preguntó Romina con los ojos brillantes de satisfacción.

—A las nueve en punto vendrá Edda a peinarme —explicó Angela —. ¿Qué os parece a las diez? La ceremonia empezará a las once.

—A las diez, pues. *Va bene*. Ah, sí..., lo del peinado lo hablaremos directamente con Edda.

El día previo al gran acontecimiento llegaron los primeros invitados, de manera que no solo el hotel Duse, sino también el resto de los hoteles y las pensiones de Asenza y los alrededores quedaron llenos hasta los topes.

—¿Te acuerdas de que al principio acordamos que celebraríamos una boda íntima? —preguntó Vittorio con una sonrisa.

Esa mañana habían acudido al registro civil y habían cumplido con las formalidades matrimoniales en pequeño comité. En esos momentos estaban sentados en la sala de estar de Tess, disfrutando de la calma previa a la tempestad. Nathalie, que desde hacía unos días no había soltado la tableta con sujetapapeles que contenía la lista de los invitados, las correspondientes reservas hoteleras y otra información de interés más que para dar de mamar a Pietrino y tomar algún piscolabis, se echó a reír.

—Vendrá todo Asenza y media Venecia —anunció—. La tía Simone y el tío Richard llegarán dentro de una hora —añadió, y le echó un vistazo a su teléfono móvil para consultar las últimas novedades—. Tizi y Sol llegan hoy a la hora de cenar. Y luego hay algunos invitados sorpresa más —dijo lanzándole una mirada interrogante a Tess. La anciana negó con la cabeza con una sonrisa en los labios.

—Al parecer, las sorpresas serán la temática de la boda —opinó Angela con un suspiro de preocupación fingida—. ¡Apuesto a que soy la única novia del mundo que un día antes de casarse todavía no ha visto su vestido!

—Ah, puedes estar más que tranquila en ese sentido —repuso Nathalie con entusiasmo—. Es simplemente divino.

Por fin llegó el gran día. Angela estaba sentada en la sala de la morera, con Edda inclinada sobre ella, rizador de pelo en mano, cuando llamaron al portal de la calle. Matilde fue a ver quién era y regresó al cabo de un rato, desconcertada.

—Dicen que vienen a traer algo que solo pueden entregarle personalmente.

—Y ¿de qué se trata?

Matilde se limitó a encogerse de hombros.

—No me lo han querido decir.

A pesar de las vehementes protestas de Edda, Angela se puso en pie con cuidado, se quitó la capa de peluquería y bajó tal como estaba, con media cabeza peinada y la otra media llena de rulos, para comprobar qué le traían.

—¿Es usted la signora Angela Steeger? —preguntó el mensajero —. ¿La propietaria de la *tessitura di Asenza*? —añadió fijándose en el pelo de Angela con los ojos como platos.

—Sí, soy yo.

—Traigo algo para usted —anunció mostrándole un dispositivo electrónico para que le firmara el recibo de entrega.

—Pero ¿qué es? —preguntó ella. Sin embargo, el tipo se encogió de hombros y señaló hacia la plataforma de carga de su camión. Dentro había varios paquetes largos y estrechos. Estaban embalados con cartón, de manera que era imposible reconocer de qué se trataba —. ¿Quién lo envía?

Bastante nervioso, el tipo se encogió de hombros una vez más.

—Yo me limito a entregarlo —afirmó—. Pero, si quiere, me lo llevo otra vez. ¿Quiere que lo devuelva?

—Oiga, es sábado —dijo una voz de hombre por detrás de Angela —. La señora se está preparando para caminar hasta el altar. Hagamos una cosa, usted y yo meteremos lo que haga falta. *Va bene, signora?* —

preguntó Nicola ya con uno de los paquetes sobre el hombro. A continuación le dijo un par de cosas más al transportista para animarlo hasta que él también cargó con uno de los paquetes—. Suba tranquila —le dijo el napolitano observando con una sonrisa el peinado a medio terminar—. Yo me encargo de esto.

A las diez en punto aparecieron Romina y Mariola, y enseguida se llevaron a su *padrona* al taller de costura. Insistieron en que Angela mantuviera los ojos cerrados y, una vez más, se oyó el frufrú y el crepitar de la seda con la que la vistieron las dos mujeres. Una vez cerrada la cremallera de la espalda, tuvo la sensación de estar llevando una segunda piel. Angela notó que Romina (¿o había sido Mariola?) se lo terminaba de ajustar con unos tironcitos y luego le envolvía las caderas con algo. Las dos mujeres procedieron con los últimos retoques sin mediar palabra, en silencio absoluto. Angela pudo sentir perfectamente el entusiasmo contenido de sus dos empleadas.

—Siéntate, por favor, pero mantén los ojos cerrados hasta que hayamos terminado del todo —le pidieron, y Angela notó que la agarraban suavemente por los codos para guiarla hasta la silla con cuidado—. Mariola te pondrá ahora el adorno para el pelo.

Cuando algo le rozó las sienes, Angela tuvo que centrarse en la respiración para ahuyentar los nervios que empezaban a afectarla. Mariola por fin quedó satisfecha.

—Y ahora los zapatos —le oyó decir a Romina mientras esta le quitaba los cómodos zapatos de tacón alto que llevaba puestos para cambiárselos por otro par especialmente flexible—. Lista —dijo Romina—. Ya puedes volver a levantarte.

Angela se sorprendió al comprobar que los zapatos le quedaban que ni pintados.

—Parece que sean..., que estén...

—¿Hechos a medida? —se rio Romina—. Así es. Y además los ha confeccionado el mejor zapatero de Venecia. Deja que te echemos un vistazo.

Durante unos momentos no se oyó nada de nada a su alrededor. Justo cuando creía no poder soportarlo más, Romina rompió el silencio.

—*Perfetto*. Ya puedes abrir los ojos.

Cuando por fin obedeció, tuvo que parpadear varias veces para asumir lo que vio en el espejo. ¿Realmente era ella?

Un sueño de color beige ligeramente dorado envolvía su figura. La base era, efectivamente, un vestido de tubo de lo más sencillo, con los hombros al descubierto, formado por tiras de unos dos centímetros de ancho que, por consiguiente, parecía de franjas horizontales. Angela se dio cuenta de que cada una de sus empleadas, además de Stefano y Nicola, habían contribuido tejiendo con el mismo hilo de seda. Las franjas que había tejido Anna, que como de costumbre combinaban la seda con otros materiales como el lino y la lana, sobresalían más que las demás. Mariola había cosido perlas de cristal dorado de manera que formaban franjas dispuestas en intervalos regulares. La tela de Nicola presentaba un discreto motivo decorativo, y cuando Angela se fijó mejor en él se dio cuenta de que se trataba, ni más ni menos, que del escudo de armas de los Fontarini: una góndola sobre la que flotaba una corona diminuta.

El vestido ajustado por sí solo ya constituía toda una obra de arte. Sin embargo, siendo una modista con años de experiencia, Romina no se habría quedado satisfecha solo con eso. A partir de una tela de seda especialmente suave que debía de haber tejido Lidia, había confeccionado una especie de falda cruzada con un plisado finísimo que posteriormente había cosido a la cintura del vestido de manera que quedara como un telón de teatro abriéndose, replegándose sobre sí mismo y asido a la espalda de manera que el vestido de tubo apareciera por debajo.

—Date la vuelta —le pidió Romina después de colocar un segundo espejo de cuerpo entero, de manera que Angela pudiera verse desde todos los ángulos—. Por detrás, el plisado del tejido describe una amplio arco, ¿alcanzas a verlo?

—Ya lo creo que sí —exclamó Angela.

El vestido era increíblemente bonito, pero al mismo tiempo también sencillo, misterioso e increíblemente extravagante.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta del detalle que Mariola le había ensartado en el pelo. Era una especie de tiara confeccionada con las mismas franjas de seda que formaban el vestido de tubo.

—Todos y cada uno de nosotros hemos aportado nuestro granito de arena.

Angela levantó la cabeza sorprendida. Ante la puerta se habían

congregado todos: Nola y Orsolina, que examinaron el vestido con miradas de aprobación; Anna y también Maddalena, que se quedó boquiabierta de lo impresionada que estaba. Lidia se mantuvo en segundo plano, indecisa, mientras Carmela se abría paso para entrar en el *atelier* ataviada con un elegante vestido de punto de seda.

—Aaah —exclamó—. Realmente es un vestido digno de una princesa. ¿Le gusta?

—¿Que si me gusta? No tengo palabras —respondió Angela con la voz tomada—. Os doy las gracias a todos de corazón. Sois..., ¡ay, es que sois simplemente maravillosos! *Tutti quanti!*

Angela estaba tan conmovida que estuvo a punto de echarse a llorar.

—Bueno, bueno —le dijo Carmela mirándola con los ojos entrecerrados—. Ahora no es el mejor momento para llorar, se le arruinará el maquillaje —le advirtió, y una sonrisa afable apareció en su rostro—. Es usted la novia más bonita que he visto en mi vida. *Auguri!* Espero que sea usted muy feliz.

—¿Llego demasiado tarde? —preguntó Nathalie, que entró apresuradamente con un vestido impresionante de seda naranja y dorada que Angela no le había visto jamás—. Caramba —exclamó al ver a su madre—. ¿A quién tenemos aquí? Pero si es nada más y nada menos que la principessa Angela Fontarini. ¿Estás lista?

—*Signora, signora!* —la llamó Nicola, muy alterado. Se detuvo un momento al ver el majestuoso vestido, pero luego siguió hablando como si nada—. ¡Es la otra mitad! —exclamó gesticulando.

—¿De qué está hablando?

—Del telar. El que estaba en ese lugar, cerca de aquí... ¿Cómo se llamaba? Vidor, creo. Lo han mandado desde Ranelli Seta. ¡Aquellos paquetes contienen las piezas que faltaban para el telar!

Angela necesitó unos instantes para comprender lo que Nicola le estaba contando.

—¿Que Ranelli nos ha enviado la otra mitad del telar? ¿La que tenía él?

—*Esatto*, *padrona*. Ojalá pudiera ponerme a montarlo enseguida. ¿Dónde está Giuggio? Tiene que saberlo cuanto antes.

—Es fantástico —admitió Angela—. ¿Nos ha mandado también la factura?

—Tome —le dijo Nicola, tendiéndole a Angela un sobre—. Venía

con esto.

Angela reconoció el logotipo de la compañía Ranelli Seta y titubeó unos momentos. ¿Arruinaría ese día tan especial abriendo el sobre? En un arranque de determinación, se decidió a comprobarlo. Leyó:

Auguri per il matrimonio. Dele las gracias a la principessa Costanza Fontarini, es su regalo de bodas.

MASSIMO RANELLI

—¿Le pide mucho dinero? —preguntó Nicola con cautela.

Angela sonrió, conmovida, y negó con la cabeza.

—Es un regalo de bodas —aclaró.

Nicola parecía querer regresar con su hallazgo, pero Anna lo retuvo agarrándolo por el brazo.

—Los telares pueden esperar por hoy, *tesoro* —le dijo con ternura mientras se lo llevaba. El tejedor la siguió a regañadientes.

Una vez más, Angela tuvo la sensación de haberse perdido algo, igual que le había sucedido ya con Fioretta y Luca.

—Nos esperan dentro de veinte minutos en la iglesia, mamá —anunció Nathalie sin aliento. En la mano llevaba el ramo de calas blancas—. Vamos.

Romina le mostró a Angela en un momento cuál era la mejor manera de sentarse para no aplastar el vestido, y Mariola le tendió un bolsito de mano que había elaborado a juego con el vestido.

—Sí, pero antes —dijo Angela—, debería subir a casa un momento, tengo que hacer una cosa... ¿Te importaría venir conmigo, Nathalie?

En su dormitorio tenía preparado el paquetito envuelto en papel de embalar y sujeto con un cordel.

—Es de parte de Lorenzo —explicó Angela al ver a mirada interrogante de Nathalie.

Con las tijeras de manicura cortó el cordel, lo que le permitió retirar el papel de embalar.

—Solo hay un hombre capaz de envolver algo así —dijo Nathalie

al ver el peculiar envoltorio.

Bajo el papel apareció un cofrecillo y, nada más abrirlo, lo primero que vio Angela fue una tarjeta. Nada más cogerla, soltó una exclamación emocionada, puesto que debajo había un maravilloso collar de brillantes.

Esta joya la compré para tu madre, por si alguna vez se decidía a regresar. Ella no vino, pero en su lugar apareciste tú. Póntela en memoria de Rita y de mí.

TU PADRE, LORENZO

Angela no pudo más. Las lágrimas empezaron a recorrerle las mejillas hasta caer sobre la hoja de papel.

—¡Mamá, no llores! —le susurró Nathalie sacando una toallita cosmética de un cajón y secándole el rostro a su madre enseguida, para que no le quedaran manchas oscuras en el elaborado maquillaje —. ¿Quieres que te lo ponga? —le preguntó mientras tomaba el collar del estuche.

Era justo lo que le faltaba. Al verse en el espejo, Angela se dio cuenta de que el collar tenía forma de vides entrelazadas, y que los brillantes formaban diminutos racimos de uva.

—Ya es la hora. Vittorio acaba de llegar.

Desde el patio empezaron a llamarlas. Una vez más, Angela leyó con cariño las líneas que su padre le había escrito. Tenía el corazón tan sobrepasado por el amor que sentía por su difunta madre y por su padre...

—¡Vamos, mamá!

Nathalie la cogió de la mano y Angela se puso en pie. Juntas bajaron al patio, donde Vittorio, Tess, Tiziana y Solomon la esperaban junto a otros invitados. Todos aplaudieron de forma espontánea al ver a la novia.

Vittorio la besó en los labios con suavidad. Los ojos le brillaban más que nunca.

—Estás guapísima —le susurró.

Y acto seguido le ofreció el brazo para llevársela del patio.

La ciudad entera parecía estar esperando de pie. La Piazza della Libertà estaba repleta de gente. Frente a ellos se abrió un camino que

se fue cerrando a sus espaldas a medida que iban avanzando.

En la plaza que había frente a la iglesia, Angela descubrió muchas caras conocidas. Vio a Emilia, por supuesto, y a su lado estaban también Gianni con Mariola y la pequeña Valentina. Romina iba cogida del brazo de Dario Monti, y no hace falta decir que también llevaba un vestido impresionante. La cuñada de Angela, Simone, con las mejillas sonrosadas y ataviada con un traje tradicional tirolés, la saludó con afecto:

—¡Caramba! ¡Menudo vestido! —exclamó, volviéndose de repente hacia Richard, que estaba a su lado. Entre ellos dos parecían haberse arreglado las cosas.

Ruggero Esposito también había acudido desde Nápoles, acompañado de una mujer de pelo castaño y apariencia simpática. Donatella Colonari le dedicó una sonrisa y el *marchese* asintió para saludarla de un modo majestuoso.

Angela vio a muchos más conocidos con cuya presencia no había contado en absoluto. Fedo había acudido con su novio, por supuesto; también estaba Benny, que dos años antes se había dedicado a restaurar el fresco de la morera, y Nico, que había resuelto sus primeros problemas informáticos. Asimismo, habían aparecido los personajes más notables de Asenza: el alcalde en persona con su esposa Gabriella, el dottore Spagulo y Davide Bramante, así como Fania acompañada de la signora Gonzino.

Finalmente, la mirada de Angela recayó sobre una figura en silla de ruedas. Era Costanza. Junto a ella estaba Amadeo. Nathalie corrió a reunirse con él y el joven le dedicó una amplia sonrisa.

—¿De verdad Amadeo ha venido a propósito desde Estados Unidos? —le preguntó a Vittorio—. Nadie me había dicho nada.

—Nuestros hijos se han arreglado entre ellos —le susurró él al oído.

Aunque las campanas casi habían terminado de doblar y empezaba a ser hora de caminar hasta el altar, Angela se detuvo un momento para besar a Costanza en las mejillas. A la *principessa* le brillaban mucho los ojos, y sus manos se negaban a soltar las de Angela.

—¿Estás lista? —le preguntó Vittorio en voz baja—. El párroco nos está esperando.

—Sí —respondió Angela cogiendo aire—. Estoy lista. Para toda

una vida contigo.

FIN

El legado de la Villa de la Seda
Tabea Bach

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Das Vermächtnis der Seidenvilla*

Diseño de la portada: Bürosüd
Imágenes de la portada: Atlantide Phototravel / Slow / Getty Images y © Nikaa / Trevillion Images

© Bastei Lübbe AG., 2020
Publicado a través de Ute Körner Literary Agent

© por la traducción, Albert Vitó i Godina, 2022

Canciones del interior:
© *As Time Goes By,* 1947, Warner Chappell Music, escrita por Hupfeld Herman e interpretada por Teddy Wilson.

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2022

ISBN: 978-84-08-26196-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Mona Kasten

SOÑAR

AGAIN

Ella no quería enamorarse.
Él le devolvió las ganas de sentir.

4

Planeta

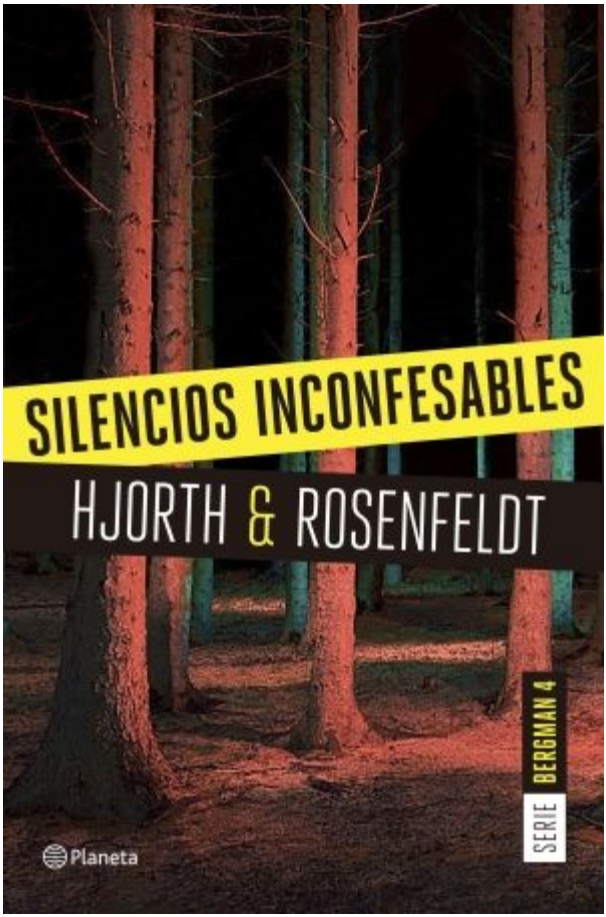
Soñar (Serie Again 4)

Kasten, Mona
9788408224983
448 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Everly Penn nunca tuvo la intención de enamorarse, y mucho menos de alguien de su facultad. Pero Nolan Gates es encantador, inteligente y sexy, y la única persona que hace que Everly pueda olvidarse de los pensamientos oscuros que la mantienen despierta noche tras noche desde su infancia. Cuanto más lo conoce, más intenso será el vínculo entre ellos y más deseará romper los límites que separan sus caminos. Lo que no sabe es que detrás de la naturaleza de Nolan y su contagioso entusiasmo por la literatura se esconde un secreto. Y ese secreto podría destruir su amor mucho antes de empezar. Everly y Nolan compartirán risas, confidencias, secretos y llenarán sus vidas de pasión en una historia de amor única. "Mona Kasten ha conseguido atraparme totalmente con su nueva historia, un enemy-to-lovers muy entretenido que te deja con ganas de más." BLUE JEANS

Cómpralo y empieza a leer


SILENCIOS INCONFESABLES
HJORTH & ROSENFELDT
SERIE BERGMAN 4
Planeta

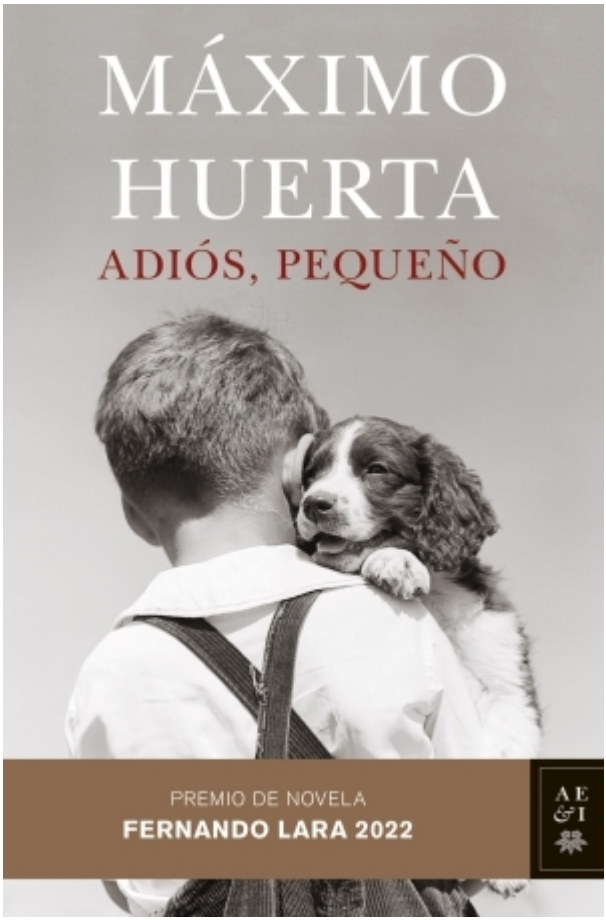
Silencios inconfesables (Serie Bergman 4)

Hjorth, Michael
9788408176961
560 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Una familia es hallada asesinada en su propia casa. La Unidad de Homicidios de Torkel Hölgrund se hace cargo del caso, una investigación que se complica aún más al descubrir el cadáver del que era el principal sospechoso del crimen.
Pero hay alguien que ha sobrevivido: Nicole, la sobrina de diez años de la pareja, cuyas pisadas llevan al gran bosque que se extiende tras la casa familiar. Sebastian Bergman deberá encontrarla antes de que sea demasiado tarde.

Cómpralo y empieza a leer


MÁXIMO
HUERTA
ADIÓS, PEQUEÑO
PREMIO DE NOVELA
FERNANDO LARA 2022
A E
&I

Adiós, pequeño

Huerta, Máximo
9788408261605
384 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

«Mi madre habría sido más feliz si yo no hubiera nacido.» Así arranca el desgarrador testimonio de un escritor enfrentado a la más dura de sus narraciones, la de su propia vida. Asaltado por los recuerdos mientras cuida a su madre enferma, el pasado se le presenta con vacíos que no logra llenar. A través de silencios y de un gran talento para la observación, el autor desnuda su intimidad y nos obsequia, con belleza y maestría, el retrato de un país y una época desde su propio universo familiar. Lo acompaña como confidente su vieja mascota, una perrita leal y encantadora. Descubrir por qué elegimos amar a quien no amamos exige una sinceridad implacable, y eso es lo que no falta en este hermoso relato de despedida. Adiós, pequeño es la reconstrucción emocionante de una infancia en la que todos, abuelos, padres e hijos, han callado demasiado. Cuando el pasado vuelve cargado de silencios.

Cómpralo y empieza a leer

Cuando el tiempo
se detiene,
la vida se llena
de sorpresas
SIETE DÍAS
contigo
BETH REEKLES
Planeta

Siete días contigo

Reekles, Beth
9788408261957
408 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Para los habitantes de London Lane, un simple trozo de papel debajo de cada una de sus puertas está a punto de cambiar sus vidas. ¡¡¡URGENTE!!! Debido a la situación actual, la administración del edificio ha decidido imponer una cuarentena de siete días en todos los edificios de apartamentos en London Lane. De la noche a la mañana, los ocupantes de los pisos deberán permanecer siete días encerrados a veces con alguien que no esperaban volver a ver así que esta situación inesperada provocará más de un malentendido… Reconciliaciones, rupturas y amores llenarán una semana en la que las amistades se pondrán a prueba mientras todos luchan por salir ilesos. En medio de todo el drama, una cosa queda clara: la vida está llena de sorpresas...

Cómpralo y empieza a leer

CAMILLA
LÄCKBERG
HENRIK
FEXEUS
EL
MENTALISTA
ATRÉVETE A DESCUBRIR LA VERDAD
Planeta

El mentalista

Läckberg, Camilla
9788408256625
720 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En un parque de atracciones a las afueras de Estocolmo aparece el cuerpo de una joven asesinada de forma macabra: atravesada por múltiples espadas dentro de una caja. La agente de policía Mina Dabiri, reservada y metódica, forma parte del equipo especial de investigación que se hace cargo del caso. Cuando Mina agota todas las posibles pistas, recurre al conocido mentalista Vincent Walder para que los ayude a detectar los indicios que podrían conectar el asesinato con el mundo del ilusionismo. Con la aparición de un nuevo cuerpo, Mina y Vincent entienden que se enfrentan a un despiadado asesino en serie y comienzan una trepidante carrera contrarreloj para descifrar los códigos numéricos y las trampas visuales de una mente brillante y perversa. Un apasionante viaje a la parte más oscura del alma humana que no dejará indiferente a ningún lector. Atrévete a descubrir la verdad.

Cómpralo y empieza a leer